
LA NOVIA
falsa del
MULTIMILLONARIO
YULE TRAVALON

LA NOVIA *falsa del* MULTIMILLONARIO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo 1
Epílogo 2
¡Lee también!

"Es parte de la curación el deseo de curarse"

—Sêneca.

Prólogo

Kalinca Oliveira

Mi hermana pequeña, fan empedernida de las novelas románticas de quiosco, siempre decía que el amor aparece en los momentos y lugares más insospechados.

Imagínate esos encuentros dignos de película: un choque accidental en un bar abarrotado, donde la chica derrama la copa del tipo y eso da pie a una conversación llena de chispa; o en la ceremonia de compromiso de tu mejor amiga, donde el padrino irresistible despierta un torbellino de emociones contradictorias; o incluso en esos primeros días de trabajo, cuando acabas siendo la secretaria, la niñera o incluso la asistenta de algún multimillonario buenorro salido directamente de las páginas de una novela subidita de tono.

Pues bien, yo conocí a Thiago en un día cualquiera.

En el metro de São Paulo, hasta los topes de gente.

Él, policía, intentando detenerme.

¿Yo? Inocente. Solo estaba gritando "¡marihuanaaaaa!".

Que me perdone mi hermana, pero odio las historias de amor.

Y más aún a los polis entrometidos y peludos que se meten en los asuntos de mujeres cañón, empoderadas e independientes que cometen el "crimen" de mantener su propio hogar.

Capítulo 1

Kalinca Oliveira

Dicen que es el retorno de Saturno.

Cuando estás a punto de cumplir los treinta, un montón de turbulencias sacuden tu vida, sobre todo en lo que respecta a asuntos no resueltos del pasado.

Es como si el universo tuviera una forma peculiar de agarrar el palo astral y darte con él en toda la cara hasta que te explotara la Vía Láctea en el cerebro, mientras gruñía con voz de macho alfa sacado de una novela de CEOs:

—¿Vas a resolver tus mierdas o vas a seguir corriendo como una hámster en su rueda, guarra?

Y claro, quien no resolvía sus problemas durante ese periodo, se condenaba a andar en círculos, repitiendo los mismos patrones y errores una y otra vez hasta aprender la lección que la vida intentaba enseñar. Pero cuanto más tardabas en enfrentarlo todo, menos capacidad tenías para romper con ese círculo vicioso.

Gracias a Dios, yo no creía en la astrología.

Todas las mierdas que me estaban pasando eran pura coincidencia.

—¿Por qué los cohetes tienen forma de polla? —le pregunté a Olivia.

Mi mejor amiga, que parecía estar en un viaje delicioso por el espacio sideral, aterrizó su nave.

Dejó de mirar su reflejo en el cristal oscuro del metro, parpadeó varias veces y giró la cara hacia mí.

—Perdona, tía. Te llamé cuatro veces, pero parecía que estabas en otro planeta. Así que tuve que recurrir a lo extremo.

—Pasé los dedos por mi flequillo y empecé a posar frente a mi propio reflejo.

—Estoy agotada —Olivia bajó los hombros y se recolocó las gafas de pasta gruesa sobre la nariz—. Ha sido un día durísimo. Y estoy nerviosa porque mi madre dijo que hoy recibió la decisión del juzgado, pero no me quiso contar nada más.

Asentí sutilmente y traté de animarla acariciándole el hombro.

—Ya ha pasado un año de eso...

—Sí. Y ella no se ha recuperado. Espero que la sentencia la deje más tranquila.

—Sí. Pero, joder, ¿por qué tu madre no fue directamente al banco para financiar vuestra casa? —Mostré mi indignación—. En vez de eso cayó en la estafa del "sorteo", perdió todos los ahorros de su vida y encima sigue pagando esas cuotas absurdas cada mes...

Olivia asintió con tristeza y su expresión se volvió aún más apagada.

—Está desesperada por salir del barrio...

—Ya...

—Las cosas se han complicado. Antes era más seguro, ahora... tsc...

—Si yo fuera tu madre, habría dejado de pagar esas cuotas abusivas. ¿Un año esperando ese sorteo y nada? —Me agarré fuerte a la barra cuando el tren dio un vaivén—. Debo, no niego. Pago si Dios quiere.

—Es que le prometieron que, como mucho en tres meses, le tocaba el sorteo y ya estaría viviendo en una casa nueva.

—Hablar, hasta un loro habla, Olivia.

—Lo sé, Ka. Le aconsejé... Mi padre le pidió que no lo hiciera, pero ella tenía miedo de que él se quedara con todo el dinero y se lo gastara en alcohol. Y nuestro barrio... —Olivia bajó la cabeza—. Tenemos que salir de ahí.

—Sí... tenemos que salir. —Fruncí los labios—. Pero tu padre también, ¿eh? Vaya panorama. Debe de ser por eso que los cohetes tienen forma de polla.

Olivia frunció el ceño y me miró medio segundo, paralizada.

—¿Por qué los cohetes tienen forma de polla, Kalinca?

—Porque los hombres quieren salir de este planeta para follarse el resto del sistema solar. —Me eché el pelo hacia atrás justo cuando se abrieron las puertas y señalé la salida con el dedo—. Hora de bajar.

Olivia salió del vagón abrazada a su mochila, mientras yo arrastraba las maletas vacías. Mi pobre amiga se quedaba inmóvil mientras la empujaban tanto los que salían como los que intentaban entrar al vagón.

Y yo iba repartiendo codazos y gruñendo como una perra loca para que se apartaran de mi camino.

Todo el mundo lo sabe: con una chiflada no se mete nadie.

—¡Quitad del medio que aún no me he tomado el Clonazepam! —grité.

Y todos se apartaron de mí, tal y como a mí me gustaba.

*

Así habían sido mis días en los últimos dos años: salía de casa temprano, vendía mis productos y, si tenía suerte de haber vaciado las maletas, volvía para cargar más y seguir vendiendo hasta quedarme exhausta.

Después de abandonar mi carrera de Química en la USP, lo intenté todo. Fui recepcionista, manicurista, secretaria, madre de santo… Nada funcionó.

Entonces empecé a fabricar productos de limpieza y salía todos los días, de domingo a domingo, lloviera o hiciera sol, a vender por todo São Paulo.

—Mándale un beso a tu madre y avísame en cuanto tengas la decisión judicial. —Dejé a mi amiga frente a su casa, después de

veinte minutos de caminata.

—¡Claro! Te mando un mensaje más tarde.

Solo subí la calle una vez que la vi entrar, sana y salva.

Todavía me quedaba un buen trecho por recorrer, y lo hice mientras intentaba mantener la mente ocupada con las mil cosas que aún tenía que hacer.

—Buenas noches, Kalinca. —Escuché una voz desde un callejón oscuro.

Di un paso hacia atrás y observé al hombre de aspecto peligroso, con un cuchillo en la mano. Se acercó lentamente, y yo me quedé clavada al suelo, como si me hubiera brotado del asfalto.

—Qué susto. ¿Cuánto cobras por asustar a una casa con siete personas?

El hombre rió y apuntó con la hoja hacia mí.

—Te voy a decir cuánto cobra Marco por mantener abierta la iglesia de tu madre. —Se rió—. Mil reales. Lo sabes. Y aún no has pagado.

Marco era el autoproclamado dueño del barrio, por así decirlo. Y estos desgraciados, al más puro estilo mafia italiana, estaban

cobrando por todo últimamente.

—Hasta la semana pasada eran trescientos. —Lo miré fijamente.

—Hasta la semana pasada estabas dentro del plazo.

—Dile a Marco que voy a conseguir su dinero. Por desgracia, ahora mismo no tengo...

—Marco mandó decir que está harto de tus excusas. —Se acercó más y me agarró del brazo—. Si no quieres pagar la cuota, ya sabes la solución. Está dispuesto a perdonar la deuda de tu madre... todo lo que quiere es a ti.

—Yo no nací para ser la mujer de un criminal, cielo.

—Entonces paga la puta cuota —gruñó en mi cara.

—Dile a Marco que venga él a cobrarla.

Levanté la maleta vacía con la mano izquierda y se la estampé en la cara, empujándolo con fuerza.

El matón cayó al suelo, pero se levantó rápido. Agarró la otra maleta por la asa y me la arrebató de la mano. Al abalanzarse sobre mí, no me quedó otra opción que volver a defenderme con lo único que tenía.

—Me quedo con esto, hasta que pagues tu deuda —advirtió —. Tienes suerte de que a Marco le gustes, si no, te habría hecho picadillo.

—Uy, qué miedo, Eduardo Manostijeras. —Encogí los hombros, fingiendo que no me afectaba.

Pero se acababa de llevar las maletas donde cargaba mis productos.

—Tienes siete días.

—¿Si no qué?

—Si no, vamos a entrar en la iglesia de tu madre y nos llevamos todo. ¡Y no vale llorar después!

Y así, volví a casa con las manos vacías, el corazón acelerado y ardiendo de rabia, pero fingiendo que todo estaba bien.

Pero Dios, yo y el retorno de Saturno sabíamos que todo estaba perdido.

Capítulo 2

Kalinca Oliveira

Durante la madrugada, Olivia me llamó para contarme lo que le había pasado a su madre: al leer la decisión judicial sobre la estafa que había sufrido —que básicamente decía: lo siento, guapa, jajajaja — le dio un infarto.

Estaba tan desesperada y perdida que, en ese momento, me olvidé por completo de mis propios problemas y asumí el dolor de ella como si fuera mío. Y eso, de inmediato, me devolvió las fuerzas y alejó mi ansiedad.

Llegué al hospital lo antes que pude y me recibió mi amiga en el vestíbulo de entrada. Me abrazó fuerte, apenas podía respirar.

—¿Tu madre está fuera de peligro? —pregunté.

—Sí, pero eso no es lo que más me preocupa. —Se limpió las lágrimas con los dedos.

—¿Entonces qué es?

—El jefe de mi madre quiere despedirla. Necesita a alguien que cuide de su hija... y nosotras necesitamos ese dinero.

—Hum...

—Así que voy a sustituir a mi madre, hasta que se recupere. Voy a dejar mis prácticas en la guardería pública y todo lo que haga falta. Necesitamos ese trabajo y los beneficios que trae —dijo Olivia, con cara de derrota.

Tenía unas ojeras marcadas y parecía no haber dormido nada.

—¿Y cómo va a ser eso, loca? ¿Vas a tirar por la borda tu carrera de Psicología en la USP?

Al llegar a la habitación, vi a la madre de Olivia dormida; los signos vitales parecían estables. Yo, como buena joven señora que soy, busqué un sitio donde sentarme.

—Intentaré negociar, claro. No quiero retrasar la facultad, solo me queda un año para graduarme, no puedo perder tiempo. —Suspiró—. Pero... sin el dinero de ella, ¿cómo lo haremos? Prioridades, Ka. Si hace falta, congelaré la matrícula.

—Joder, Olivia, no quería que siguieras mis pasos. —Bajé la cabeza.

Olivia y yo siempre habíamos sido muy amigas, aunque yo fuera mayor que ella. En el cole, cuando un grupo de chicas le hacía bullying, arranqué una rama de un árbol, les di una paliza y nunca más la molestaron.

Me divertí muchísimo, me suspendieron siete días y nos volvimos mejores amigas.

Valió la pena. Lo haría de nuevo. Solo que esta vez sacaría el tronco entero del árbol para metérselo bien hondo por el culo a la directora.

Más adelante, cuando yo andaba buscando trabajo y sin rumbo en la vida, Olivia me animó a estudiar juntas para el ENEM, el examen brasileño de acceso a la universidad. Y lo petamos: conseguimos entrar en una de las universidades más prestigiosas de toda América Latina.

Pero la vida quiso que yo dejara la carrera para cuidar de mi familia, y así siguió todo.

—Quisiera seguir tu camino... tú lo lograste, amiga. —Olivia sonrió—. Haces los mejores productos de limpieza y de higiene no permitidos por la agencia sanitaria brasileña —remarcó eso—. Yo... yo solo tengo...

Olivia hizo una pausa dramática y se quedó mirando mi barriga saliente.

—¿Y eso qué es? —señaló.

—Barriga de embarazada falsa. —Levanté la camiseta y me quité el relleno—. No me mires así, Olivia. ¡Cinco y media de la mañana, autobús lleno! ¿Voy a viajar de pie? ¡Por favor!

—Si te pillan con esa farsa... —Entrecerró los ojos y negó con la cabeza.

—Pero estoy embarazada, cariño —hablé en serio—. ¿Es un embarazo psicológico? Sí. ¿Del mundialmente desconocido Henry Cavill? También. Pero es un embarazo.

Olivia se tapó la boca con la mano, conteniendo la risa.

Y sentí que ya había ganado el día. Esa era mi forma de demostrar amor y cuidar a los que quiero.

Porque solo la risa alivia los dolores que ni el paracetamol cura.

—¿Quieres? —Le ofrecí la barriga—. Al fin y al cabo, tienes que pillar un autobús directo al Barrio Jardins, así que al menos ve sentada.

—No, gracias. —Olivia dio un paso atrás, como si le estuviera ofreciendo droga—. Bebés solo con vida estable, carrera terminada y un buen padre.

—¿Y qué más? ¿Ganar la lotería?

Ella asintió.

—Tengo que irme. No puedo llegar tarde. ¡Mi madre siempre dice que ese hombre es muy exigente! —Agarró su bolso y se lo echó al hombro—. Una vez más, gracias por cuidar de mi madre.

—¿Te lavaste las axilas? —Me levanté y me acerqué a ella—. ¿Te echaste perfume? ¿Dónde está ese pintalabios bonito para realzar esos morros?

—Ay, no tengo tiempo para eso.

Fui tras ella y la agarré del brazo antes de que saliera. Saqué un pintalabios nude del bolso y se lo pasé por los labios.

Mientras Olivia intentaba continuar su camino, yo le eché corrector para disimular las ojeras y preparé la máscara de pestañas para darle un toque dramático a esa mirada poderosa.

—Gracias. Siempre cuidas de mí. —Me abrazó.

—¡No parpadees! ¡No parpadees! —Intenté hacerlo lo mejor posible sin manchar—. Listo.

—Está perfecto. —Se miró en el espejo del ascensor.

—¿Estás nerviosa?

—Sí.

—Pero estás guapísima. —Le cogí la mano—. Recuerda siempre, hija mía, Dios te hizo guerrera, no heredera. Así que sé una guerrera preciosa.

Olivia rió. Vi cómo se le relajaban los hombros.

—Hoy en día nadie ve lo que llevamos dentro, así que toca: pechos bien arriba, culo empinado y cara impecable.

—Eres única, Kalinca...

—Tengo que ser así hasta que venga mi abuela de Georgia a decirme que soy una princesa perdida, Olivia. —Parpadeé, con ganas de llorar.

—¿Georgia? ¿No era Genovia? —Frunció el ceño.

—Georgia, Genovia, Guarromán, da igual. Mientras sea una vieja rica y yo sea su heredera, puede venir hasta de Villapolla,

Pollón del Valle, Cipotillos, Pitorral de Abajo...

—Te estás inventando esos nombres, ¿verdad? —Olivia abrió los ojos como platos.

—¿Yo? Jamás. Búscalos en Google...

—Ni loca. Me da miedo lo que pueda salir.

La puerta del ascensor se abrió y Olivia salió corriendo, porque no tenía tiempo que perder. Y yo fui detrás de ella, como una loca.

—¡Espera! ¡Falta la base! ¡El colorete! ¡El relleno del sujetador! —Fui sacando todo del bolso y agitando los brazos para llamar su atención.

—¡Voy a una entrevista en una casa de familia, no a que me elijan como modelo! —gritó.

—¡Pero nunca se sabe cuándo aparecerá la oportunidad de ser la Nueva Chica de la Favela! ¡Olivia, vuelve aquí!

Intenté alcanzarla, pero la muy lista se lanzó dentro del autobús justo antes de que arrancara y el conductor cerró la puerta. No lo juzgué, yo habría hecho lo mismo si me viera venir.

—¡Suerte! —Le hice señas con una sonrisa.

Y al volver al hospital, me coloqué el relleno del sujetador y me retoqué el pintalabios. Al menor indicio de pensar en mis propios problemas, empecé a tararear cualquier canción hasta llegar a la habitación.

Doña María del Carmen, la madre de Olivia, estaba despierta y lo primero que me preguntó fue:

—¿Kalinca? ¿Dónde está mi hija?

—Se fue a hacer lo que solo las mujeres saben hacer, tía: resolver problemas. —Me senté a su lado y saqué todos mis productos de belleza para aplicárselos.

—¿Y todo eso qué es?

—Nuestra distracción para no pensar en las hostias que nos da la vida.

Empecé a preparar su rostro con algodón y agua micelar, para hacerle un maquillaje bonito y que olvidara que la justicia nos falló. A ella, a mí y al resto del mundo.

Capítulo 3

Thiago Zampieri

—Buenos días, doctor Mascarenhas.

—Buenos días —gruñó el hombre, de mal humor, y se metió en el coche.

Llevaba siete años cuidando personalmente de la seguridad del juez Daniel Mascarenhas, un héroe nacional. Aquel hombre era, sencillamente, una máquina de triturar delincuentes, incluso a los ricachones que se creían por encima de la ley.

Nos conocíamos desde la muerte de su esposa, Mariana, y habíamos forjado algo parecido a una amistad, ya que él era demasiado cerrado y yo, un sinvergüenza bromista cuya única cosa que tomaba en serio era la ley.

—Guapa, la que ha llegado —comenté—. Muy diferente a todas las mujeres que han trabajado para usted.

—¿Y qué quiere decir con eso, Rapunzel de la Federal? —me lanzó una mirada de soslayo.

Recibí ese apodo de una comisaria federal por culpa de mi melena larga. El doctor Mascarenhas solía decir que cuidaba de mi pelo con la misma dedicación con la que cuidaba de mi propio cuerpo… y de la vida ajena.

Y tenía razón.

Algunos me llamaban cotilla. Yo prefería decir investigador.

Estaba en el trabajo perfecto.

—Vaya, hoy se ha despertado de buen humor, ¿eh, doctor? —Eché un vistazo por el retrovisor a la nueva chica que trabajaba en la casa—. En siete años nunca le había visto contratar a una mujer tan joven. ¿Los tiempos están cambiando?

—No. Solo ha sido un imprevisto. Va a sustituir a su madre durante dos semanas —avisó—. Nada de tonterías hoy, por favor, o te paso el resto de la vida llamándote Rapunzel de la Federal.

—Me gusta el apodo —confesé—. Pero reconozca que la chica es guapa, ¿eh?

Él seguía inmóvil, mirando fijamente el asiento del copiloto delante de él. Y yo, aunque hablaba, permanecía alerta ante cualquier señal de peligro.

—Usted es un hombre muy solitario. Eso no es bueno ni para su salud ni para su hija pequeña. ¿Ha probado Tinder alguna vez?

—¿Tinder? —el hombre me miró como si acabara de ofender a todos sus antepasados.

—Está el Club de los Herederos, créame, es bueno.

—¿Y eso qué es?

—Pues, hay una casamentera.

—Hum...

—Leonor Mendoza, una socialité muy rica —expliqué—. Junta parejas de la alta sociedad. Claro que hay que haber nacido, como mínimo, millonario, pero acepta recomendaciones. ¿Quiere que le recomiende?

El hombre giró lentamente el rostro y me miró como si hubiera hablado mal de su esposa fallecida.

La verdad es que solo se cura un dolor persiguiendo otro.

Y por eso mi cama siempre estaba llena de mujeres, pero nunca la misma.

—Parece que a ti te ha funcionado —ironizó.

—Yo no busco casarme, no soy ese tipo de hombre —miré las calles de São Paulo.

—¿Qué tipo de hombre, Zampieri?

—Un idiota. Solo los idiotas quieren casarse —crucé los brazos —. Pero volviendo al Club de los Herederos, para un hombre de la alta sociedad que necesita un buen matrimonio, yo la recomiendo. Tiene una buena lista nacional e internacional de hombres y mujeres adecuados.

El juez me miró de reojo y soltó un leve suspiro.

—Siempre me sorprende recordar que eres billonario y decidiste trabajar en la Policía Federal —resopló—. ¿Estás pagando alguna promesa?

—Es una historia triste, en realidad. No me gusta contarla.

—Cuéntala.

—No. Solo cuando el doctor acepte venir a un bar conmigo. Ese tipo de historia solo se cuenta con un par de copas de whisky.

Se rió, aunque fuera con ironía. Y yo sentí que ya había ganado el día por haber conseguido arañar un poco la armadura de viudo amargado cuya única alegría era meter criminales entre rejas.

—Eres un personaje.

—Gracias. ¿Puede darme alguna pista del próximo cabrón corrupto que va a meter en la cárcel? —Me ajusté el moño samurái y lo miré—. Quiero estar allí ese día y salir bien guapo en la tele. Usted no tiene ni idea de la cantidad de tías que me escriben por Instagram. Es una fiesta.

—DM... —hizo una mueca—. ¿Qué demonios es eso?

—Es por donde me mandan mensajes para ser abatidas en mi torre de lujuria y desenfreno —expliqué.

—¿Torre? —frunció la nariz—. Vives en el ático de un edificio, Rapunzel. ¡No flipes!

—Es una torre, sí —insistí—. Y yo lanzo mi pelo para que suban. —Le guiñé un ojo—. Por cierto, ¿sabía que a las mujeres les gusta tirar del pelo? ¿Y que muerden el culo con ganas? ¿Lo hacían ya en el neolítico, doctor?

Una vez más, esbozó una sonrisita de desprecio, pero enseguida frunció el ceño y me miró como si fuera un sinvergüenza incorregible.

—¿No has pensado en hacerte un Instagram?

—No tengo tiempo para esas trivialidades.

—¡Piense solo en cuántas mujeres lloverían en su jardín! Sobre todo cuando sale en la tele, con cara de malo, después de meter a una panda de criminales en la cárcel... ¡Está perdiendo una oportunidad de oro!

Se limitó a negar con la cabeza.

—Vale, no discuto más. Estoy delante de mi héroe, el que me ha permitido acostarme con al menos quinientas mujeres desde que aparecí en la tele con el pelo recogido, gafas oscuras y los brazos cruzados para que los bíceps se vieran más grandes —me encogí de hombros—. Pero hoy en día todas las mujeres están en Instagram. Si no está dispuesto a cazarlas, al menos déjese cazar. Le vendrá bien al ego.

Sabía que lo irritaba.

Y era consciente de que me pasaba un poco con él.

Pero tanta soledad no le hacía bien, y podía ver claramente que el hombre estaba envejeciendo más rápido porque solo vivía para el trabajo.

Yo, al menos, había encontrado un punto de equilibrio.

Y quería poder ayudarle.

—Si quiere saberlo, Rapunzel de la Federal —remarcó una vez más el apodo—. Ninguna mujer me ha interesado desde Mariana. Y ninguna me interesará. Ni en Tinder ni en el Club de los Sinvergüenzas.

—Herdeiros —lo corregí.

—Da lo mismo.

El final de la conversación coincidió perfectamente con nuestra llegada a la sede del TRF3 en la Avenida Paulista, un edificio alto de hormigón con fachada de espejos.

El juez Mascarenhas no perdió el tiempo, abrió la puerta y salió. Yo salté fuera del coche y lo escolté, atento a todos los puntos sensibles a nuestro alrededor.

Ya habían intentado matar al hombre al menos cincuenta veces desde que asumí su protección. Tenía que mantenerme alerta todo

el tiempo, especialmente porque él actuaba como si no corriera ningún peligro.

—No haga eso, sabe que necesito escoltarlo —le advertí en tono de reproche.

—Tengo prisa. Pero gracias por la conversación, siempre me haces reír. —Me puso la mano en el hombro.

—Devuélvame el favor diciéndome cuándo será la próxima detención en la que voy a salir en la tele. Estoy en sequía, doctor. Esta semana solo me he tirado a tres.

Me miró el reloj y luego me clavó los ojos, escandalizado.

—Thiago, hoy es lunes. Las nueve de la mañana.

—¿Lo ve? Estoy perdiendo.

Lo acompañé hasta el ascensor y lo dejé sano y salvo en su planta de trabajo. Después bajé al aparcamiento subterráneo y me puse al día con todo, sobre todo con los casos paralelos que estaba investigando… y con una situación bastante complicada en mi vida personal.

—Hola, mamá —atendí su videollamada—. ¿Noticias?

—Pésimas, hijo.

Suspiré y apoyé la espalda en la pared.

—La familia Guzmán no aceptó tu propuesta.

—Mamá, eran cinco millones —solté un improperio—. No puede ser.

—No quieren dinero, Thiago. Quieren garantías firmes de que no irás tras Pedro.

—Puedo aceptar eso. —Cerré los ojos, la cabeza me hervía de rabia.

—Y… que te cases.

—Ay, mamá… —protesté—. Ni de coña.

Cuando mi hermana gemela, Tarsila, murió, dejó a sus hijas gemelas al cuidado del padre. Un desgraciado que se largó diciendo que no podía comprometerse, que era demasiado joven para criarlas solo, y se fue a Europa.

Sus padres obtuvieron la custodia de las niñas, aunque mi hermana había dejado bien claro que quería que yo, su padrino, me hiciera cargo de ellas y las criara como si fueran mis hijas.

Sin embargo, mi vida algo agitada y mi trabajo no les parecieron suficientes para convencerles de que podría ofrecerles lo

mejor.

—En las negociaciones, superaron el hecho de que seas Policía Federal, aunque yo no lo apruebe —dijo mi madre con tono reprobador—. No lo necesitas, hijo.

—Me gusta.

—Thiago, tienes los viñedos más importantes del país. Exportas vino a todo el mundo. ¿Por qué vivir así?

—Esa no es la discusión. —Aclaré la garganta—. Hice una promesa: que iba a resolver un problema, y solo lo lograré siendo policía. —Me froté las sienes—. Ahora, el problema es conseguir la custodia de las niñas y cuidarlas.

—Pero tienen razón, hijo. ¿De verdad crees que podrás con eso sin una esposa?

—Sí. Tendrán niñera, profesora particular, nutricionista, todo lo necesario para una vida con calidad.

—Los Guzmán también pueden ofrecer eso, son tan ricos como nosotros. —Suspiró—. Y cinco millones no los van a convencer...

—Diez —doblé la apuesta.

—¡Thiago! —me regañó—. Su abogado ya ha sido claro: no irás tras Pedro y te casarás. Es eso o las niñas seguirán en Rio Grande do Sul.

—Mierda —gruñí—. ¿Y dónde encuentro una esposa?

—No lo sé. Ya agotaste toda la lista nacional del Club de los Herederos, así que apáñatelas. —Colgó, molesta.

Guardé el móvil en el bolsillo y me acerqué a los guardias que vigilaban el edificio.

—Buenos días, doctor Zampieri.

—Buenos días. Pase lo que pase, no dejen que el doctor Mascarenhas salga de este edificio. Me voy, vuelvo en treinta minutos —les advertí.

—Entendido.

—Llámenme si insiste. Ese hombre no puede salir sin mi escolta.

Los guardias asintieron y yo salí a paso rápido por la Paulista hasta llegar a una manzana casi aislada. Un caserón antiguo, medio en ruinas, con señales de un incendio pasado, se alzaba ante mí.

Venía aquí siempre que necesitaba pensar y encontrar una solución.

A veces caminaba durante minutos hasta que mi mente lograba encontrar una salida para mis problemas, pero esta vez, estaba en un callejón sin salida.

En el camino de regreso al TRF3, saqué el móvil y llamé a Leonor Mendoza, quien contestó de inmediato.

—Qué sorpresa más agradable... —canturreó la mujer.

—Necesito tu ayuda.

—No, Thiago. Estás vetado del Club de los Herederos y sabes bien por qué. Eres un libertino, un sinvergüenza, un canalla malicioso que no quiere nada serio, solo corromper a mujeres de bien.

Escuché toda la bronca en silencio.

—Tú sabes muy bien cuál es el objetivo de mi club: unir parejas ideales de la alta sociedad. Pero tu objetivo es disfrutar de los placeres de la vida sin importar las consecuencias. Así que mi respuesta es no.

—Necesito una esposa, Leonor. —Suspiré—. Y sé que solo me tomarán en serio si es una esposa con tu sello de calidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Entonces le conté todo lo que estaba ocurriendo.

Y decidió darme una última oportunidad.

Capítulo 4

Kalinca Oliveira

Después de pasar todo el día en el hospital, volví a casa con un peso enorme en el corazón. Cuidar de la madre de Olivia me hizo pensar en la mía propia y en cómo siempre estábamos todos al borde del colapso.

Mi vida había sido así desde que tengo memoria: tapábamos una gotera y se abrían otras dos para arreglar.

Y por más que intentara ser fuerte y enfrentar todo de la forma más positiva posible, sentía que el cansancio me estaba venciendo.

—¿Cómo fue en el hospital? —preguntó mi madre.

Era una mujer alta, morena, siempre con el pelo recogido.

—Doña María está estable, pero la situación sigue siendo complicada. Olivia está allí, aguantando como puede —respondí,

intentando disimular el agotamiento en mi voz.

Fui directa a la cocina y abrí la nevera buscando algo para beber. Lo único que encontré fue agua fría, así que eso fue lo que tomé.

Bebí un vaso entero de una sola vez y luego me apoyé en el fregadero, con la cabeza inclinada hacia adelante, respirando hondo.

—¿Te pasa algo? Pareces enferma. —Una voz suave y metódica sonó detrás de mí.

Me giré hacia Priscila, mi hermana, y simplemente le dediqué una sonrisa para darle ánimo. Toqué la bata blanca que llevaba puesta como técnica de enfermería y le lancé mi mejor mirada de orgullo.

—No, estoy bien. Estás guapísima con la bata.

—Gracias. ¿Quieres que te compre algo? ¿Necesitas algún medicamento?

—Creo que solo un chocolate del tamaño de mi cara solucionaría mis problemas. —Bajé los hombros e intenté abrazarla.

Priscila no era muy fan del contacto físico ni de las expresiones exageradas de afecto. Así que me conformé con unos

golpecitos en la espalda y subí las escaleras.

—Voy a darme una ducha, ¡buen trabajo! —le dije, levantando la mano en señal de despedida.

—Vale. La abuela y las tías están en la iglesia, ¿vale? Dijeron que llegarán tarde —me gritó desde abajo.

Levanté el pulgar, indicando que la había oído.

Entré en el baño y abrí la ducha, dejando que el agua caliente arrastrara parte de la tensión que tenía encima. Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, pensaba en todas las formas en que nuestra vida podría haber sido distinta.

Si no fuera por las decisiones equivocadas que tomé a lo largo de los años, probablemente estaríamos mejor. Y esa culpa que me carcomía por dentro me hacía sentir que ni siquiera merecía estar viva.

El agua caliente me alivió temporalmente, pero pronto las preocupaciones regresaron y la ansiedad me invadió.

Lo intenté otra vez, abrí la ducha al máximo y dejé que el ruido, el vapor y la temperatura me sacaran de la realidad solo por un instante, mientras cerraba los ojos e imaginaba un mundo donde

había tomado todas las decisiones correctas, donde me gradué en Química en la USP, saqué a mi familia de aquí y no cargaba con el peso de haber arruinado la vida de mi hermana.

La realidad volvió rápido y con dureza cuando cerré la ducha y escuché voces en la cocina. Me sequé lo más rápido que pude, agarré la ropa limpia que había separado y me vestí.

Me peiné el pelo mojado y bajé las escaleras, intentando captar la conversación.

Un escalofrío recorrió mi espalda al ver a un hombre alto sentado en la cabecera de la mesa. Me hizo una seña con la mano y soltó una carcajada.

—Mira quién decidió unirse a nosotros...

Marco. El tipo que manejaba todo en este barrio. Intentaba controlar todo y a todos a su alrededor. Y, por desgracia, tenía a mi familia atrapada con tasas y "deudas" que él mismo inventaba a su antojo.

Sentí que el estómago se me daba la vuelta.

Odiaba cómo nos hacía sentir tan pequeños e impotentes.

Fui hasta la cocina con pasos lentos, mis piernas me traicionaban, apenas podía avanzar. Cuando me acerqué a la mesa, vi que el revólver en su cintura estaba a la vista.

Era un hombre corpulento, con una mirada feroz que mezclaba amenaza e indiferencia. Mi madre parecía pequeña y frágil a su lado, y Priscila, que normalmente era pálida, parecía haber visto un fantasma y estaba paralizada.

—Llegas tarde, vete al trabajo —le dije a mi hermana.

—No, no se va —dijo el hombre con un tono serio y autoritario.

—El hospital donde trabaja Priscila está lejos de aquí. Si no sale ya, puede perder el trabajo...

—Se va a quedar y a escuchar. —Señaló una de las sillas vacías en la mesa, indicándome que debía sentarme.

Y así lo hice.

Miré a ambas, intentando asegurarme de que estaban bien y que no habían sido agredidas.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí... Tu padre fue pastor durante cuarenta años, antes de morir. —Marco asintió sutilmente y miró

fijamente a mi madre—. ¿Un infarto, verdad?

—Sí. —La voz de mi madre apenas salió.

Era desesperante lo mucho que parecía saber sobre nosotras. Y peor aún era esa sensación de impotencia, de saber que él nos controlaba y que no podíamos hacer nada al respecto.

Ni la policía, ni los políticos, ni los jueces eran capaces de intervenir en una situación así.

—Hice una encuesta para saber qué opinan los vecinos del barrio sobre la iglesia y sobre vosotras... —Frunció el ceño y me miró largo rato—. Y es sorprendente lo mucho que esta familia es querida.

Mi madre no paraba de temblar.

Ella aguantaba el llanto, ni siquiera era capaz de mirarlo.

Yo, en cambio, lo miraba con calma. No le tenía miedo. Solo no cometía una locura porque sabía que tenía muchos hombres a su servicio y no iba a poner en riesgo a mi familia.

—Es admirable el trabajo evangélico que hace la familia Oliveira —elogió—. Donan cestas básicas, ayudan a los enfermos, visitan a los solitarios... buenos cristianos.

—Y por eso no debería haber una tasa para las iglesias en este barrio —gruñí.

—¡Kalinca! —me reprendió mi madre.

Pero no pude quedarme callada.

—Este barrio debería pagarle una tasa a su iglesia más antigua, que muchas veces evita que las familias pasen hambre o se queden sin agua ni electricidad.

Marco asintió de inmediato.

—Sí. Pero es caro mantener las cosas en este barrio, Kalinca. La seguridad, las calles bien asfaltadas, iluminadas, el nuevo parque infantil que estamos construyendo para los niños... —recordó.

Lo que más rabia me daba era que todo eso debería proporcionarlo el ayuntamiento. Pagábamos impuestos, teníamos derecho a una vida digna.

Pero los políticos llevaban años sin hacer su trabajo y aprovechados como Marco construyeron una especie de mafia italiana al estilo brasileño y se convirtieron en un poder paralelo.

—Sugerí una forma para que vuestra iglesia no pague tasas... —me miró con detenimiento.

Sentí asco y miedo cuando me miró como un perro hambriento.

Puse los ojos en blanco por dentro, pero mantuve la expresión neutra.

—Una tercera opción es cerrar la iglesia, por supuesto. —Se encogió de hombros—. Y seguir rezando para que no me enfade con tu comercio paralelo de productos de limpieza. No pagas tasa de comercio en este barrio.

—No vendo nada en este barrio, Marco. —Le guiñé un ojo.

Él asintió con una sonrisa maliciosa, como si estuviera calculando otras formas de acorralarme y obligarme a ser su mujer.

Ni en mis peores pesadillas haría eso.

Mi madre, sentada al lado, me miró con ojos cansados. Ya había escuchado eso muchas veces. Yo también.

—La iglesia de mi familia aporta un bien común a este lugar —intentó explicar mi madre.

—No me importa —la interrumpió—. Ahora las iglesias pagan tasas aquí. Si no pagan, las consecuencias no serán agradables.

Se inclinó sobre la mesa, con los ojos clavados en los míos. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, pero no aparté la mirada.

—Lo entiendo, Marco —dije finalmente—. Estamos haciendo todo lo que podemos. Solo necesitamos un poco más de tiempo.

Se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—Voy a dar un mes más de tolerancia, porque es una tasa nueva —dijo—. Pero si no tenéis el dinero, las cosas se pondrán feas para vosotros. Y no solo para vosotros, Kalinca. Para todos los que amas.

Se levantó, se ajustó la chaqueta y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia mí una vez más.

—No me hagas volver aquí para hablar de esto, Kalinca.

Asentí con la cabeza, incapaz de decir nada. Se fue, dejando un silencio pesado en la cocina. Mi madre me agarró la mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo va a salir bien, mamá, te lo prometo —afirmé, fingiendo estar segura—. Voy a solucionarlo, conseguiré el dinero.

Mientras me abrazaba, sentí que el peso de la responsabilidad aumentaba aún más. Las próximas semanas serían cruciales.

Necesitábamos encontrar la manera de pagar esa deuda.

Y rápido.

—Puedo darle mi sueldo —dijo Priscila—. Tengo algo de dinero guardado en el banco, y...

Fui hacia ella de inmediato, como si las paredes pudieran escucharnos, y le cubrí la boca con la mano.

—Tú no tienes dinero. —La miré con seriedad—. Y el que tengas, lo vas a guardar para tu universidad. ¿Estamos?

Asintió en silencio.

Después de que Marco se fue, la tensión en casa pareció disminuir un poco, pero la sensación de urgencia seguía allí.

Mi madre intentó sonreírme, pero vi el cansancio en sus ojos. Se levantó despacio y se fue al cuarto, dejándome con Priscila en la cocina.

—¿Crees que les arruinamos la vida? —murmuró Priscila.

Yo me lo preguntaba todos los días, pero rara vez lo decía en voz alta.

—Desde que nos adoptaron, hace veinte años, parece que todo les sale mal... —bajó la mirada.

—De eso no hablamos, ¿vale? —Le acaricié el hombro—. Algún día vamos a salir de aquí, muy lejos. Y vamos a cuidar de ellos, igual que ellos cuidaron de nosotras.

—¿Y hasta entonces qué hacemos? ¿Nos sometemos?

—Sobrevivimos. —Terminé de peinarme y señalé la salida—. Vamos, te acompaño al metro.

—Ya no soy una niña, Kalinca, sé ir sola.

—Pero no vas a ir sola —gruñí—. Y cuando vuelvas por la mañana, me llamas para que vaya a buscarte. ¡Nada de andar por aquí sola ni hablar con desconocidos! —la advertí.

Priscila refunfuñó por lo bajo y fue a recoger sus cosas. Yo subí a buscar una chaqueta y luego me quedé en la sala, mirando la foto de la familia en la pared. Mi madre y mi padre adoptivo sonreían juntos, como si fuera el día más feliz de sus vidas.

Pasaron años intentando tener hijos, nunca lo consiguieron, hasta que nos encontraron. Mi abuelo alzaba la Biblia, radiante, como si hubiese presenciado un milagro, y mi abuela lo abrazaba.

Me prometí a mí misma que no dejaría que nuestra familia se desmoronara.

Eran todo lo que tenía.

Y me iba a esforzar el doble para demostrar que, de verdad, Dios los había bendecido.

Capítulo 5

Kalinca Oliveira

Unos meses después.

Todo el dinero que ahorré durante dos años fue absorbido por Marco y sus tasas absurdas, pero mi familia mantuvo la iglesia abierta y se volcó aún más conmigo en la venta de nuestros productos de limpieza.

Después de recorrer la zona noble de São Paulo y lograr vender a algunas tiendas, volví a casa en metro.

Era la oportunidad perfecta: hora punta, el sitio abarrotado de gente, rostros cansados apretujados en los vagones. El escenario ideal para despachar los últimos cinco que me quedaban.

—¡Marihuanaaaa! —Aplaudí fuerte y empecé a gritar—. ¡Porro del diablo, uno por diez, dos por quince! ¿Quién quiere llegar a casa y echar una calada?

Eso siempre llamaba la atención de la gente, que distraída y cansada tras un largo día de trabajo, empezaba a reírse y a mirarme.

—¿Quién quiere comprar drogas?

El susto en sus caras siempre me sacaba una carcajada.

Las cabezas se giraban hacia mí, algunas personas abrían los ojos como platos, otras se santiguaban. Algún que otro colgado sacaba dinero del bolsillo y pedía un cigarro, con todo el morro.

—Ahora que tengo vuestra atención, puedo hablar. Me llamo Kalinca, vendo productos de limpieza e higiene que yo misma fabrico. Nada aprobado por Sanidad...

Seguí con mi discurso para quitarme de encima la mercancía atascada y cerrar el día con buen margen de beneficio, cuando lo vi.

La multitud delante de mí empezó a abrirse, como las aguas del Mar Rojo, y un hombre alto y corpulento se dirigía hacia mí.

No era solo grande, era enorme.

El bastón premiado de Moisés, la trompeta del Apocalipsis, un pedazo de pecado de casi dos metros de altura, trajeado, con corbata y gafas de sol. El pelo largo recogido en un moño samurái,

como si Rapunzel se hubiese puesto testosterona, hiciera crossfit y se vistiera como un ejecutivo.

Un bombón.

El tipo de hombre que cualquiera notaría aunque estuviera a kilómetros de distancia.

Y venía directo hacia mí, como un todoterreno BMW 4x4, con toda la pinta de que iba a atropellarme.

Yo, por supuesto, me quedé justo en medio, con los brazos abiertos y una sonrisa enorme.

—¿Un porrito, señor? —solté con sarcasmo.

A través de las gafas oscuras vi que sus ojos estaban clavados en mí, como un depredador que acaba de encontrar a su presa. Mi instinto encendió todas las alarmas y algo dentro de mí gritó que saliera corriendo, pero mis piernas, traidoras como siempre, decidieron congelarse.

Todo lo que pude hacer fue quedarme allí, quieta, mirándolo mientras se acercaba.

—¿Qué dijiste? —preguntó con una voz grave, casi ronca.

Sabía que tenía que responder, pero se me secó la boca y las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta.

Parecía tan serio, tan determinado e irritado, que lo último que quería era meterme en problemas. Así que, en lugar de admitir que estaba bromeando, solté lo primero que me vino a la cabeza:

—¿Te apetece darle una calada al chupete del demonio?

Parecía no creerse lo que estaba viendo.

Vi cómo entrecerraba los ojos y, antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, extendió la mano y me agarró una de las bolsas.

—¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo? —grité.

El pánico se apoderó de mí.

—Señora, su mercancía está siendo confiscada para inspección —respondió con voz autoritaria, sin dejar lugar a discusión—. Y si desacata, la llevaré a comisaría.

—¡Era solo una broma! ¡Lo hago siempre y nunca ha pasado nada! ¿Quién te crees que eres?

—Policía.

"¿Policía?" Fruncí el ceño, con el corazón acelerado.

Parecía serio, pero ¿quién va por ahí con un traje así en el metro y además con el pelo largo? Algo no cuadraba.

—¡Aquí no hay nada ilegal, grandullón! —protesté, intentando recuperar la bolsa.

Era mucho más fuerte que yo, por supuesto, y ni se inmutó con mi tirón. En lugar de eso, empezó a hurgar dentro de la bolsa.

La sangre me empezó a hervir.

¿Quién se creía que era ese tipo? ¿Solo porque era grande y tenía pinta de policía, creía que podía ir por ahí confiscando las cosas de la gente?

—¡Devuélvame eso!

—Baje el tono conmigo.

—¡Bájalo tú, gilipollas! —Reuní toda la fuerza que tenía y lo enfrenté—. ¡No puedes simplemente agarrar mis cosas así! ¿Dónde está tu orden judicial?

Pareció sorprendido por un instante. Me miró de arriba abajo y yo, que no me tragaba humillaciones, hice lo mismo con él.

—No necesito orden cuando se trata de flagrante delito.

—Pues pilla esto.

Como vi que no iba a rendirse, hice lo único correcto que se puede hacer en una situación así: metí las manos en la bolsa, agarré los dos desinfectantes que me quedaban y salí corriendo.

—¡Vuelve aquí! —rugió detrás de mí.

—¡Apartaos! —Empujé a todo el mundo que se me puso por delante.

En cuanto llegamos a la estación cercana a mi casa, bajé del vagón y me abrí paso a codazos entre la multitud.

—¡No me hagas pedir refuerzos! —gruñó, a unos metros de distancia.

—¡Llama hasta al papa si quieres!

Con el corazón a mil, jadeando y armada con mi sabiduría de escape, lo único que se me ocurrió fue lanzarle una de las botellas.

Puedo jurar que en las películas habría sido más emocionante. Esperaba darle en el ojo, en la boca, quién sabe, en la entrepierna... pero el objeto solo golpeó su pecho con un ruido sordo y cayó al suelo.

El melenudo se quedó quieto un segundo, sorprendido, y luego me miró con una expresión que no supe descifrar.

Hay una teoría que dice que si un hombre y una mujer se miran más de siete segundos, solo puede significar una cosa: o él quiere acostarse contigo o matarte.

Así que esperé su reacción para saber cuál de las dos opciones iba a elegir.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —se burló y corrió con más ímpetu detrás de mí.

—Mierda —murmuré.

Apreté la mochila contra mi espalda y con la mano libre abrí la botella, derramando el líquido mientras subía las escaleras.

—¡No, esto no es lo mejor que puedo hacer! —grité de vuelta.

Corrí como si la vida me fuera en ello, atropellando a la gente, tropezando con sus pies, pero sin mirar atrás. El sonido de su respiración me puso los pelos de punta, y la forma tan violenta en que me miró la última vez que nuestros ojos se cruzaron me decía que, si dejaba que me alcanzara, estaba perdida.

—¡Vuelve aquí! —gritó él, pero yo lo ignoré.

En cuanto salí de la estación, busqué el taxi más cercano y no descansé hasta lanzarme al asiento trasero gritando:

—¡Arranque, señor! ¡Conduzca!

—¿Adónde?

—¡Al infierno! ¡A donde sea! ¡Rápido, me están intentando robar!

"Me están intentando robar" es una palabra mágica en São Paulo si necesitas que el conductor pise a fondo y arranque sin hacer muchas preguntas sobre por qué una loca despeinada que huele a lavanda y flores casi se está quitando el sujetador en su coche para poder respirar.

—¿Está más tranquila, señorita?

—Sí. Puede parar.

—¿Cómo dice? ¿Pero cuál es su destino? ¿A dónde va usted? —El hombre estaba desconcertado.

No más que yo al ver a ese león corriendo tras de mí.

—Puede parar, señor, desde aquí me las arreglo, gracias. —Saqué dos billetes de diez reales y se los tendí.

—¿Está segura? Por aquí hay gente muy peligrosa...

—Señor, yo soy de la Zona Este, aquí todo el mundo me conoce… y si quiere saber, no hay nada más peligroso en este mundo que una mujer después de perder dinero.

—Ok. Usted manda.

Bajé del coche, llené los pulmones con la brisa de la noche y me ubiqué rápidamente para poder volver a casa.

No sin quejarme, claro.

—Ay, mi desinfectante de lavanda...

Capítulo 6

Kalinca Oliveira

Solo me sentí realmente tranquila cuando cerré el portón de casa con llave y entré. Espié por encima del hombro para asegurarme de que no me habían seguido; llevaba quince minutos haciendo eso y no había visto ni un alma en la calle.

Suspiré, pensando en la tormenta en que se había convertido mi vida.

Estaba siendo prácticamente coaccionada para pagar la tasa del dueño del barrio, y ahora corría el riesgo de ni siquiera poder vender mis productos de limpieza en el metro porque a un loco le molesté.

No sabía si era Mercurio retrógrado, mal de ojo o alguna brujería que me habían echado, solo pensaba que tenía que ir a la iglesia a rezar y pedir una unción, porque la cosa no estaba fácil.

Cuando finalmente abrí la puerta de casa, lo primero que noté fue el silencio. No había sonido de tele, ni conversaciones, ni risas, ni el olor de la cena.

En su lugar, el aire estaba cargado de tensión, como si algo terrible estuviera a punto de pasar… o ya hubiese pasado.

—Marco, si eres tú, te juro por Dios que voy a...

No pude terminar la frase.

En cuanto di unos pasos, vi a Olivia sentada en el suelo, encogida, con la cara enterrada en un cojín. Sus hombros temblaban de una forma que me hizo detenerme en seco, el corazón se me encogió en el pecho.

—¿Qué es esto, una entidad? Olivia, si es Pomba Gira, te juro que le meto una paliza a ella y a ti, hoy no estoy para tonterías —solté entre dientes.

Guardé silencio y me di cuenta de que estaba llorando.

No era un llanto cualquiera, era de esos llantos desesperados, de dolor profundo, en los que el aire se escapa, falta, y el sonido apenas sale.

—¿Qué ha pasado? —Me arrodillé frente a ella.

Si las cosas estaban mal para mí, para Olivia tenían que estar mucho peor.

Cuando fue a sustituir a su madre en casa de un juez poderoso como empleada, acabó llamando su atención y el hombre se enamoró de ella. Tuvieron algo intenso, ardiente, envolvente… pero mi querida amiga descubrió, en un viaje a Disney, que estaba embarazada.

Acababa de regresar de Estados Unidos. Debería estar feliz por el embarazo.

—¿Olivia? —la llamé, acariciándole el hombro—. Cuéntame qué pasó.

Cuando levantó la cara del cojín, vi que la tenía morada. La abaniqué y la ayudé a respirar. Pasamos largos minutos trabajando su respiración, y aun así no lograba decir una sola palabra.

Entonces me quedé a su lado, esperando con paciencia. Porque eso es lo que hacemos la una por la otra. Cuando el silencio se vuelve insoportable, cuando el peso es demasiado para llevarlo sola, ella sabe que puede contar conmigo.

Y hoy, aunque estuviera al borde del colapso mental y lista para sufrir un ictus, al verla tan frágil me sentí lista para ser la roca

que necesitaba.

—Le conté a Daniel lo del embarazo… y no reaccionó bien.

—¿No reaccionó bien? —Arqueé una ceja.

—Él...

—Respira. No te esfuerces, tómate tu tiempo. —Le masajeé los hombros.

—Confié en él, Kalinca. Pensé… pensé que me iba a apoyar... —Olivia lloró de una forma que me partió el alma.

—No fue culpa tuya, te lo aseguro. —Apoyé mi cabeza en la suya—. No eres la culpable en esta historia.

—¿Pero por qué rechazó al bebé así? Parecía que yo no significaba nada para él... —susurró con la voz rota.

Sabía que eso era lo que más la hería.

Olivia siempre había sido sensata, nunca de aventuras locas, pero confió en el juez Daniel porque era un hombre mayor, experimentado, que parecía estar realmente interesado en ella.

Pensó que estaban construyendo algo especial, algo diferente, pero lo peor de todo es que fui yo quien la animé.

Y me sentía una mierda por eso.

—Si fue un cobarde incapaz de afrontar las consecuencias de sus actos, no eres tú la que pierde nada. —Apreté la mano de Olivia.

—Incluso dijo que nadie debía saber que él era el padre de mi bebé… que quería mantener intacta su imagen. —Sollozó.

La rabia me hirvió por dentro, pero por fuera me mantuve fría. Olivia necesitaba a alguien fuerte a su lado y, si había venido a mí, yo iba a ser esa persona.

—Levanta la cabeza.

—No puedo. ¿Cómo voy a contárselo a mi madre, Kalinca? ¿Cómo voy a sobrevivir con un niño?

—Él es el padre, tendrá que asumir su responsabilidad también. —Crucé los brazos.

—No quiero nada de él —murmuró.

—¿No quieres qué? —Entrecerré los ojos, intentando escuchar mejor.

—No quiero volver a verlo nunca más.

—Ah, eso sí —asentí—. Pero va a hacerse cargo de su parte, aunque tenga que llevarlo a los tribunales para exigir tus derechos. ¡Nadie hace un bebé solo! —dije con firmeza—. ¿Lo hiciste tú sola? ¿Con el dedo?

Olivia volvió a llorar… y a reír al mismo tiempo.

—¡Soy tan idiota por haber imaginado un futuro con él!

—No, Olivia, no eres idiota. Tienes el corazón puro y te entregaste, con cuerpo y alma. El culpable aquí es él. ¡Él es el padre, tenía que haberse quedado a tu lado! ¡Tenía que estar enfrentando esto contigo!

Ella asintió con la cabeza.

Cerré los ojos para contener la rabia.

¡Qué asco de hombre! ¿Por qué estos imbéciles son así? ¿Por qué siempre lo arruinan todo?

—¿Por qué hizo eso? —preguntó.

—Porque los hombres siempre huyen de la responsabilidad. —Suspiré—. No, hombres no. ¡Niñatos! Un hombre de verdad asume las consecuencias de todo.

Sabía que ella aún no estaba lista para sentir rabia hacia Daniel, pero necesitaba recordarle que, pasara lo que pasara, no estaba sola.

—Lo importante es que tú eres lo suficientemente fuerte como para cuidar de tu bebé sin él.

—¿Y si no lo soy, Kalinca?

—Amiga, deja de escuchar a Lana Del Rey y empieza a oír a la Gallina Pintadita. Cámbiate la vibra, cambia el chip, reinicia.

—Sí...

Después de un rato, Olivia se levantó y yo hice lo mismo.

—¡Eso! ¡Muy bien! —Aplaudí—. Lograste levantarte, ahora tienes que salir del fondo del pozo.

Se rió un poco, pero enseguida su rostro volvió a cerrarse. Sabía que, en el fondo, lo que realmente quería era el apoyo y el cariño de Daniel.

Y lamentablemente, eso no podía dárselo. Pero podía intentar mantenerla en pie.

—Necesito tomar aire —dijo, antes de salir hacia el patio.

Me quedé en la sala un momento, escuchando el sonido amortiguado de su respiración, intentando decidir si debía seguirla o dejarla sola con sus pensamientos. Al final, decidí que necesitaba ese momento de soledad, de enfrentarse a sus demonios internos.

Mientras Olivia estaba fuera, me senté en el sofá, cogí el móvil y escribí en la barra de búsqueda de Google: curanderas São Paulo.

—Necesito a alguien que me azote con un kilo de ruda para ver si este mal espíritu sale de mi vida, de mi familia y de mis amigos.

Al cerrar los ojos, fue como si una sombra estuviera allí, esperándome. Un hombre alto y fuerte, de ojos azules tras unas gafas oscuras. Trajeado. Corriendo detrás de mí como una bestia salvaje, y yo corriendo con todas mis fuerzas para sobrevivir.

Cuando Olivia volvió, suspiré y abrí los ojos.

Tenía el rostro empapado en lágrimas y los ojos rojos, pero parecía haber tomado una decisión.

—Voy a seguir adelante y enfrentar esto, aunque tenga que hacerlo sola —dijo.

—Esa es la Olivia que yo conozco —afirmé, orgullosa de ella.

Me sonrió, una sonrisa que decía que, a pesar de todo, iba a salir adelante. Y yo sabía que sí. Olivia era una de las personas más fuertes que conocía.

—Vamos a cambiar de tema, quiero olvidar lo deprimente... ¿cómo fue tu día?

Casi me echo a reír.

Porque no se me ocurrió nada más deprimente que perder dos productos. Bueno, dos no: uno lo usé para perfumar el metro, así que solo perdí uno. Siete reales.

Parece poco, pero al final del día, es una bolsa de pan.

—Perdí un producto de limpieza. En realidad, me vi obligada a deshacerme de él.

—¿Qué? —Olivia se limpió la cara y me miró, impactada.

—Un loco empezó a perseguirme, de la nada. Así que le lancé una botella de desinfectante de lavanda.

—¿Por qué hizo eso?

—No sé... ¿quería matarme? ¿Quería acostarse conmigo? No llegamos a los siete segundos.

—¿Siete segundos? —Olivia frunció el ceño—. ¿No eran quince?

—En la versión de tu abuela, sí —fruncí los labios—. En mi versión son siete.

—Qué rápida tú... —Olivia me juzgó con la mirada.

Y estuve a punto de recordarle que la embarazada no era yo.

—La vida es demasiado corta. No tengo tiempo que perder. Aquí es: resbaló, se agachó, zas.

Mi amiga se dejó caer en el sofá y empezó a reír, yo me crucé de brazos, conteniendo la risa.

—En siete segundos te da tiempo hasta de decidir cuántos hijos quieres tener con la persona, depende del caso.

—Lo sé.

—A mí me bastaron cinco segundos para enamorarme de Henry Cavill. —Levanté la barbilla con mi mejor cara de descarada—. Y quedar embarazada psicológicamente de él.

Y así terminamos la noche. Riéndonos de nuestras desgracias.

Capítulo 7

Thiago Zampieri

Soñé con ella.

Ojos castaños, bajita, esa sonrisa fácil que se apagó enseguida para mirarme como si me odiara.

Casi logré alcanzarla, pero era pequeña y rápida. Se escondió entre la multitud y ganó ventaja; cuando intenté seguir su rastro, la perdí.

Fue el mejor sueño que tuve en mucho tiempo. Y no conseguía sacarla de mi cabeza, tratando de reconstruir con la imaginación cada detalle: su nariz pequeña, los labios bien delineados, el cabello ondeando al viento.

Como una especie de mantra, intenté visualizarla por todas partes desde que salí de casa, tomé el coche y conduje hasta la mansión del juez Mascarenhas.

La busqué en el paso de peatones de la Avenida Paulista, corriendo en sudadera por la acera, entrando en la panadería para tomar el desayuno. Pero ningún rostro ni cuerpo se parecía al suyo, y eso me ponía de muy mal humor.

Cuando llegué a la propiedad de la familia Mascarenhas, me informaron que Daniel quería verme en su despacho.

En cuanto lo encontré, sentí que había algo distinto en el ambiente.

Aquel hombre siempre mantenía una postura rígida, casi inquebrantable, pero hoy parecía que algo había cambiado.

Me senté en la silla frente a él, esperando a ver qué tenía que decir. Estaba más serio de lo habitual. Esperaba que, tras sus vacaciones en Estados Unidos, regresara como nuevo, sobre todo porque su humor había mejorado mucho en los últimos meses.

—Quiero prescindir de tus servicios —dijo, con un peso en la voz que no me esperaba.

No mostré ninguna reacción, simplemente lo observé con interés.

—Ya no necesito que sigas en la mansión.

—Doctor Mascarenhas, ¿qué ha pasado? —pregunté, intentando mantener la compostura, aunque en realidad estaba genuinamente confundido—. Mi función principal es garantizar la seguridad de su familia. En los últimos siete años he cumplido con ese propósito, tanto que, incluso habiendo aprobado el concurso para comisario, seguí en el cargo porque usted no confía en nadie más.

—Te necesito en otro sitio —respondió, con un tono que me dejó aún más intrigado—. Vigilando y tomando todas las precauciones necesarias alrededor de Olivia. Asegúrate de que esté segura y estaré satisfecho.

Olivia. La joven que había empezado a trabajar en la casa hacía unos meses. Sabía que era importante para él, pero ¿hasta qué punto? Mi responsabilidad era con él y con su hija pequeña, no con personas fuera de su círculo inmediato.

—Doctor, hemos hecho un trabajo excelente durante estos siete años.

—Sí.

—He interceptado todo tipo de amenazas relacionadas con usted y su hija. Estoy aplazando mi toma de posesión como

comisario de la Policía Federal solo para seguir protegiéndole. Usted es uno de los jueces más importantes de este país.

—Y te lo agradezco, Thiago.

Al llamarme por mi nombre, supe que el asunto era realmente serio.

—Olivia no es cualquiera —Mascarenhas respiró hondo.

—A ver, doctor… no puedo simplemente abandonar mi puesto para proteger... ¿a la niñera? —pregunté, alzando una ceja.

Había algo más en esa historia, algo que aún no me había contado.

—Ya no trabaja aquí.

—Ajá. ¿Seguro que todo fue bien en ese viaje? —La provocación se me escapó antes de poder contenerla.

Algo estaba claramente mal, y necesitaba saber qué era.

Daniel guardó silencio un momento, como si estuviera pensando cómo explicarme mejor. Lo conocía lo suficiente como para saber que no tomaría esa decisión a la ligera.

—Olivia está embarazada —dijo, como si se quitara un peso de encima.

Sus palabras me pillaron por sorpresa. ¿Embarazada? ¿Eso era lo que intentaba ocultar?

—Y sé que estás familiarizado con mi historia, después de todo, eso fue lo que te trajo a mí hace años —continuó, como si quisiera darme más contexto.

—Afirmativo —respondí, intentando encajar las piezas del rompecabezas.

—No voy a permitir que su embarazo cause complicaciones... personales. —Se aclaró la garganta, visiblemente incómodo—. Y me gustaría que la protegieras discretamente, sin que ella lo note. No quiero causar revuelo, pero creo que es importante garantizar que esté a salvo. Y no hay nadie en quien confíe más que en ti.

Mi ego se sintió halagado al oír eso. Me alegré y me sentí agradecido por el reconocimiento.

Sabía que esto era serio, pero al mismo tiempo, era la primera vez que Daniel me pedía algo tan... personal. Mi trabajo siempre había sido proteger su vida y la de su hija, Beatriz, pero

ahora me pedía que cuidara a una mujer que, hasta donde yo sabía, era solo una empleada.

—Voy a tener que informar al comando —dije, porque era lo que debía hacer en situaciones así.

—No puedes —respondió rápidamente, lo que solo aumentó mi desconfianza.

Me recosté en la silla, crucé los brazos mientras analizaba sus palabras. El juez siempre había seguido las normas, así que ese cambio repentino de actitud me dejó intrigado.

—¿Desde cuándo el juez Mascarenhas dejó de seguir las reglas?

—Desde que hacerlo podría ponerla en peligro. Su vida es más valiosa que la mía.

—No lo es —respondí, sin pensar—. Es un embarazo, no una sentencia de muerte.

—Sí. Pero lleva un hijo mío, así que su vida es más importante que la mía —insistió, con una firmeza que me hizo entender lo serio que era para él—. Será temporal, Thiago. Mientras

tanto, buscaremos a alguien particular para el trabajo, pero ahora mismo, solo confío en ti.

Confianza. Esa palabra tiene un peso que pocos comprenden. Y cuando Daniel la pronunció, no pude evitar sentir una mezcla extraña de honor y responsabilidad. Me estaba confiando algo que claramente era de gran importancia para él.

—Gracias —dije, sintiendo el rostro un poco acalorado—. Se agradece oír eso de usted.

—Y por favor, no le digas a nadie más lo del embarazo —pidió, y supe que hablaba en serio.

—Sobre eso... ¿quién más lo sabe?

—Tú, Olivia, Fernanda —mi compañera de trabajo, que lo descubrió— y yo —respondió sin vacilar.

—Bien. Si algo se complica, será más fácil saber de dónde ha salido —comenté, más para mí que para él. Pero el hecho de que tan pocas personas lo supieran dejaba claro lo delicado de la situación.

—No va a complicarse nada —dijo con firmeza, como si intentara convencerse tanto a sí mismo como a mí—. Escúchame,

Thiago, si algún día tienes que tomar una decisión entre mi vida y la de Olivia, quiero que elijas protegerla a ella.

—¿Y que me abran un proceso disciplinario? —bromeé, intentando romper la tensión.

—Thiago —gruñó, claramente sin ver la gracia—. Hablo en serio.

Me quedé callado un momento, procesando todo.

Daniel me estaba pidiendo algo que iba más allá de mi deber, algo que exigía lealtad absoluta. Y aunque no era el tipo de hombre que se apega fácilmente, había algo en la forma en que hablaba de Olivia que me hizo querer ayudar.

—Usted es un hombre responsable.

—Nada de halagos, por favor —replicó, pero vi que apreciaba el gesto—. Sal ahora mismo y ve a su casa, sé su sombra, infórmame si ocurre algo.

—Misión dada es misión cumplida, doctor. Me aseguraré de que Olivia esté a salvo —declaré, levantándome de la silla.

Salí del despacho intentando entender cómo en tan solo unos meses la vida de ese hombre había dado un giro. Y pensé en la

mejor manera de cobrarle este favor: pidiéndole su ayuda para obtener la custodia de mis sobrinas.

El caso seguía atascado, incluso con la ayuda de Mendoza no había conseguido un compromiso falso. Todas las mujeres querían algo serio y lo único que yo quería era huir de una relación.

Conduje hasta la dirección que me había dado, aparqué el coche unas calles más arriba, fuera del campo visual de Olivia por si salía de casa.

Si el juez Mascarenhas quería discreción, eso era lo que iba a tener.

Me quedé un rato observando la casa, verificando las entradas, las salidas, y cualquier cosa que pudiera representar una amenaza. Todo parecía tranquilo, pero sabía que la calma siempre engaña.

Fue mientras estaba sentado en el coche, que la vi.

La mujer a la que había perseguido el día anterior.

¿Qué era eso? ¿Un encuentro casual? ¿Una coincidencia? ¿O algo más? No podía dejar de pensar en ella, en la forma en que no

se dejó intimidar, en ese valor mezclado con cierta insensatez que rara vez encontraba en alguien.

Pasó junto a mi coche, pero decidió detenerse. Se quedó frente a la ventanilla mirando su propio reflejo, comprobando el escote de su top deportivo, girando para mirar su propio culo.

Juro que quise bajar la ventanilla solo para ver su reacción, pero no podía permitir que escapara otra vez. Me quedé en silencio, apenas respirando, mientras la veía bajar por la calle y... ¡entrar en casa de Olivia!

Algo en esa mujer me removía por dentro, de una manera que todavía estaba intentando entender.

Y ahora, aquí estaba yo, con una nueva misión, y acabo de descubrir dónde vive y a dónde va. Peor aún, es amiga de Olivia.

¿Qué significaba eso? No lo sabía.

Pero algo me decía que lo nuestro no había terminado.

Un rayo no cae dos veces en el mismo sitio, pero si cae dos... caerá tres.

Y de alguna forma, esa idea me tenía aún más obsesionado con ella.

Capítulo 8

Kalinca Oliveira

Esa mañana me desperté con un presentimiento extraño, como si algo estuviera a punto de suceder. No era la primera vez que lo sentía, pero sinceramente, después de todo lo que había pasado últimamente en mi vida, siempre espero lo peor.

Después de ser rechazada por ese juez hijo de su madre, Olivia estaba destrozada. Y la única forma que encontré de distraer a mi amiga fue acompañarla a repartir currículums durante el día. Por la tarde, las dos vendíamos productos de limpieza para conseguir algo de dinero.

Ver a mi amiga tan apagada me dejaba sin suelo.

Sabía que estaba haciendo todo lo posible por seguir adelante, pero con cada negativa que recibía, con cada puerta que se le cerraba, parecía hundirse más y más.

Y, francamente, eso me estaba irritando.

No con ella, sino con un mundo que parecía conspirar contra nosotras.

—¿Y si nadie me contrata por estar embarazada?

—Perderán a una profesional excelente. —Le cogí la mano—. Deja de tener pensamientos emo y pásate al góspel. Canta conmigo: maestro, necesito 1739 milagros...

La verdad es que, en el fondo, yo también estaba preocupada.

No solo por Olivia, sino también por mí.

Vender en el metro se estaba volviendo cada vez más difícil e insalubre, y sabía que teníamos que encontrar una solución mejor.

—¿Y si no me contratan por ser madre soltera? Mi madre está hecha polvo por culpa de esa estafa, y mi padre solo piensa en beber. —Soltó una risa triste—. No podemos contar con él. ¿Quién va a cuidar del bebé cuando tenga que trabajar?

—Amiga, un problema a la vez. Primero cuidamos del presente, luego nos ocupamos de todo eso —intenté tranquilizarla, aunque yo misma empezaba a notar el peso de las preocupaciones.

—Y todavía está lo de la USP, que dejé... el internado que abandoné...

Lo único que interrumpía las lamentaciones de Olivia era trabajar, eso parecía devolverle el ánimo, aunque fuera solo por unos minutos.

Así que, mientras el metro avanzaba, Olivia y yo nos separamos, cada una por un lado del vagón para ofrecer nuestra mercancía.

Las ventas estaban flojas, y el desánimo empezaba a apoderarse de mí. Habíamos logrado vender algunas cosas, pero no lo suficiente como para sentirnos optimistas.

Cuando nos reencontramos al final del vagón, ambas con cara de agotadas, Olivia se detuvo de repente y miró a su alrededor, como si hubiera sentido algo.

—Qué sensación tan rara —se rascó la nuca.

—No me digas que vas a vomitar. Ay, tengo pavor al vómito.

—No es eso. —Miró por encima de mi hombro—. Siento que he visto una cara conocida...

—Claro, guapa. Toda la Zona Este en el metro. Como diría Carlitos Marx: "Si la clase obrera todo lo produce, entonces está en el metro" —bromeé.

Ella seguía mirando alrededor, y de repente vi cómo sus ojos se clavaban en alguien al otro lado del vagón. Su expresión cambió, y supe en el acto que algo andaba mal.

—Vamos a bajarnos en la próxima estación —avisó.

—Amiga, ni siquiera hemos vendido la mitad... —Puse morros.

Me lanzó una mirada decidida, dejando claro que no había discusión. Se posicionó cerca de la puerta y, en cuanto el metro se detuvo, salimos rápidamente del vagón.

La seguí, aún intentando entender qué estaba pasando, hasta que se detuvo de golpe y gritó:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Sé que estás ahí! —Olivia señaló con el dedo a un hombre que intentaba camuflarse entre la multitud.

Lo reconocí de inmediato.

Era el mismo hombre que había intentado confiscar mis productos aquel día en el metro. Ese grandullón de pelo largo que no podía quitarme de la cabeza desde entonces.

—¿Qué estás haciendo, Olivia? —pregunté, aún sin comprender.

—Es... Thiago. Creo que ese es su nombre —respondió, con los ojos fijos en él.

—¿Thiago? ¿Quién demonios es Thiago? —pregunté, confundida.

—Thiago Zampieri. Trabaja para Daniel.

Al oír el nombre "Thiago Zampieri", muchas cosas pasaron dentro de mí. Primero, el estómago se me encogió y mi cuerpo se paralizó. Una náusea mezclada con vértigo se apoderó de mí y todo se volvió borroso. La multitud frente a mis ojos se transformó en una gran mancha.

Respiré hondo y di unos pasos hacia atrás, mientras negaba con la cabeza. Todos los pelos de mi cuerpo se erizaron, y cuando lo vi acercarse, me sentí pequeña como una niña delante de él.

Olivia lo miró con rabia, mientras él se acercaba lentamente, con las manos levantadas en señal de rendición.

—Olivia, escúchame, no necesitamos esto... —empezó a decir, pero ella lo interrumpió levantando la mano.

—¿Por qué me estás siguiendo? —exigió, con la voz firme.

Thiago mantuvo la calma, pero sus ojos estaban centrados en Olivia, y pude ver que se tomaba muy en serio lo que estaba ocurriendo.

—Mi trabajo es garantizar la seguridad del juez Mascarenhas y de las personas asociadas a él. Incluida tú —dijo con un tono autoritario.

Me quedé quieta delante de él, esperando que me reconociera, pero Thiago ni siquiera me miró. Mi rabia creció. ¿Ahora, además de todo, Daniel nos estaba vigilando? ¿Y usando a este tipo para hacerlo? Eso era inaceptable.

—¿Crees que soy una amenaza? ¿Crees que voy a hacerle algo? —Olivia lo desafió, avanzando hacia Thiago.

—Negativo. Mi objetivo es asegurarme de que todos los miembros de la familia Mascarenhas estén protegidos —declaró, acercándose a Olivia y sujetándola del brazo de una forma que me hizo hervir por dentro—. Y, por favor, baje el tono de voz, estamos en un lugar público.

Fue la gota que colmó el vaso.

—¡Eh! —Le agarré el brazo y lo aparté—. ¡Suelta a mi amiga!

Nuestras miradas se cruzaron y, por un mísero segundo, fue como si el tiempo se detuviera. Ese brillo en sus ojos, la forma en que me miró... Aún no sabía si me había reconocido, pero vi cómo se le dilataba la pupila y se le erizaban los pelos del brazo.

Teníamos un asunto pendiente.

—Tú... —gruñí, recordando nuestro último encuentro—. Olivia, sujétame la peluca. —Me arranqué la lace de la cabeza y se la lancé a ella, quedándome solo con la redecilla, como si me estuviera preparando para una pelea.

—Señora, soy agente de la Policía Federal, por favor, aléjese —advirtió con cierta indiferencia.

—¡Voy a partirte a ti y a la Policía Federal si vuelves a tocar a mi amiga! —Lo amenacé, avanzando hacia él, lanzando puñetazos al aire y patadas al vacío, lista para todo, incluso para caerme.

Olivia estaba entre la risa y el llanto, mientras yo estaba poseída por una mezcla de rabia y adrenalina. Thiago parecía intentar mantener la calma, pero pude ver que él también sentía la tensión.

—¡Soy cinturón morado de jiu-jitsu! —le advertí.

—Y yo soy cinturón negro. Y no quiero darte una paliza, señora —respondió con una calma que me sacaba de quicio.

—¿¡Señora!? —Reí, me arranqué la redecilla y se la tiré a Olivia—. ¡Te voy a reventar, capullo!

—Dale, ven —Thiago adoptó una postura defensiva, llamándome con la mano.

—¡Ya está bien los dos! —intervino Olivia, enfadada y claramente conteniendo una carcajada—. ¡Están actuando como dos críos!

—¡Fue él, Olivia! —Lo señalé, como si denunciara un crimen —. ¡Fue él quien intentó confiscar mis productos aquel día, ¿recuerdas? El melenudo con cara de amargado!

—¿¿Amargado?? —Thiago abrió los ojos como platos, visiblemente sorprendido por la descripción—. Señora, contrólese o le leo sus derechos.

—¡Señora será tu madre! —grité, señalándole la cara—. ¿Quién eres tú para leerme nada?

—Policía —respondió con esa calma irritante.

—¿Y sabes quién soy yo? —Me golpeé el pecho, sintiéndome más viva que nunca.

—¿Quién eres tú? —preguntó, desafiando.

—Kalinca Oliveira Pimienta… ¡el picante no es para cualquiera! —respondí, dando una vuelta sobre mí misma, sintiendo una adrenalina que no sentía desde hacía años—. De donde vengo, los hombres como tú no me dan miedo, ¡no!

—¿Y los hombres como yo qué te provocan entonces? —preguntó él, con una sonrisa que me dieron ganas de borrarle a sopapos.

Fui hacia él, con el dedo en su cara, pero antes de que la cosa fuera a más, Olivia volvió a intervenir.

—¡Thiago! —gritó, haciéndonos parar—. No soy una criminal, no soy una amenaza y, lo más importante: no soy parte de la familia Mascarenhas. Solo quiero seguir con mi vida.

Thiago volvió a su semblante neutral, sin mostrar ninguna reacción a las palabras de Olivia.

—Lo entiendo, Olivia, pero yo solo respondo a las órdenes del doctor Mascarenhas, y su orden es mantenerte a salvo.

—Pues no quiero —dijo ella, con firmeza.

—No importa lo que me digas, quien da las órdenes es él —insistió.

—¡Pues voy a tener una charlita con tu jefe en breve! —Olivia agarró los productos de limpieza y empezó a alejarse—. ¡Vamos, Kalinca!

—¿A dónde vamos? ¿Nos vamos? ¿A vender? Estoy confundida —dije, aún agitada por la situación.

—A coger el vagón para casa e irnos —respondió ella, molesta.

—Vale. Ahora dame la peluca —le pedí, colocándomela de nuevo en la cabeza mientras la seguía hacia el vagón.

Dejé a Thiago atrás, pero la sensación extraña no me abandonó.

Habían pasado 20 años desde la última vez que vi a Thiago Zampieri. Si no supiera su nombre, jamás lo habría reconocido. No con ese pelo, esa barba, ese cuerpo musculoso y ese olor a hombre.

Éramos niños cuando nos conocimos.

Y me daba miedo reencontrarme con él, porque el día en que perdí a mis padres biológicos, mi madre me hizo prometer que huiría con mis hermanas y jamás volvería a ese mundo que intentó destruirnos.

Thiago era parte de ese mundo. Y verlo de nuevo hizo que todos mis traumas resurgieran, como si volviera a ser esa niña de ocho años, cargando con dos bebés, mientras nuestra casa ardía en llamas.

Capítulo 9

Thiago Zampieri

Después del último encuentro con Olivia y su amiga, supe que tendría problemas. No era la primera vez que me enfrentaba a situaciones delicadas, pero esta se estaba mostrando especialmente complicada.

Cuando el doctor Mascarenhas me pidió que nos viéramos en un restaurante cercano a la casa de Olivia, ya presentía que no estaba satisfecho con la forma en que se habían manejado las cosas.

Llegué al lugar antes que él, escogí una mesa discreta pero desde la que pudiera vigilar bien el entorno, y me preparé para una conversación que sabía que no iba a ser nada fácil.

Cuando Daniel por fin llegó, su expresión seria confirmó mis sospechas.

—Me preocupé, doctor Mascarenhas. ¿Ocurrió algo grave? Usted no suele citarse sin previo aviso... —comencé, intentando mantener un tono neutral, aunque preparado para lo peor.

—El problema, Thiago, es que Olivia se dio cuenta de que la estás siguiendo —fue directo al grano, sin rodeos.

Sentí una ligera incomodidad al oír aquello, y mi primer impulso fue justificarme.

—Ah... —murmuré, asintiendo con la cabeza—. Pero la culpa es de su amiga.

—¿La amiga?

—GPM —respondí casi por reflejo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó, confuso.

—El peor tipo de mujer que existe: guapa, peligrosa y mal de la cabeza. En ese orden —expliqué, recordando la última vez que tuve el disgusto de cruzarme con Kalinca.

No era posible que alguien pudiera ser tan... intensa.

—No quiero chistes, quiero un plan de acción para mantener a Olivia a salvo.

—La mejor opción sería cambiar con frecuencia a quien hace la ronda, para que ella no lo note —sugerí, volviendo a mi faceta profesional—. Y en este caso, como solo yo conozco su necesidad de protegerla, estamos en un callejón sin salida.

—Sí.

—He llamado a algunas empresas de seguridad y hay una muy buena que se llama *Vigilant Watch* —proseguí, esperando que eso fuera lo que buscaba.

—Nombre interesante —Mascarenhas sacó el móvil y comenzó a buscar información sobre la empresa.

—Son discretos, tienen suficiente personal para hacer relevos y lo controlan todo mediante una aplicación, así que usted siempre sabrá dónde está Olivia...

—Los voy a contratar ahora mismo —dijo mientras ya marcaba para concertar una reunión.

Era muy típico de Mascarenhas ser tan eficiente y directo.

Mientras organizaba los detalles, pensé en cómo abordar el siguiente asunto. Sabía que no le gustaría, pero era necesario.

—Sobre su amiga... —El hombre suspiró.

—GPM.

—Tenemos que encontrar la manera de lidiar con ella.

—¿Yo? ¿Qué quiere que haga? —pregunté, exasperado.

Kalinca era ese tipo de persona que parecía imposible de controlar, y lo último que quería era volver a tratar con ella.

—Es amiga de Olivia, quiere lo mejor para ella. Y yo también, así que estamos en el mismo bando —respondió Mascarenhas, como si fuera una simple cuestión de lógica.

Pero yo sabía que la realidad era mucho más compleja.

—Mire, no sé si funciona exactamente así... —Fruncí el ceño al recordar cómo Kalinca me había enfrentado—. Es bastante agresiva.

—¿Crees que sabe sobre el embarazo?

—Probablemente.

—Entonces es la única persona cercana a Olivia con la que podemos contar. Averigua qué quiere o necesita y llegad a un acuerdo. —Cruzó los brazos.

No pude evitar dudar.

Kalinca era inestable y no estaba seguro de cómo manejar esa situación.

—¿Qué pasa? —preguntó Mascarenhas al notar mi vacilación.

—Es una persona difícil.

—¿A qué se dedica?

—Vende productos de limpieza no autorizados por la Agencia Sanitaria en el metro —respondí, recordando la escena en la que la vi por primera vez.

—¿Y los hace ella misma? —Daniel arqueó una ceja, visiblemente preocupado—. Thiago, no quiero que Olivia tenga contacto con productos químicos ni nada por el estilo.

Sabía que tenía razón para preocuparse, pero al mismo tiempo, había límites a lo que yo podía controlar.

—Olivia solo la ayuda a vender, nada más —expliqué.

—¿Todo el día en el metro?

—Exactamente.

—¿Esa mujer no tiene coche ni nada? —Se rascó la nuca, como si considerara otras opciones—. Ofrécele uno.

—¿Está seguro, doctor Mascarenhas? ¿Va a negociar con esa gente? —pregunté, no por desprecio, sino porque sabía que Kalinca no era el tipo de persona que aceptaría algo así fácilmente.

—No existe "esa gente", Thiago. Olivia está esperando un hijo mío, no quiero que corra ningún riesgo de intoxicación... —Estaba perdiendo la paciencia, y yo sabía que tenía que obedecer, aunque no me gustara la idea.

—No me malinterprete, es que... —Tragué saliva, dudando en admitirlo—. Me siento incómodo yendo a la favela. No me gusta, ¿sabe?

Sabía que mi confesión podía sonar prejuiciosa, pero no era eso. Era más bien esa sensación de estar en un territorio donde las reglas eran diferentes, donde el peligro era real y tangible.

—Quizás podamos usarla —se rascó la barbilla.

—¿Usarla?

—El proceso de la madre de Olivia llegó a segunda instancia, le indiqué que recurriera —explicó el juez—. Necesitamos una prueba irrefutable de que fue estafada. Alegó que, al participar en el "sorteo", le aseguraron que recibiría el dinero en pocas semanas. Si conseguimos algo así, tenemos el caso ganado.

—¿Y cómo podría ayudar la amiga?

—Manteniéndose alejada de Olivia, sin exponer a mi bebé a productos químicos y dejándola vulnerable en el metro —gruñó—. Y, por supuesto, grabando algunas conversaciones que prueben la estafa.

—Entiendo.

—Mientras tanto, conseguiré un trabajo para Olivia en la guardería de mi hija —murmuró, masajeándose las sienes.

—Eso sí que es una buena idea.

—Haz tu parte y resolvamos esto —dio unos golpecitos con el puño cerrado sobre la mesa y se levantó—. Negocia con Kalinca. Necesitamos a alguien cercano a Olivia de nuestro lado. Y esa persona es ella.

—Está bien, doctor. Que tenga buena tarde.

—Buenas tardes, Thiago —se despidió y salió del restaurante.

Me quedé allí un momento, pensando en cómo iba a acercarme a Kalinca. Era terca, difícil de tratar y claramente no me soportaba.

Y, para ser sincero, no podía culparla.

Nuestro primer encuentro fue un desastre, y ahora tenía que convencerla de colaborar, lo cual parecía casi imposible.

Había algo en ella que me incomodaba.

Algo en sus ojos, sobre todo. Me ponía nervioso cada vez que la miraba, y eso ya era bastante raro.

Pero una orden es una orden, así que obedecí.

Cuanto antes resolviera todo esto, antes terminaría.

Capítulo 10

Kalinca Oliveira

Esa vida doble de pasar la madrugada produciendo productos de limpieza y venderlos durante el día me estaba matando. No veía la hora de llegar a casa, meter los pies en un cubo con agua y hielo, abrir una botella de vino y bebérmela a morro.

Pero aún me quedaban por vender cinco frascos.

Y aunque fueran solo 35 reales brasileños, a final de mes marcaban una gran diferencia.

—Buenas noches, gente, ¡estoy vendiendo brownies de marihuana! —anuncié, captando la atención de todos—. Gracias, ahora que me escucháis, vendo algo que dejará vuestra casa oliendo como una clínica de estética dental de esas que te hacen armonización facial y te dejan la cara como la de un muñeco diabólico.

Me abrí paso entre la gente en el vagón mientras intentaba avanzar vendiendo mis productos.

—¡Solo 7 reales! ¡Dura un montón! ¡Hecho por mí! ¡Nada aprobado por Sanidad! —grité.

Vi una mano blanca levantada al otro lado del vagón, con dos billetes de 20 reales. Avancé hasta acercarme y, al ver al hombre con camisa negra —los botones del pecho abiertos—, vaqueros negros, botas militares, el pelo largo suelto sobre los hombros y una mirada que exudaba testosterona, di media vuelta.

—¡Son solo 7 reales, gente! ¡Comprad para que deje de gritar! ¡Solo vendo a gente que no sea un imbécil! —advertí.

Sentí una mano cerrarse sobre mi brazo y enseguida le metí un codazo al pesado.

—¡Ya te dije que soy cinturón morado de jiu-jitsu! —gruñí.

—Y yo cinturón negro. Si te agarro, te dejo inmovilizada en el suelo —murmuró al oído.

—Ya veremos quién inmoviliza a quién. —Me giré furiosa, lista para darle un puñetazo.

—No estoy aquí por ti —dijo con voz suave—. Estoy aquí por tu amiga.

—Será mejor que tú y ese juez os olvidéis del asunto, o me voy directa a la policía —amenacé.

—Es algo serio —se acercó aún más a mi oído y susurró—: sobre la demanda que tiene la madre de Olivia contra la empresa que le robó el dinero. Solo hay una forma de recuperarlo.

—¿Hmm?

No sabía qué fue lo que me puso la piel de gallina: si él hablándome tan cerca del oído o el tema, que me cogió completamente por sorpresa.

—Ven conmigo —pidió, y salió del vagón, convencido de que lo seguiría.

—¿Cómo sé que no me estás llevando a una trampa? —Crucé los brazos—. Podrías estar planeando detenerme, robarme... o tirarme.

Él se giró, se recogió el pelo en un moño samurái y se encogió de hombros, como si no le importara.

—Idiota. —Tiré del carrito y salí del vagón siguiéndolo.

—Me llamo Thiago —dijo mientras venía hacia mí, puso la mano sobre la mía, tomó el carrito, lo levantó del suelo y siguió caminando.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

—¿A tu casa? —Abrí los ojos como platos.

—Menos preguntas y más acción.

—¿Y por qué demonios iría yo a casa de un completo desconocido que intentó robarme la mercancía hace un tiempo? —Crucé los brazos.

—Intenté requisarla, no robarla.

—Eso mismo dije.

—Y no soy un desconocido, soy de la Policía Federal. —Se detuvo en seco, sacó la cartera del bolsillo y me enseñó su identificación.

Se llamaba Thiago Zampieri, tenía 34 años y era la primera persona en mi vida que salía guapo en una foto tamaño carné.

—¿Puedo ver tus manos? —Arqueé una ceja.

Thiago cerró los puños y me mostró el dorso. Vi los tatuajes y eso me encendió una alarma.

—¿Los policías pueden tener tatuajes?

—Tía... no jodas. ¡Ven conmigo!

—¿Puedo ver tus pies?

—¿Qué?

—No me fío de los hombres con pies feos.

Thiago sonrió de medio lado y me miró con impaciencia.

—¿Quieres que me quite las botas aquí y te enseñe los pies?

—¿Y tú quieres que vaya contigo, a saber a dónde, así como así, confiando?

—Tengo los pies bonitos.

—Eso lo juzgo yo.

—¿Qué clase de criterio es ese, juzgar a alguien por los pies? —gruñó, irritado. Se quitó la bota con brusquedad, se sacó el calcetín y me enseñó el pie allí mismo—. ¿Contenta?

Era él.

Tenía una cicatriz cerca del dedo meñique. Un detalle insignificante ahora, pero que en su momento casi le costó el dedo.

—Bonito.

—¿Y qué más vas a hacer? ¿Leerme la palma de la mano? ¿Hacerme la carta astral?

—Solo leo el futuro en la cabeza de la polla.

—¿Perdona?

—Hola, ¿qué tal? —Le lancé dos besitos al aire, hacia la cara.

—¿Estás loca?

—Sí. ¿Qué clase de mujer se traga el cuentito de… —imité su voz— *eh… no sé, vente a mi casa, hablemos del caso de la madre de Olivia?* ¡Venga ya, melenudo!

—Estoy diciendo la verdad.

—Eso está por verse. —Agarré mi carrito y empecé a tirar de él—. Y si no es verdad, te reviento a hostias, Kurt Cobain de gimnasio.

—Estás como una cabra... —murmuró, analizándome.

—¡Ya te lo dije, joder!

*

Thiago y yo cogimos un Uber hasta un aparcamiento cerca de la Avenida Paulista y allí, él recogió su vehículo, un Land Rover negro mate de 2022. Metió mis productos en el maletero mientras yo me acomodaba en el coche, súper espacioso y con olor a nuevo.

—¿Pagan tan bien en la Policía Federal?

Me ignoró.

No cruzamos una sola palabra hasta llegar a la zona sur de São Paulo. Entró en una urbanización de lujo y aparcó frente a la primera torre.

—Es muy raro que no digas nada, ¿sabes? ¿Qué eres, tipo un sociópata? ¿Un asesino en serie? —lo provoqué.

Thiago parecía inquebrantable. Me indicó el camino que debíamos seguir y solo cuando ya estábamos en su ático, cerró la puerta, sacó un móvil del bolsillo y encendió el aparato.

—Lo que estamos haciendo puede joderme la carrera —explicó.

—Genial, yo pensaba que me ibas a tirar en medio del bosque. —Crucé los brazos—. ¿Puedo sentarme?

—Claro, ponte cómoda. ¿Quieres agua?

—Vino.

—¿Vino? —Frunció el ceño.

—Sí, querido, iba camino a casa para meter mis lindos pies en agua con hielo, porque he estado todo el día de pie. Y pensaba terminar mi jornada con una copa de vino... hasta que tú me interrumpiste.

—Vino —gruñó—. ¿Tomas argentino, chileno, de Oporto...?

—Cantina da Serra.

—¿Cantina da qué? —Puso cara de asco.

—Por favor, Tarzán de Alphaville, sabes perfectamente cuál es ese vino.

—No, en realidad, no lo sé.

—¡Argh! ¡Déjame ver tus vinos! —Me levanté, irritada, y fui hacia él.

Thiago me mostró prácticamente una bodega. Tenía todo tipo de vinos del mundo, menos el más barato de todos.

—Da igual, lo pido por iFood. —Saqué el móvil.

Él me lo quitó de las manos y lo apagó.

—¡Eh!

—Hagamos lo siguiente: voy a preparar agua con hielo para que puedas descansar los pies y abriré un buen vino de Oporto. En tu casa bebes ese... rinconcito de la sierra.

—Cantina —corregí.

—Lo que sea... va a llamar en cualquier momento. Contesta cuando suene. —Me entregó un móvil que parecía salido de la prehistoria.

Vi a Thiago yendo y viniendo entre el área de servicio y la nevera. Estaba ocupado llenando un cubo con agua mientras sacaba todo el hielo del congelador.

Me levanté y observé una pared llena de fotografías de la familia Zampieri: sus padres parecían no haber envejecido ni un solo día. Políticos de São Paulo, grandes dueños de periódicos, megacorporaciones... todos se habían fotografiado con él.

Había una mujer allí que me hizo tragar en seco. Leonor Mendoza, alguien que vi tantas veces de niña que me preguntaba si me reconocería si me viera hoy.

—La alfombra. —Él entró en el salón, la apartó y colocó el cubo frente al sofá—. ¿Contenta?

—Uy, está llamando... quienquiera que sea... —Me reí, nerviosa, y cogí el móvil—. Hola —contesté.

—Buenas noches, me llamo Daniel Mascarenhas y necesitamos hablar de algo urgente.

—Ah, claro... —Tragué saliva—. Para empezar, juez cabrón, ¡vete a tomar por culo y deja de molestar a mi amiga!

Thiago giró la cara y se dio la vuelta.

—Sin bromas, por favor, el asunto es serio. El caso que la madre de Olivia envió a segunda instancia va a ser archivado, y tenemos una oportunidad de revertirlo.

—Ajá.

—Necesitamos una prueba.

—¿Prueba de qué?

—De que es una empresa fantasma y no cumple lo que promete. Entonces el caso de ella avanza y, como consecuencia, otro caso mayor.

—Vale, ¿y qué tengo que hacer? —Abrí el vino de Oporto y empecé a beber directamente de la botella.

Thiago pareció entrar en pánico al verme hacer eso. Corrió por la casa en busca de una copa, pero ya era demasiado tarde.

Y el vino era maravilloso, como si ángeles renacentistas desnudos pisaran uvas en tu boca, una delicia de vino.

—Necesito que vayas a la empresa a pedir un préstamo.

—¿Yo?

—Sí. Para un coche. Vas a decir que necesitas un buen vehículo para vender tus productos por las calles y vas a dar una entrada de diez mil.

—Con diez mil me compro un coche en mi barrio. Si tuviera ese dinero, ya lo habría comprado —entrecerré los ojos.

—Yo te voy a prestar el dinero.

—Ah... —Me quedé sin palabras.

—Necesito que lo grabes todo. Toda la negociación, las promesas que te hagan. Pero hay un detalle.

—Ajá.

—Los estafadores solo actúan con personas vulnerables, así que tienes que parecer vulnerable —explicó.

—¿Quieres que finja que soy ciega?

—No, eso no va a funcionar, porque necesito que abras un proceso, y cuando estés delante del juez, ¿cómo vas a explicar eso?

—Ya... ¿Y qué sugiere entonces?

—Tiene que ser algo más simple y real...

—Puedo cojear —me encogí de hombros.

Thiago me preguntó con la mirada qué estaba pasando en la conversación, y yo le hice una mueca para que se metiera en sus asuntos.

—Voy a pensar en algo y le pido a Thiago que te lo transmita. ¿Pero entendiste lo que necesitamos?

—Sí, lo entendí. Haré lo que sea para ayudar a mi tía y a Olivia.

—Muchas gracias, me alegra poder contar contigo.

—Gracias a usted —sonreí.

—Sobre Olivia, ¿será que podrías ayudarme a...?

—Uy, se cortó —colgué la llamada y le devolví el móvil paleolítico a Thiago—. Pero entendí todo. Solo necesito la dirección, el dinero de la entrada y ya voy a hacer mi actuación. Soy buena, ¿sabes? Hice teatro en el colegio.

—¿De verdad? —Thiago se rascó la barbilla.

—Sí, fingía que estaba enferma para poder ir a vender palomitas en el puesto de mi padre —le guiñé un ojo—. Una actriz nata.

—Ya veo. ¿Y cuál era el dilema?

—Tiene que parecer que soy vulnerable. Pero es difícil, ¿no? Una mujer guapa, con muslos potentes, pelo que casi me llega al culo...

—Peluca...

—¡Ocúpate de tu vida, roquero de Aliexpress! —Le señalé con el dedo en forma de amenaza—. Y se llama *lace*.

—Lo que sea —se encogió de hombros—. Vulnerable... —entrecerró los ojos.

—Vulnerable. Justo una mujer como yo: fuerte, valiente, inteligente...

—Tonta.

—Tú sí que eres un gilipollas. ¡Quedé en primer lugar en química en la USP!

—No, digo que ellos pueden intentar engañarte si creen que eres tonta —sugirió.

—Cosa que no soy. Estoy loca —enfatizé—. Pero tonta, no. Voy a ser agente secreta de un juez por un día. Me encanta. Siempre quise ser parte de *Totally Spies*. Yo era Trébol, ¿sabías?

Thiago dejó claro que no tenía ni idea de lo que hablaba. Me eché a reír y volví a beber ese vino pisado por bebés ángeles renacentistas.

—Los hombres son primitivos, ¿sabes? No piensan mucho cuando hay una mujer tetona, culona y dispuesta a caer en una estafa... —expliqué.

—Entiendo tu punto —crucé las piernas—. Y gracias por lo de culona.

—De nada.

—¿Tú crees que soy tonta, Thiago?

Me demostró que no.

—Vale. Muchas gracias por la conversación, por el vino, por el cubo con agua y hielo, pero me tengo que ir. Dile a tu amigo juez que acepto participar en el plan, pero voy a necesitar el dinero. En efectivo. Porque así se distraen aún más...

—Perfecto —buscó una toalla para que me secara los pies y miró el reloj—. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve en coche?

—Estoy segura, gracias. Sé cuidarme.

—¿No es un poco tarde para volver a tu barrio?

—¿Qué estás insinuando, Thiago?

—Nada. Solo que... bueno... si quieres, puedes dormir aquí —señaló el sofá.

Le devolví la botella de vino y me sequé los pies. Sentí que la hinchazón y la tensión ya se habían ido. Podía volver a casa y terminar de descansar allí.

—No, no soy ese tipo de mujer, Thiago...

—¿Qué tipo de mujer?

—Tonta —le guiñé el ojo—. Soy del tipo loca, ¿te acuerdas?

Le hice un gesto con la mano, agarré mi carrito con los productos de limpieza y salí del piso pijo de él.

Capítulo 11

Kalinca Oliveira

El día siguiente llegó rápido, y con él, mi necesidad de entender exactamente cómo debía actuar para no arruinarlo todo y salvar el dinero de la madre de Olivia.

Thiago dejó claro que teníamos que vernos de nuevo para enseñarme y planear todo, y, aunque no me gustara, sabía que tenía razón. Se me daba bien improvisar, pero como iba a enfrentarme cara a cara con estafadores, toda preparación era poca.

Llegué al lugar acordado —una pastelería portuguesa en el centro de São Paulo— un poco antes de la hora.

Estaba nerviosa, lo cual no era habitual en mí.

No es que fuera de las que se intimidan fácilmente, pero esta situación estaba completamente fuera de mi zona de confort. Estaba a punto de enfrentarme a estafadores profesionales, grabar

conversaciones y, de paso, trabajar con un hombre que despertaba en mí un montón de sensaciones raras.

A la hora acordada, apareció en la puerta de la pastelería, lo cual no me sorprendió. Realmente parecía una persona metódica y que seguía las normas.

Llevaba una camisa blanca, chaqueta de cuero negra por encima, vaqueros y sus inseparables botas militares. Fuera del uniforme oficial, resultaba aún más intimidante, y las gafas de sol reforzaban ese efecto.

—Vamos allá, el plan es el siguiente... —empezó.

—¿Has dormido conmigo? —lo interrumpí.

—¿Qué? —Thiago se quitó las gafas de sol y parpadeó lentamente con sus ojos azules.

—¿Has dormido conmigo? —insistí—. ¿Tu madre no te enseñó modales? ¿Dónde está tu "buenos días"?

Carraspeó, dejó las gafas sobre la mesa e hizo un gesto con la mano para llamar a uno de los camareros.

—Un café solo y una tostada con mantequilla —ordenó.

—Con permiso... —saludé al camarero con una sonrisa amable—. Buenos días, ¿qué tal? ¿Podrías traerme un pastel de nata? Gracias.

Al final, miré a Thiago con desdén, como si estuviera enseñándole a un niño a ser educado.

Él carraspeó de nuevo y decidió pasar por alto todo aquello.

—Buenos días, Kalinca. ¿Has dormido bien? —frunció los labios y me lanzó una mirada de fastidio.

—Como si hubiera dormido entre nubes, Thiago —respondí con sarcasmo—. ¿Y tú, Thiago? ¿Listo para convertirme en una de las Super Espías?

—Trébol, ¿verdad? —me señaló con el dedo índice.

Me impresionó que lo recordara. Asentí con una sonrisa contenida.

Él arqueó una ceja, esbozando una sonrisa ladeada que yo sabía que era peligrosa. Ese tipo de sonrisa que te hace pensártelo dos veces antes de abrir la boca.

Nunca me gustaron los hombres graciosillos.

Te hacen reír y, de repente, ya tienen la mano dentro de tus bragas.

Asco.

—Por cierto, he dormido muy bien —dijo, y sacó un sobre grande y doblado del interior de su chaqueta. Sacó unos documentos y fotos, y los colocó sobre la mesa—. Vamos a lo importante.

—Ya era hora.

—Este es el lugar —señaló una de las fotos—. Es una pequeña empresa de préstamos en las afueras. Tienen la fachada de una agencia legal, pero la realidad es otra. Básicamente, atraen a personas desesperadas, prometen préstamos rápidos y sin complicaciones, pero lo que realmente hacen es ofrecer contratos llenos de trampas.

Asentí, porque vi de cerca lo que le pasó a la madre de Olivia.

—Es básicamente una lotería. Metes tu dinero con la promesa de que te elegirán enseguida, pero no es así —hizo una pausa mientras llegaba nuestro desayuno—. Al final, el préstamo te lo dan dentro de trescientos meses, si es que te lo dan. Mientras tanto, tu entrada se queda ahí y cada mes tienes que pagar cuotas altísimas.

—Sé cómo funciona.

Miré la foto. El sitio parecía corriente, casi insignificante, lo que lo volvía aún más peligroso. Era fácil dejarse engañar por algo que parecía tan inocente.

—Cuando llegues, te atenderán. Minutos después entrará alguien diciendo algo como: "guau, me han elegido, vengo a recoger el dinero"... es un actor. Uno de ellos. Uno de los estafadores. Y hacen eso para que caigas en la trampa.

—Parece que tienes toda la información necesaria —tomé mi pastel de nata y empecé a comer—. ¿Por qué necesitas que lo haga yo?

—Tienes que grabar la conversación. Esa prueba irá al juez, que probablemente te citará a declarar. Yo no puedo hacerlo, porque podría estar vinculado a la investigación.

—¿Estás diciendo que estamos haciendo algo ilegal? —sonreí.

No lo esperaba de él.

No con toda esa aura de hombre recto, correcto, familiar, que Thiago transmitía.

—Dije que esta mierda puede arruinar mi carrera —murmuró.

—Ah.

—Estoy siguiendo órdenes para ayudar a tu amiga. Y tú estás aquí por el mismo motivo.

—Y por los pasteles de nata —le enseñé el dulce—. Está buenísimo, igualito a los que traía mi padre cuando era pequeña...

Cuando me di cuenta de que había dicho demasiado, me concentré en comer y lo observé. Thiago se volvía increíblemente atractivo cuando explicaba algo. Parecía un poco irritado e impaciente.

Tal como lo recordaba.

—Vas a entrar, pedir un préstamo y grabar toda la conversación. Necesitamos que admitan sus prácticas ilegales o, al menos, que te ofrezcan algo que comprometa su esquema —explicó, como si fuera lo más sencillo del mundo.

—¿Y qué pasa si se dan cuenta de que estoy grabando?

Thiago negó con la cabeza, como si ya esperara esa pregunta.

—No se van a dar cuenta. Te voy a enseñar a hacerlo bien.

—Ah, claro. Porque es facilísimo, ¿no? —respondí, cruzando los brazos y recostándome en la silla—. Tú ya lo has hecho, así que debe de ser pan comido.

—Lo he hecho decenas de veces —admitió, sin vacilar—. Y tú lo vas a hacer bien, Kalinca. Siempre que sigas mis instrucciones y no intentes improvisar. Esto no es una de tus obritas escolares.

Puse los ojos en blanco, pero sabía que tenía razón.

Esto era serio.

Sin embargo, no hacía falta que fuera tan... Thiago al respecto.

Antes de que pudiera contestar, se inclinó hacia mí, con los ojos clavados en los míos, y por un segundo, el café a nuestro alrededor dejó de existir.

—Lo primero de todo: confianza —dijo en voz baja, casi un susurro—. Ellos pueden oler el miedo a kilómetros. Entra como una clienta desesperada, sí, pero segura. Si dudas, te atacarán como tiburones. ¿Entendido?

Asentí simplemente, intentando ignorar el hecho de que estaba demasiado cerca.

Había algo en la intensidad de su mirada que me hacía sentir como una niña, deslumbrada ante un chico guapo. Y ese olor cálido a especias que emanaba de él me hacía cosquillear el vientre bajo.

—¿Y la grabadora? —pregunté, intentando cambiar de tema.

Thiago sacó un pequeño dispositivo del bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

—Esto te va a ayudar. Es discreto, fácil de usar y nadie se dará cuenta —explicó, tomando el aparato y mostrándome cómo funcionaba—. Lo voy a sujetar a la correa de tu bolso. Todo lo que tienes que hacer es pulsar este botón aquí antes de entrar en la oficina. Graba todo lo que digas y escuches. Al final, necesito que me lo entregues para enviárselo al juez Daniel. ¿Dudas?

—Parece fácil.

Me sentía una farsante por decir eso y aun así tener un nudo de nervios en el estómago.

Thiago pareció notarlo, porque se inclinó de nuevo hacia mí, con los ojos fijos en los míos, y puso una mano firme sobre mi hombro. El gesto fue inesperado y, por un segundo, me quedé sin reacción.

—Kalinca, lo vas a hacer bien —su voz perdió la dureza habitual y se volvió suave—. Confío en ti.

No supe qué responder. Algo en su tono, en la firmeza de su mano sobre mi hombro, me transmitió una sensación de consuelo que no esperaba recibir de parte de Thiago. No porque no creyese que pudiera ser reconfortante, sino porque siempre mantenía una distancia profesional. Ahora, sentada allí, sentía algo distinto.

—Intentaré no estropearlo todo.

—Eso es lo que quiero oír —dijo, soltando mi hombro y volviendo a su modo profesional—. Vamos a ensayar algunas situaciones que podrías encontrarte allí dentro. Quiero que estés preparada para todo.

Pasamos un buen rato ensayando. Thiago planteó distintos escenarios, cada uno más complicado que el anterior. Él hacía de empleado de la oficina, manipulador y taimado, mientras yo intentaba seguirle el juego, aprender los trucos, las trampas verbales que me lanzaba. Pero, sobre todo, cómo hacer preguntas discretas que revelaran el engaño.

—¿Y si me preguntan por qué necesito el dinero? —dije tras una de las simulaciones—. Con diez mil me compro un coche usado

decente en mi barrio.

—Diles que tienes deudas acumuladas, que necesitas el coche para ampliar tu negocio, que planeas viajar todos los días a las afueras y que no tienes otra opción —respondió Thiago sin vacilar—. Lo importante es parecer desesperada, pero no tonta. Tienen que creer que no tienes salida, pero que eres lo bastante lista como para no aceptar la primera oferta basura que te hagan.

Asentí al instante. Él estaba tan en control, tan seguro de sí mismo, que me descubrí confiando en él más de lo que me gustaría admitir.

Absorbí cada palabra, tratando de prepararme mentalmente para lo que se venía. Pero, al mismo tiempo, no pude evitar notar cómo Thiago y yo nos estábamos acercando. Había una tensión en el aire, algo que no estaba allí al principio, pero que ahora era palpable. Estaba demasiado cerca, y eso empezaba a afectarme de un modo inesperado.

—Eres realmente bueno en esto, ¿lo sabías?

—Lo soy —afirmó sin una pizca de modestia—. Y tú también lo serás, si sigues practicando.

—Siempre he sido buena alumna —respondí, alzando una ceja.

Thiago esbozó una sonrisa ladeada. Fue un gesto pequeño, pero bastó para que mi corazón se acelerara un poco.

Quizás fuera la forma en que me miraba, como si viera en mí algo que ni yo misma veía. O quizás era simplemente la situación: estar metidos juntos en algo tan arriesgado e intenso.

Me pregunté varias veces si él se acordaba de mí, si algún gesto, palabra o mirada me había delatado, pero no. No tenía ni idea de quién era yo.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Las que quieras. No salimos de aquí hasta que no tengas ni una sola duda —me respondió con seriedad.

—¿Qué llevó a un tipo con pasta como tú a trabajar en la Policía Federal?

Él vaciló un instante, como si no esperara esa pregunta. La sonrisa se desvaneció y desvió la mirada hacia la ventana, como si pensara en algo lejano.

—He estado en tu casa, he visto tu coche y, bueno... parece demasiado caro para alguien que se ha hecho con ese patrimonio siendo policía.

—Es una historia larga —dijo al fin.

—Tengo tiempo —respondí, intrigada.

Thiago suspiró, como si estuviera pesando bien sus palabras.

—Digamos que... —empezó, aún mirando hacia fuera—. Yo ya he visto lo que pasa cuando no haces nada. Cuando te quedas quieto y dejas que las cosas malas ocurran. Y me prometí a mí mismo que no iba a ser así. Que haría lo que fuera necesario para evitar que esas cosas pasaran, incluso si eso significaba arriesgar mi vida.

Guardé silencio, absorbiendo sus palabras.

Había algo más ahí, algo que no estaba diciendo, pero respeté su silencio. No era el momento de presionarlo.

—Entiendo.

—Cuando era niño, todo lo que quería era resolver un crimen —tamborileó los dedos sobre la mesa—. Pero todo se archivó y cerró. No hay pruebas, ni testigos, ni informes disponibles.

—Hmm...

—Así que... me quedé. Esperando hacer lo correcto. Evitar que dañaran a las personas que amo.

Volvió a mirarme, y por un instante, sentí que compartíamos algo más profundo que un simple plan para desenmascarar a unos estafadores.

Había una conexión entre nosotros, algo que iba creciendo aunque ninguno de los dos estuviera listo para reconocerlo.

—Vamos a terminar con esto ya —dijo de golpe, cortando el momento—. Quiero que estés lista para mañana.

Asentí. Estaba nerviosa por toda la situación y necesitaba que todo saliera perfectamente bien. Repasamos la historia un millón de veces, por dos razones. Primera: el miedo a que me pillaran grabando. Segunda: que el juez anulara la prueba por parecer forzada. Así que tenía que sonar natural.

Thiago y yo nos quedamos en aquella pastelería hasta que me lo supe todo al dedillo.

Y eso nos llevó todo el día.

Capítulo 12

Kalinca Oliveira

La mañana llegó antes de lo que esperaba.

Mi cabeza seguía dando vueltas con todas las instrucciones que Thiago me había dado el día anterior.

La idea de infiltrarme en una empresa de préstamos fraudulentos y grabar toda la negociación seguía pareciéndome surrealista. No es que nunca me hubiera metido en situaciones complicadas antes, pero esta era la primera vez que corría el riesgo real de que me pillaran con las manos en la masa.

Estaba frente al espejo, arreglándome el pelo e intentando convencerme de que estaba preparada para esto. Llevaba una blusa sencilla, pero lo bastante escotada como para parecer atractiva, y unos vaqueros cómodos para cualquier imprevisto. El bolso con el dispositivo de grabación estaba a mi lado, listo para ser usado.

“Confianza”, recordé las palabras de Thiago. Entré en el baño y me miré fijamente en el espejo.

—¿Dónde está mi guerrera? —me pregunté a mí misma—. Ya has pasado por cosas peores, Kalinca. Entra, haz lo que tienes que hacer y sal sin hacer ruido.

Cogí el móvil y le envié un mensaje a Thiago:

Kalinca: Estoy en camino. Encuéntrame en el metro en una hora.

Guardé el móvil en el bolsillo, cogí el bolso y salí.

El sitio estaba en la zona este, tal como había dicho Thiago, pero no era exactamente lo que imaginaba. La fachada era pequeña y discreta, con un cartel que decía “Préstamos Fácil”, y el escaparate estaba decorado con ofertas tentadoras: “¡Dinero rápido y sin complicaciones!” y “¡Aprobamos incluso con deudas!”.

El lugar parecía inofensivo, lo cual no hacía más que aumentar mi ansiedad.

Respiré hondo, activé la grabadora y entré. El interior simulaba una pequeña sucursal bancaria: sillas tapizadas alineadas a

lo largo de la pared, tres mesas de atención —todas ocupadas— y un mostrador donde una recepcionista, visiblemente aburrida, tecleaba en su ordenador.

Era uno de esos sitios a los que cualquier persona desesperada por dinero fácil entraría sin pensárselo dos veces.

Me acerqué al mostrador intentando parecer nerviosa, pero no en exceso. La recepcionista levantó la vista del móvil y me sonrió, aunque su expresión parecía más de trámite que de cortesía.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte? —preguntó con voz monótona.

—Buenos días —respondí, intentando sonar un poco insegura —. Eh… necesito un préstamo. Un amigo me recomendó este sitio, dijo que aquí podrían ayudarme.

Ella asintió lentamente, como si ya hubiera oído esa frase mil veces.

—Claro, claro. Siempre intentamos ayudar. ¿Qué cantidad necesitas?

—Unos ochenta mil reales —respondí, haciendo todo lo posible por sonar convincente.

Tecleó algo en el ordenador y luego me pidió que me sentara a esperar a que uno de los asesores me llamara.

Me senté en una de las sillas incómodas y esperé. El ambiente era demasiado tranquilo para lo que estaba a punto de suceder. Mis manos comenzaron a sudar y, de forma instintiva, metí la mano en el bolso para tocar el dispositivo de grabación. Era pequeño y discreto, pero me aterraba que alguien lo descubriera.

—¡Lo conseguí! —Una mujer entró, radiante, unos minutos después—. Mirad, acabo de recibir el correo. Vengo a firmar los papeles y recoger el dinero… —le dijo a la recepcionista.

La mujer cambió de actitud de inmediato.

—Te lo dije, la suerte estaba de tu lado. Vamos, entra para que hables con el gerente y te den el dinero…

Tal y como Thiago me había dicho que pasaría.

Tragué saliva y me sequé las manos sudorosas en los vaqueros.

Unos minutos después, un hombre salió por una puerta al fondo. Era de estatura media, pelo oscuro y vestía un traje que,

aunque barato, estaba bien cuidado. Llevaba una carpeta en las manos y una sonrisa afable, casi paternal, en el rostro.

—Buenos días —saludó al acercarse—. Tú debes de ser Kalinca, ¿verdad?

Asentí, intentando no mostrar lo tensa que estaba.

—Mi nombre es Augusto. Por favor, acompáñame a mi despacho para que podamos hablar con más privacidad.

—Claro.

Me levanté y lo seguí hasta una pequeña sala al fondo de la oficina. Había una mesa sencilla, dos sillas y una estantería con carpetas y papeles. Me indicó una de las sillas y se sentó frente a mí, abriendo la carpeta sobre la mesa.

—Entonces, Kalinca —empezó con tono amable—, cuéntame un poco más sobre lo que necesitas.

Respiré hondo, recordando lo que Thiago me había dicho sobre la confianza.

—Bueno, tengo unas deudas acumuladas y necesito un coche para expandir mi negocio. Trabajo vendiendo productos y es

complicado moverme solo en transporte público. Necesito algo rápido, sin demasiada burocracia, ¿me entiende?

Augusto asintió, comprensivo.

—Lo entiendo perfectamente. Y no te preocupes, estamos aquí para facilitarte las cosas —sonrió de forma tranquilizadora y comenzó a rellenar un formulario—. Ahora necesito algunos datos. Nombre completo, DNI, CPF…

Le fui dando toda la información mientras él la anotaba. Todo parecía un procedimiento normal, pero me incomodaba darle mis datos personales a ese delincuente.

—¿Y ya has pensado cuánto puedes aportar como entrada? —preguntó hojeando unos documentos.

—Bueno, estaba pensando en algo en torno a diez mil reales.

Puso una expresión pensativa, como si estuviera valorando mi respuesta.

—Es una buena cantidad —asintió.

—¿Podrías explicarme cómo funciona exactamente?

—Claro. Das los diez mil de entrada y luego pagarás unos cuatrocientos reales al mes. ¿Ese importe te parece bien?

—Sí, está bien. ¿Y entonces recibo mis ochenta mil?

—Eh… mira, necesitamos algunas cuotas adelantadas para poder liberar el préstamo.

Crucé las piernas e hice mi mejor cara de mujer sexy, comprensiva y un poco ingenua.

—Entiendo. ¿Algo así como una especie de sorteo?

—No, no es un sorteo. Necesitamos la entrada como garantía y muestra de buena fe, y algunas cuotas más para poder liberar el total cuanto antes.

—Ya… es que necesito el coche con cierta urgencia —expliqué.

—Kalinca, en quince días te garantizo que tendrás tu préstamo. Es por cuestiones burocráticas, la liberación de fondos… ¿quince días te parecen bien?

—Creo que sí. Pero no tendré que esperar trescientos meses, ¿verdad? —reí.

—Jamás. El tiempo máximo para liberar el dinero es de tres meses. Pero si pagas ciento cincuenta reales más, podemos acelerar el proceso.

—¿Cómo?

—Cada semana se elige a una persona para recibir el préstamo. Solo tienes que pagar esos 150 reales adicionales de la mensualidad y eso te da prioridad.

Parpadeé, incrédula por lo que acababa de oír, y preocupada por si la grabación no lo estaba captando bien.

Aquel imbécil, literalmente, me estaba describiendo un sorteo sin utilizar la palabra "sorteo". Y me daban ganas de soltarle: "Díselo a la madre de Olivia, que lleva años esperando su dinero mientras sigue pagando una fortuna".

—Suena interesante —respondí, intentando parecer genuinamente tentada por la oferta.

—¡Perfecto! —Sonrió, como si supiera que ya me tenía en sus manos—. Ahora solo falta cerrar los detalles. Te enseñaré las condiciones y las tasas de interés, y tú me dices si estás de acuerdo.

Sacó una hoja de papel y empezó a explicarme los detalles. Las tasas eran absurdas, pero las presentaba con total naturalidad, como si no fueran una estafa. Habló de "tasas administrativas" y de "seguro obligatorio", que no eran más que formas encubiertas de sacarle el dinero a gente desesperada.

Hice algunas preguntas, como Thiago me había enseñado. Pregunté por los plazos de pago, qué pasaría si no pudiera abonar una cuota, y él siempre tenía una respuesta lista, minimizando cualquier posible preocupación.

—Todo suena bien —dije al final—. Pero necesito pensarlo un poco antes de tomar una decisión.

Augusto pareció un poco decepcionado, aunque intentó disimularlo.

—Claro, claro. No quiero que te sientas presionada. Tómate el tiempo que necesites. Solo recuerda que las condiciones que te ofrecemos hoy podrían no estar disponibles mañana.

Asentí, fingiendo que me lo estaba pensando seriamente.

—Lo entiendo. Entonces, creo que será mejor que firme...

—¡Perfecto, Kalinca! ¡Es la decisión correcta! Tu coche nuevo te espera, te aseguro que a final de mes ya lo tendrás. Solo una cosa más... —añadió, como si acabara de acordarse—. ¿Cómo piensas pagar la entrada?

—En efectivo —respondí, tal como Thiago me había aconsejado—. Es lo más fácil para mí.

Pareció satisfecho con la respuesta.

—Perfecto. ¿Lo hacemos ya?

—Sí, solo necesito...

Metí la mano en el bolso, con cuidado de no tocar la grabadora, saqué el dinero y se lo entregué al hombre. Imprimió toda la documentación y me indicó dónde debía firmar mientras contaba los billetes de cien.

—Felicidades, Kalinca, has hecho un excelente negocio. Te mantendremos informada por correo, ¿vale? En cuanto el dinero esté disponible, vienes a firmar el recibo en persona.

—Genial, gracias.

Me levanté, lista para salir de aquella sala claustrofóbica, cuando algo me llamó la atención desde la puerta entreabierta. Un hombre de rostro familiar acababa de entrar en la oficina, con cicatrices marcando su cara.

Era uno de los hombres de Marco, el "dueño del morro".

Mi corazón se aceleró de golpe.

"Mierda, mierda, mierda", pensé, intentando mantener la calma. El hombre miró en mi dirección y, por un instante, nuestras

miradas se cruzaron. Vi el reconocimiento en sus ojos, y comenzó a avanzar hacia mí.

"Tengo que salir de aquí, ya", pensé.

—Muchas gracias, Augusto. ¡Hasta luego! —solté la frase mientras ya me dirigía a la salida.

—Por supuesto, Kalinca. ¡Recibirás nuestra respuesta muy pronto! —respondió él, sin notar mi urgencia.

Salí de la sala rápidamente, casi tropezando con mis propios pies. El hombre de Marco ya estaba cerca de la entrada, y yo sabía que debía evitar a toda costa que me reconociera. Pasé de largo con la cabeza baja, rebuscando algo en el bolso, cojeando y haciendo como si estuviera un poco ida.

En cuanto crucé la puerta, saqué el móvil y le mandé un mensaje urgente a Thiago:

Kalinca: Te necesito en el metro YA.

Uno de los hombres de Marco me ha visto.

Thiago: ¿Quién es Marco?

Kalinca: No hay tiempo para explicar.

Encuéntrame en el metro.

Corrí hasta la estación más cercana, con el corazón latiéndome en la garganta. No miré atrás, pero sentía los ojos de aquel hombre clavados en mí como cuchillas. La estación estaba abarrotada, como siempre, pero eso no me tranquilizaba. Al contrario, la multitud solo aumentaba mi sensación de vulnerabilidad.

Llegué al andén y me quedé cerca de las escaleras, intentando camuflarme entre la gente. Thiago no tardó en responder:

Thiago: Ya voy. Mándame tu ubicación. Y quédate quieta.

Miré a mi alrededor, intentando controlar la respiración y no parecer tan desesperada como me sentía. Si ese hombre se acercaba y encontraba la grabadora en mi bolso, toda la operación se iría al traste y todo el esfuerzo por ayudar a la madre de Olivia no habría servido de nada.

Cada segundo de espera era una eternidad, y el miedo a que el tipo de Marco me localizara antes de que Thiago llegara me tenía al borde del colapso.

Por fin vi a Thiago aparecer por las escaleras mecánicas, con los ojos fijos en mí. No perdió ni un segundo: vino directo hacia mí y, sin decir una palabra, me agarró del brazo y me condujo hacia el final del andén.

—¿Quién es Marco? —preguntó en voz baja y urgente.

—El tipo que controla mi barrio —respondí, sin aliento.

—¿Milicia?

—No, un delincuente de verdad. Controla el narcotráfico y ahora va de mafioso italiano, cobrando tasas abusivas a los vecinos que tienen iglesias o negocios…

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que está obsesionado conmigo y con cada paso que doy —tragué saliva—. ¡Y ahora viene detrás de nosotros!

Señalé con la cabeza hacia la izquierda y empecé a caminar tan rápido como pude, con Thiago justo a mi lado.

—Mierda —gruñó.

—Sí, Kurt Cobain de AliExpress. Mierda de la buena.

Capítulo 13

Kalinca Oliveira

Estaba sin aliento, intentando controlar la respiración mientras Thiago me arrastraba por las escaleras mecánicas del metro. El pánico latía en mi pecho, y sabía que estaba a punto de perder el control.

Mi corazón golpeaba tan fuerte que parecía que iba a salirse del pecho. Notaba la mirada fija de Thiago sobre mí, su mano aún aferrada a mi brazo, llevándome lejos del peligro.

En cuanto bajamos las escaleras, me empujó hacia un rincón poco transitado del andén, cerca de una pared cubierta de carteles de conciertos y anuncios de reformas. Apenas podía oír los avisos del metro; todo lo que mi cerebro intentaba captar eran los pasos apresurados de los hombres de Marco que sabía que venían detrás.

—Tranquila —pidió Thiago, escaneando el entorno con sus ojos azules, alerta ante cualquier movimiento sospechoso—. No

deben de estar lejos, pero necesitamos despistarlos.

—¿Cómo?

Mi corazón latía tan fuerte que lo sentía en la garganta.

—¿Quieres que sigamos corriendo? ¿Y escondernos dónde? ¿Estás loco?

Una voz ronca y entrecortada se acercaba:

—¡No debe de estar lejos! ¡Corrió por aquí! —dijo uno de los hombres de Marco.

En ese momento, Thiago me atrajo hacia él de golpe, tan rápido que casi me caigo.

—Si seguimos corriendo, llamaremos la atención —me miró con esa expresión suya, fría y calculadora—. Solo tenemos que mezclarnos. Y sé exactamente cómo hacerlo.

Se quitó la chaqueta y me la puso por encima. Luego sacó una gorra del bolsillo de su pantalón informal, se recogió el pelo y se la colocó.

Antes de que pudiera preguntar, me agarró por los hombros y me giró hasta quedar cara a cara, nuestros cuerpos tan cerca que podía sentir el calor que emanaba del suyo.

—Thiago, ¿qué estás haciendo?

—Cállate y confía en mí, solo esta vez —murmuró, inclinándose hacia mí.

Y entonces ocurrió.

Sus labios se posaron sobre los míos con una firmeza que me dejó completamente descolocada. Todo mi cuerpo se paralizó, pero al mismo tiempo, una oleada de calor me subió del estómago a la cara. Su beso no fue suave ni tímido; fue intenso y decidido, como si en él se jugara la vida.

Sentí el corazón latiendo en la boca.

Thiago rozó mi lengua con la suya, con una lentitud calculada. Me empujó contra la pared, cubriendo mi cuerpo con el suyo, bajó la cabeza y guió mis manos hasta su espalda mientras sujetaba mi nuca con firmeza.

Durante un segundo, me dejé llevar.

El calor de su cuerpo, la forma en que sus labios se movían con los míos... todo era tan envolvente que por poco me olvido del peligro que nos acechaba.

Por poco.

Porque en cuanto la realidad me alcanzó, lo empujé con fuerza, rompiendo el beso. Mi corazón seguía disparado, pero ahora por razones completamente distintas.

—¿¡Qué demonios crees que estás haciendo!? —casi grité, con una voz más alta de lo que pretendía.

Thiago me miró, con los ojos todavía encendidos por esa intensidad suya que me desarmaba.

—Salvándote la vida, Kalinca —siseó, visiblemente molesto.

—¿Y tú crees que necesito que me salves la vida? —me crucé de brazos, sarcástica.

—¿De verdad crees que te he besado porque me apetecía? —me lanzó—. Tres tíos persiguiéndonos, el metro hasta los topes y sin posibilidad de subir a un vagón. ¿De verdad piensas que lo hice por gusto y no por pura supervivencia?

Solté el aire por la nariz como si fuera un dragón a punto de escupir fuego.

—Escúchame bien —le apunté a la cara con el dedo—. Podrás ser Policía Federal, millonario y el Tarzán de Alphaville...

Intentó responder, pero le apreté el dedo contra la nariz.

—¡No tienes derecho a tocarme! ¡Ni se te ocurra volver a ponerme un dedo encima sin mi permiso!

—¡Estabas en peligro! —gruñó.

—He sobrevivido veintiocho años en peligro, chaval. No necesito que tú vengas a salvarme. Ya me he librado de narcos, ricachones psicópatas y policías de tres al cuarto que intentaban quitarme la mercancía.

—Confiscar —me corrigió.

—¿Salvarme la vida? —repetí con sarcasmo—. ¿Quién te dio permiso para besarme? ¿Te crees que soy una mujer fácil?

La rabia me subió tan rápido a la cabeza que ni siquiera pensé. Levanté la mano y le solté una bofetada con toda la fuerza que me quedaba.

El sonido del golpe retumbó en el andén, y por un segundo, todos a nuestro alrededor se giraron. Thiago ni siquiera parpadeó. Solo giró el rostro de nuevo hacia mí, con los ojos encendidos de esa furia contenida que me sacaba de quicio.

—¡Ya te dije que estaba intentando salvarte, loca! —gruñó, sujetándome la muñeca en el aire, inmovilizándome para evitar una

segunda bofetada—. ¡Los hombres de Marco estaban a segundos de encontrarte! ¿Y funcionó o no funcionó? ¡Pasaron por delante y no nos reconocieron!

—Nunca. Más. Vuelvas. A hacer. Eso —gruñí yo esta vez, palabra por palabra.

¿Loca? Todavía no había visto nada.

—¿Si no qué? —dio un paso hacia mí.

—Si no yo... —entrecerré los ojos—. Ay, ay, ay, Thiago...

—Vamos, dilo. ¿Si no qué?

—No te necesito —me encogí de hombros e intenté soltarme, pero él no me dejó—. ¡Puedo cuidarme sola! —Las palabras salieron antes de que pudiera frenarlas.

Sabía que estaba siendo irracional, pero la mezcla de rabia, miedo y esa maldita atracción que sentía por él me estaba volviendo loca.

—Ah, claro. ¡Porque te iba de maravilla antes de que yo apareciera, ¿no?! —replicó con un tono cargado de sarcasmo.

Lo odiaba con todas mis fuerzas.

Odiaba su aire de superioridad, su pose de chico malo y macho alfa, todo eso mezclado en la licuadora con dos metros de altura, brazos musculosos perfectamente definidos y un olor cálido y especiado que me hacía la boca agua.

Estaba tan furiosa que habría sido capaz de soltarle un puñetazo en la cara.

Estaba lista para responderle, lo juro. Quería soltarle unos cuantos insultos afilados, empujarlo y, quién sabe, volver a sentir su barba en la palma de mi mano con otra bofetada.

Entonces, por el rabillo del ojo, vi a los hombres de Marco regresar, escaneando la multitud con la mirada estrecha y vigilante. Aún no nos habían visto, pero estaban peligrosamente cerca.

—¡Te odio! —solté antes que cualquier otra cosa.

Entonces lo agarré por la camisa blanca y lo empujé con fuerza contra mí. Mi cuerpo quedó atrapado entre la pared de ladrillo y la de músculos. Me sentí como el relleno de un sándwich cuando él se abalanzó sobre mí, cubriéndome el rostro con su bíceps y, al menor indicio de que los hombres de Marco nos miraban, lo agarré por el cuello y lo atraje para un beso.

Fue aún más salvaje.

Me sentí ahogada bajo su cuerpo; cada parte de mí entró en combustión, y mi piel reaccionó como si un agente químico desconocido hubiera reprogramado toda mi estructura molecular.

Esta vez no hubo dudas por parte de ninguno.

Simplemente presionó sus labios contra los míos, zambulléndose en un beso más profundo que el anterior. Su mano descendió hasta mi cintura, atrayéndome más, mientras inclinaba la cabeza para intensificar el contacto.

Lo hizo con tanta fuerza que llegó a levantarme del suelo.

Todo mi cuerpo reaccionó, y esta vez, no había espacio para el enfado.

Solo existía el calor, la electricidad vibrando entre nosotros, la forma en que me sujetaba como si, en ese instante, yo fuera lo único que importaba en el mundo. Mi mente me gritaba que lo apartara, que me alejara otra vez, pero mi cuerpo no obedecía.

En lugar de eso, aparté su gorra, metí las manos en su pelo y lo atraje aún más, como si quisiera fundirme con él.

Nos besamos con urgencia, como si nada más existiera. Sentía su corazón latiendo con fuerza contra el mío, y la manera en

que me sostenía me hacía sentir, a la vez, pequeña, protegida y completamente expuesta.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento, vi que los hombres de Marco ya se habían alejado, sin reparar en nosotros.

Seguían buscándome entre la multitud.

Thiago me miró, el pecho subiendo y bajando con rapidez mientras intentaba recuperar el aliento. Podía ver la mezcla de frustración y deseo en sus ojos, y sabía que los míos debían reflejar lo mismo.

—¡Y no vuelvas a hacer eso jamás! —le señalé con el dedo, en tono de advertencia.

—Eso ha sido... —empezó, con la voz rasposa.

—No digas nada —lo interrumpí, levantando una mano—. No tienes que decir nada. Solo fue supervivencia.

—Vale, pero...

—Cállate, Thiago. No quiero escuchar tus excusas. Y si algún día vuelves a tocarme sin permiso, te juro por Dios que te estampo la cara a bofetadas...

Me miró un instante, y antes de que pudiera reaccionar, volvió a besarme.

Esta vez, el beso fue menos urgente, pero no menos intenso. Como si intentara decirme algo que no sabía expresar con palabras. Y, curiosamente, lo entendí.

Pero yo no estaba preparada para eso, para ese huracán de emociones. Cuando se apartó, levanté la mano para abofetearlo de nuevo, pero él la detuvo en el aire, sus dedos firmes rodeando mi muñeca.

—¡Kalinca, basta ya! —exclamó, desesperado—. ¡Estoy intentando ayudarte!

—¡Y yo estoy intentando no volverme loca! —repliqué, forcejeando—. ¡No puedes besarme cada vez que te apetezca! ¡No soy una de tus...!

Había una intensidad en su mirada que me descolocó. Como si estuviera luchando con algo dentro de sí mismo que aún no lograba descifrar.

Nos quedamos ahí, mirándonos, con los rostros a escasos centímetros, respirando aún entrecortadamente. Podía sentir el calor

de su cuerpo, el olor de su piel, y estaba dividida entre el impulso de abofetearlo de nuevo y el deseo de... bueno, algo muy distinto.

—¿Ya se han ido? —pregunté, intentando mirar de reojo.

—Creo que sí.

—Perfecto. —Metí la mano en el bolso, saqué la grabadora y se la metí en el bolsillo—. ¿Estás armado?

—No.

—Entonces, ¿qué es esto...? ¡MADRE MÍA! —Me giré de golpe, porque el calor me subió desde el vientre hasta la raíz del pelo—. Aléjate de mí.

—¿Crees que estoy así porque quiero? —se burló—. Es puramente biológico.

—Vi la cantidad de levadura biológica que has usado para que eso se ponga así de enorme —y por más que intentara no mirar, mis ojos me traicionaban. Quería mirar.

Y lo peor era que también quería sentir.

—Aléjate de mí. No quiero volver a verte jamás.

—Aún no hemos terminado, Kalinca.

—Sí que hemos terminado. Ya tienes tu grabación, ahora haz tu trabajo y salva a la madre de mi amiga.

Me di la vuelta y salí de allí con paso firme, tan rápido como pude, alejándome de él.

Capítulo 14

Thiago Zampieri

Estaba intentando recuperar el aliento mientras veía a Kalinca alejarse de mí. Estaba furiosa, y con razón. Lo que acababa de pasar en el metro no formaba parte de ningún plan.

No es que yo fuera el tipo de hombre que lo planifica todo, pero la situación se había salido completamente de control, y ahora estaba a punto de hacer algo aún más insensato.

Ella se detuvo de golpe, girándose hacia mí con los ojos chispeando de rabia.

Ya la había visto enfadada antes, pero esta vez era distinto. Esta vez, su furia venía mezclada con algo más, algo que no lograba identificar del todo. Tal vez el shock por lo que acababa de ocurrir. O tal vez la conciencia de que estábamos metidos hasta el cuello en algo mucho más grande de lo que cualquiera de los dos había imaginado.

—¿Qué quieres, cachorro del demonio? —soltó, avanzando hacia mí hecha una furia.

—¿Me vas a devolver la chaqueta? —pregunté, señalándola con la barbilla.

Se la quitó inmediatamente, como si llevarla encima le diera asco, y me la lanzó con fuerza.

—¿Contento? ¿Puedo irme ya?

Me la puse sin decir nada. Metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué la grabadora y le eché un vistazo rápido, comprobando que no se hubiera dañado.

—Lo hiciste muy bien —comenté, intentando aliviar la tensión —. Ahora necesito escuchar todo para asegurarme de que conseguimos la información que buscábamos.

—No estoy interesada en tus halagos, Thiago —replicó, con los ojos clavados en los míos—. Solo quiero saber por qué demonios crees que puedes ir por ahí besándome en medio del metro como si fuera una cualquiera.

Suspiré, pasándome la mano por el pelo. Esa mujer tenía un talento especial para sacarme de quicio.

—Kalinca, sabes perfectamente que lo hice para despistar a los hombres del narco que venías arrastrando. No tenía otra opción.

—¡Ah, claro! ¿Subirnos a un vagón? No. ¿Entrar en un baño y fingir diarrea? Tampoco. ¿Encerrarnos en una sala de seguridad hasta que se fueran? Ni hablar. Ah, espera, ¿por qué no mejor nos besamos? ¡Qué idea tan brillante! —cruzó los brazos con sarcasmo.

Sentí cómo la frustración crecía dentro de mí.

No estaba equivocada, pero tampoco veía el panorama completo. Y por eso mismo necesitaba hablar con ella de otra cosa, algo que no estaba en el plan, pero que ahora parecía la única solución posible.

—Mira, no he venido aquí para discutir contigo —intenté mantener la calma, aunque la urgencia era evidente en mi voz—. En realidad, quería hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta? —entrecerró los ojos y torció el gesto—. ¿Qué clase de propuesta?

Inspiré hondo, sabiendo que esa conversación no sería fácil.

—Vamos a hablar en un sitio seguro. Ven a mi casa.

Ella soltó una carcajada y miró a su alrededor, como comprobando si los hombres de Marco seguían por ahí. Su cara decía claramente que preferiría que la atraparan antes que volver a besarme.

—Sigue soñando, imbécil —dijo, saludándome con la mano antes de darme la espalda.

—Es en serio —le sujeté el brazo suavemente.

—¿Qué pasa? ¿Tengo cara de puta?

—¿Qué? ¡No! Solo digo que necesitamos sentarnos en un sitio tranquilo, revisar la grabación y que pueda hacerte una propuesta.

—Entonces vamos a esa panadería en Faria Lima —me miró con desconfianza, y antes de que pudiera responder, se soltó de mi mano—. Tú pagas.

—Hecho.

*

Entramos en un vagón y nos dirigimos hacia la zona de la Paulista, donde recogí mi coche, y de ahí fuimos hasta Faria Lima. Kalinca no me dijo ni una palabra en todo el trayecto, pero llamó a su madre para ver cómo estaban, a su hermana para preguntarle si necesitaba algo, y a Olivia.

Se las arregló de todas las formas posibles para no hablar conmigo. Ni siquiera me miró.

Cuando llegamos a la panadería, pidió lo que quería para comer y nos sentamos en una mesa del fondo, donde no llamaríamos demasiado la atención.

—Hoy me has ayudado mucho, has ayudado a Olivia, y te lo agradezco —empecé, intentando suavizar el ambiente—. Pero ahora necesito tu ayuda con otra cosa.

Ella alzó una ceja, claramente escéptica.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres de mí, Thiago?

—Necesito que finjas ser mi prometida durante unos días.

El silencio que siguió fue denso como el hormigón.

Kalinca me miró como si hubiera perdido por completo el juicio.

—¡La cuenta! —levantó la mano y gritó—. Ubícate, imbécil.

—Escúchame —le bajé la mano suavemente y la sujeté sobre la mesa—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Volver a vender tus productos de limpieza mientras esos locos te siguen los pasos?

—No puedes estar hablando en serio —rió sin pizca de humor —. ¿Quién te crees que soy, Thiago? ¿Una especie de actriz de alquiler para interpretar tus fantasías?

—No es ninguna fantasía, Kalinca —la interrumpí con firmeza —. Es algo serio. Estoy intentando obtener la custodia de mis sobrinas, pero los abuelos paternos están complicando todo. Creen que no soy capaz de cuidar de las niñas yo solo, así que necesito demostrar que tengo una familia estable, un hogar seguro para ellas.

Se me quedó mirando unos segundos, como esperando que dijera que todo era una broma de mal gusto. Pero cuando se dio cuenta de que iba completamente en serio, su expresión cambió de incredulidad a furia contenida.

—¿De verdad crees que voy a aceptar una locura así? —prácticamente gritó—. ¿Quién te crees que soy para fingir que soy tu

prometida? Y, más importante aún, ¿quién te crees tú para pedírmelo?

Sabía que reaccionaría así.

Kalinca no era el tipo de mujer que acepta una propuesta así de cualquiera, y mucho menos de alguien como yo, a quien claramente no soportaba. Aun así, la necesitaba, y estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para convencerla.

—Escucha, Kalinca —empecé, buscando las palabras adecuadas—. Sé que suena a locura, pero estoy dispuesto a pagarte muy bien por esto. Mucho más de lo que ganas al mes vendiendo tus productos.

—Te escucho —cruzó las piernas, interesada pero desafiante.

—No durará mucho. Solo el tiempo necesario para conseguir la custodia de las niñas, y después serás completamente libre. Sé que estás pasando por un momento difícil, y puedo ayudarte con eso.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Cuánto?

La miré, sabiendo que ese era el punto de inflexión. Si fallaba en la cifra, me mandaría al infierno sin pestañear.

—Cincuenta mil reales —respondí con firmeza.

Me sostuvo la mirada como si intentara decidir si iba en serio o si aquello era una broma cruel.

—¿Cincuenta mil? —repitió, saboreando las palabras—. ¿Y de verdad crees que soy una mujer fácil? ¿Que me voy a vender por eso?

Puse los ojos en blanco. Ya esperaba una respuesta así.

—No se trata de ser fácil, Kalinca. Se trata de resolver problemas. Los tuyos y los míos —crucé los brazos, intentando mantener la compostura—. Tú necesitas el dinero y yo necesito tu ayuda. Podemos hacerlo sin que nadie salga perjudicado.

Guardó silencio unos segundos, pensando. Sabía que estaba valorando la propuesta, aunque seguía teniendo muchas reservas.

—Cien mil —propuso—. Para dar la entrada de una casa lejos de donde vivo, sacar a mi familia de allí y empezar de cero. Las cuotas restantes las pagaré trabajando.

Por más loca que estuviera la situación, no pude evitar sentir admiración.

Era fuerte, decidida, siempre pensaba en el bienestar de los suyos. No le tenía miedo al trabajo, y aunque levantara muros a su alrededor para no dejar entrar a nadie, podía ver que era una persona honesta, justa, con los mismos valores que yo.

—¿Tu familia está en peligro viviendo allí? —tragué saliva.

—Mientras yo esté con ellos, sí. ¿Ya te dije que Marco está obsesionado conmigo?

—Sí.

—Ese desgraciado ha convertido mi vida en un infierno. Y no solo la mía… No puedo culpar a la madre de Olivia por querer marcharse cuanto antes. Desde que ese tipo apareció, convirtió la vida de todos en una pesadilla —bajó los hombros y pareció más tranquila.

Le di unos minutos para saborear su pastel de Belém y tomar su café con leche.

—Cien mil —acepté—. Y una casa en cualquier zona de São Paulo, para que puedas empezar de nuevo.

—¿Eres tan rico como aparentas? —frunció el ceño, escéptica.

—Soy el dueño de la mayor productora de vinos de América Latina —dije sin rodeos—. Tengo viñedos en Argentina, Chile, en el sur de Brasil…

—¿Y qué haces en la policía? —se pasó la mano por el pelo, visiblemente nerviosa.

—Ya lo dije: estoy intentando resolver un crimen del pasado, pero aún no he llegado hasta ahí. Tal vez cuando tome posesión como comisario consiga acceso, pero, por lo que sé, la mayoría de las pruebas fueron destruidas... —negué con la cabeza—. Pero eso ahora no importa.

Me acerqué la grabadora al oído para escuchar la grabación y me quedé así unos minutos. Al final, asentí. Habíamos conseguido todo lo que necesitábamos.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó cuando terminó de comer.

Cruzó los brazos, manteniéndose a la defensiva.

—¿Reglas de qué?

—Para fingir que soy tu prometida... —puso los ojos en blanco.

—Nada de contacto físico ni acercamientos innecesarios, salvo lo imprescindible para mantener las apariencias. También necesitamos aprender un poco el uno del otro, para que no sospechen. Actuaremos como una pareja, pero cuando no haya nadie mirando, todo seguirá igual entre nosotros.

Se mordió el labio, aún dudando.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esto?

—Un mes, tal vez un poco más, dependiendo de cómo vayan las cosas —sabía que le estaba pidiendo mucho, pero también sabía que ella podía con eso.

Kalinca suspiró, pasándose la mano por el pelo en un gesto de frustración.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer si acepto? ¿Qué esperas de mí?

—Nada que no estés acostumbrada a hacer —respondí, intentando sonar ligero—. Solo tienes que ser tú misma… pero con un anillo en el dedo.

Se rió, pero no había ni rastro de alegría en esa risa.

—Me estás pidiendo que mienta, Thiago. Que engañe a todo el mundo, incluyéndome a mí misma —negó con la cabeza, incrédula —. ¿Y de verdad crees que eso va a resolver tus problemas?

—¿Y cuál es el problema?

—Soy cristiana. Y el diablo es el padre de la mentira. No me gusta nada esto.

—No tengo otra opción, Kalinca —dije, intentando transmitir la gravedad de la situación—. Necesito a esas niñas. Antes de que mi hermana, su madre, muriera, me dejó una carta pidiéndome que, si algo pasaba, cuidara de ellas. Y no pienso dejarlas con gente que no las quiere.

Volvió a mirarme, con los ojos brillando de rabia... y algo más. Algo que aún no lograba descifrar.

—De verdad crees que todo es tan fácil, ¿no? Que puedes venir aquí y comprarme como si fuera una mercancía cualquiera —se acercó, con la mirada encendida—. Busca a una chica de la calle. Yo soy una mujer de familia.

—Y por eso te quiero a ti —la interrumpí.

Kalinca se quedó congelada, sin moverse un milímetro.

—Eres la mujer ideal.

—No me hagas reír, Thiago. Ni siquiera nos conocemos —puso los ojos en blanco.

—Y aun así hacemos un buen equipo, ¿no? Salvamos a la madre de Olivia, solucionamos lo que había que solucionar... —pestañeé despacio, sin poder evitar la sonrisa que se me escapó—. Piénsalo como unas pequeñas vacaciones antes de volver a tu rutina. Y cuando regreses, tendrás la casa que quieras, donde quieras, y cien mil en el bolsillo. Incluso podrás alquilar un local para fabricar tus productos...

Le tendí la mano para cerrar el trato. Era mi última carta.

La miró como si le ofreciera una serpiente venenosa. Pero, tras unos segundos de duda, finalmente me la estrechó.

—Pero quiero dejar una cosa muy clara, Thiago —dijo, retirando la mano rápidamente—. Estoy haciendo esto por dinero, nada más. No quiero que pienses, ni por un segundo, que esto significa algo más que un acuerdo. Cuando acabe el mes, yo vuelvo a mi vida y tú a la tuya.

—Es justo lo que más deseo —afirmé, sintiendo una mezcla de alivio y frustración.

La necesitaba para resolver esta situación, pero sabía que estaba entrando en terreno pantanoso. Kalinca no era una mujer fácil de manejar, y estaba a punto de descubrir lo difícil que iba a ser esta misión.

Se levantó, se colgó el bolso al hombro y me miró con esa mezcla suya de rabia y desafío.

—Y una cosa más —añadió—. Si en algún momento cruzas la línea, se acabó el trato. Te quedas sin tus sobrinas y sin tu dinero. ¿Entendido?

—Perfectamente —respondí, intentando que no se notara cuánto me irritaba eso.

Tenía razón en marcar sus condiciones, pero parte de mí quería desafiarla, ver hasta dónde sería capaz de llegar por defender su independencia.

—Genial —afirmó, dándose la vuelta para marcharse—. Y ahora, si me disculpas, me voy a casa a descansar.

—Si Marco vuelve a molestarte, llámame. Tienes mi número.

—El que necesita ayuda aquí eres tú. Yo sé perfectamente cómo cuidar de mí misma —guiñó un ojo y se fue contoneándose, moviendo los dedos en señal de "adiós".

Me quedé allí, viéndola alejarse. Sabía que había conseguido lo que quería, pero también sabía que estaba a punto de meterme en un juego peligroso, donde las reglas podían cambiar en cualquier momento.

Y, por algún motivo, eso me encantaba.

Capítulo 15

Kalinca Oliveira

Después de todo lo que había pasado con Thiago, mis pensamientos eran un desastre, un torbellino de emociones chocando entre sí y arrastrándome en direcciones opuestas.

A medida que el metro pasaba por las estaciones, intentaba calmarme, pero el beso seguía ardiendo en mi mente, como si aún pudiera sentir sus labios sobre los míos.

No puede gustarme esto.

No tengo derecho a sentirme así.

Respiré hondo, obligándome a centrarme en lo que de verdad importaba: el dinero. Para eso estaba haciendo todo esto, ¿no? Para ayudar a Olivia, pagar las facturas, mantener a mi familia lejos de los problemas.

No era para dejarme llevar por un idiota que se cree galán, que piensa que puede besarme y luego ofrecerme cosas como si tuviera algún tipo de control sobre mí.

Pero por más que intentara convencerme, la verdad era que ese beso me había removido por dentro de una forma que no quería admitir.

Hacía mucho que no sentía mi corazón latir así, ni que mi cuerpo reaccionara con tanta intensidad al contacto de otra persona. Y eso me asustaba.

Pero no me lo merezco.

No puedo permitirme vivir algo así. Necesito dejar el pasado atrás.

Con esos pensamientos invadiéndome, casi no me di cuenta de que ya llegábamos a la última estación. Salí del vagón aún aturdida, obligándome a caminar hacia casa, repitiéndome que eso no significaba nada.

Que no podía significar nada.

Cuando finalmente llegué a mi calle, el cielo ya empezaba a oscurecer y una brisa ligera recorría las callejuelas de la comunidad.

Caminaba despacio, intentando recomponerme, cuando vi algo que hizo que el corazón se me encogiera: Marco, el "dueño del morro", estaba apoyado en la verja de mi casa, esperándome.

Se me revolvió el estómago, y toda la tensión que había intentado dejar atrás volvió con más fuerza que nunca.

Levantó la cabeza en cuanto me vio, y la sonrisa cínica que se dibujó en su rostro me hizo querer dar media vuelta y salir corriendo. Pero eso no era una opción.

Me acerqué, manteniendo una expresión serena, aunque por dentro todo me gritaba que me preparara para lo peor.

—Kalinca, Kalinca... —empezó con esa voz arrastrada y llena de dobles sentidos—. Qué casualidad encontrarte por aquí.

Me detuve a pocos metros, manteniendo una distancia prudente, pero sin mostrar miedo.

No podía permitir que lo notara.

—Qué coincidencia, ¿eh? Quién lo diría, que al final del día volvería a mi casa... —puse los ojos en blanco—. ¿Qué quieres, Marco?

—Uno de mis muchachos te vio esta mañana —dijo entornando los ojos mientras me escaneaba—. Dijo que estabas en un sitio... interesante.

El corazón me dio un vuelco, pero no dejé que se notara.

—Fui a pedir un préstamo para comprar un coche —respondí con tono casual, como si no fuera gran cosa—. Estoy pensando en invertir en algo que me facilite el trabajo.

Se apartó de la verja y empezó a acercarse. Aunque todo mi cuerpo reaccionaba a su cercanía, me obligué a quedarme quieta. Conocía demasiado bien a Marco: le encantaba ver miedo en los ojos de los demás.

Y yo no iba a darle ese placer.

—¿Un coche, eh? —murmuró, ya a escasos centímetros—. Sabes que si necesitas dinero, yo puedo ayudarte...

Su sugerencia era más que evidente, y el estómago se me revolvió de asco.

La forma en la que me miraba, como si ya me tuviera en la palma de la mano, me daban ganas de vomitar. Pero en vez de eso, mantuve la cara impasible. Me negué a ceder.

—No, gracias —dije, con una voz tan fría como el acero—. No soy ese tipo de mujer.

Durante un instante, Marco me miró como intentando descifrar qué pasaba por mi cabeza. Su mirada era amenazante, pero no la aparté. No podía.

Tras unos segundos eternos, volvió a sonreír con esa expresión cargada de segundas intenciones que me erizó la piel.

—Eres difícil, Kalinca... —dijo en voz baja, peligrosa—. Pero eso me gusta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cobrarme intereses por el préstamo? —solté con sarcasmo.

—Solo me preguntaba... si lo que estabas haciendo era tan legal, ¿por qué huiste?

—Porque me estaban persiguiendo —me encogí de hombros —. ¿Y por qué me estaban persiguiendo?

—Es solo mi manera cariñosa de cuidar de ti —extendió la mano para tocarme la cara, pero la esquivé—. Sabes que el día que aceptes tu destino, no tendrás que pedir préstamos.

—¿Destino? —me reí.

—Ser mi mujer.

—Despierta, Marco —le guiñé un ojo—. Pero dime… ya pagué las tasas de este mes. ¿Hay algún otro motivo para que estés plantado frente a mi casa?

—Solo quería disfrutar de las vistas.

—Pues disfruta, Marco. Pero solo puedes mirar —abrí la verja, entré y cerré la puerta tras de mí.

Él siguió allí, observándome. Me alejé, dejando que mis pies me guiasen hasta el interior. Sentía su mirada quemándome la espalda, pero no me giré. Tenía que mantenerme firme.

En cuanto cerré la puerta, sentí cómo mi cuerpo al fin se relajaba. Las manos me temblaban. Me apoyé en la madera, intentando recuperar el aliento.

Dios mío... ¿por qué todo tiene que ser tan complicado?

La cabeza me latía con una mezcla de rabia, frustración y esa sensación punzante de estar metiéndome en algo para lo que no estaba preparada.

Primero Thiago, ahora Marco… todo parecía derrumbarse a mi alrededor, y lo único que podía hacer era seguir luchando.

Fui directa a la ducha y dejé que el agua caliente cayera sobre mí. No podía quitarme de encima la sensación de que estaba perdiendo el control.

No puedo ser débil. No puedo permitirme ser vulnerable.

Poco a poco, mi respiración empezó a calmarse. Las manos seguían temblando, y mi mente era un caos, pero sabía que no podía venirme abajo.

Tenía que seguir adelante, por difícil que fuera.

Por Olivia. Por mí. Por todos los que dependen de mí.

¿Por qué no consigo sacarme ese beso de la cabeza?

Si en unos minutos logró dejarme así… ¿qué va a pasar conmigo si pasamos un mes juntos?

Salí de la ducha decidida a dejar atrás todas esas distracciones.

Daba igual lo que pasara: no iba a permitir que algo así volviera a ocurrir.

Sabía perfectamente que no podía enamorarme.

Y mucho menos de él.

Capítulo 16

Thiago Zampieri

Entré en el restaurante del Hotel 6 Continentes —propiedad de mi familia—, un lugar donde la alta sociedad venía a disfrutar de momentos de lujo; el tipo de ambiente en el que la élite paulistana se reunía para hablar de negocios, de la vida y, por supuesto, para fingir que todos estábamos un poco menos arruinados de lo que realmente estábamos.

La música en directo, el tintinear de las copas de cristal y el aroma sofisticado de la alta gastronomía hacían del sitio algo intimidante para quien no estaba acostumbrado.

Pero para mí, no era más que otro miércoles.

El maître me condujo hasta una mesa reservada para dos, cerca de un gran ventanal que ofrecía unas vistas impresionantes de la ciudad.

No era el tipo de sitio que frecuentaba por gusto, pero a veces los sacrificios eran necesarios. Y hoy, ese sacrificio venía en forma de cita a ciegas organizada por la mismísima directora del Club de los Herederos.

Antes de sentarme, reconocí una figura familiar en la mesa de al lado.

El doctor Jeon Hyun, uno de los neurocirujanos más renombrados de Brasil, un hombre con quien compartí algunas buenas historias a lo largo de los años, incluida la de ser, según sus propias palabras, dos solterones empedernidos.

—Thiago, no esperaba encontrarte por aquí —me saludó Jeon con una sonrisa amistosa, levantándose.

—¡Jeon!

Me acerqué y le di un abrazo por el hombro.

—¿Cómo van las cosas en el hospital?

—Todo en orden, muy ajetreado como siempre. ¿Y tú?

Parpadeó con sus ojos rasgados y me invitó a sentarme, pero preferí quedarme de pie.

—También ocupado, resolviendo problemas.

—¿Ya solucionaste tu problemita de eterno soltero? —bebió su espumoso con elegancia.

—No. Creo que no soy un hombre hecho para casarse…

—Eso es lo que me sorprende de verte aquí —me miró de arriba abajo—. Pensé que te habían expulsado del club.

—"Expulsado" suena muy fuerte. Fui cordialmente invitado a tomar distancia... porque en Brasil no hay mujer para mí.

Jeon soltó una carcajada y volvió a sentarse. Se rascó la nuca y me miró con un aire de compasión.

—Al parecer, hoy ambos estamos atrapados en alguna especie de emboscada social —me acomodé el traje.

—Creo que mi cita me dejó plantado. Pero lo acepto, mi madre siempre dice que, cuando algo está destinado a ser, sucede. Aunque sea bajo la lluvia, con el metro a reventar o con la agenda hasta arriba...

—Veamos quién deja antes la soltería —le di unas palmaditas en el hombro—. Me alegra verte, hermano.

—El gusto es todo tuyo —Jeon alzó la copa con una discreta sonrisa.

Solté una risa antes de dirigirme a mi mesa.

Miré el reloj. Eran exactamente las 18:00.

En ese momento, un perfume elegante invadió el ambiente. En lugar de una mujer nerviosa o alguien de mi edad intentando impresionar, apareció Leonor Mendoza en persona.

Cada uno de sus movimientos era grácil, su postura impecable, como si flotara en lugar de caminar —aunque llevase tacones. Vestía un conjunto de Chanel impecable, adornado con joyas que probablemente valían más que mi Land Rover. Era la definición misma de sofisticación.

Incluso con sus setenta y pico años, Leonor irradiaba una elegancia que hacía que cualquiera a su lado pareciese un principiante.

—Leonor, siempre es un placer —me levanté y le besé la mano con un gesto más formal de lo habitual.

—Thiago, querido —sonrió, con los ojos brillando con una mezcla de diversión e interés genuino—. Espero que disfrutes de tu cita a ciegas de hoy.

—La compañía es encantadora —le ofrecí la silla para que se sentara.

—Ay, querido mío, sigues siendo el mismo incorregible de siempre —Leonor se acomodó, ajustando el collar de perlas que relucía bajo la suave luz del restaurante.

—¿Incorregible? Yo prefiero decir que soy un amante de la belleza femenina —le devolví la sonrisa, manteniendo un tono ligero.

Ella soltó una risita suave, casi melódica, mientras se acercaba un camarero a tomar nota de nuestros pedidos. Leonor eligió un vino tinto italiano, producido por mi empresa, y yo pedí un whisky solo, porque lo que venía probablemente lo iba a requerir.

—Ahora dime, querido Thiago —se inclinó levemente hacia delante, saboreando cada palabra—, ¿por qué, entre 278 encuentros, con todas esas brasileñas, europeas, americanas y asiáticas de mi círculo, elegiste a Kalinca Oliveira para esta misión imposible de conseguir la custodia de tus sobrinas?

Tomé un sorbo de whisky, sintiendo el calor descender por mi garganta antes de contestar.

—Kalinca… es única, Leonor. No es del tipo que se ve en los salones de gala ni en los eventos benéficos. Ella es... —hice una

pausa, buscando la palabra adecuada— auténtica.

—Interesante elección de palabras —me miró con aprobación —. Pero dime, ¿cómo consiguió un mujeriego incorregible como tú que una mujer como ella aceptara semejante propuesta?

—¿Mujeriego? No, prefiero *"especialista en relaciones públicas"*, siempre manteniendo la diplomacia entre el corazón y el deseo.

La sonrisa de Leonor se amplió, pero mantuvo una mirada inquisitiva, como si intentara descifrar mis verdaderas intenciones.

—¿La conquistaste con ese sentido del humor dudoso tuyo? —preguntó.

—Con dinero, por supuesto. Y una buena dosis de persuasión.

—Ah, entonces todo se reduce a negocios —tomó su copa y bebió con una elegancia que yo solo podía envidiar.

Se decían muchas cosas sobre Leonor: que era una princesa europea que escapó a Brasil, que sus abuelos fueron barones poderosísimos del Imperio luso-brasileño, que sabía crear perfumes capaces de hechizar y provocar amor verdadero.

Fuera cual fuera la verdad, una cosa era cierta: toda la alta sociedad la respetaba y buscaba su consejo cuando se trataba de matrimonio.

—¿El amor no es también un negocio? —le devolví la pregunta.

—El amor *es* el negocio —unió ambas manos sobre la mesa.

—¿Qué clase de negocio es el amor, Leonor?

—Del tipo doloroso y placentero que te engancha y te hace querer más —me guiñó un ojo.

—No flirtees conmigo. No tengo defensas —advertí.

—Yo ya estoy fuera del mercado, chico. Mi único vínculo con el amor es unir parejas y formar familias felices.

—¿Sería mucho pedir que abandonaras tu noble misión por un instante y me echaras una mano? —le tomé la mano—. ¿Un anillo de zafiros podría convencerte?

Leonor soltó una risa encantadora y me miró como si fuera un niño.

—Háblame de Kalinca. Qué nombre… interesante.

—¿A que sí? Es única.

—¿Cómo la conociste?

Solté un suspiro y me froté las sienes mientras la miraba con seriedad. Parte de mí no quería contarle la verdad; otra parte sabía que debía hacerlo. Si alguien podía darme un buen consejo, era Leonor.

—Fui a Río de Janeiro a encontrarme con mi primo Massimo, hace unos meses.

—Bien —asintió.

—Vino desde Italia para vender el Hotel 6 Continentes que está frente a la playa de Copacabana. Allí, en el hotel, conoció a una camarera llamada Gabriela.

Ella entrecerró los ojos, intentando entender a dónde quería llegar.

—Gabriela es huérfana. Creció en un orfanato de monjas. Massimo me encargó encontrar a su familia. Semanas después, ya de vuelta en São Paulo, salía del trabajo cuando pasé frente a la antigua mansión de los Mendoza.

Al mencionar el lugar, frunció el ceño con evidente disgusto.

—Siempre paso por allí para pensar, desconectar, buscar fuerzas... —confesé.

—Ese sitio solo trae tristeza, querido. Mantente lejos.

—Fue allí donde la vi por primera vez.

Leonor arqueó una ceja, intrigada.

—Estaba… quieta. Y junto a ella, parecía que el tiempo también se hubiera detenido. Observaba el lugar con curiosidad, y yo empecé a observarla a ella con interés. La seguí hasta el metro. Entonces empezó a gritar cosas como "¡marihuana, marihuana...!"

Leonor hizo una mueca como si acabara de recibir una bofetada.

—Intenté detenerla antes de que montara un espectáculo.

—¿Crees que es pariente de esa tal Gabriela?

—Son idénticas, Leonor. Los mismos ojos, el mismo rostro, el mismo tono de piel…

—Entonces, ¿estás con Kalinca para investigarla por tu primo? ¿O para conseguir la custodia de tus sobrinas?

Abrí la boca para responder, pero ella me interrumpió:

—¿O estás con ella porque te has enamorado?

Sentí cómo se me encendía el rostro de vergüenza.

Negué con la cabeza al instante y respiré hondo.

—La estoy investigando, por mi primo. Pero después descubrí que su amiga tuvo un problema con mi jefe, el juez Daniel.

—Ajá...

—Y, por supuesto, están mis sobrinas. Quiero tenerla cerca, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Y ella es tan inocente como las mujeres que sueles seducir?

—Es lo opuesto a todas con las que he salido —suspiré—. Kalinca no es una mujer cualquiera. Tiene fuego, determinación... y un temperamento que me hace dudar de si estoy tomando la decisión correcta.

Leonor rió y asintió con aprobación.

—Es perfecta para el papel —volví a beber.

—Tus ojos…

—¿Qué pasa con ellos?

—Brillan cuando hablas de ella —sonrió con complicidad—. Me sorprende. Has salido con 278 chicas y ninguna consiguió eso.

—Pero ella es trabajo. Solo trabajo —aclaré—. Y un medio para conseguir lo que quiero. De paso, Massimo también consigue lo que busca.

—Claro. Trabajo... un medio... ajá.

—¿Crees que puedes ayudarla?

—¿Sabes qué? —acarició la mesa con su mano llena de anillos —. Me has convencido. Vamos a convertirla en una auténtica dama de la alta sociedad.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? —pregunté, más serio ahora, consciente de que entrábamos en la parte práctica de la conversación.

—Primero, hay que cuidar su imagen. Necesita ropa, joyas, bolsos… todo lo necesario para que Kalinca pueda pasar por alguien de la élite sin levantar sospechas entre los abuelos de tus sobrinas —Leonor empezó a enumerar, como si ya tuviera el plan trazado en su cabeza.

—Eso debería ayudar —asentí, visualizando la transformación que se avecinaba.

—Pero no basta con la apariencia. Tiene que saber moverse en ese mundo, entender sus reglas, sus matices. Sugiero clases rápidas de etiqueta, charlas sobre los principales eventos sociales y, por supuesto, entrenamiento para tratar con los abuelos de las niñas. Son tradicionales, y ya sabes lo desconfiados que pueden ser…

—Ella es lista. Se adaptará rápido —afirmé con más seguridad de la que realmente sentía.

—¿Y tú, Thiago? —Leonor me miró fijamente—. ¿Estás preparado para esta transformación?

—¿Transformación?

—Soy casamentera, querido. Llevo 9.000 uniones a mis espaldas. Y te aseguro que cuando una mujer se transforma… también transforma a su hombre.

—¿Y yo soy su hombre? —reí.

—¿No es ella tu mujer? —me retó.

Sentí el peso de la pregunta, pero mantuve el rostro impasible.

—Voy a ayudarte, querido. Pero necesito saber si estás preparado.

—Nunca estuve tan preparado para nada en mi vida, Leonor —dije, porque era cierto.

Ella volvió a sonreír, esta vez con más suavidad, como si viera algo que yo mismo no quería admitir.

—Entonces, creo que tenemos un plan —concluyó, alzando su copa de vino—. Por Kalinca, y por el reto de transformarla en la prometida ideal.

Levanté mi vaso de whisky y brindé con ella.

—Por Kalinca —repetí, aunque no podía evitar pensar en lo que ella diría si supiera lo que estaba planeando.

Probablemente, me lanzaría por la ventana del restaurante.

Capítulo 17

Kalinca Oliveira

Estaba en plena rutina diaria, intentando hacer milagros con los pocos ingredientes que tenía en la nevera, cuando sonó el timbre.

—Qué raro... No estoy esperando a nadie.

Me limpié las manos en el paño de cocina y me acerqué con cautela a la puerta, espiando por la mirilla antes de abrir. Después de todo lo que había pasado últimamente, había aprendido que las visitas inesperadas rara vez traían buenas noticias.

Lo que encontré al otro lado me dejó desconcertada: un repartidor uniformado, con expresión neutra, sostenía una caja enorme y varias bolsas de marcas que solo había visto en películas.

Me tendió un albarán para firmar y, sin entender del todo qué estaba pasando, lo firmé.

Me entregó todo y se marchó, dejándome allí, de pie en mitad del pasillo, rodeada de bolsas, cajas y envoltorios brillantes que gritaban "lujo". Mi primer instinto fue de curiosidad, pero al abrir una de las bolsas y ver lo que había dentro, esa curiosidad se transformó en otra cosa.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé, sacando un vestido absurdamente caro de la bolsa.

La tela era suave, elegante, y probablemente valía más que seis meses de mi alquiler.

La rabia empezó a hervirme por dentro. Primero me había besado en el metro como si fuera un maldito galán de cine, ¿y ahora esto? ¿Quién se creía que era para intentar comprarme con ropa y accesorios caros?

¿Pensaba que esto era *Pretty Woman*?

¿Estaba insinuando que yo era una prostituta?

Volví a meter el vestido en la bolsa de un manotazo y empecé a revisar las demás cajas. Zapatos, joyas, bolsos... todo de marca. Cada artículo parecía gritar que yo no era suficiente tal como era.

—¿Crees que puedes transformarme en otra persona? —solté al aire, irritada solo de imaginar que él pensaba que podía moldearme a su antojo.

No era un proyecto de beneficencia, y desde luego no era una muñeca para que él me vistiera como le diera la gana.

—¿Qué pasa? —Priscila, mi hermana pequeña, apareció con su habitual aire de aburrimiento—. ¿Necesitas ayuda?

—No. ¡No toques nada! ¡Lo recibí por error! —intenté apartarla.

Pero su curiosidad fue más fuerte. Priscila empezó a hurgar entre las cosas.

—¿Qué es todo esto, Kalinca? ¿Quién te lo ha regalado?

—Es un error. No es mío. —Cogí el móvil y busqué su nombre, impulsada por la rabia.

—No me digas que... —Tragó saliva—. ¿Has aceptado quedarte con Marco? Madre mía, ¿mi hermana va a convertirse en la mujer del jefe del barrio? Kalinca, no me van ese tipo de *fanfics*, tú tienes que acabar con un CEO, un multimillonario, un médico arrogante...

—¡Qué médico ni qué narices!

Thiago respondió al tercer tono, con esa voz irritantemente tranquila y controlada.

—Buenos días, princesa. ¿Lo has recibido? —preguntó, como si ya supiera por qué lo llamaba.

—¡Princesa, mis cojones! —solté; la rabia me rompía la voz—. ¿Qué te crees que soy, Thiago? ¿Una mujer que necesita que un príncipe azul venga a arreglarle la vida? ¿Tengo pinta de Julia Roberts?

—Buenos días para ti también, bebé —respondió él, sarcástico —. Ya veo que has recibido mis regalos.

—¿Bebé? —gruñí, furiosa.

Ojalá tuviera su cara delante para estamparle un par de hostias.

—¿Tengo pinta de Julia Roberts, Thiago?

—No.

—¿Estoy en *Pretty Woman*?

—No. Creo que no.

—Y tú no eres Richard Gere —escupí con odio—. Si crees que voy a aceptar toda esta mierda, estás muy equivocado. ¡Manda a alguien a recogerlo o lo quemo todo!

—Kalinca...

—¿Qué te crees que estás haciendo, eh? ¿Llamándome hortera? ¿Despreciando mi ropa?

—No estoy despreciando nada —replicó él, con la voz aún calmada, aunque noté un matiz de irritación—. Solo intento prepararte para lo que se nos viene encima. No es cualquier cosa fingir ser la prometida de alguien como yo, y menos para impresionar a la alta sociedad.

—¡No necesito tu ropa cara para impresionar a nadie! —declaré con firmeza—. ¡Y desde luego no necesito que intentes convertirme en algo que no soy!

—Kalinca, si quieres que esto funcione, tienes que adaptarte —su voz sonó más seria ahora, con ese tono que normalmente me habría hecho callar... pero no hoy.

—¿Adaptarme? —me reí sin una pizca de humor—. ¿De verdad crees que soy una mujer que se va a vender por ropa y

joyas, Thiago? ¿Quién te crees que eres? ¿Y quién te crees que soy yo?

—No se trata de venderse. Se trata de estar preparada para lo que vamos a enfrentar —respondió él, aún intentando mantener la compostura—. ¿De verdad crees que puedes presentarte vestida como te dé la gana delante de los abuelos de mis sobrinas? Nos van a juzgar cada segundo, Kalinca, y no puedo permitirme que todo se vaya al garete por un capricho tuyo.

—¿Así que es eso? ¿Estás preocupado por lo que vayan a pensar de *ti*? —lo provoqué, con la rabia ardiéndome por dentro—. Porque, francamente, Thiago, me importa un carajo lo que piensen esos viejos cascarrabias. Y si tienes tantas ganas de transformarme, ¿por qué no me pagas también unas clases de interpretación, ya puestos?

—Sabes, realmente lo pensé, pero decidí no sobrecargarte —dijo con un tono cargado de ironía—. Ahora, si ya hemos terminado con las provocaciones, quizá podamos hablar de lo que realmente importa.

—¡No hemos terminado nada! —exclamé, con la frustración desbordándome—. ¡No voy a cambiar quién soy solo porque tú

tengas un plan ridículo en el que finjo ser algo que no soy!

—Y no te estoy pidiendo que cambies quién eres —Thiago respondió, ya exasperado—. Solo te pido que vistas apropiadamente para el papel que tienes que representar. Se trata de las niñas, de su futuro.

Sus palabras me golpearon, pero me negué a dejar que lo notara.

Respiré hondo, intentando calmarme, pero no pude evitar sentir que me estaba empujando fuera de mi propia piel.

—Vamos a dejar algo muy claro: no me gustan las sorpresas, no quiero nada tuyo. Me voy a vestir adecuadamente, sí, pero con mi propia ropa.

—Kalinca... —suspiró.

Guardé silencio unos segundos, con sus palabras resonando en mi cabeza. Por más que quisiera gritarle, por más que quisiera estamparle esos regalos en la cara y decirle que se metiera su plan por donde no da el sol, no podía negar que tenía razón en una cosa: esas niñas merecían una oportunidad.

—Vas a pagar caro por cada segundo que me hagas pasar por esta pantomima.

—Creo que eso ya lo habíamos acordado.

—Dios... ¿dónde dejé atado mi burro? —mascullé, irritada.

—Solo una cosa más.

—¿Qué ahora?

—Mañana por la noche te voy a llevar a cenar a la mansión de una casamentera. Ella nos va a ayudar a prepararnos para el viaje al sur de Brasil.

—¿Cena...? ¿Casamentera...? —Mi cabeza daba vueltas con tanta información de golpe.

—Sí, forma parte del plan. Paso a recogerte a las seis.

Lo dijo antes de colgar, dejándome allí, hirviendo de rabia y sin saber qué hacer con todo aquello.

—Dos preguntas —Priscila levantó dos dedos—. ¿Quién es Thiago? Y... ¿puedo quedarme con el bolso de Chanel?

—La respuesta es: Nadie. Y: No.

—Qué rancia. ¿Y qué vas a hacer con todo esto?

—Devolverlo. No toques nada. Él viene mañana y voy a metérselo todo en el maletero.

—¿Así que el Señor Nadie tiene coche y viene mañana? —mi hermana mostró un repentino interés.

De repente, el peso de todo me cayó encima como una losa. Estaba entrando en un juego peligroso, uno que podía cambiarlo todo. Y lo único que podía hacer ahora era intentar sobrevivir a él.

—¡He dicho que no toques nada! —advertí.

—Es solo un bolso... Déjame llevarlo al trabajo hoy, ¿sí? ¡Te juro que lo devuelvo mañana!

—No, Priscila. ¡He dicho que no! —zanjé el asunto.

Cogí todo como pude en brazos y lo metí dentro de casa. Iba a esconderlo bien hasta que llegara el momento de devolvérselo.

Capítulo 18

Thiago Zampieri

Al día siguiente, a la hora acordada, llegué a casa de Kalinca. Aparqué cerca y le envié un mensaje avisando de que ya estaba allí.

Eché un buen vistazo a los alrededores. Era un barrio humilde, pero ni de lejos el peor que había visto. Aun así, sabía que ella merecía algo mejor. Mucho más que esa vida de lucha constante.

Esperé unos minutos hasta que la vi salir de casa.

Y cuando por fin apareció, tuve que contenerme para que no se me cayera la mandíbula.

Estaba impresionante. No... "impresionante" no le hacía justicia. Estaba deslumbrante. Radiante. Cada paso que daba hacia el coche era como si el tiempo se ralentizara, y de pronto todo a mi alrededor pareció irrelevante. El vestido que había elegido, los

zapatos, la forma en que su pelo caía suelto… todo en ella gritaba seguridad.

Pero fue al acercarse más cuando noté algo extraño: no llevaba ni una sola prenda ni joya de las que le había enviado. Nada.

—Kalinca... —dije, intentando mantener un tono neutral—. Estás preciosa, pero...

—Abre el maletero —indicó con la mano—. Tengo unas cosas que llevar.

—¿Cosas?

—Abre. El. Maletero —repitió, como si estuviera poseída por algún espíritu furioso.

No tardé en obedecer. Kalinca regresó a casa y volvió con las cajas y bolsas que le había mandado. La ayudaba una versión más joven de ella que, durante todo el trayecto, intentaba espiar a través del cristal polarizado.

Era idéntica a Gabriela.

Diría que eran hermanas gemelas.

Se despidieron, y Kalinca no subió al coche hasta que su hermana menor volvió a entrar.

—No estás usando nada de lo que te envié.

—Qué observador. Con ese talento podrías trabajar en la policía —cerró la puerta de golpe y se sentó a mi lado.

Parecía una diosa. Y yo apenas podía concentrarme.

—Elegí personalmente las piezas más bonitas para ti. Fui a las tiendas tarde por la noche, hablé con los dueños, y...

Ella puso los ojos en blanco, claramente irritada.

—Ah, o sea que ahora estoy obligada a ponerme lo que tú has comprado para mí —se abrochó el cinturón de seguridad—. Ya te dije que no soy una muñeca a la que puedas vestir como te dé la gana, Thiago.

Solté un suspiro y arranqué, intentando mantener la calma. Conduje en silencio hacia la salida de la ciudad, en dirección a Campinas, donde se encontraba la mansión de Leonor Mendoza.

El silencio entre nosotros era espeso.

Nunca sabía cómo comportarme cuando íbamos en el coche. Muy poco espacio para nuestros egos y personalidades enormes. Era como si estuviésemos apretujados por nosotros mismos y la incomodidad nos asfixiara.

—No se trata de vestirte como una muñeca, Kalinca —dije por fin, intentando sonar razonable—. Se trata de mostrarles a esas personas que eres alguien que vale la pena. Tenemos que impresionarlos.

—¿Impresionarlos con qué? ¿Con marcas y joyas? —replicó, su voz afilada como una cuchilla—. ¿De verdad crees que una mujer se define por lo que lleva puesto? ¿Por las marcas que ostenta?

—¡No, claro que no pienso eso! —respondí, exasperado—. ¡Pero así es como funciona ese mundo, Kalinca! Los abuelos de mis sobrinas nos van a juzgar por cada detalle: nuestra conexión, nuestra ropa, cómo nos comportamos. Y no quiero que piensen que tú eres menos que perfecta.

—No necesito ropa cara para ser perfecta —dijo ella, tajante.

—Estoy seguro de que eres perfecta sin ropa.

Ella contuvo el aliento y me miró de reojo, escandalizada.

—Lo que quiero decir es que... desnuda eres perfecta... no. Quiero decir que sin ropa... —intenté corregirme.

—Lo he entendido —bajó la mirada—. Perdona, me exalté.

Sentí alivio al oírlo.

—Es que... no soy ese tipo de mujer, Thiago.

—Sé que no lo eres.

—He luchado mucho. Muchísimo. Por si te interesa saberlo, renuncié a tener mi propio cuarto para convertirlo en espacio de trabajo para mis productos de limpieza. No soy una mujer superficial ni necesito vestir de marca para demostrar quién soy. Tengo... personalidad.

Y vaya si la tenía.

—¿Y dónde duermes?

—¿Perdona?

—No tienes cuarto, entonces ¿dónde duermes?

—En el sofá. En un colchón en el suelo del cuarto de mi hermana. Donde sea. Es un sacrificio por algo más grande —encogió los hombros.

Era obstinada. Y no importaba lo que tuviera que sacrificar, iba a llegar hasta el final.

En realidad, ninguna joya podía brillar más que eso.

Ella misma era su propia joya.

—Eres perfecta tal como eres. Y si esa gente no es capaz de verlo, que les den —respiré hondo.

Ella se quedó en silencio un momento, pero pude sentir su rabia y frustración bullendo justo debajo de la superficie. Cuando me miró con los ojos ligeramente vidriosos, giró la cara rápidamente y se secó el borde con un dedo.

—Gracias.

No estaba de acuerdo con ella. Y toda esa terquedad me afectaba. Pero entendía de dónde venía y quería respetarla. Quería que se sintiera cómoda. Nuestra dinámica era explosiva, y me estaba apegando a eso.

Seguimos el trayecto en silencio, hasta que finalmente llegamos al caserón imponente, justo antes de entrar en Campinas. Conduje hasta aparcar frente a la entrada majestuosa, rodeada de jardines perfectamente cuidados y una arquitectura que parecía sacada de un cuento de hadas.

Fue entonces cuando noté algo extraño en Kalinca.

Estaba pálida, y la forma en que miraba la mansión me puso en alerta.

—¿Kalinca? —pregunté, preocupado—. ¿Estás bien?

Me miró, visiblemente incómoda.

—Thiago, para el coche.

—El coche ya está parado —respondí, sin entender del todo qué pasaba.

—Yo... yo no puedo hacer esto —intentó abrir la puerta, pero parecía estar entrando en pánico—. Llévame a casa.

Su reacción me sorprendió, y la intensidad me asustó un poco.

Kalinca, que siempre había sido una fuerza de la naturaleza, ahora parecía al borde del colapso. Algo iba muy mal.

—Eh, eh… —dije, intentando calmarla—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás así?

Sacudió la cabeza, claramente luchando contra sus emociones.

—Simplemente no voy a poder, Thiago. No puedo. Quiero volver a casa.

—Kalinca, necesitamos hacer esto —dije, intentando mantenerme firme, pero también comprensivo—. Leonor nos está esperando. Es una parte importante del plan.

—¡Me da igual el plan, Thiago! —estalló, con los ojos brillando de rabia y miedo—. Solo llévame de vuelta, por favor.

Guardé silencio un momento, intentando comprender. Nunca la había visto tan vulnerable, y eso me provocó una sensación que no quería admitir: una preocupación genuina.

—Kalinca, respira —le pedí, tratando de tranquilizarla—. Si lo necesitas, podemos salir del coche, tomar aire. Pero no podemos volver ahora.

Dudó, pero asintió.

Salimos del coche, y ella dio unos pasos alejándose de la mansión, respirando hondo como si intentara recuperar el control. Me quedé a su lado, sin saber muy bien qué hacer, pero dispuesto a estar presente para lo que necesitara.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. Solo... necesito un momento.

Nos quedamos allí, en silencio, unos minutos.

Solo Kalinca y yo, con la brisa suave moviendo las hojas a nuestro alrededor.

Finalmente, se giró hacia mí, algo más serena.

—Perdona por esto —dijo, evitando mi mirada.

—No tienes que disculparte —respondí, con tono comprensivo —. Pero tenemos que seguir adelante. Estamos juntos en esto, ¿lo recuerdas?

Asintió, aunque seguía luchando contra sus emociones.

—Está bien —aceptó al fin, con la voz algo más controlada—. Pero antes necesito una cosa.

—¿Qué? —pregunté, preparado para lo que fuera.

Me miró, y por primera vez desde que salimos del coche, vi una vulnerabilidad real en sus ojos.

—Necesito un abrazo.

Su petición me pilló por sorpresa, pero no dudé.

Me acerqué y la abracé, sintiendo cómo su cuerpo tenso se relajaba poco a poco entre mis brazos. Fue un momento extraño,

íntimo de una forma que no esperaba, pero también reconfortante.

No sabía qué había pasado para dejarla tan afectada, pero sí sabía que, por ahora, lo único que podía hacer era estar allí para ella.

El abrazo duró más de lo que debería y, cuando me preparaba para soltarla, noté que seguía sujetándome con fuerza. Pero pronto, el desconcierto pareció regresar, y se apartó bruscamente, como si el contacto hubiera sido demasiado.

—¡Vale, ya está! —exclamó, recuperando su tono habitual de irritación—. No necesito que sigas haciéndote el príncipe azul.

—Solo intentaba ayudarte, Kalinca —respondí, alejándome un poco y levantando las manos—. Tú lo pediste, ¿recuerdas?

—¡Pedí un abrazo, no que me asfixiaras! —replicó, su furia disfrazando el verdadero dolor que llevaba dentro.

Di un paso atrás, haciendo lo posible por no dejarme arrastrar por la frustración. Era imposible complacerla, y aunque sabía que había mucho más tras esa fachada, no era fácil sentirse el blanco de sus ataques.

—Pues terminemos con esto de una vez —dije al fin, señalando la entrada de la mansión—. Leonor nos espera.

Ella me miró durante un segundo, como si estuviera decidiendo si seguir discutiendo o no, pero finalmente suspiró y asintió.

—Vale —dijo, con la voz cansada—. Vamos a terminar con esto.

Capítulo 19

Kalinca Oliveira

En cuanto bajamos del coche, sentí el peso de aquella mansión en Campinas aplastándome. Thiago y yo caminamos hacia la entrada, y lo único en lo que podía pensar era en cómo me había metido en esta situación tan ridícula.

Mi vida nunca fue fácil, pero aceptar ser la prometida falsa de un policía federal arrogante e insoportable era, sin duda, el colmo.

Antes de que pudiéramos tocar el timbre, la puerta se abrió, revelando a una ama de llaves impecablemente vestida, con rostro serio y postura rígida.

—Señor Zampieri, señorita Oliveira, bienvenidos —nos saludó con una leve inclinación, como si nos estuviera invitando a entrar en un palacio real.

—Gracias, Marta —respondió Thiago, con esa sonrisa suya tan irritante y segura de sí misma que parecía llevar a todas partes.

Ni siquiera necesitaba mirarme para saber que yo estaba poniendo los ojos en blanco por dentro.

La ama de llaves nos condujo por el enorme vestíbulo de entrada, que parecía sacado directamente de una película de época. Los suelos de mármol brillaban bajo la luz de las lámparas de cristal, y las paredes estaban adornadas con cuadros clásicos y tapices que probablemente valían más que toda mi casa.

Nos llevó hasta un salón aún más lujoso de lo que recordaba. Las ventanas altas dejaban entrar la luz dorada del atardecer, que se reflejaba en los muebles de madera oscura y el tapizado de terciopelo que gritaba “no toques”.

En cuanto entramos, noté a una mujer sentada en uno de los sofás.

Se levantó al vernos, y una sonrisa amplia y cargada de familiaridad se dibujó en su rostro.

—¡Thiago! —exclamó, caminando hacia nosotros con una gracia que parecía ensayada.

Era guapa. Del tipo que parecía haber salido directamente de una revista de moda. Su cabello rubio estaba perfectamente peinado, y el vestido que llevaba le quedaba como un guante. Por supuesto que sería alguien así quien se interesaría por Thiago. Él atraía a ese tipo de mujeres como la miel a las abejas.

Thiago pareció sorprendido, pero contento de verla.

—¡Clara! —respondió, ampliando su sonrisa—. Cuánto tiempo sin vernos.

Se acercaron y se dieron un abrazo rápido, pero lo suficientemente cercano como para irritarme de una forma que no quería admitir.

Ella rió suavemente y lo miró con una expresión que dejaba claro que tenía segundas intenciones.

—Desapareciste, Thiago —dijo, dándole un golpecito en el hombro con un gesto demasiado íntimo.

—He estado ocupado.

Él sonreía, con ese tono ligero que nunca usaba conmigo.

Puse los ojos en blanco y solté un suspiro exagerado, dejando claro lo que pensaba de todo aquello. Thiago notó mi incomodidad,

pero la ignoró por completo. Por supuesto que la ignoró.

Clara finalmente reparó en mi presencia y me lanzó una mirada de arriba abajo, como intentando entender qué hacía una mujer como yo al lado de Thiago.

—Ah, ¿y ella quién es? —preguntó, como si yo hubiera irrumpido en su escena privada.

—Ella es Kalinca Oliveira —respondió Thiago, con un tono neutro—. Mi prometida.

La expresión de Clara cambió sutilmente, aunque su sonrisa no se borró. Sin embargo, la mirada que me dirigió se volvió más calculadora, como si ya me estuviera evaluando y juzgando desde dentro.

—¿Prometida? —repitió, con un tono de sorpresa forzada—. No sabía que estabas comprometido, Thiago.

—Es algo reciente —dijo él, mirándome como si esperara que colaborara con la farsa.

—Pues sí, algo muy reciente —comenté, cruzándome de brazos.

Ella me examinó un poco más antes de girarse de nuevo hacia Thiago, claramente todavía interesada en monopolizar su atención. Comenzaron a hablar del pasado, de amigos en común, y era como si yo no existiera.

Mientras charlaban, me aseguré de soltar algún que otro comentario sarcástico, lo justo para incomodar a Clara. Podía ser guapa y elegante, pero no me iba a dejar intimidar.

—Vaya, qué pareja tan encantadora —dije en un momento, mirándolos con una expresión exagerada de admiración—. Se nota que tienen muchísimo en común.

Thiago me lanzó una mirada de advertencia, pero yo simplemente me encogí de hombros, como si no hubiera dicho nada.

—Kalinca, ¿podrías...? —empezó él, pero lo interrumpí.

—¿Podría qué, Thiago? ¿Portarme bien y dejar que ustedes dos se reconecten? —pregunté con la voz cargada de ironía—. Creo que no.

Clara pareció un poco desconcertada, pero intentó mantener la compostura.

—No sabía que te gustaban las mujeres celosas, Thiago —comentó con una sonrisa maliciosa—. Justo tú, un hombre tan... libre, *libre*...

—No son celos. Solo me gusta dejar claro en qué lío me estoy metiendo —respondí por él, devolviéndole la sonrisa con todos los dientes.

Thiago empezaba claramente a irritarse, y eso solo me daba más ganas de provocarlo. Finalmente se giró hacia mí, con los ojos entrecerrados, y me hizo un gesto para que lo siguiera hacia un rincón del salón.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja, pero firme.

—Quiere hablar conmigo —le anuncié a Clara—. Con permiso.

Lo seguí hasta una zona más apartada del salón, lejos de oídos curiosos.

—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos.

—¿Qué pasa? —repitió él, visiblemente molesto—. Kalinca, estamos aquí por un propósito. No hemos venido a jugar a los celos ni a provocar a nadie.

—¿Jugar a los celos? —mi voz subió un tono—. Ah, claro, porque ver cómo sonríes y abrazas a tu amiguita de la infancia no me afecta en lo más mínimo, ¿verdad?

—Es solo una vieja amiga —replicó, intentando mantener la calma—. No hay motivo para ponerse así.

—Una vieja amiga que claramente querría ser algo más que eso —solté, sin poder contenerme—. ¿Y quién te dio permiso para ir pavoneándote delante de ella, eh? ¿No estamos aquí para resolver tu problema? ¿Convencerles de que somos una pareja? ¿O esto es solo una excusa para tus "encuentros sociales"?

Se frotó las sienes, como si le estuviera dando una jaqueca.

—Kalinca, estás exagerando.

—¿Exagerando? —casi grité—. ¡Estás intentando hacerme quedar como una idiota! ¿Quién te crees que eres para meterme en esto?

Finalmente me miró, y por un instante vi algo que no supe interpretar. Tal vez arrepentimiento.

—No estoy intentando que parezcas una idiota —dijo, con la voz más suave—. Solo intento resolver esto de la mejor manera

posible.

—Pues que sepas que no necesito tu ayuda para parecer una idiota. Se me da de maravilla hacerlo sola —contesté, intentando esconder lo que realmente sentía por dentro. Odiaba esa sensación de vulnerabilidad que él despertaba en mí, como si cada palabra suya pudiera romperme o consolarme.

Dio un paso hacia mí y me puso una mano en el hombro.

—Solo quiero que esto funcione —dijo, con un tono casi suplicante.

Su contacto me pilló por sorpresa, y durante unos segundos, lo único que hice fue mirarlo, sintiendo su cercanía de una forma que me confundía aún más.

—Solo quiero que confíes en mí —continuó, y su voz me hizo vacilar.

¿Confiar? ¿Cómo iba a confiar en alguien a quien apenas conocía? Alguien que, si me descuidaba, parecía capaz de desbaratarme la vida con una sonrisa.

—No es tan sencillo, Thiago —murmuré, sintiendo que la rabia se disolvía un poco, sustituida por un cansancio abrumador.

Él soltó un suspiro, tan agotado como yo me sentía.

—Lo sé. Pero tenemos que intentarlo.

Antes de que pudiera responder, Clara volvió a acercarse, con una sonrisa falsa clavada en la cara. Claramente sabía que interrumpía algo.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó con una voz demasiado dulce para ser sincera—. Te he traído whisky, sé que te gusta. —Se lo tendió a Thiago.

—Claro —respondí rápidamente, forzando una sonrisa—. Solo estábamos ajustando algunos detalles.

Le quité el vaso de la mano y me lo bebí de un trago.

El líquido quemó mi boca, ardió en la garganta. Me sentí como un *pokémon* a punto de liberar su ataque especial. Y lo escupí al aire, pulverizándolo.

—Dios santo, ¿qué es esto? ¿Gasolina?

Clara se alejó con elegancia, como si acabara de pisar una flor delicada. Thiago esbozó una sonrisa ladeada, fascinado al ver las gotitas de whisky flotando en el aire.

—Un placer verte. Que lo pases bien —le dijo a Clara, antes de tirar de mí del brazo—. ¿Pero qué demonios ha sido eso?

—El impacto del trueno, idiota. Soy *Pikachu*.

—*Pikachu* lanza el rayo con la cola.

Clavé las uñas en su brazo y lo seguí, a donde quiera que me estuviera llevando.

—No quieras saber lo que hago con la cola.

Capítulo 20

Kalinca Oliveira

Después de aquella discusión ridícula en el salón con Thiago, sentía el peso de mis emociones ahogándome. Estaba irritada, pero no solo con él —estaba furiosa conmigo misma por permitir que me afectara de una forma que nadie más conseguía.

Lo odiaba por eso. Odiaba cómo lograba erizarme la piel con un simple roce, cómo conseguía sacarme de quicio con una sola palabra.

Estaba sentada en un sillón del salón principal, intentando procesarlo todo, cuando una de las amas de llaves entró y se acercó a mí con una sonrisa educada.

—Señorita Oliveira, un regalo para usted —dijo, entregándome una pequeña caja de bombones y una rosa roja.

Sabía perfectamente de quién venía.

Casi no podía creer la audacia de Thiago al pensar que podía calmarme con chocolate y una flor, como si fuera algo trivial.

—Gracias —le respondí con frialdad, cogiendo la caja y la rosa.

En cuanto la gobernanta se marchó, lancé la rosa a la papelera más cercana con un movimiento seco. El aroma dulzón de la flor me molestaba, como si fuera una provocación. Y yo no estaba muerta.

Abrí la caja de bombones y mordí uno con rabia, con los ojos fijos en Thiago, que seguía al otro lado del salón, charlando de nuevo con Clara.

No me notó de inmediato, pero cuando lo hizo, le sostuve la mirada y me aseguré de masticar el bombón con lentitud, como si cada bocado fuera una declaración de guerra.

Mientras masticaba, una oleada de emociones me invadió.

¿Por qué dejaba que ese hombre me afectara tanto? Desde que nos conocimos, había conseguido algo que nadie más: desestabilizarme, hacerme perder el control, dejarme tan vulnerable que vivía en estado de alerta permanente.

Eso me asustaba. Y me enfurecía aún más.

Sentía rabia por él, pero también por mí misma, por permitirle tener ese poder sobre mí.

Le lancé otra mirada cargada de furia a Thiago, que seguía hablando con Clara, aparentemente ajeno al terremoto emocional que me provocaba. Debería estar concentrada en el dinero, en lo que tenía que hacer para asegurar mi futuro... pero ahí estaba, masticando chocolate como una posesa porque él había decidido jugar con mis emociones.

Apreté el borde del sillón con fuerza. Mis dedos se hundieron en el terciopelo mientras intentaba recuperar el control.

No pensaba dejar esto pasar por alto.

Necesitaba encontrar la forma de vengarme, de demostrarle que podía ser tan deseable como él. Que encontraría a otro hombre en esta misma casa capaz de hacer que sus flores y bombones no significaran nada.

Recorrí el salón con la mirada... hasta que mis ojos se posaron en un hombre alto, rubio, de porte atlético, que estaba de espaldas, junto a la chimenea.

Estaba solo. La presa perfecta.

Me levanté, lancé el cabello hacia atrás y preparé mi mejor mirada de niña inocente para cuando se girara.

—Disculpa, ¿hace frío hoy, verdad? —lo abordé.

Cuando se giró, retrocedí un paso.

Víctor.

No lo veía desde la época de la USP.

Nuestra relación fue intensa, pero también aterradora. Era uno de esos ricachones sociópatas que quería controlarme, exhibirme como trofeo en sus fiestas de lujo. Cuando me di cuenta del peligro que representaba, desaparecí sin dejar rastro... pero él nunca salió del todo de mis pensamientos.

—¡Mierda! —me di la vuelta y me alejé.

—¿Kalinca? —me llamó—. No me lo puedo creer. Eres tú.

—Pues sí. Cuánto tiempo... —Miré los cuadros, el techo, incluso a Thiago, cualquier cosa para evitar el contacto visual con mi ex.

Ni siquiera sabía si podía llamarlo así. Nunca llegamos a "oficializar" nada.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... vine a ver a la casamentera —me encogí de hombros —. ¿Y tú?

—Mi padre quiere que me case. Al parecer, no queda bien que el futuro alcalde de São Paulo sea un...

—¿Canalla?

—Soltero empedernido —me guiñó un ojo.

—Alcalde —repetí, con una mezcla de sorpresa y horror.

El estómago me dio un vuelco, pero mantuve la compostura. De reojo, vi que Thiago por fin había notado nuestra interacción. Interrumpió su conversación con Clara y frunció el ceño, claramente incómodo.

Perfecto.

—Tiene sentido venir a ver a la casamentera más famosa del país.

—¿Y tú cómo conoces a Leonor? —preguntó, sin ocultar su extrañeza—. No todo el mundo tiene el... nivel necesario para que ella intervenga.

—Gané la lotería —sonreí.

Él rió, ese sonido que siempre me había dado escalofríos de miedo, pero que ahora estaba usando a mi favor. Si Thiago creía que podía jugar conmigo, entonces iba a enseñarle lo que era perder realmente el control.

—¿Terminaste la carrera en la USP? —bebió un líquido dorado de su vaso redondo.

—No. Después de que empezaste a acosarme, a pagar a profesores para que me suspendieran y a matones para que me atormentaran, pensé que era mejor irme de allí —sonreí con amabilidad—. Sin rencores.

—Ya sabes cómo soy, Kalinca. Mis juguetes son míos. Si no puedo tenerlos, los rompo —me guiñó un ojo, como si aquello fuera seductor.

Estupendo. Un sociópata *consciente* de sus trastornos. Maravilloso.

—¿Y tú, terminaste tu carrera en la USP, Víctor?

—Por supuesto.

—Qué aplicado —ladeé la cabeza—. ¿Alcalde, eh?

—¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

—A ver a la casamentera.

—Sí, pero... ¿para qué? —se acercó hasta que nuestros brazos se rozaron.

—Ah, vine acompañada de... un amigo —dije, lanzando una mirada hacia Thiago, que ahora tenía una expresión que rozaba la irritación.

—¿Un amigo? —repitió Víctor, notando la tensión entre nosotros—. ¿Y dónde está ese amigo?

—Allí —señalé con la barbilla hacia Thiago—, pero no te preocupes. Solo es... un conocido.

—¿El Rapunzel de la Federal? —sonrió con aire presuntuoso —. ¿Y cómo os conocisteis?

—Intentó arrestarme.

Víctor conocía a Thiago. Y la mirada fugaz que intercambiaron lo decía todo: no se gustaban, pero sabían que tendrían que aguantarse si coincidían en los mismos círculos. Genial. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Por otro lado, Thiago parecía estar conteniéndose para no venir a interrumpirnos. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza mientras decidía qué hacer.

—Estás maravillosa, Kalinca —murmuró Víctor, acariciando mis dedos con los suyos.

—Gracias. Si no vas a comprar, no toques el producto —retiré la mano—. O como dicen por ahí: si no vas a comer, ni lo sazones.

—Me encanta tu sentido del humor. Siempre imaginé qué habría pasado si no nos hubiéramos distanciado.

—Me habrías encerrado en un psiquiátrico, seguro.

Soltó una carcajada, cargada de dobles intenciones.

—Tal vez —admitió, aunque sus ojos decían otra cosa—. Podría esposarte a mi cama.

Fue en ese momento cuando Thiago decidió que ya bastaba. Se acercó y se colocó entre los dos, con la mirada encendida.

—Kalinca. Necesitamos hablar.

—Ah, claro —asentí hacia Víctor con un gesto discreto—. Perdona, Víctor, parece que mi amigo me necesita.

—Por supuesto —dijo él, guiñándome un ojo.

Estaba a punto de marcharme cuando casi choqué con alguien que acababa de entrar en la sala. Una mujer de presencia imponente, alta, vestida con ropa de marca y joyas que brillaban bajo la luz de los candelabros.

Nuestras miradas se cruzaron y, por un instante, el mundo a mi alrededor se detuvo.

La reconocí al instante, incluso después de tantos años. Y por la forma en que me miró, supe que ella también me había reconocido.

Me faltó el aire durante un segundo y sentí cómo el cuerpo se me congelaba. Los recuerdos emergieron de golpe, recuerdos de una infancia que había intentado enterrar, pero que siempre regresaban.

—Tereza, ayúdame —susurró la anciana, y se desplomó.

La ama de llaves y Thiago corrieron a sostenerla, uno a cada lado, mientras ella cerraba los ojos y se desmayaba.

Eso provocó un revuelo inmediato. La música se detuvo, las conversaciones cesaron en seco y todas las miradas se dirigieron hacia ella. Leonor Mendoza.

Confieso que no recordaba su nombre con exactitud. Era solo una niña cuando la conocí y, como toda niña, tenía una forma distinta de llamar a los adultos.

En su caso, la llamaba "abuelita".

Y fue precisamente por eso que no quería pisar esta casa. Lo supe en cuanto la reconocí, allí fuera.

Capítulo 21

Kalinca Oliveira

Después de aquel descubrimiento impactante, mi cuerpo entró en estado de alerta. Tenía los músculos tensos, la mente completamente caótica, y ni siquiera podía respirar.

Durante muchos años creí que nunca volvería a ver a alguien de mi familia, y mucho menos que sería capaz de reconocerles. Pero estar frente a mi abuela fue como ver un fantasma.

Y creo que ella sintió lo mismo.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Sentí un nudo en la garganta y, por más preocupada que estuviera, no conseguía mover un solo músculo. Era como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

—¿Va a estar bien? —susurré, pero mi voz parecía haberse desvanecido.

—Yo la llevo a la habitación, tú llama al médico —ordenó Thiago, alzándola en brazos y dirigiéndose a la ama de llaves.

—Sí, señor.

Quería correr hacia ella, tomarle la mano, pero mis pies parecían pegados al suelo.

—Kalinca, ¿puedes ayudarme? —llamó Thiago.

—Sí... creo que sí —respondí con voz apagada, sintiéndome rígida al seguirlo.

Mi corazón latía tan fuerte que podía sentir los latidos en los oídos.

Entramos en una habitación que reconocí al instante. Thiago colocó a Leonor en la cama y le tomó el pulso, mirando el reloj con atención.

—¿Va a estar bien? —repetí, en un susurro.

—Sí. Debe de habérsele bajado la tensión. Está respirando...

Nos quedamos unos minutos a solas, en un silencio incómodo. Casi media hora después, llegó el médico. Era un hombre mayor, con una presencia tranquila y segura. Le hizo algunos

exámenes rápidos, le tomó la tensión y habló con Thiago en voz baja.

Yo me mantuve a distancia, incapaz de acercarme.

Ni siquiera podía creer que estaba en ese lugar. Pensé en todas las veces que intenté encontrarla, acercarme de algún modo, pero mi abuela nunca fue una persona fácil de localizar.

—Está estable —dijo Thiago, acercándose a mí—. Pero necesita descansar. Parece que el estrés la ha afectado más de lo esperado.

—¿Estrés?

—Sí. Le pondrán suero, tomará medicación y dormirá.

Eché un vistazo a la mujer acostada en la cama, inmóvil. Me levanté y salí de la habitación para dejarla descansar.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? Se supone que el objetivo de venir aquí era que ella nos ayudara...

—Nos quedaremos en la habitación de invitados. Necesitamos descansar.

—¿Cómo que en la habitación de invitados? ¿Vamos a quedarnos aquí? ¿Juntos?

—¿Tienes alguna idea mejor? —cruzó los brazos.

Sonreí con ironía.

—No sé... ¿Quizá volver a nuestras casas?

—Kalinca, es tarde...

—No voy a poder dormir aquí, Thiago —murmuré con tono firme—. Y puedes estar seguro de que nunca querrás verme en tres situaciones: con hambre, con sueño o con ganas de hacer lo que hasta Dios duda.

—¿Quieres que deje sola a una mujer que acaba de desmayarse? —arqueó una ceja.

—¿No tiene decenas de empleados?

—Sí, pero no me lo perdonaría si me marchara así —me observó detenidamente.

—¿Y su familia?

—Hace años que no tiene —suspiró Thiago—. Todos murieron en un incendio. En fin, ella es como una abuela para mí. Quiero quedarme.

Quería gritar, quería llorar, pero en lugar de eso, la rabia volvió a apoderarse de mí.

—¡No puedes obligarme a quedarme aquí! —protesté, sintiendo cómo la tensión crecía entre nosotros.

Thiago respiró hondo, claramente intentando mantener la calma.

—No te estoy obligando, Kalinca. Estoy intentando cuidar de ti.

—¡No necesito que nadie cuide de mí! —mi tono era ácido, pero por dentro me estaba desmoronando.

—Sí que lo necesitas —dijo él, con voz baja pero llena de convicción—. Y por eso estoy aquí.

Me di la vuelta, incapaz de mirarlo. La sensación de estar atrapada, de no tener ningún control, me asfixiaba. Thiago se acercó y apoyó una mano suave sobre mi hombro.

—Te pagaré un extra por quedarte esta noche... no estaba en el contrato —susurró, su voz era un bálsamo para mi corazón acelerado.

—El dinero no lo compra todo, Thiago —dije mientras me alejaba sin mirarlo—. Solo quiero salir de aquí. No puedo quedarme.

—No iremos a ningún sitio esta noche —su voz fue un poco más firme ahora—. Mañana puedes decidir lo que quieras. Pero hoy, necesitamos quedarnos aquí. Tú necesitas descansar. Y ella también.

Lo miré, con los ojos ardiendo por las lágrimas que me empeñaba en contener.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan mandón?

—¿Y tú por qué tienes que ser siempre tan peleona? ¡Si ni siquiera tienes tamaño para todo el odio que llevas dentro! ¡Chica insoportable!

Le enseñé el dedo corazón y me marché.

Volví a la "fiesta" de abajo y esperé a que apareciera la ama de llaves. Le pregunté por la habitación de invitados. Me condujo hasta una de las suites de la mansión. No me molesté en mirar los detalles del lugar; de algún modo, ya los conocía.

Me tumbé en la cama, sintiendo el peso de todo lo que había pasado.

Abrí WhatsApp y entré en la conversación fijada arriba. Toqué la foto de Priscila, mi hermana pequeña. Lloré en silencio hasta que me dolió la cabeza y me quedé dormida por puro agotamiento.

Capítulo 22

Kalinca Oliveira

La oscuridad del sueño me envolvió. Me vi atrapada en un sueño tan vívido, con imágenes tan detalladas, que parecía estar viviéndolo todo de nuevo.

Hace 21 años.

Mi abuela siempre decía que no debía acercarme demasiado al lago.

Pero yo era demasiado terca y curiosa como para hacerle caso. Y aquel caluroso día de verano, me acerqué más de la cuenta para jugar, lanzando piedrecitas y observando los círculos que se formaban en la superficie del agua.

Entonces pisé mal y resbalé.

Sentí el suelo desaparecer bajo mis pies y, antes de poder gritar, golpeé la cabeza contra la orilla y caí al agua. El mundo a mi alrededor se volvió borroso y distorsionado, y una sensación de pánico se apoderó de mí. No sabía nadar, y el agua parecía tragárselo todo, arrastrándome hacia el fondo.

Me debatía, pero cuanto más luchaba, más me hundía.

El agua helada me cortaba la piel, y el miedo me paralizaba.

Mis pulmones suplicaban por aire, pero todo lo que recibían era más agua. La desesperación crecía con cada segundo, y supe que, si nadie me ayudaba, no saldría viva de allí.

Fue entonces cuando sentí unas manos fuertes tirando de mí hacia la superficie.

El movimiento fue rápido y decidido, y en pocos segundos estaba fuera del agua, respirando con avidez, tosiendo y atragantándome.

Abrí los ojos, aún luchando por recuperar el aliento, y vi un rostro inclinado sobre el mío, enmarcado por un cabello castaño claro que casi brillaba bajo el sol. Sus ojos, de un azul intenso, me miraban con una mezcla de preocupación y alivio.

Thiago.

Estaba allí, arrodillado a mi lado, sujetándome con cuidado.

Aun con la vista nublada, pude ver que era mayor que yo, ya entrando en la adolescencia. Había algo en él que siempre me había intrigado, pero en ese momento, todo lo que sentía era gratitud.

—¿Estás bien?

Siempre lo observaba de lejos en las reuniones familiares, pero nunca habíamos hablado. Apenas sabía cómo era su voz. Cuando la escuché, fue como respirar por primera vez tras mucho tiempo sin poder hacerlo.

Al principio no pude hablar, solo asentí con la cabeza, aún tosiendo. Él seguía sujetándome, como si temiera que volviera a caer al agua.

—¿Estás loca? —preguntó, enfadado.

—¿Qué?

—¡Loca! ¿Lo estás, verdad? Podías haberte muerto. ¿Lo sabes?

—Lo siento... —murmuré.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas. No era solo miedo, era alivio, y esa extraña sensación de estar tan cerca de él, alguien a quien siempre había admirado en secreto.

Y ahora, lo había arruinado todo. Mi primer contacto con el chico más genial del mundo había sido un desastre. Seguro que pensaría que era una idiota.

Thiago suspiró y se sentó a mi lado sobre la hierba, dejando algo de espacio entre los dos.

Para mí, él era como un héroe. Alguien a quien siempre veía de lejos. Alguien que parecía inalcanzable.

—Solo no lo vuelvas a hacer, ¿vale? —dijo, mirando al lago con expresión distante.

Volví a asentir, aún jadeando.

Quería darle las gracias, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta. Lo único que pude hacer fue mirarle, con los ojos brillando de una admiración puramente platónica.

—Gracias, Thiago... —logré decir por fin, la voz apenas un susurro.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Todo el mundo lo sabe... eres... bastante conocido.

—¿Cómo te llamas?

—Carina.

—Carina...

Me miró, y por un momento pensé que iba a sonreír. Pero solo asintió y luego se puso en pie.

Quería que se quedara. Que dijera algo más. Pero él siempre era tan distante, tan reservado...

—Voy a llamar a alguien para que te lleve a casa —avisó, empezando a alejarse.

—¡Thiago, espera! —lo llamé, intentando incorporarme, pero mis piernas seguían demasiado débiles.

Se detuvo y se giró para mirarme, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

Por un instante, su mirada se suavizó, pero enseguida volvió a su expresión seria.

—¿Qué pasa?

—Nada... —dije, sintiéndome sonrojada. Quería que se quedara, pero no sabía cómo pedírselo—. Gracias... otra vez.

Asintió, y antes de que pudiera decir nada más, ya se había alejado, regresando a la mansión y dejándome sola junto al lago.

En aquella época no sabía exactamente qué era ese sentimiento que tenía por él.

Era algo puro, inocente, pero profundo. Lo admiraba, quería acercarme a él... pero siempre parecía estar a años luz de distancia.

Aunque nuestros padres frecuentaban los mismos lugares y asistíamos a la misma escuela, era como si viviéramos en mundos distintos.

Y allí, al borde del lago, con el cuerpo aún temblando de frío y miedo, supe que ese momento quedaría grabado en mi memoria para siempre.

*

El escenario cambió suavemente en mi sueño, como si los recuerdos se deslizaran unos sobre otros. Ahora estaba de vuelta en

la mansión, en uno de aquellos días calurosos de verano que parecían no tener fin.

Todo era más vibrante, más colorido, como si la vida en aquella época fuera más intensa.

Estábamos fuera, en una gran mesa de madera rústica dispuesta en el jardín, bajo la sombra de los árboles. Las risas de los adultos llenaban el aire. Mi abuela estaba en el centro de la conversación, como siempre, su presencia fuerte y segura acaparando la atención de todos a su alrededor.

Estaba radiante, vestida con un elegante vestido de lino blanco, el cabello recogido en un moño sofisticado. Sus ojos brillaban mientras hablaba del club que había fundado y que ahora era un éxito internacional.

Recuerdo cómo siempre hablaba con orgullo del "Club de los Herederos", el proyecto que ayudaba a unir parejas de la alta sociedad, asegurando que sus miembros encontraran a la pareja ideal.

—Es increíble lo que hemos logrado hasta ahora —decía con una sonrisa satisfecha—. Bodas que no son solo alianzas

estratégicas, sino verdaderas asociaciones basadas en el respeto y el amor.

Los adultos alrededor de la mesa asentían, fascinados por la visión de mi abuela y el éxito de su emprendimiento.

Mis padres estaban entre ellos, sus rostros iluminados por el sol, siempre sonriendo hacia mí. Mi madre sostenía la mano de Gabriela y me saludaba; mi padre hacía lo mismo con Priscila.

Eran solo bebés.

Los padres de Thiago también estaban allí, sentados cerca de los míos, y era evidente lo unidos que eran. Sus risas se entrelazaban, las bromas entre ellos eran cariñosas, como si todos formaran una gran familia feliz.

Pero yo estaba distraída.

No conseguía concentrarme en la conversación.

Mis ojos estaban fijos en Thiago, que corría por el césped con sus amigos, riendo y jugando. Siempre era el más fuerte, el más ágil, y aunque ganara, animaba a los demás. Era un niño encantador.

Llevaba una camisa blanca de algodón y pantalones cortos. Su cabello claro brillaba bajo el sol, y su sonrisa… esa sonrisa…

Era como un rayo de sol.

Mi corazón latía con fuerza, un sentimiento que aún no comprendía del todo a esa edad, pero que era imposible ignorar.

Lo admiraba en silencio, casi sin poder respirar, mientras lo veía ser tan libre, tan lleno de vida.

Finalmente, se acercó a la mesa, cansado de tanto correr, y se dejó caer en una de las sillas junto a su padre. Todos los adultos lo miraron con ternura y orgullo.

—¿Cómo fue la carrera, campeón? —preguntó su padre, despeinándole el cabello.

—Gané, claro —respondió él, con ese aire confiado que siempre lo acompañaba—. Pero André casi me alcanza esta vez.

Sus padres rieron y siguieron mimándolo, ofreciéndole agua, frutas y dulces. Había algo magnético en la forma en que todos gravitaban a su alrededor, como si fuera el centro de un pequeño universo.

Yo seguía observándolo desde lejos, con el deseo de acercarme creciendo dentro de mí. Quería hacer algo, decir algo, cualquier cosa que llamara su atención, que le hiciera saber que yo estaba allí, que existía.

Finalmente reuní valor.

Me levanté de la silla y me acerqué a la mesa, decidida a ofrecerle algo. Cogí un cuchillo de mesa que estaba cerca, junto con un plato de frutas.

—Thiago… —lo llamé, con la voz temblorosa por los nervios.

Él me miró, con esos ojos azules brillando de curiosidad y quizás algo de sorpresa.

Mi corazón se disparó, y por un segundo me quedé paralizada, sin saber qué hacer.

—¿Qué pasa? —preguntó, con una sonrisa juguetona en los labios.

Abrí la boca para responder, pero en cuanto intenté entregarle el plato, mi mano tembló. El cuchillo se me resbaló de entre los dedos y cayó directamente sobre su pie, clavándose en la piel.

Su grito fue inmediato.

—¡¿Pero qué coño haces?! ¡Joder! —gritó, apartando el pie—. ¡¿Estás loca o qué!? ¡¿Has visto lo que has hecho!?

Me quedé paralizada, con la cara ardiendo de vergüenza y miedo.

No había querido hacerle daño, pero allí estaba él, con sangre escurriendo por el pie, gritándome como si lo hubiera hecho a propósito.

—Yo… yo no quería… —mi voz era un hilo roto de desesperación.

Thiago seguía mirándome con rabia, la cara crispada por el dolor.

—¡Idiota! ¡Ni siquiera deberías haberte acercado! —gritó, alejándose de mí.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, y sentí cómo las lágrimas comenzaban a correr por mis mejillas.

Solo había querido ser amable. Hacer algo por él. Pero lo único que conseguí fue herirlo y humillarme delante de todos.

Mis padres y mi abuela intentaban calmarlo, mientras la madre de Thiago se agachaba rápidamente para atender la herida,

limpiando la sangre y cubriéndola con un paño.

Pero nada de lo que hacían o decían lograba consolarlo.

Yo solo podía mirar al suelo, con un nudo en el pecho, como si el mundo se hubiera derrumbado.

Thiago seguía gritándome, cada vez más alterado, y con cada palabra suya, yo me encogía un poco más, deseando desaparecer.

No sabía entonces que aquel simple accidente dejaría una cicatriz en su pie. Una que vería años después. Una que me recordaría para siempre ese momento horrible.

Pero en aquel entonces, lo único que sabía era que lo había arruinado todo.

Y, en el fondo, sentía que había perdido cualquier oportunidad de acercarme a Thiago, de ser algo más que la niña torpe a la que él despreciaba.

Capítulo 23

Thiago Zampieri

Hace 20 años.

Mi hermana, Tarsila, siempre fue muy persistente.

Desde pequeños, cuando se le metía una idea en la cabeza, era casi imposible hacerla cambiar de opinión. Yo, siendo su hermano gemelo mayor por apenas unos minutos, solía ser el blanco habitual de sus insistencias.

Esa tarde, justo después de cenar, Tarsila vino con una de sus ideas.

Quería que Carina, la hija de los Mendoza, se quedara a dormir en nuestra casa.

—¡Por fa, mamá! ¿Puede quedarse Carina esta noche? Podríamos ver pelis y jugar —suplicó con esa voz melosa que solo usaba cuando quería algo.

Inmediatamente me incomodé.

La simple idea de que esa niña torpe —que casi me deja cojo hace unos meses— pasara la noche en nuestra casa no me hacía ni la más mínima gracia. Además, era rarísima la cantidad de regalos que me había dado desde entonces para disculparse.

—No creo que sea una buena idea —intervine, cruzándome de brazos—. Una vez casi me mata. No quiero tener que lidiar con ella toda la noche.

—¡Thiago! No seas tan cruel —me reprendió mi madre.

—Fue solo un accidente, y se sintió fatal —intentó defenderla Tarsila.

—¡Claro, porque no fue tu pie el que acabó con una cicatriz horrible!

—No lo hizo con mala intención, cariño. Solo estaba intentando ser amable... —añadió mi madre, en su tono conciliador de siempre.

—Genial. Amable a base de cuchilladas...

Tarsila frunció el ceño y me lanzó una mirada de esas que decían “eres lo peor”.

—¡Solo dices eso porque es mi amiga y nunca te gustan mis amigas!

—Eso no tiene nada que ver, Tarsila. Solo digo que es mejor que se quede con su familia. Carina es sinónimo de problemas. No quiero líos en casa esta noche.

Mi padre, que estaba terminando su café en el comedor, me miró con esa expresión seria que solo usaba cuando estaba a punto de cortar por lo sano.

—Thiago tiene razón. Ya es tarde, y Carina debe quedarse con sus padres. Además, no queremos molestar a los Mendoza, hoy tienen una reunión familiar.

—¿De verdad?

—Solo Leonor no ha ido, se le bajó la tensión y está descansando en la mansión. En fin, hija, otro día tu amiguita podrá quedarse a dormir aquí.

—Un día en el que yo no esté —remarqué.

Tarsila resopló, cruzó los brazos y se dejó caer en el sofá con dramatismo.

—¡Sois tan aburridos!

Me sentí aliviado al ver que mis padres estaban de mi lado. No es que tuviera nada personal contra Carina, pero siempre parecía estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y, sinceramente, no quería que la noche acabara en desastre también.

*

Me desperté en mitad de la noche por un sonido extraño, como si alguien caminara de un lado a otro por la casa.

Tardé un momento en darme cuenta de que no era un sueño. La luz del pasillo estaba encendida y se oían murmullos nerviosos provenientes del salón.

Me levanté de la cama, aún medio dormido, y abrí la puerta de la habitación.

Vi a mis padres de pie, tensos, con la mirada fija en la televisión.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Mi madre se giró hacia mí. Estaba más pálida de lo que jamás la había visto.

—Thiago, vuelve a tu cuarto. Esto no es algo que tengas que ver ahora.

Ignoré la orden y me acerqué, con el estómago encogido. En la pantalla del televisor, una imagen aérea mostraba una casa envuelta en llamas, el fuego devorándolo todo.

—Esa es... —empecé a decir, pero la voz se me cortó.

—La casa de los Mendoza —completó mi padre, con voz grave —. Ha habido un incendio.

El corazón me dio un vuelco. Carina. Tarsila quería que se quedara a dormir con nosotros esta noche. Si se hubiera quedado, estaría a salvo. Lejos de ese infierno.

—Tengo que ir —dije sin pensarlo.

—¡No, Thiago! —exclamó mi madre, sujetándome del brazo —. Es peligroso. Los bomberos están en camino. No podemos hacer nada.

—¿Y si Carina…? ¿Y si necesita ayuda?

—No podemos hacer nada, hijo. Hay que dejar que los bomberos hagan su trabajo. Esperaremos noticias —intentó

tranquilizarme mi padre, pero sus palabras no aliviaban la angustia que me estaba desgarrando por dentro.

—¡Llámales, mamá!

—Ya lo he intentado, hijo. No contestan...

Me alejé de ellos, con la mirada clavada en la televisión.

Las llamas eran enormes, casi irreales. El sonido de las sirenas y del agua cayendo sobre la casa parecía retumbar en mi cabeza como una condena.

Después de un rato que se hizo eterno, mis padres me mandaron de vuelta a la habitación. No quería ir, pero la expresión en sus rostros me hizo comprender que ellos también estaban asustados y necesitaban recuperar algo de control.

Fui al cuarto de Tarsila.

Estaba sentada en la cama, con las piernas recogidas contra el pecho y la mirada perdida.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz temblorosa.

—La casa de Carina... ha ardido —dije, sentándome a su lado —. Están intentando apagar el fuego, pero parece grave.

Tarsila guardó silencio unos segundos. Luego sus ojos se llenaron de lágrimas y me miró con una intensidad que nunca antes había visto en ella.

—¡Es tu culpa!

—¿Mi culpa? ¿Qué dices?

—¡Si la hubieras dejado quedarse esta noche… si no hubieras sido tan cruel con ella, ahora estaría aquí, a salvo! ¡Pero ahora... ahora puede estar muerta! —rompió a llorar, los sollozos sacudiendo su pequeño cuerpo.

—Tarsila, yo no incendié esa casa… —intenté buscar las palabras adecuadas, pero no las encontraba. Nada servía.

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta de la habitación se abrió y entraron nuestros padres.

Sus rostros estaban lívidos, y mi madre tenía los ojos empañados en lágrimas.

—Thiago, Tarsila... —empezó mi padre, con la voz quebrada —. Id a dormir.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó mi hermana, angustiada.

—Nada. No quiero que estéis despiertos.

—Ha pasado algo —lo miré fijamente—. ¿Qué ha sido?

—Sobre el incendio en la mansión de los Mendoza... no ha habido supervivientes.

El suelo pareció abrirse bajo mis pies. Las palabras de mi padre resonaban en mi cabeza una y otra vez.

No ha habido supervivientes.

Carina estaba muerta.

Y Tarsila tenía razón.

Si no hubiera insistido en que se fuera a casa, si no hubiera sido tan egoísta... quizás seguiría viva.

Tarsila se encogió todavía más y me lanzó una mirada cargada de dolor y reproche.

—Te odio —susurró, con la voz rota.

—Tarsila…

—Nunca voy a perdonarte, Thiago. Mataste a mi amiga.

Peor que sus palabras fue lo que sentí… y lo que guardé dentro de mí durante todos esos años.

La verdad es que nunca me perdoné.

Y me prometí a mí mismo que, costara lo que costase, algún día descubriría qué fue lo que realmente ocurrió en la mansión de los Mendoza. Resolvería ese caso.

Como una forma de aliviar mi culpa…

Y de honrar a Carina.

Capítulo 24

Kalinca Oliveira

Después de la pesadilla, no pude volver a dormir.

Me sentía inquieta tras revivir en la piel aquellos recuerdos.

La sensación de asfixia, de estar atrapada en el pasado, era abrumadora. Necesitaba aire, espacio, algo que me devolviera al presente. Sin pensarlo demasiado, me levanté de la cama y salí en silencio de la habitación.

La mansión estaba envuelta en un silencio profundo, apenas roto por los sonidos lejanos de la noche. Era extraño caminar por allí después de tantos años.

El lugar me resultaba al mismo tiempo familiar y ajeno, como si estuviera atrapado en algún tipo de limbo entre el pasado y el presente. El suelo de caoba aún brillaba bajo la luz tenue de las

lámparas; las paredes seguían adornadas con los cuadros que apenas alcanzaba de niña.

Bajé las escaleras y crucé varias estancias antes de llegar al jardín.

La puerta corredera que daba al exterior estaba entreabierta, como si me esperara. Al empujarla, el aire fresco de la noche me golpeó el rostro. Un alivio inmediato frente al calor sofocante de la habitación.

Al pisar el césped, mis pies descalzos se hundieron en la tierra húmeda, y una ola de nostalgia me recorrió entera.

Aquel jardín era una cápsula del tiempo, casi intacto desde la última vez que estuve allí, más de veinte años atrás. Los árboles habían crecido, pero seguían en el mismo sitio; la hierba, algo más alta, seguía siendo suave bajo mis pies. El olor a tierra mojada y flores nocturnas era exactamente como lo recordaba.

El sendero de piedras que llevaba al lago estaba desgastado, con musgo en los bordes, pero aún era reconocible.

Mientras avanzaba, los recuerdos del sueño, tan intensos y dolorosos, empezaban a fundirse con la realidad, difuminando los límites entre lo vivido y lo soñado.

Pasé por el cenador cubierto de hiedra, donde solíamos jugar, aunque ahora tenía un aire sombrío, como si escondiera secretos.

Seguí caminando hasta llegar al lago.

El mismo lago que, años atrás, casi me quitó la vida.

El lago donde Thiago me salvó.

El reflejo de la luna en el agua me trajo de nuevo al presente. Pero había algo en el brillo suave de la superficie que me hizo vacilar.

Era como si el lago me estuviera esperando, desafiándome a enfrentar los fantasmas.

Mientras observaba el agua, oí un sonido detrás de mí.

Un crujido suave, seguido de pasos decididos sobre el césped.

Mi corazón dio un brinco. Y antes siquiera de girarme, ya sabía quién era.

—¿No podías dormir? —la voz de Thiago rompió el silencio, y me di la vuelta despacio.

Estaba a pocos metros, con las manos en los bolsillos de su abrigo y la expresión seria. La luz de la luna iluminaba su rostro.

—No... —Me froté las manos para entrar en calor—. He tenido una pesadilla horrible.

—Yo también —dijo, acercándose un poco más.

—Este lugar tiene algo... como si estuviera embrujado —comenté. Un escalofrío me recorrió los hombros y temblé.

Ambos guardamos silencio unos segundos, contemplando el lago, mientras los recuerdos pasaban entre nosotros como un viento helado.

¿Y si se lo contaba? ¿Me creería?

¿Se alejaría? ¿Abandonaría su plan?

—Es extraño cómo el tiempo puede cambiarlo todo y, al mismo tiempo, dejarlo igual —murmuró, casi para sí.

Me giré para mirarlo, notando cómo la luz de la luna acentuaba las sombras bajo sus ojos, dándole un aire más introspectivo, casi melancólico.

—Pareces preocuparte mucho por la casamentera... ¿Es pariente tuya?

Thiago respiró hondo antes de responder:

—Nuestras familias siempre estuvieron muy unidas...

—Ya veo. Los ricos pretenciosos siempre en grupo, ¿no? —lo provoqué.

—No empieces —rió.

Y eso me descolocó por completo. Me dejó sin palabras. Paralizada.

—Sí, los ricos siempre en manada —se encogió de hombros —. Pero bueno, después del incendio nos unimos aún más.

—¿Incendio? —fruncí el ceño.

—Sí. Debías de ser muy pequeña, tal vez no lo recuerdes... Los Mendoza eran una de las familias más poderosas de São Paulo. Tenían negocios inmobiliarios por todo el estado...

—Ya...

—En fin, después de aquel accidente trágico que mató a toda su familia, la mía se encargó de estar cerca, para que Leonor no se sintiera sola. Sobre todo porque su hijo, el único superviviente del incendio, se marchó a Europa.

—¿Entonces hubo supervivientes?

—Sí. Uno. El hombre quedó traumatizado, lleno de cicatrices. Él y su madre vendieron todos los negocios a Leão&Dourado en aquella época.

—Leão&Dourado —repetí el nombre en voz baja.

—La mayor constructora del país.

—Ajá...

Las palabras *"incendio en la casa de los Mendoza"* resonaban en mi mente, trayendo consigo una avalancha de recuerdos dolorosos.

El incendio que destruyó a mi familia. Que me lo arrebató todo.

Leonor, mi abuela, había sido una de las pocas supervivientes.

Pero no sabía que la familia de Thiago había estado tan presente en su vida después de la tragedia.

—Debió de ser duro para ella —murmuré.

—Lo fue para todos.

—¿Y tú qué perdiste?

Estaba a punto de responder, pero de pronto se quedó en silencio.

Thiago me miró de reojo, tragó saliva y bajó la cabeza.

—Una parte de mí.

Volvimos a quedarnos callados. Solo el murmullo del viento y el susurro de las hojas nos envolvían. La tensión entre nosotros se hacía más densa, no por lo que decíamos, sino por todo lo que evitábamos decir.

Lo miré. Por primera vez, sentí que había algo más en Thiago.

Algo que no mostraba, algo que lo hacía parecer tan lejano y a la vez tan cercano.

—Hace frío —susurré, abrazándome a mí misma.

Sin decir nada, Thiago se quitó el abrigo y lo colocó sobre mis hombros. Sus dedos rozaron mi piel, y ese gesto fue más cálido que cualquier palabra.

El abrigo, aunque enorme, parecía hecho a mi medida.

—¿Mejor?

Mantuvo sus ojos fijos en los míos.

—Sí... gracias.

Nos quedamos ahí, en silencio, mirándonos.

El aire parecía cargado de electricidad.

El pasado, el presente, nuestros miedos y secretos… todo se desvanecía hasta que solo quedábamos nosotros dos.

Sus ojos bajaron a mis labios por un instante, y sentí cómo el corazón se me aceleraba.

Antes de que pudiera decir nada, dio un paso hacia mí.

Y, en un gesto tan inesperado como inevitable, se inclinó y sus labios encontraron los míos.

El beso fue suave al principio, casi inseguro. Como si buscara mi permiso.
Pero en cuanto sentí el calor de su boca sobre la mía, mi cuerpo entero reaccionó.

Pasé los brazos por su cuello y lo acerqué más, profundizando el beso.

El mundo desapareció.

No había lago, ni jardín, ni pasado doloroso.

Solo él. Solo nosotros.

Su beso era urgente y tierno a la vez. Como si quisiera decirlo todo, pero conteniéndose para no romperme.

Podía sentir su deseo, su fuerza… y algo más. Algo que me envolvía y me encendía por dentro.

Sentía los latidos de su corazón a través del abrigo que aún me cubría. Eran fuertes. Constantes. A juego con los míos, que querían salirse del pecho.

Cuando por fin nos separamos, ambos respirábamos con dificultad.

Lo miré a los ojos, aún saboreando su boca.

Su mirada era intensa, y eso hizo que mi corazón latiera aún más fuerte.

—Kalinca...

No sabía qué decir.

Las palabras no servían para explicar esa mezcla absurda de emociones dentro de mí.

Me alejé un poco, con el abrigo aún sobre los hombros, intentando recuperar el aliento… y el sentido común.

—No voy a culparte ni a romper nuestro trato. Tenía frío y... —intenté explicarme, sin mirarlo directamente.

—Sí, el frío.

—Creo que deberíamos volver. Es tarde. Y si una rana salta del lago y me toca... me da un infarto.

—Ok.

Thiago asintió, sin apartar los ojos de los míos, como si intentara leerme el pensamiento.

—No te preocupes. Seguiré ayudándote con tus sobrinas. Esto fue solo… un accidente de trayecto.

—Total.

—No volverá a repetirse.

—Lo sé.

Capítulo 25

Kalinca Oliveira

Se repitió.

En el momento en que entramos por la parte trasera de la mansión, encontrándonos de frente con la cocina, él cerró la puerta tras de sí, pero con la otra mano me agarró del brazo.

Su contacto me pilló por sorpresa, aunque una parte de mí lo sabía y secretamente deseaba que aquello ocurriera.

El calor de sus dedos sobre mi piel irradió una sensación que hizo que mis piernas temblaran y mi corazón se acelerara. Su mano acarició mi brazo, deslizándose suavemente hasta mi hombro, y por un instante, todo a nuestro alrededor pareció disolverse.

No había pasado, ni recuerdos dolorosos, solo nosotros dos.

Lo miré. Después de tanto tiempo intentando ocultar mis sentimientos, en aquel momento me sentí incapaz de esconder lo

que ocurría dentro de mí.

Había algo en la mirada de Thiago que me hacía hiperventilar y arder, una mezcla de control y deseo que me ponía tensa, al borde de un precipicio del que no quería saltar.

Pero mi cuerpo me desobedeció.

Me atrajo hacia sus brazos y yo fui como si fuera lo correcto.

Thiago me agarró con firmeza de la cintura, me levantó en el aire y me hizo sentar sobre la isla de mármol en medio de la cocina. Aquello provocó escalofríos en mi piel, un estremecimiento me recorrió, pero enseguida sus dedos rozaron mi nuca y su cuerpo me atrajo para encajar en el suyo.

No fue el frío lo que me hizo temblar.

Sentí el calor de su cuerpo invadir el espacio entre nosotros, su olor fue tan intenso que me mareó y, antes de que pudiera pensar en protestar, sus labios encontraron los míos.

El beso fue lento al principio, casi como una prueba para saber si lo rechazaría, pero no lo hice. Sentí sus labios suaves y firmes, y cada segundo que permitía aquel beso, se intensificaba hasta el punto de que Thiago se quitó la camisa frente a mí,

mostrándome su pecho musculoso y bien definido, los abdominales marcados y los brazos tonificados.

Era como si todo mi cuerpo estuviera en llamas.

Agarré su pelo, lo enredé en mi mano como si fuera un cabestro y lo tiré de vuelta para sentir su piel. Su sabor era intoxicante, y no pude parar.

Sus brazos apretaron mi cintura, atrayéndome aún más hacia él mientras subía mi vestido, dejando mis muslos al descubierto. Clavé las uñas en su espalda y arañé suavemente.

Gimió bajito contra mis labios y eso me excitó.

—Puedo parar si te molesta.

—No pares —gemí.

Parecía todo el permiso que necesitaba.

Thiago me agarró del cuello y me tumbó sobre la encimera; por reflejo, extendí los brazos y tiré todo lo que había encima. Y a pesar del estruendo, no paramos.

Me agarró con fuerza de las piernas y me atrajo hacia él. Al levantar la cabeza, lo vi lamer mi muslo y subir lentamente, dejando un rastro de fuego en cada toque.

Al llegar a mis bragas, las mordió con los dientes y las tiró como si fuera una fiera; sentí sus dientes arañar ligeramente mi piel, y eso me puso la carne de gallina.

Cuando su boca encontró mis labios mayores, casi le di una patada en la nuca. Mi cuerpo entró en un estado de shock que no tardó en convertirse en un placer fulminante.

Su beso fue lento, prolongado, como si estuviera chupando una fruta que lo dejara embadurnado, y eso parecía excitarlo.

—Quiero sentir tu placer en mi boca —murmuró con voz ronca.

Eso me provocó un escalofrío por toda la espalda.

—Estoy tan nerviosa que no sé si…

Antes de que terminara de hablar, presionó su pulgar sobre mi clítoris y empezó a hacer movimientos circulares, primero lentos, casi sin intención, y luego rápidos e incisivos, mientras la punta de su lengua jugueteaba con mi piel.

Casi doy un salto; tuve que agarrarme a los bordes de la encimera para quedarme quieta.

—No te resistas —me miró desde abajo.

—Thiago… —suspiré, dando pequeños saltos sobre la encimera como si me dieran calambres.

—No pararé hasta sentir que te corres en mi boca.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —me reí.

—¿Quieres apostar? —Sus ojos brillaron con el desafío.

Puso esa cara suya, esa actitud arrogante y bruta que le daba tanto encanto, y continuó con los movimientos circulares en mi clítoris, pero su lengua bajó y se abrió por completo, mordisqueando mis labios mayores, separándolos y luego entrando en mi canal.

—¡Joder! —Apreté la encimera con todas mis fuerzas.

Y necesitaría el doble para lo que vino después.

Con la otra mano, introdujo el dedo corazón y el índice hacia arriba dentro de mí. Desde el primer momento que lo hizo, mi cuerpo respondió con una nueva sensación que nunca antes había experimentado.

Y, de alguna manera, su lengua también entraba con una habilidad pasmosa, dejándome aún más mojada que antes.

—No te resistas. Entrégate a mí —ordenó, sus cejas gruesas arqueadas en una leve irritación.

Sus palabras alcanzaron algo profundo dentro de mí, y antes de que pudiera responder, sentí un líquido estallar en mi interior, chorreé sobre su rostro e inmediatamente me invadió la vergüenza.

¿Me había orinado? Jamás había hecho algo así en toda mi vida.

Mi estado de shock pasó y mi corazón se aceleró al verlo embadurnarse con el líquido, chupar mis muslos, mi coño, lamer cada gota de la encimera y mirarme como si estuviera sediento de más.

—Buena chica.

—¿Qué fue eso?

—Señal de que voy por buen camino. —Guiñó un ojo.

Agarró con fuerza el centro de mi vestido y me tiró para sentarme. Exhibicionista como era, se aseguró de que viera cómo se quitaba el calzoncillo y mostraba su polla grande, gruesa y dura golpeando su propio abdomen.

—Y que me debes un orgasmo también.

Humedecía el glande hinchado y rosado con mi propia lubricación. Y cuando entró en mí, tuve que contener el aire y

ahogar un grito en mi garganta.

—Nunca había metido algo así dentro de mí —murmuré, dando golpes en su hombro para resistir aquella presión.

—Te acostumbrarás. —Alzó aún más mi vestido, me quitó el sujetador y mordisqueó mi pezón, chupándolo con lentitud mientras sus ojos no se apartaban de los míos—. Delirarás de placer. —Siguió masajeando mi clítoris—. Y me rogarás que no pare.

Apenas podía respirar. Había olvidado incluso cómo se hacía.

—En lugar de que tu cuerpo se cierre e intente expulsarme, quiero que me abrace, que me trague, que me haga sentir parte de él. —Thiago me agarró de la nuca, apoyó su nariz contra el mío y sus ojos ni siquiera parpadearon.

—No puedo, es demasiado grande.

—¿Pero lo deseas? —murmuró, rozándome los labios—. Porque es todo lo que anhelo ahora. Te deseo a ti.

Cerré los ojos y me relajé un poco.

La sensación de sentir que me llenaba era como golpearme la cabeza y ver pequeñas luces girando a mi alrededor.

Me sentí viva, como si mis sentidos hubieran ganado habilidades nuevas y todo lo que había experimentado del mundo palideciera ante aquella sensación.

Entreabrí los labios y dejé escapar todo el aire caliente de mis pulmones mientras Thiago se hundía dentro de mí. Mi cuerpo lo recibía como si fuera una parte esencial, y cada segundo que pasaba, el dolor se transformaba en placer.

—¿Y ahora? —pregunté, casi incrédula, al mirar hacia abajo y ver que la mitad había entrado.

Era todo lo que podía soportar.

—Ahora mueves las caderas, como si bailaras. —Esbozó una sonrisa pícara, como el canalla que era.

Agarré con fuerza su pelo y moví suavemente mis caderas, lo que ayudó a que entrara un poco más. Y al sentir su polla palpitar dentro de mí, caí en el delirio. Necesité casi diez segundos para recuperarme.

Me atrajo hacia su regazo y el peso de la gravedad hizo que lo engullera aún más. Cada parte de mí gritaba por él, sentía una necesidad ardiente, casi primitiva, de tenerlo completamente dentro.

Thiago me agarró con fuerza las nalgas y me levantó suavemente, luego me hizo descender y sentir cómo su polla me llenaba con más hambre, buscando más espacio.

Mis labios encontraron los suyos de nuevo, y esta vez el beso fue más voraz. Tiré de su pelo para equilibrarme, luego me aferré a sus hombros y brazos duros como piedra, a su pecho hinchado que no dejaba de subir y bajar por su respiración agitada.

Me perdí en él hasta ver la cocina como un borrón.

Nos alejamos de la encimera y empezamos a danzar por la habitación, tambaleándonos y chocando contra la nevera, la mesa, la pared que separaba las estancias.

Cuando llegamos al salón, me tumbó en el sofá y se colocó sobre mí. Mi cuerpo lo abrazó, lo tragó casi por completo, y el hecho de que siguiera estimulando mi clítoris me dejó sensible, con la sensación de que estaba a punto de estallar.

—¿Otro orgasmo? —preguntó admirado—. Pues correte con mi polla dentro, quiero sentir tu placer mientras te follo.

Thiago levantó mis piernas y las abrazó con un brazo; con el otro, mantuvo toda su atención en el estímulo que me provocaba. Aceleró la penetración de tal forma que sentí mi piel arder. El deseo

pronto me cegó hasta ver todo negro por un instante y dejar que mi cuerpo explotara en placer.

—Thiago… —susurré, casi sin aliento, hundiendo la espalda en el sofá.

No se detuvo, ni siquiera después de mi orgasmo. Continuó cada movimiento hasta que su polla empezó a hincharse aún más. Cuando estuvo a punto de correrse, la sacó de mí y tuvo su orgasmo.

Inmediatamente se arrodilló, me abrió las piernas con decisión y hundió su rostro en mi carne sensible y palpitante.

Los dos recuperamos el aliento, recobrando un poco de conciencia. Estaba a punto de decir que había perdido el control, que, una vez más, todo había sido un error y no debía repetirse, pero me calló con un beso lento y delicado. Sus manos abrazaron mi cuerpo, me levantó del sofá y me llevó al baño de la habitación para ducharnos juntos.

Capítulo 26

Kalinca Oliveira

Me desperté con una sensación extraña.

La luz intensa de la mañana se colaba por las rendijas de la cortina, y una buena dosis de resaca moral se apoderó de mí. Me quedé tumbada en la cama, contemplando el cuarto vacío, invadida por una inquietud que no sabía cómo poner en palabras.

Ayer había perdido la razón, el juicio, el rumbo, todo.

Y el calor que sentía iba más allá de los rayos del sol que intentaban colarse en la habitación. En realidad, ese calor tenía nombre.

Thiago.

Me escondí bajo las sábanas, como si pudiera ocultarme de las cosas que habíamos hecho. Intenté concentrarme en cualquier otra cosa: la lámpara del tocador, la puerta del baño que crujía, los

pájaros cantando fuera... pero mi mente siempre encontraba la forma de regresar a ese momento.

El recuerdo de su tacto sobre mi piel desnuda, el sabor de sus labios devorando los míos, la manera en que hizo que mi cuerpo se moviera sobre el suyo...

¿Debería sentirme satisfecha? Probablemente. ¿Feliz? Posiblemente. Pero estaba inundada por todo tipo de emociones contradictorias sobre lo mucho que había estado mal, lo mucho que había estado bien, lo problemático, lo delicioso, lo pecaminoso... y otra vez, lo delicioso.

Tenía la cabeza hecha un lío.

Jamás imaginé que volveríamos a encontrarnos. Y cuando ocurrió, me juré a mí misma que no nos involucraríamos. Pero ahora, después de todo lo que había pasado, las líneas entre nosotros se habían desdibujado, y ya no sabía qué pensar.

Lo único que tenía claro era que no podía darme el lujo de apegarme a él.

La vida ya había sido bastante dura conmigo, y había aprendido —por las malas— que el amor era un lujo peligroso. Todo

lo que debía hacer era centrarme en el plan: ayudar a Thiago a conseguir la custodia de sus sobrinas y luego seguir con mi vida.

Respiré hondo, me levanté y fui a darme una ducha fría para espantar los pensamientos impuros. Ya era hora de empezar el día y tenía que enfrentar las consecuencias de aquella noche insensata.

*

Después de arreglarme, bajé las escaleras y encontré a Thiago en el salón. Estaba sentado en un sillón, con expresión seria mientras miraba el móvil.

Cuando me acerqué, levantó la vista y, por un breve instante, vi el destello de deseo que había flotado entre nosotros la noche anterior.

Aparté la mirada y examiné cada rincón de la casa para comprobar si había algún rastro del desastre que habíamos provocado de madrugada: todo parecía perfectamente en orden.

—Buenos días —saludó, como si quisiera bloquear mi camino hacia la cocina.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

No pude evitar una sonrisa irónica al escuchar la pregunta.

—Lo suficiente. ¿Y tú?

—Me quedé frito.

El silencio entre nosotros era casi incómodo.

Ambos sabíamos lo que había pasado, pero ninguno parecía dispuesto a hablar del tema. Y tal vez era mejor así.

—Sobre lo de anoche... —empezó él.

—Sí... lo de anoche... la casa sigue en pie, ¿no? —me rasqué la nuca.

—Lo dejé todo en orden.

—Ah, genial.

—Entonces, sobre anoche...

—Sí...

—Sería mejor que no...

—Estoy de acuerdo. Fingir que no ha pasado.

—Puede que haya cruzado tus límites, pero de verdad necesito tu ayuda, Kalinca.

—Tranquilo, te voy a ayudar. Pero... que no vuelva a repetirse —ajusté el sujetador, nerviosa.

—No se repetirá.

Tragué saliva, frustrada, pensando que eso me haría sentir aliviada.

Pero quería más. Quería repetirlo. Lo quería ahora.

Antes de que alguno pudiera decir algo más, Leonor entró en el salón. Aún tenía el rostro algo apagado, pero intentaba mantener la compostura.

—Siento mucho lo de anoche. No era mi intención preocupar a nadie —cruzó los brazos, y su jersey color crema le daba un aire de estar envuelta en una manta—. ¿Podemos ir al despacho?

—Claro —Thiago se levantó de inmediato—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Pero el médico quiere seguir observándome.

Evitó mirarme en todo momento, hasta que llegamos a un amplio despacho y se sentó tras un escritorio de madera maciza. Se

colocó unas gafas de montura gruesa, con cristales profundos, y esbozó una sonrisa.

—Qué pareja tan improbable... —nos analizó con calma.

—Sí. No tenemos nada en común. Salvo el plan... —respondí.

Quería que me mirase, pero parecía incómoda o asustada. Seguía pareciendo como si hubiera visto un fantasma.

—Tenéis química —evaluó la mujer.

Thiago y yo cruzamos una mirada fugaz, listos para desmentir cualquier insinuación.

—¿Nosotros? —se burló Thiago.

—No. No es posible. En realidad, no nos soportamos —añadí.

—Sí. Somos buenos resolviendo problemas, pero fuera de eso, nada en común.

—Él es demasiado correcto, sigue las normas... yo simplemente improviso —completé.

—Las mejores parejas son así —suspiró la mujer—. He unido a miles de parejas por todo el mundo. Y, observando vuestras posturas, puedo decir que tenéis una gran sinergia.

—Creo que es tu vértigo —comenté.

—¿Qué?

—Un dolor aquí... —me froté la zona del vientre—. Debe de ser apendicitis.

—Lo que quiere decir es que hacemos esto solo con el objetivo de conseguir la custodia de las niñas —explicó Thiago.

Leonor sonrió, como si ya esperase esa respuesta.

—Incluso explicáis las intenciones del otro —anotó algo en una pequeña libreta—. Bien, nada de eso cambia el hecho de que debéis parecer una pareja real. La familia Camargo es muy tradicional. Y Thiago lleva...

—Dos años... —se masajeó la sien.

—Dos años intentando obtener la custodia de las niñas. Y después de tantas negociaciones, la familia Camargo decidió cederla si él demostraba ser capaz de formar una familia.

—Exacto.

—Y tú mentiste diciendo que llevas seis meses con un antiguo amor, comprometidos... —Leonor negó suavemente con la cabeza—.

Un buen desafío para ti, Ka... —dejó caer la frase, esperando que dijera mi nombre.

—Kalinca.

—Kalinca —repitió, asintiendo despacio.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, como si estuviera a punto de darnos un consejo importante.

—Bien, lo primero que debéis saber sobre ser una pareja es que las parejas de verdad tienen un lenguaje propio, una comunicación silenciosa. Saben muy bien lo que el otro piensa o siente sin necesidad de decir una palabra. Debéis trabajar en eso.

Miré a Thiago, intentando imaginar cómo sería posible "leer" algo en él. Era una fortaleza, siempre controlado, siempre ocultando sus verdaderas emociones.

Pero antes de que pudiera decir nada, Leonor continuó:

—Además, está el tema del contacto físico. Las parejas se tocan todo el tiempo, de forma natural y espontánea. Un brazo alrededor de la cintura, una mano en el hombro, tomarse de las manos... ¿Podéis hacer que eso parezca genuino?

Casi me eché a reír al escuchar eso.

La idea de tocar a Thiago de forma natural parecía imposible. Cada vez que él me rozaba, sentía como si una descarga eléctrica recorriera mi cuerpo. Pero Leonor tenía razón.

Si queríamos que este plan funcionase, teníamos que aprender a hacerlo sin que pareciera forzado.

—Y por último —dijo, con un tono más suave, casi maternal —, recordad que la apariencia es importante, pero lo más importante es la conexión que demostréis. No sirve de nada parecer una pareja perfecta si no podéis mostrar que de verdad os importáis el uno al otro.

Me contuve para no poner los ojos en blanco.

Por supuesto que no había ninguna conexión real entre nosotros, más allá de la tensión que se acumulaba cada vez que estábamos cerca. Pero Leonor solo estaba haciendo su trabajo, intentando ayudarnos a parecer lo que no éramos.

—Leonor, no tenemos nada que ver. Estamos deseando que esto acabe para que cada uno siga su camino —empezó a decir Thiago.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, ¿puedes sugerir algo práctico?

Leonor nos miró a los dos y, por un momento, una leve sonrisa de comprensión asomó a sus labios.

—Cuando estéis frente a otras personas, sentaos juntos. Thiago, pasa el brazo por encima del hombro de Kalinca. Y ella pondrá la mano sobre tu muslo.

Abrí los ojos como platos, completamente alerta.

—Y os miraréis como si fuerais lo más precioso del mundo el uno para el otro —puntualizó la mujer—. ¿Queréis intentarlo?

—Definitivamente no —negué con la cabeza.

—Vamos, es solo el primer paso. Imaginad que los Camargo os piden dormir en la misma habitación...

—Entonces él dormirá en la alfombra, como un perro —crucé los brazos.

—Kalinca —pronunció mi nombre con un tono amable y persuasivo—. Concéntrate en el objetivo. Repite conmigo: foco en el objetivo.

—Foco en el objetivo —gruñí.

Cuando Thiago hizo ademán de pasar el brazo por encima de mi hombro, lo fulminé con la mirada hasta el punto de que alejó incluso la silla de mí.

—Foco en el objetivo —repetí.

—Por supuesto, también tenéis que conoceros bien. Thiago, ¿cómo se llaman los padres de Kalinca?

Me giré hacia él, curiosa por saber si tenía esa información.

Thiago pareció sorprendido y descolocado ante la pregunta.

—¿Cómo es posible que un agente de la Policía Federal, experto en investigación, no sepa el nombre de sus futuros suegros? —lo reprendió Leonor con dulzura—. Tenéis que pasar más tiempo juntos si queréis que esto funcione.

—Tiene razón. Estamos fallando en lo más básico... —murmuró él.

—Tú, querida mía, eres una completa desconocida. Pero él... él es famoso por no quedarse mucho tiempo con una mujer. Así que puedes estar segura de que la familia Camargo será muy exigente al poneros a prueba. —Se levantó del sillón con la misma elegancia con

la que se había sentado—. Estoy aquí para ayudar, pero solo puedo trabajar si tengo material. Y por ahora, vosotros parecéis... crudos.

—¿Crudos? —arqueé una ceja.

—La química es buena, pero aún no habéis metido nada en el horno —guiñó un ojo.

Mientras Thiago y yo intercambiábamos otra mirada, Leonor se acercó a mí, con un brillo curioso en los ojos.

—¿Puedo tener un momento a solas con ella, Thiago?

—Por supuesto. Voy a preparar las cosas para marcharnos. Y... dejé unos vinos en tu bodega.

—Gracias, querido. Diles a tus padres que tienen que venir a visitarme.

—Lo haré.

Cuando nos quedamos solas, sentí que el corazón se me aceleraba.

Era como si la sala se oscureciera de pronto y yo me encogiera en la silla. El silencio de Leonor y su mirada fija en mí me hicieron hiperventilar.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, con frialdad.

Áspera de una forma que no esperaba en un reencuentro nuestro.

—¿Cómo?

—No el cómo. El qué. Dilo ya... has conseguido llegar hasta mí, así que debes tener algo que pedirme.

—No, no tengo nada que pedir. Solo... solo soñé durante todos estos años cómo sería reencontrarte —tragué saliva.

—Corta el teatro —espetó, mirándome con desprecio—. ¿Sabes cuántas como tú he visto ya? Decenas. ¿Por qué no? Una anciana frágil como yo, con una fortuna multimillonaria después de perder a su familia... Todos los años aparece una sobrina perdida, una nieta hija de alguna amante de mis hijos...

—Abuela, soy Carina.

Se quedó muda. Su tono y su expresión cambiaron de inmediato, porque por un segundo pareció saber que era verdad.

—No juegues conmigo, niña. Ya pasé por esto decenas de veces y nadie consiguió sacarme nada —dijo con firmeza.

—Puedo demostrar quién soy.

—¿Una prueba de ADN? —Tamborileó los dedos sobre la mesa.

—No. Una palabra —respiré hondo.

Capítulo 27

Kalinca Oliveira

Hace 20 años.

Habíamos regresado de casa de la abuela junto con toda la familia; solo ella se había quedado atrás, porque estaba enferma. Mis padres estaban entusiasmados por mostrar su nuevo proyecto a mis tíos, y yo luchaba por mantenerme despierta todo lo que podía, pero el sueño me vencía.

Todavía estaba molesta por no haber ido a casa de Tarsila, lo que acabó convirtiéndose en un dolor de cabeza y, como consecuencia, en un cansancio que me hizo quedarme dormida en el sofá de la biblioteca de la mansión.

Antes de que pudiera resistirme, me quedé dormida.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Podrían haber sido minutos u horas. Lo único que sabía era que me desperté de repente, no por el murmullo suave de las voces ni por el calor acogedor de la chimenea, sino por el pánico en el rostro de mi madre.

—¡Carina, despierta! —dijo con urgencia.

Sostenía a Gabriela en un brazo y a Priscila en el otro.

—¡Despierta, cariño, te necesito!

Mis ojos parpadeaban, confusos, aún nublados por el sueño.

Sentí el olor a humo antes de ver nada, y mi corazón empezó a latir más rápido, aunque todavía no entendía por qué.

—Mamá, ¿qué está pasando?

—El sistema contra incendios no funciona… y no conseguimos salir de la casa…

Me froté los ojos con el dorso de las manos y la miré, sin comprender del todo lo que decía.

—La mansión… se está incendiando. ¡Tenéis que salir de aquí!

Me aferré a mi madre con fuerza, sintiendo cómo el miedo y el pánico se apoderaban de mí.

—Quiero quedarme contigo, mamá. ¡Déjame aquí, por favor!

Ella me sujetó con una mano y empezó a caminar hacia la pared de la biblioteca. Vi cómo tiraba de uno de los libros, y una pequeña puerta secreta se abrió, revelando un pasadizo estrecho y oscuro que nunca antes había visto.

—Carina, ahora tienes que ser fuerte —su voz temblaba, pero había en ella un tono de autoridad que sabía que no podía desobedecer—. Tienes que cuidar de tus hermanas.

—¿A dónde vas, mamá?

—Voy a buscar a tu padre, pero necesito que hagas algo por mí.

Miré el pasadizo angosto, el miedo convirtiéndose en puro terror.

—No, mamá, quiero ir contigo —supliqué.

Las lágrimas me ardían en los ojos y empezaron a deslizarse por mis mejillas.

Ella se arrodilló frente a mí, sujetando mi cara con la mano libre, mientras con la otra seguía abrazando con fuerza a Gabriela.

—Seguirás este pasadizo con tus hermanas, te llevará hasta la cocina —hizo una pausa, respirando hondo—. Al llegar allí, abrirás el compartimento de la basura; es como un tobogán pequeño, será divertido.

Cada vez que desviaba la mirada hacia el humo, ella acariciaba mi rostro y me obligaba a mirarla a los ojos.

—Bajaréis por ese tobogán hasta un contenedor grande que está en la parte trasera de la mansión. Escúchame, Carina, tienes que hacerlo. ¿Me oyes?

—Sí, mamá.

—Cuando llegues afuera, pide ayuda. Pero lo más importante: ¡mantén a salvo a tus hermanas!

Asentí con la cabeza, las lágrimas cayendo libremente por mis mejillas.

Pero la idea de separarme de ella, de cruzar ese pasadizo oscuro sola con mis hermanas, me aterrorizaba.

—Pero… quiero ir contigo, mamá. Por favor, no me dejes sola.

Forzó una sonrisa, una que no llegó a sus ojos, que ahora brillaban con lágrimas que luchaba por contener.

—Necesito que seas fuerte, Carina. Necesito que salves a tus hermanas y las cuides. Prométemelo.

Fue la primera vez que sentí el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

—Lo prometo, mamá.

Me atrajo hacia un abrazo rápido y me besó en la coronilla.

El humo ya lo cubría todo y el calor empezaba a asustarme.

—Nunca olvides quién eres —susurró en mi oído, con voz temblorosa—. Y si algún día encuentras a alguien de la familia, tienes que decir una cosa.

—¿Qué cosa, mamá?

Dijo una palabra. No tenía sentido en portugués, pero aun así la recordé y nunca la olvidé.

—Guárdala con tu vida —se quitó el collar con un colgante pesado que parecía una llave y lo colgó de mi cuello—. Ahora, ¡vete!

Mi madre me empujó suavemente hacia el pasadizo secreto, sujetando con firmeza a Gabriela y Priscila. Me miró una última vez, sus ojos fijos en los míos, como si quisiera transmitirme toda la fuerza que tenía.

—Te quiero, Carina. No mires atrás, sé fuerte, ¡corre!

Entré en el pasadizo oscuro, cargando con mis hermanas como pude; no sabía si era porque pesaban demasiado o porque yo temblaba de pies a cabeza. Lo último que escuché fue el sonido lejano de mi madre corriendo hacia el fuego.

En este momento.

—Kjaerlighet.

La palabra salió de mis labios casi como un susurro, pero el impacto fue inmediato.

Mi abuela se quedó paralizada en la silla frente a mí, los ojos se le abrieron de par en par y permanecieron así, como si le hubiera dado un derrame. Parecía haber sido transportada a otro tiempo, a otro lugar. Un lugar donde esa palabra, que no tenía ningún sentido en portugués, estaba cargada de significado.

Se quedó temblorosa, incapaz de articular palabra.

Sus ojos me miraban como si estuviera viendo un fantasma, a alguien que había perdido hacía mucho tiempo.

Sentí que la garganta se me cerraba, con el dolor de los recuerdos aún fresco en la mente.

—Abuela... —la palabra salió de mí cargada de un dolor antiguo, un dolor que había enterrado durante años—. Soy Carina. Tu nieta. Soy hija de Ayala.

Leonor llevó una mano temblorosa a la boca, con los ojos llenos de lágrimas.

—No... no puede ser... Yo... yo tuve la confirmación de la policía, dijeron que... —tragó saliva, incapaz de seguir.

—Yo debería haber muerto aquella noche. Pero... sobreviví. Me escondí, tal y como mamá me dijo. Y desde entonces, he vivido con este dolor, esta soledad, creyendo que nunca volvería a encontrar a mi familia.

Mi abuela negó con la cabeza, las lágrimas resbalando por su rostro. Se levantó de la silla, pero parecía que sus piernas no podían sostener el peso de aquella revelación.

—No puede ser... —repetía, con voz débil.

Me puse en pie, con el corazón latiendo tan fuerte que sentía que iba a estallar.

—Mamá me dijo que nunca olvidara esa palabra. "Kjaerlighet". Pero no tiene sentido. No era el nombre de ninguna empresa, ni nada que recuerde... ¿qué significa?

—Significa... el lugar de donde venimos —suspiró, cerrando los ojos con fuerza.

—Abuela, no quiero tu dinero. No quiero aprovecharme ni nada por el estilo. Solo quiero... una familia.

Mi abuela me miró, los ojos buscando desesperadamente alguna confirmación, alguna señal de que decía la verdad. Y entonces, algo cambió en su expresión.

Dio un paso hacia mí, luego otro, hasta que nos separaban solo unos centímetros. Levantó una mano temblorosa, como si tuviera miedo de que, al tocarme, yo desapareciera.

—Carina... —susurró, con la voz rota por la emoción.

No pude decir nada más.

El dolor, la tristeza, la soledad de todos esos años explotaron dentro de mí. Y antes de darme cuenta, ya estaba en sus brazos, sintiendo el calor de su presencia, el amor incondicional que creí haber perdido para siempre.

Me abrazó con fuerza, como si tuviera miedo de soltarme y perderme otra vez.

—Mi querida... mi querida nieta... —lloró, y yo lloré con ella.

Capítulo 28

Kalinca Oliveira

El cielo nublado y denso contrastaba con los campos verdes a lo largo de la carretera de regreso a São Paulo. El silencio dentro del coche hacía que mi respiración sonara demasiado fuerte, y cualquier gesto mínimo, como frotarme las manos contra el vestido, se sintiera exagerado.

Iba sentada en el asiento del copiloto, mirando por la ventana, intentando distraerme con el paisaje.

La conversación que tuve con mi abuela seguía removiéndome por dentro.

El momento en que revelé mi identidad fue uno de los más difíciles de mi vida. Lo había ensayado y soñado tantas veces que, cuando finalmente ocurrió, fue como una catarsis.

Y aun así, sentía que mis problemas no se habían resuelto. De hecho, el peso sobre mis hombros ahora parecía aún mayor.

—¿No vas a contarme de qué hablasteis? —Thiago se armó de valor para romper el silencio.

Aunque estaba concentrado en la carretera, podía notar que, de vez en cuando, me observaba de reojo, intentando medir mi estado de ánimo. Había intentado iniciar conversación varias veces con un "¿todo bien?", "¿tienes algo que hacer hoy?", "¿quieres comer conmigo?", pero a todas esas preguntas respondí solo con un leve asentimiento.

—¿Hmm?

—Tú y Leonor os quedasteis solas en el despacho. Y luego saliste destrozada, como si hubiera pasado algo grave. ¿De qué hablasteis?

—Cosas de mujeres, Thiago.

—¿Fue amable contigo? ¿Te trató bien?

—Sí, no te preocupes.

Sabía que notaba que algo no iba bien conmigo, lo veía en cómo me miraba. Pero no encontraba las palabras para explicarlo.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo confesar la verdad, la culpa que me devoraba por dentro?

El reencuentro con mi abuela había sido uno de los momentos más importantes de toda mi vida —desde que vi a Priscila graduarse en el curso técnico de enfermería y conseguir un trabajo.

Entonces me preguntó por mis hermanas. Y mentí. Dije que estaban bien, cuando en realidad... Gabriela había desaparecido la noche del incendio. Desde entonces, no volví a saber nada de ella, y pasé toda mi infancia y adolescencia volviendo a las ruinas de la antigua mansión, buscándola.

Necesitaba una señal, una casualidad, un empujón del destino... pero en veinte años, no ocurrió nada.

Y fue culpa mía.

Pensar en ello otra vez me hizo arder los ojos, y mordí el labio inferior para no llorar. Sentía el corazón apretado, la garganta cerrada, unas ganas inmensas de gritar.

Le fallé a mi madre. Le prometí que cuidaría de ellas, que las protegería, que sería la hermana mayor responsable... y fallé estrepitosamente.

Ese fracaso me perseguía cada día, pero cuando Thiago apareció en mi vida, ese fantasma se hizo aún más grande.

Él era el símbolo de mi pasado no resuelto: mi primer amor y alguien que sabía la verdad. Que destruí a la familia que me quedaba, que perdí a mi hermanita, que no cumplí mi promesa.

Por eso no merecía amor.

Tampoco una familia.

¿Cómo podría? Dejé que una niña inocente desapareciera en las sombras de un incendio.

—¿Kalinca? —Thiago me llamó una vez más.

—¿Sí...? —Me froté los ojos y evité mirarlo.

—¿Puedo programar el viaje a Rio Grande do Sul para la semana que viene?

—Claro. Puedes hacerlo —suspiré.

—Perfecto. Hasta entonces, tenemos que conocernos a fondo, como sugirió Leonor... así que... ¿qué crees que deberíamos saber? ¿Qué nos preguntarán?

—Ni idea. Pero dijiste que eran estrictos, ¿no?

—Lo son —suspiró—. Están avergonzados porque su hijo abandonó a las gemelas y se escapó a Europa —tamborileó los dedos sobre el volante—. Así que quieren asegurarse de que las niñas estén bien cuidadas.

—¿Cómo se llaman?

—Clarisa y Sabrina.

—¿Crees que querrán quedarse contigo? —Al notar que la pregunta podía sonar agresiva, aclaré la garganta—. ¿Te tienen cariño?

—Me adoran. Sé que no lo parece, pero soy un tío baboso. Y muy presente. Bueno, últimamente he dado más regalos que presencia, porque tengo mi trabajo aquí y no puedo dejarlo todo para verlas en el sur cuando me da la gana...

—Tienes dinero.

—Sí, pero tengo un propósito. Y no dejaré la policía hasta cumplirlo.

Apoyé el hombro en la ventana abierta del coche y el mentón sobre el puño cerrado. Lo miré un instante; algunos mechones de su pelo recogido en moño samurái se movían con el viento, y esa barba

y esas cejas le daban un aire mucho más serio para alguien que parecía tan despreocupado.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunté.

Thiago suspiró. Sus labios se entreabrieron y me miró durante un segundo, aunque pareció durar minutos.

Ese simple gesto hizo que el corazón se me acelerara.

Parte de mí quería abrirle el corazón, contarle todo lo que me atormentaba. Pero ¿cómo hacerlo, si él tampoco se abría?

No lo juzgaba.

Era más fácil construir muros tan altos que ni una misma pudiera ver por encima.

—Lo sé —solté una risa apagada—. Todos tenemos nuestros miedos, pero no todos quieren hablar de ellos.

Él volvió a mirarme, sus ojos azules, penetrantes, como si intentara descifrar algo en mi rostro.

—Le fallé a mi hermana.

Al decir eso, me estremecí por completo.

—Ella... siempre me culpó por algo, desde la adolescencia. Después de aquello, sentí que ya no éramos los mismos, como si se hubiera alejado de mí... —tragué saliva—. Seguíamos hablando y viéndonos, pero había una... distancia. ¿Lo entiendes?

—Ajá.

—Cuando me gradué en Derecho, ya estaba enfocado en entrar en la Policía Federal. Quería ser comisario, claro, pero necesitaba experiencia en el área... así que ingresé directamente.

—Qué inteligente.

—Lo soy —respondió con tono presumido.

Y eso lo hacía aún más atractivo.

Admiraba eso de él. Su forma segura, confiada y fuerte. Digna de alguien que había nacido en cuna de oro, que nunca se preguntó si tendría algo que comer al día siguiente o si un matón vendría a cobrarle tasas abusivas.

—La burocracia me destrozó. Quise profundizar en esa investigación, entender todo lo que había pasado, pero las pruebas desaparecieron… el caso se cerró… solo conseguí frustrarme —suspiró—. Al menos, en medio de todo eso, encontré otro propósito:

un juez que había encarcelado a varios corruptos estaba en peligro de muerte, me asignaron a su programa de protección y ahora me encargo de eso. Claro, de vez en cuando alguna que otra investigación cae en mis manos.

—Pero la que tú quieres está fuera de tu alcance.

—Exactamente. Me siento incluso más ligero después de contarlo. Parece que hablar ayuda.

Sus palabras fueron tan amables que, por un momento, sentí que mis defensas flaqueaban. Tenía razón, claro. Hablar ayudaba. Pero ¿cómo iba a compartir mi carga con alguien? ¿Especialmente con él? Thiago era fuerte, seguro de sí mismo, siempre con una respuesta lista. Yo… yo era un caos.

—Sé que no parezco el tipo de persona que tiene dudas o miedos —continuó, con la voz baja, casi introspectiva—, pero la verdad es que arrastro muchas inseguridades. Siempre me pregunto si estoy haciendo lo correcto, si soy lo bastante fuerte, si estoy protegiendo a las personas que amo como debería. Y a veces… a veces eso resulta abrumador.

Me giré hacia él, sorprendida por la sinceridad de sus palabras.

Thiago no era el tipo de persona que mostraba debilidad. Al menos, no era esa la imagen que siempre había proyectado.

—Le fallé a mi hermana… dos veces —suspiró—. No consigo la custodia de mis sobrinas porque me volví adicto al trabajo y mi vida se desordenó por completo…

—Yo también tengo miedo, Thiago —confesé, con la voz apenas un susurro—. Tengo miedo de perder a las personas que amo. Tengo miedo de fallar, de no ser suficiente.

Asintió, como si entendiera exactamente lo que estaba sintiendo.

Y quizá lo entendía de verdad.

La vida nos había puesto en situaciones difíciles, y ambos teníamos cicatrices que lo demostraban.

—Eres suficiente, Kalinca —dijo, girándose hacia mí con una expresión seria—. Y eres fuerte. Más de lo que crees. ¿O vas a decirme que pasar por todo eso con ese tal Marco es cosa de alguien débil?

Quería creerle. Quería aceptar sus palabras y dejar que llenaran los vacíos de mi corazón.

Pero la culpa y el miedo eran tan profundos que no podían borrarse tan fácilmente.

—No lo entiendes, Thiago —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas volvían a acumularse—. No podrías entenderlo.

No dijo nada durante unos segundos. Mantuvo la mirada fija en la carretera, como si estuviera procesando mis palabras.

—Quiero entenderte.

El tono amable de su voz, unido a la forma en que se preocupaba por mí, empezó a derrumbar, poco a poco, las barreras que yo había levantado. Estaba siendo genuino, intentando conectar conmigo de una forma que no me era habitual.

Pero aun así, no lograba bajar la guardia del todo.

—Necesitarías un par de carreras para entenderme —reí—. Una en Psicología y otra en Ciencias de la Religión.

—Solo necesito querer entenderte. Pero para eso, tú tienes que querer explicarme.

Me dejó sin palabras. Intenté responder varias veces, pero mi boca entreabierta no encontraba forma de articular nada. Entonces, tras unos minutos, me giré hacia la ventana y murmuré:

—Creo que hay cosas que es mejor guardar en silencio.

Él suspiró, pero no insistió.

Quizá entendió que no estaba preparada para compartir mis secretos más oscuros. Quizá respetó mi deseo de mantener esas cosas enterradas.

Mientras seguíamos nuestro camino de vuelta a São Paulo, el silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero era un silencio distinto, menos denso, casi cómodo.

A pesar de todo, Thiago había conseguido abrir una pequeña grieta en mis muros, y eso me asustaba.

Había una tensión creciente entre nosotros, una tensión que no era solo emocional, sino también física. Podía sentir el magnetismo que había entre los dos, la atracción innegable que existía, aunque ambos intentáramos ignorarla.

Cuando por fin llegamos a São Paulo, sentí una mezcla de alivio y tristeza. Parte de mí deseaba que el viaje durara un poco más, que tuviéramos más tiempo para procesar todo lo que había pasado entre nosotros. Pero otra parte agradecía volver a la realidad, donde quizá fuera más fácil mantener la distancia necesaria.

—Ya hemos llegado —anunció, aparcando el coche frente a mi casa.

—Gracias por traerme —dije, intentando no mostrar la confusión que sentía por dentro.

—Esto es por tu día de trabajo. Sé que vives de tus ventas y que estoy interrumpiendo tu rutina, así que… —Sacó algunos billetes de cien de su cartera.

No pensaba aceptarlo. Me sentí incluso un poco ofendida cuando me mostró el dinero. Pero tenía razón, había detenido mi vida para ayudarle, así que necesitaba esa compensación; de lo contrario, ¿qué comería? ¿Cómo pagaría mis cuentas?

Tomé los billetes, los metí entre los pechos y esbocé una sonrisa contenida. Pero antes de que pudiera salir del coche, él sujetó mi mano. Su toque era cálido, reconfortante, y por un momento, dejé mi mano en la suya, sintiendo cómo crecía la conexión entre nosotros.

—Kalinca —empezó, con voz suave—, estoy aquí para ti.

Pestañeé, sin saber qué responder.

—Sea lo que sea a lo que te estés enfrentando, quiero que sepas que no tienes que hacerlo sola. Soy un buen oyente. Y aún mejor solucionando problemas. Así que… llámame.

Lo miré, sintiendo que el corazón se me aceleraba. Había tantas cosas que quería decir, pero las palabras se quedaron atascadas en la garganta. En lugar de eso, simplemente asentí, retiré suavemente mi mano y salí del coche.

Mientras caminaba hacia mi casa, sentí el peso de la mirada de Thiago en mi espalda. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una pequeña chispa de esperanza.

Tal vez, solo tal vez, no estaba tan sola como pensaba.

Capítulo 29

Kalinca Oliveira

Cuando abrí la puerta de casa, el silencio que me recibió fue reconfortante, pero una sensación extraña se apoderó de mí, como si hubiese dejado parte de mí fuera.

Respiré hondo, intentando calmar los latidos de mi corazón. Pasé los dedos por el pelo, todavía pensando en lo que había pasado con Thiago.

Aparte de la conversación intensa que habíamos tenido en el coche, que aliviaba un poco mi culpa, otra cuestión se volvía urgente dentro de mí. No conseguía olvidar la sensación de su piel contra la mía, el calor de su cuerpo junto al mío, su mano guiando mi rostro hacia su boca y ese beso ardiente que encendía cada parte de mí.

Apenas cerré la puerta, Priscila apareció en el pasillo. Estaba pálida como un fantasma, con los brazos cruzados y una expresión curiosa.

—Mira quién ha decidido aparecer.

—Buenos días para ti también, Morticia Addams —sonreí.

—¿Se puede saber dónde ha estado la señorita?

Me obligué a sonreír, intentando borrar cualquier rastro de culpa que pudiera asomar en mi cara.

—Soy la hermana mayor, no tengo que dar explicaciones.

—Claro que sí. Sobre todo porque pasé toda la guardia preocupada por ti. Mamá dijo que no habías vuelto a casa.

—Ah, fui a resolver unas cosas... Nada importante —intenté sonar natural, pero sabía que mi respuesta no era suficiente para Priscila.

Entrecerró los ojos, observándome como si intentara leerme la mente.

—Nunca te he visto pasar la noche fuera —siguió insistiendo —. ¿Estás bien?

—Sí, Pri —caminé hacia ella y le di un beso rápido en la frente —. Solo necesitaba aire. Una escapada rápida.

Bufó, claramente insatisfecha con mi respuesta evasiva.

—¿Aire? ¿Toda la noche? —Alzó una ceja, aún con sospechas —. Ya...

Suspiré, intentando mantener la sonrisa en la cara.

—Priscila, solo fue una noche. No hace falta que te preocupes tanto —le tomé la mano y la llevé a la cocina—. ¿Y tú? ¿Cómo fue tu turno de trabajo ayer? ¿Todo tranquilo?

Me siguió, aún un poco desconfiada, pero aceptó el cambio de tema.

—Fue tranquilo, esta vez largo... —respondió, mientras yo empezaba a mover cosas por la cocina—. Mi *crush* no vino al hospital ayer, así que el turno se me hizo eterno.

—¿El doctor coreano? —me burlé.

—Ese mismo. Incluso llevé el suavizante con olor a bambú que tú hiciste, que le encanta… pero se había ido a un compromiso por ahí.

—Entiendo. ¿Has comido?

—Sí. Pero en serio, Kalinca, hoy estás diferente. Estás... distraída.

Intenté ignorar su comentario, concentrándome en coger un vaso de agua para mí.

—Solo estoy cansada, Pri. Fue un día largo, nada más —bebí un sorbo de agua y me giré hacia ella, intentando mostrar una sonrisa tranquilizadora—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te prepare algo de comer?

Negó con la cabeza, y finalmente apareció una pequeña sonrisa en sus labios.

—No hace falta. Pero gracias por preguntar. Solo quería saber si estás bien.

—Lo estoy, lo juro —afirmé, apoyando una mano en su hombro y apretándola suavemente—. ¡Ah! Terminé de hacer esos jabones y cremas hidratantes con olor a bambú que me pediste. Voy a dejarlos en tu cuarto, ¿vale?

—Vale.

—Pero oye —le sujeté del brazo y la fulminé con la mirada—, si ese doctor se pone tonto contigo, que sepa que tienes una hermana loca.

—Urgh —puso los ojos en blanco.

—¡Si te toca, le corto las pelotas!

—Ahora sí pareces tú otra vez —sacudió los hombros—. Me voy a dormir, todavía estoy agotada. Vaya madrugada...

—¡Que descanses!

Pasé el resto del día intentando centrarme en pequeñas tareas por la casa, intentando distraer mi mente de los recuerdos que seguían persiguiéndome. Pero por más que lo intentara, los pensamientos sobre Thiago seguían ahí, en un rincón de mi cabeza, atormentándome.

*

Ya era de noche cuando por fin me encontré con Olivia.

Al salir del trabajo, vino directamente a mi casa. Se sentó a la mesa mientras yo le servía unos sándwiches naturales que había preparado. El ambiente estaba tranquilo, todos se habían ido, pero mi mente estaba lejos de cualquier tipo de calma.

—Estás rara hoy, Kalinca.

—¿Tú también? —me quejé.

—No sé... parece que algo ha cambiado.

Solté un suspiro profundo, sin saber muy bien por dónde empezar. ¿Cómo explicar todo lo que había pasado? Sobre todo porque necesitaba mantener en secreto lo de mi abuela.

—¿Sabes cuando crees que tienes todo bajo control y de repente te das cuenta de que no controlas nada? —pregunté sin mirarla.

Olivia rió suavemente, aunque había un tono serio en su voz.

—Ah, no. No tengo ni idea de cómo se siente eso. —Acarició su barriga de embarazada. Hizo una pausa, como esperando que continuara—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Dudé un momento, intentando elegir bien las palabras.

—Digamos que... una amiga... se ha liado con un chico. De una forma que no esperaba.

Olivia sonrió de lado, claramente sin creerse lo de "una amiga".

—¿Una amiga, eh? —bromeó, aunque yo sabía que estaba atenta a cada palabra—. ¿Y qué le ha pasado a esa amiga?

—Bueno... —Respiré hondo, sabiendo que no podría ocultarle nada a Olivia—. Se involucraron. De forma muy intensa. Y ahora ella está... confundida. No sabe qué pensar ni qué hacer. Es como si todo lo que conocía ya no tuviera sentido.

Olivia me observó durante un largo momento antes de responder.

—Kalinca, a veces las cosas más intensas son las que más inseguridad provocan. Y a veces, esas mismas cosas son las que más valen la pena.

Quise contradecirla, pero en el fondo, lo que decía tenía mucho sentido.

—Pero tienes que ser honesta contigo misma. Si ese chico te hace sentir así, tal vez sea alguien a quien deberías considerar de verdad.

—En este caso, mi amiga necesita ser honesta consigo misma...

—Exacto.

Mi cabeza era un caos. Sabía que Olivia tenía razón, pero el miedo a salir herida, a abrir el corazón, contar toda la verdad y ser

rechazada, seguía siendo demasiado grande.

Después de todo, Thiago ya me había tratado como si no valiera nada en el pasado. ¿Por qué sería distinto ahora?

—¿Y si me estoy volviendo loca, Olivia? ¿Y si... no soy capaz de confiar en él? —pregunté, sintiendo el peso de mis propias palabras.

—En este caso, si tu amiga se está volviendo loca, ¿no? —rió suavemente, aunque con un tono serio.

—Tengo una amiga que dice que solo se vive una vez.

—Loca. —comenté.

—Y que cuando dos elementos químicos se mezclan, nunca vuelven a ser los mismos.

—¡Eh! ¡Esa frase es mía!

—Exacto. —Guiñó un ojo—. Creo que tú... tu amiga, en este caso, debería permitírselo. Vivir intensamente, sin dejar espacio para los arrepentimientos. Solo con cuidado de no quedarse embarazada y ser rechazada por un ricachón.

Golpeé la mesa con los nudillos, haciendo que Olivia se riera.

—¡Por el amor de Dios, Olivia! ¡No me lances esa maldición! —bromeé, aunque por dentro mi mente era un completo caos—. Sin ofender.

Olivia se rió aún más fuerte, negando con la cabeza.

—Tranquila, solo bromeo. Pero hablando en serio, Kalinca, tienes que decidir qué es más importante para ti: el miedo a salir herida o la posibilidad de algo real y bonito.

—¿Y cómo fue con el juez?

—Fue algo real y bonito. —Olivia suspiró, como si estuviera soñando despierta—. No me arrepiento de nada.

—¿De nada? —miré su barriga.

—De nada. Con o sin Daniel, voy a cuidar de mis bebés. Mi madre me crió sola. No sé de dónde sacaré fuerzas, pero voy a criarlos sola.

—Sola, no. Yo estaré aquí. —Le cogí la mano.

Sabía que Olivia tenía razón, pero aún me costaba admitirlo.

No podía dejar de pensar en Thiago, en cómo me removía por dentro de formas que ni siquiera sabía explicar. Y lo peor de todo…

es que, aun estando de vuelta en casa, lo único que quería era volver a estar con él, estar cerca de él otra vez.

—Es raro... —murmuré, más para mí que para Olivia—. Mientras estuve fuera, solo quería volver a casa. Pero ahora que estoy aquí... solo puedo pensar en volver a estar con él. En vivir otra aventura. Es como si... la realidad aquí ya no bastara.

Olivia sonrió, con una expresión amable y comprensiva.

—Eso es bueno, Kalinca. Es señal de que has encontrado algo que hace tu vida más emocionante. Quizá ha llegado el momento de dejar de huir y enfrentarlo de una vez.

La miré, sintiendo una mezcla de gratitud e incertidumbre.

—Tal vez tengas razón, Olivia. Tal vez sí sea hora de dejar de huir —afirmé, intentando convencerme a mí misma tanto como a ella.

—El amor es algo tan raro y valioso, que cuando lo sentimos, parece que todas las dificultades, los problemas y los tropiezos han valido la pena.

—Eh, eh, eh. Espera. ¡No es amor! —la advertí—. Mi amiga solo está... encaprichada.

—Entonces que arda.

Sonreí, sintiendo una oleada de gratitud por tener a Olivia en mi vida. Siempre sabía qué decir para hacerme sentir un poco mejor, un poco más fuerte.

—Llámalo. Deja que te conozca... y si no sale bien... seguirás fuerte y firme. —Acarició su barriga.

—Solo no embarazada. No tengo estabilidad emocional para ser madre. Ya siento todas las culpas de la maternidad sin haber parido. Creo que eso... ni Freud lo explica. —Suspiré.

Capítulo 30

Thiago Zampieri

Dos días sin noticias de ella y ya estaba a punto de volverme loco.

Cumplí con mis compromisos del día: mantuve al juez Daniel al tanto de la seguridad de Olivia, arresté a unos delincuentes y salí guapo en la tele. El directo de Instagram no paraba de llenarse de mensajes, con fotos y vídeos bastante sugerentes.

Y nada de eso conseguía entretenerme. Me sentía... incompleto.

Salí temprano de casa, conduje sin rumbo durante un rato, solo para sentir el viento en la cara y esa falsa sensación de control que me daba la carretera. Pero en el fondo, sabía que no tenía el control de nada.

Ya no.

Unos minutos antes de la hora acordada, aparqué el coche frente al Mater Dei, uno de los hospitales más prestigiosos de São Paulo. No tuve que hacer fila, simplemente presenté mi documento y me dirigieron al despacho del mejor neurólogo del edificio.

Entré en la amplia consulta, me senté en la silla del paciente y me puse a mirar los diplomas, las fotos familiares y los objetos que evocaban la cultura coreana. Minutos después, apareció un hombre de mi estatura, sin barba, rostro liso como la porcelana, el pelo partido por la mitad como si fuera un idol del K-pop o un actor de doramas.

Jeon Hyun miró la ficha, luego me miró a mí. Repitió el gesto un par de veces más antes de sentarse, no sin antes inclinar la cabeza en una reverencia prolongada.

—Sabía que no podía haber otro Thiago Zampieri en esta ciudad —se abrió la bata antes de sentarse y me lanzó una mirada de rayos X.

—Nadie se atrevería —le guiñé un ojo—. Buenos días, doctor.

—Buenos días, amigo. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesitaba un rato para pensar —respondí.

—Y en vez de ir a un psicoanalista o a un psiquiatra, decidiste venir a un neurólogo porque... ¿sí? —Se puso las gafas redondas de montura gruesa y esbozó una sonrisa amable.

—Ah, ¿entonces debería haber ido a un psicoanalista? —Me rasqué la barbilla.

Jeon me estudió durante un momento, como solía hacer.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó sin rodeos.

Suspiré, seguí mirando alrededor para distraerme; mi mente iba a mil.

—Leonor tuvo un malestar raro la última vez que estuve allí. Quería que alguien de confianza la revisara. ¿Crees que puedes hacerlo?

Abrió su agenda en el portátil.

—Tráela el viernes, tengo un hueco.

—O podrías ir tú...

—Entonces tendría que ser el domingo. El sábado tengo tres cirugías.

—Perfecto. Viajo el lunes, así que puedo llevarte.

Jeon arqueó una ceja, pero no dijo nada enseguida.

—Pareces agitado. ¿Solo le harás un chequeo a ella? ¿Tú también lo necesitas?

—Tal vez.

—¿Algún síntoma relevante que mencionar? —Ajustó las gafas —. ¿O Leonor era solo una excusa para venir aquí a desahogarte?

Contuve la respiración unos segundos y asentí despacio.

—Me estoy sintiendo... raro.

—¿Raro tipo te diste un golpe en la cabeza o raro tipo olvidaste el nombre de tu madre de repente? —Cruzó las piernas.

—Raro tipo... las cosas han perdido el sabor.

Cogió un bolígrafo y empezó a anotar en un papel.

—¿Estás tomando *bupropión*?

—No.

—¿Fumas? ¿Adicción al tabaco? ¿Antecedentes de diabetes en la familia?

Pensé un momento, intentando ordenar mis ideas. Pero era difícil cuando todo parecía tan confuso.

—En realidad, es una MPP.

—¿Qué es eso? ¿Un medicamento para adelgazar? ¿Una bebida energética nueva?

—Mujer preciosa, peligrosa y perturbada.

En cuanto terminé de decirlo, Jeon dejó el papel y el bolígrafo sobre la mesa y me prestó atención. Aunque tenía una sonrisa ladeada, me miró con la mayor empatía con la que jamás me habían mirado.

—¿Preciosa, peligrosa y perturbada? ¿Esa es una buena combinación?

—Nunca he estado tan excitado.

—Demasiada información —Jeon agitó la mano delante de la cara, se puso rojo—. ¡Demasiada información!

—Lo siento... es solo que... no logro controlarme.

—El urólogo está en la planta de abajo, esto es neurología —rió—. ¿Esa persona es importante para ti? —preguntó, como si intentara guiarme, ayudarme a llegar a una conclusión.

Negué con la cabeza, aún inseguro.

—No lo sé, tío. Ese es parte del problema. Todo empezó como una misión... que se convirtió en un acuerdo... es algo profesional.

—¿Trabajadora sexual?

—No. No lo es. Es solo que ya no sé dónde termina el plan y dónde empieza algo real. No estoy durmiendo bien, no estoy comiendo bien, no dejo de pensar en ella, todo lo que antes me daba placer ahora me parece insignificante. ¿Podría ser un tumor cerebral?

—O amor —concluyó él—. Entiendo lo que quieres decir. Tus hormonas de recompensa y felicidad ahora están centradas en ella.

—¿Cómo dices?

—Mira, piénsalo así. ¿Qué es más satisfactorio: comer brócoli o chocolate?

—¿Nutricionalmente? El brócoli. Pero si hablamos de placer... el chocolate.

—La química del cerebro pide más chocolate, porque reúne más hormonas de recompensa y felicidad. Y entonces, el olor, el sabor, el simple recuerdo del chocolate... *ñam, ñam, ñam* —movió la mano como si estuviera comiéndolo.

—¿Lo pillo? —Parpadeé despacio, aún procesándolo—. Entonces...

Me animó con la mirada.

—¿Ella es mi chocolate?

—*¡Ñam, ñam, ñam!* —Hizo el gesto de comer—. Rico, ¿verdad?

—Mejor que el brócoli —afirmé—. Mejor que ver vídeos de tías desnudas en mi Instagram o un polvo casual...

—*¡Ñam, ñam, ñam!*

—Sí. Es eso —asentí—. ¿Y todo lo demás se vuelve... gris? ¿Eso es normal?

—Después de comer chocolate, todo lo que no sabe a chocolate parece ceniza de cigarro —Jeon se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. ¿Nunca lo habías sentido antes?

—Nunca. No como chocolate. No me gusta el dulce.

—¿Tu vida ha cambiado desde que ella llegó?

—Mucho.

—¿Y cómo te sientes? De verdad.

Esa era la pregunta que había estado evitando, pero sabía que no podía escapar de ella para siempre. Pasé la mano por el pelo, intentando aliviar la tensión.

—Es caótica.

—¿Tú eres todo ordenadito, verdad?

Asentí despacio.

—Y ella no me deja acercarme. ¿Lo entiendes? Se cierra. No sé quién es.

—Vale, lo entiendo. Pero, ¿cómo te hace sentir eso? Ella se cierra y no te deja saber quién es, entonces tú ves jugar al Real Madrid y todo bien, ¿o ves el partido y sigues pensando en ella?

—Pensando en ella. Todo el tiempo. ¿Existe algún medicamento para quitar eso?

—¡Ñam, ñam, ñam!

—No...

—No hay medicamento, ni cirugía. Tendrás que solucionarlo como lo hacían los antiguos: con tus propias manos... o con la lengua... y con suerte, con todo el cuerpo.

Lo odiaba. Su sonrisa inocente y encantadora, su aire didáctico y pícaro, y ese toque de niño coreano que sabe bailar samba.

—Nunca he follado con alguien por quien sentía algo, ¿sabes?

—Dicen que es bastante bueno —asintió Jeon—. Deberías probarlo algún día.

—Creo que lo intenté. Y... tío, la picanha ya no sabe igual, ¿sabes? La cerveza ya no tiene gracia. Es como que... ella es mi nueva adicción.

—¡Ñam, ñam, ñam! Ya te lo expliqué.

—Pero entonces, ¿eso basta, incluso si ella huye de mí? Quiero decir, todo esto que estamos haciendo es una mentira. ¿Y si lo que siento por ella es solo parte de esa mentira? ¿Y si me estoy engañando? ¿Cómo voy a saber si esto es real?

El cabrón me dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay!

—¿Eso fue real? Sí, fue real. Una patada en la espinilla siempre es real. Así que, ¡sal ahí fuera y vive! —Me espantó con la mano—. Soy neurocirujano, no psiquiatra, ya te lo dije.

—¿Cuál es la diferencia?

—Uno abre tu cerebro para encontrar el problema. El otro habla. ¡Y yo no soy el que habla!

—¡Entonces ábreme el cerebro y encuentra el problema! —insistí—. Tío, es imposible que esto sea normal.

—Es perfectamente normal, te lo aseguro.

Jeon se levantó e indicó que debía salir de la sala.

—Pero te diré una cosa, Zampieri. La gente no finge sentimientos durante mucho tiempo. Y si lo que sientes te incomoda tanto, tal vez sea porque esa actuación ha cruzado la línea de la verdad.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Sabía que tenía razón. Pero, al mismo tiempo, eso solo aumentaba mis dudas.

—¿Y si ella no siente lo mismo?

Rió suavemente, negando con la cabeza.

—Eres policía federal, experto en investigaciones. Estoy seguro de que tienes talento de sobra para encontrar un clítoris o descubrir lo que una mujer siente por ti.

Quería creerlo, pero la incertidumbre seguía carcomiéndome por dentro.

Me acordé de cómo reaccionaba Kalinca cuando estábamos cerca, la forma en que levantaba barreras a nuestro alrededor, como si intentara mantenerme alejado.

—Es complicada —murmuré—. Parece que tiene un muro a su alrededor. Y por más que lo intento, no consigo atravesarlo.

Jeon volvió a sonreír, pero esta vez con un toque de compasión en su expresión.

—Todos tenemos nuestros muros, Thiago. Pero si crees que ella vale la pena, encontrarás la forma de superar ese muro. Aunque te lleve tiempo. Aunque duela.

Sabía que tenía razón.

Sabía que, de algún modo, ya había decidido que valía la pena intentarlo.

Pero el miedo al fracaso, a acabar herido —o peor, herir a Kalinca— era paralizante.

Jeon notó mi conflicto interno, pero no intentó forzar una respuesta. En su lugar, me dio el espacio que necesitaba, dejando

que el silencio hablara por sí solo.

—Es un poco violenta, arisca, siempre a la defensiva. ¿Será que hice algo mal, o...?

—Pueden existir muchas respuestas para esa pregunta —se rascó la barbilla—. En general, depende del pasado de cada uno. Pero las personas violentas suelen venir de contextos o pasados violentos. Y esa actitud arisca es un mecanismo de defensa.

—¿Y por qué quiere defenderse de mí?

—No es de ti. Es de la situación. Mira, por ejemplo, los casos de perros domésticos que sufren violencia una y otra vez y luego pasan a otro dueño. Siguen siendo ariscos y a la defensiva hasta que reconocen el nuevo entorno y entienden que no tiene nada que ver con el anterior. Es la situación.

—¿Y la mejor manera de manejar eso es cambiar la situación?

—Mostrar que no hay razón para la violencia. Hasta que el cerebro lo entienda, lleva tiempo. —Se ajustó las gafas.

—Muchas gracias por la charla. ¿Cuál es el diagnóstico?

—En el hospital, búscame si tienes un tumor cerebral. En la vida, si quieres hablar, invítame a un zumo. —Me dio una palmada

en el hombro.

—Tío, nunca sales de este hospital. Por eso estás soltero.

—Y tú no sales del papel de ligón arrogante que se cree demasiado bueno para las trivialidades de la vida —sonrió—. Y aun así somos buenos amigos.

—Con un amigo así, ¿quién necesita enemigos, eh, Jeon?

—Espero haberte ayudado. Puedo recomendarte un buen psiquiatra, o incluso un psicólogo...

—No. No se me da bien abrirme —suspiré—. No se me da bien hablar de sentimientos.

—Entonces, ¿qué ha sido todo esto?

—Un cortocircuito cerebral, pero ya lo solucionaste. Sin duda, el mejor neurólogo del país —le di una palmada en el hombro—. ¡Chao!

Avancé en silencio por el pasillo, intentando absorber sus palabras. Kalinca era como una tormenta, un huracán que había arrasado con mi vida y lo había puesto todo patas arriba. Y ahora, tenía que decidir si quería seguir en medio de la tormenta o si iba a retroceder y protegerme.

Capítulo 31

Kalinca Oliveira

Cuando se acercaba el fin de semana, Thiago y yo intercambiamos muchos mensajes sobre todo el plan. Necesitaba tenerlo todo por escrito para poder estudiarlo y asegurarme de que tenía las respuestas en la punta de la lengua, así que ensayé todo hasta el día del viaje.

El lunes siguiente, volamos en un jet privado y aterrizamos en el Aeropuerto Internacional Salgado Filho, en Porto Alegre.

Nunca había estado tan lejos de casa, y la idea de conocer a una familia desconocida que iba a poner a prueba mi relación falsa me tenía bastante ansiosa.

En cuanto puse un pie en tierra firme, sentí el aire frío del invierno del sur cortarme la piel. Thiago notó mi reacción y, rápidamente, me ofreció su abrigo, pero lo rechacé con una sonrisa forzada.

Todavía intentaba entender en qué me había metido.

El viaje a Porto Alegre fue tranquilo, pero silencioso. Thiago estaba concentrado en el móvil, resolviendo asuntos, y yo, nerviosa por estar a su lado.

Todo el lío que se había formado dentro de mí desde la noche que pasamos juntos seguía atormentándome. Mientras hablábamos del plan, todo parecía estar bajo control, pero saber que pasaríamos una semana entera juntos me preocupaba.

—Ese es nuestro coche —me indicó Thiago, señalando un Porsche negro.

El chófer nos saludó, recogió el equipaje y lo colocó en el maletero. Antes de que pudiera preguntar por la planificación, Thiago dijo:

—La familia Guzmán vive en Gramado. Pasaremos allí la mayor parte del tiempo. Pero antes de volver a São Paulo, quiero enseñarte mis viñedos...

—¿Puedo volver a casa con unas botellas de vino?

—Con todas las que puedas cargar —me guiñó un ojo—. Pero quiero recordarte que todo tiene que salir perfecto. Quiero volver

con mis sobrinas.

—La perfección es mi segundo nombre, tranquilo, Rapunzel de la Federal.

Thiago parecía más tenso de lo habitual. Nunca lo había visto así.

—Van a fijarse en cada detalle. Necesito que confíen en que podemos ofrecer un hogar estable y amoroso a las niñas, así que hazlo lo mejor que puedas.

—A un cura no se le enseña a dar misa —murmuré con sorna.

Antes de seguir viaje, paramos en un hotel para darnos una ducha caliente y ponernos ropa de abrigo adecuada. Luego retomamos el trayecto hacia Gramado y me quedé dormida durante el camino. Cuando desperté, ya estábamos frente a una finca imponente, con portones de hierro forjado decorados con el escudo de la familia Guzmán.

El coche avanzó por un largo sendero flanqueado por árboles frondosos, hasta que por fin llegamos a la mansión principal.

La casa era una construcción de estilo colonial, con muros de piedra y balcones que daban al jardín. Era enorme, debía de tener al

menos diez habitaciones y el doble de empleados para mantenerlo todo en perfecto estado.

Me sentí diminuta frente a aquella estructura, con una sensación clara de que no pertenecía a ese mundo.

—¿Lista? —Thiago me sacó de mis pensamientos.

Respiré hondo y me giré hacia él.

—Canta algo para invocar el valor, que yo ya estoy lista.

Salimos del coche y fuimos recibidos por una ama de llaves que nos condujo al interior de la casa. El ambiente era aún más lujoso de lo que había imaginado, con muebles antiguos, obras de arte y lámparas que seguramente valían más que todo lo que poseía mi familia entera.

Me acerqué a la chimenea para entrar en calor y observé todo a mi alrededor, impresionada por una arquitectura que, por un momento, me hizo olvidar que aún estábamos en Brasil.

—Los Guzmán les están esperando —indicó la ama de llaves, señalando que debíamos seguirla.

Froté las manos cerca del fuego y la acompañé.

Nos llevaron a una sala de estar donde nos esperaban un hombre y una mujer. Él tenía el pelo canoso, los ojos severos y cansados, y una postura rígida y cerrada. Si tuviera que apostar, diría que no le caí bien. La señora Guzmán, en cambio, parecía el retrato de esas mujeres contenidas y educadas de las telenovelas, siempre mirando al marido para comprobar su expresión.

—¡Bienvenidos a la sierra gaúcha! —dijo el hombre, acercándose a nosotros—. Pensé que no vendrías tan pronto, Thiago.

—Vine en cuanto pude. Kalinca y yo tuvimos que reorganizar nuestra agenda para estar aquí.

Sentí la mirada de la señora Guzmán clavada en mí mientras saludaba a su marido. Me estaba evaluando, intentando decidir si yo era lo bastante buena para su familia. Era como estar bajo un microscopio.

—Bueno, esta es Kalinca, mi prometida.

—Qué nombre tan curioso —el hombre entornó los ojos—. ¿De dónde es?

—De la Zona Este de... —iba a decir, pero Thiago me sujetó del brazo—. De Francia, claro. *Oui, oui, monsieur.*

El hombre alzó las cejas, sorprendido. Thiago, en cambio, se puso pálido. Respiró hondo y me miró fijamente, maldiciéndome en silencio con todos los nombres posibles.

No sabía qué me había pasado, así que activé mi modo improvisación.
¿Qué podría salir mal?

—¿Francia? —La mujer bajó los hombros y suspiró, aliviada.

Sonreí y extendí la mano hacia la señora Guzmán, intentando parecer lo más simpática posible.

—Sí, pero vivo en Brasil desde los ocho años. Encantada de conocerles.

—El placer es nuestro —respondió el hombre, invitándonos a sentarnos.

—¿Y dónde están las niñas? —Thiago miró a su alrededor.

—Están de excursión con el colegio, acampando. Llegan por la noche, pero estarán tan cansadas que se irán directas a la cama —dijo la mujer con un tono tan metódico que me puso en guardia.

—Perfecto. Entonces, mi amor... —Thiago me tomó de la mano.

Mi primer impulso fue apartarme, pero enseguida recordé dónde estábamos y lo que estábamos haciendo, así que la tomé con ternura y le acaricié los dedos.

—Tendremos tiempo para deshacer las maletas y descansar.

—Qué bien, mi amor —entrecerré los ojos, evaluándolo.

—Sí, mi amor.

—Eso digo yo, mi amor —gruñí.

El señor carraspeó y se encargó de recordarnos por qué estábamos allí.

—Lamentamos mucho la muerte de tu hermana, Thiago. Realmente fue una pérdida irreparable. Tarsila era una mujer extraordinaria.

Él asintió lentamente, en señal de respeto.

—Nosotros podríamos cuidar de las niñas hasta que alcancen la mayoría de edad —añadió la mujer—. Pero era el deseo de tu hermana que tú asumieras la custodia, y como Pedro... —se sintió incómoda al decirlo— simplemente desapareció, creemos que es lo más justo. Pero... esperamos que podáis darles un hogar.

—Lo que mi esposa quiere decir —intervino el hombre— es que queremos que las niñas estén en un entorno seguro y estable. Tu vida siempre fue bastante desordenada, desde el trabajo hasta... bueno, tu vida social.

—Sí. Pero todo eso cambió. Por culpa de este ángel.

Cuando Thiago se inclinó para besarme, estuve a punto de soltarle un puñetazo en plena cara. Sin embargo, agarré a mis pensamientos intrusivos por el cuello, los inmovilicé contra el suelo y me quedé quieta mientras sus labios rozaban mi mejilla y yo sonreía como una chica dulce.

—Es exactamente lo que quiero ofrecerles —sonrió él—. Lo que nosotros vamos a ofrecerles, ¿verdad, mi amor?

—*Oui, mon cher.*

Cada vez que hablaba en francés, Thiago parecía perder un año de vida.

Era demasiado divertido de ver, así que seguí haciéndolo.

—Vamos a brindarles un hogar seguro, donde puedan crecer rodeadas de amor y cuidado —añadió él, con voz incierta, como si acabara de recibir un golpe con un bate de béisbol en la cabeza.

—¿Y tú cómo te sientes al respecto, Kalinca? —preguntó el hombre.

—Siempre quise tener hijos... —Sonreí—. Pero no puedo.

Aquello captó inmediatamente su atención.

—Sí, eso. Siempre recé a Dios por la posibilidad de tener hijos, pero ningún médico logró obrar ese milagro. Cuando Thiago me contó, al principio de nuestra relación, que tenía dos sobrinas y que probablemente se haría cargo de ellas...

Puse mi mejor voz entrecortada, con los ojos humedecidos y el gesto quebrado.

—Sentí que era la respuesta de Dios para formar una familia. Era mi oportunidad de ser madre...

Los Guzmán se miraron y entrelazaron las manos.

—Qué historia tan conmovedora.

—Sí, muy conmovedora —dijo Thiago, pasándome un brazo por los hombros—. Ahora necesitamos subir e instalarnos. El viaje fue agotador y estoy seguro de que Kalinca quiere darse una buena ducha caliente.

—Y tomar un chocolate caliente —añadí dulcemente.

—Lo prepararemos —asintió la mujer.

Thiago y yo nos levantamos, y la pareja hizo lo mismo.

—Bueno, tendremos una semana para conocernos y estrechar vínculos. Esperamos que se marchen de aquí con las niñas, pero para eso, ellas deben encariñarse con Kalinca... —dijo el hombre.

—Les voy a caer de maravilla —sonreí.

—Y, por supuesto, tendréis que casaros.

—¿Casarnos? —mi voz salió como un hilito.

Mis pensamientos intrusivos gritaron tan fuerte que casi agarré al señor por esas orejas saltonas y lo arrastré hasta la chimenea para convertirlo en carbón.

—Sí, casaros. Sabrina y Clarisa necesitan una familia. Y no hay familia sin la sagrada unión del matrimonio.

—Casarnos —tragué saliva—. ¿Con papeles y todo?

—Sí —sonrieron.

Thiago se quedó mudo, observando mi reacción.

Yo actué con toda la calma del mundo, por supuesto.

—Qué sorpresa tan maravillosa. Ay, Thiago, me desmayé —me dejé caer hacia un lado y él me atrapó.

—No puede emocionarse, se pone... —intentó explicar, cogiéndome en brazos mientras se alejaba rápidamente.

—¿Está bien? ¿Necesitáis un médico?

—No, es la tensión baja, cosa de familia —rió con nerviosismo mientras subía conmigo en brazos por las escaleras—. ¿¡Qué mierda ha sido eso!? —me susurró con rabia.

—¿Matrimonio? ¿Me trajiste aquí para casarte conmigo? —le espeté, furiosa.

—Estoy tan sorprendido como tú.

—Pues vas a llevarte una sorpresa cuando nos casemos en régimen de gananciales y te quite todo en el divorcio, ¡maldito imbécil!

Capítulo 32

Kalinca Oliveira

En cuanto Thiago cerró la puerta de la habitación detrás de nosotros, salté de sus brazos y empecé a caminar de un lado a otro.

—Kalinca...

—¡No! —Le señalé la cara con el dedo índice—. ¡No digas mi nombre!

—Trébol... —susurró él, casi como si intentara calmarme.

—¡Tampoco me llames así! —grité, girándome de espaldas para que no viera mis ojos llenos de lágrimas.

Hacerme pasar por su prometida era una cosa, ¿pero matrimonio? ¿Lo decían en serio? Todo aquello ya rozaba el absurdo, pero casarse excedía todos los límites del sentido común.

Esto era ir demasiado lejos, incluso para mí.

El cohete no tiene marcha atrás, pero necesita un sitio donde aterrizar.

—¿Tú planeaste todo esto? —Entrecerré los ojos, furiosa.

—No.

—¿Tienes idea del disparate que acaba de pasar? —Me detuve de golpe y caminé hacia él.

Thiago dio unos pasos atrás, e hizo muy bien. Estaba tan cegada por la rabia que era capaz de cometer una locura.

Y en lugar de parecer sorprendido o estresado como yo, el muy guapo cruzó los brazos, se apoyó contra la puerta y me miró con total indiferencia, como si fuera una estatua.

Tenía esa expresión irritantemente neutral, como si nada pudiera afectarle, y eso me sacaba aún más de quicio.

—¡Contéstame! —gruñí—. ¿Tienes idea del absurdo?

—Sí, la situación también me pilló por sorpresa —suspiró—, pero no podemos dejar que noten que estamos alterados. Tenemos que mantener la compostura.

—¿Compostura? —Respiré hondo—. ¿Quieres que me componga?

Agarré lo primero que vi —un cenicero antiguo, o algo así— y se lo lancé.

—¿¡Qué demonios ha sido eso!?

—Ah, ahora vas a ver cómo me compongo yo. —Abrí el bolso, saqué una goma del pelo y empecé a hacerme un moño—. Para que podamos salir de aquí con tus sobrinas, tengo que casarme con una persona que ni siquiera sabe quién soy. Y la que tiene que mantener la compostura, soy yo.

—Es una buena oportunidad para conocernos —dijo él.

Eso encendió aún más mi furia.

—¿Quieres conocerme?

Revisé la habitación en busca de cualquier otra cosa. Necesitaba lanzarle algo, si no, no iba a quedarme tranquila. Entonces vi una lámpara. Thiago miró en la misma dirección. Los dos empezamos a correr, pero yo la agarré primero.

Intenté golpearle con ese cacharro mientras él luchaba por quitármelo de las manos.

—Te voy a dar una lección que no vas a olvidar en tu vida, desgraciado. Dios es tan perfecto que le dio a cada ser vivo una

forma de defenderse: el escorpión tiene aguijón, el puercoespín tiene púas, las leonas tienen garras... ¡y yo estoy loca! ¡Y una loca agarra lo que tiene delante y te lo revienta en la cara!

—Kalinca. Sabíamos. Que. Podíamos. Enfrentarnos. A. Situaciones. Inesperadas —decía, tomando aire entre palabra y palabra, mientras yo trataba de romperle la lámpara en la cabeza.

—Una situación inesperada es fingir que estás muerta para que no te ataque un oso. ¡Esto es un complot contra mi salud mental!

—No estoy diciendo que me encante la idea.

Me detuve y entrecerré los ojos.

—¿Estás diciendo que no soy lo bastante buena para casarte conmigo?

—No es lo que he dicho.

—¿Crees que esto es peor para ti que para mí? —gruñí.

—¿Por qué conviertes todo en una pelea? —Él sujetó mis manos, devolvió la lámpara a su sitio y me inmovilizó en la cama: se sentó sobre mis piernas, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza—. ¿Estás calmadita ahora?

Gruñí.

—Nos casamos. Cogemos a las niñas. Nos vamos. Nos divorciamos. ¿Te parece bien? —propuso.

—No. No quiero ser viuda.

—No es viuda, es divorciada —me corrigió.

—Viuda, porque el hombre que se case conmigo solo sale del matrimonio muerto. —Incliné la cabeza hacia delante, le mordí el pecho y conseguí que me soltara.

Rodé por la cama buscando otra cosa con la que reventarle la cabeza.

—¡Y no voy a considerar nada! ¡Esto es un matrimonio, Thiago! ¡No estamos discutiendo qué película ver!

Él se llevó el dedo índice a la nariz para indicarme que bajara la voz. Yo le mostré el dedo medio, para indicarle que ojalá explotara.

—Si crees que voy a aceptar casarme así como así, estás muy equivocado.

No se movió, no reaccionó.

Esa expresión neutra, esa calma exasperante, me sacaban de quicio.

—¿Qué pasa? ¿Te comieron la lengua? —lo provoqué, intentando arrancarle alguna reacción—. ¿O será que ya lo tenías todo planeado? ¿Quizá era tu idea desde el principio? ¿Arrastrarme a esta situación, convencerme de formar parte de tu teatro?

Thiago arqueó una ceja, pero aun así, permaneció imperturbable.

—Kalinca, sabes perfectamente que no es eso. Estoy intentando resolver esta situación de la mejor manera posible.

—¿Por qué no reaccionas como un hombre? —Fui hasta él y lo empujé—. ¿De dónde sacas tanta calma?

—Es solo un matrimonio.

—¡No es solo un matrimonio, es mi cuento de hadas! —Señalé mi pecho—. Me voy a casar cuando y con quien yo quiera. Con alguien a quien ame. De hecho, ya estoy casada.

—¿Ya estás casada? —Se puso pálido.

Fue lo más cerca que estuve de desestabilizarlo.

—Sí. Estoy psicológicamente casada con Henry Cavill.

—¿Psicológicamente? —Entrecerró los ojos, escéptico.

—Sí.

—¿Qué eres, la Jean Grey de los X-Men?

Me alejé de nuevo, volví a andar de un lado a otro, con el corazón latiéndome fuerte en el pecho. Cada vez que miraba a Thiago, sentía una mezcla de rabia y... otra cosa que no quería admitir.

—¿Sabes qué, Thiago? —dije de repente, deteniéndome y girándome hacia él—. ¿Quieres resolver esto?

—Quiero.

—¿De verdad quieres resolver esto?

—Dale.

—Entonces lo vamos a resolver de otra forma. —Estiré el cuello y empecé a calentar los brazos.

—¿Qué estás proponiendo ahora? —preguntó por fin, pero su tono era más de curiosidad que de preocupación.

—Vamos a pelear.

—Has perdido completamente la cabeza —se rió.

—Diez minutitos. Sin perder la amistad. Se vale en la cara. —Lo señalé.

—Chica...

—¿No eres tú el campeón de Jiu-Jitsu? —Cruzé los brazos—. Vamos a ver. Aquí y ahora. Quien gane, decide qué hacemos.

Thiago me miró, y por fin dejó caer un poco la máscara de neutralidad. Durante un breve instante, la sorpresa se reflejó en sus ojos antes de ser sustituida por algo que parecía una mezcla de interés y cautela.

—¿Por qué contigo todo se resuelve con violencia?

—¿Tienes miedo? —lo provoqué.

Giró la cabeza hacia un lado y crujió el cuello, luego hizo lo mismo hacia el otro. Metió la mano en el bolsillo del vaquero, sacó una goma del pelo y se hizo un moño samurái.

—Te vas a arrepentir de esto.

—Ay, qué miedito.

Esa expresión suya de que siempre tenía todo bajo control me sacaba de quicio. Y mi lado más salvaje rugía, cada vez más fuerte. Era imposible que se mantuviera tan tranquilo ante una situación así.

Yo quería ver lo peor de él. Al verdadero Thiago. A ese imbécil que siempre me trató como una basura y se burló de mí.

Thiago apartó las maletas y las colocó junto a la suite. Luego se sentó en la cama, se quitó los zapatos y me miró, como preguntando si realmente iba en serio.

Y sí, iba.

—Si esto es lo que quieres, Kalinca... —crujió los dedos uno por uno—. Espero que no te arrepientas después.

—Quien va a arrepentirse eres tú.

Nos colocamos sobre la alfombra y adoptamos posición, y por un momento, la habitación entera pareció encogerse. Todo lo que podía ver era a Thiago, su mirada fija en mí, sus músculos tensos, listos para el combate. El aire estaba cargado de tensión, y podía sentir cada fibra de mi cuerpo vibrando.

Thiago hizo el primer movimiento, intentando atraparme, pero fui más rápida: esquivé y lancé mi peso sobre él para hacerlo perder el equilibrio.

Él sonrió, esa sonrisa de quien se está divirtiendo, y reaccionó enseguida, rodeándome por la cintura y tirándome hacia abajo.

Caímos sobre la alfombra, forcejeando por tomar ventaja.

Él era fuerte, pero yo estaba loca. Y era más ágil. Y no pensaba perder, mucho menos casarme.

Le di un golpe en las costillas, en el punto más vulnerable, y cuando se echó hacia atrás para recuperar el aire, enredé mis piernas alrededor de su cuello y usé toda la fuerza de mis muslos para derribarlo e inmovilizarlo.

—Pide piedad, imbécil.

Su respuesta fue reírse.

—Ya veremos si sigues riéndote cuando no te entre más aire —dije con dificultad. Tenía que usar toda mi fuerza y concentración para mantenerlo abajo—. ¿Te está gustando, eh?

—Más de lo que debería.

—Esta no la vas a ganar.

Contuve la respiración cuando, de pronto, se levantó del suelo —conmigo colgada, prácticamente boca abajo, mis piernas aún intentando asfixiarle el cuello.

—No vas a ganar esta —le advertí entre dientes.

—Ya veremos —replicó, me sujetó del jersey y me levantó hasta dejarme frente a él.

Intenté darle un cabezazo, pero esquivó y me sujetó del cuello para inmovilizarme.

—Esto no es jiu-jitsu —me quejé.

Durante un instante, nos quedamos así, enganchados el uno al otro, ninguno dispuesto a ceder. El calor de nuestros cuerpos, el contacto, la cercanía... hacían que nuestros corazones latieran tan fuerte que podía sentir el mío y el suyo a través de la ropa.

Podía olerlo, sentir cada músculo tensándose bajo la piel, y eso estaba afectándome de un modo que no quería admitir.

Estaba tan cerca, tan malditamente cerca, que casi me olvidé del motivo por el que habíamos empezado a pelear.

Pero entonces, cuando intentó acercar el rostro, apreté aún más las piernas alrededor de su cuello y pisé con fuerza el suelo. Le di una patada detrás de la rodilla y lo hice caer de rodillas. Me monté sobre su espalda y lo inmovilicé contra la alfombra.

—Parece que subestimaste a la chica del barrio —dije triunfante, manteniéndolo en el suelo.

Thiago alzó la mirada, respirando con dificultad, y por un momento, vi algo distinto en sus ojos. No era solo deseo ni diversión. Era algo más profundo, algo que me hizo dudar de lo que realmente estaba pasando entre nosotros.

Sonrió, esa sonrisa que me daba ganas de pegarle y besarlo al mismo tiempo.

—Eres increíble, Kalinca —declaró, y había algo en su forma de decirlo que me desarmó por completo.

—Pide piedad —ordené.

Me quedé ahí, encima de él, mirando esos ojos que parecían saber más de mí que yo misma. Toda la rabia, la frustración, todo lo que estaba intentando demostrar, pareció desvanecerse.

Pero antes de que pudiera reaccionar, usó mi distracción para darle la vuelta a la situación. En un movimiento rápido y preciso, giró el cuerpo, me derribó y, de repente, fue él quien estaba encima, inmovilizándome.

—Esta vez no pudo ser —murmuró con voz baja y ronca, mientras nuestros rostros quedaban a centímetros de distancia.

—¡Idiota!

Intenté liberarme, pero su fuerza era mucho mayor. Sus manos me mantenían pegada al suelo, sus piernas me inmovilizaban por completo. Intenté impulsarme, pero solo logré mover la cabeza.

—No voy a pedir piedad.

—No quiero que pidas piedad. Quiero que te cases conmigo.

La tensión entre nosotros era palpable, el aire parecía cargado de electricidad, y por primera vez, no sabía qué decir. Solo podía pensar en la cercanía, en el calor de su cuerpo contra el mío, en la forma en que sus ojos se clavaban en los míos con una intensidad casi insoportable.

—Has ganado.

—He ganado. Y quiero mi premio. Cásate conmigo.

—¿Por qué tu propuesta no termina con un signo de interrogación?

—Porque no es una propuesta. Es una orden.

—Parece que voy a tener que casarme —resoplé, revirando los ojos.

—Parece que sí —afirmó él, y vi el placer reflejado en sus ojos.

—Ahora suéltame.

Nos quedamos quietos, ninguno queriendo moverse, como si supiéramos que cualquier gesto rompería el hechizo, esa conexión que parecía mantenernos atrapados en ese momento.

Y entonces, sin pensar, sin planearlo, simplemente dejé que pasara.

Me incliné hacia él, cerrando la corta distancia entre nosotros, y lo besé.

El beso fue intenso, parecía una continuación de la pelea, solo que esta vez, nuestros cuerpos no se movieron un centímetro. Solo nuestras bocas.

Aquel beso contenía muchas emociones reprimidas.

Había rabia, había deseo, había una necesidad casi desesperada de sentir algo más allá de lo que ya conocíamos.

Besarlo fue como descubrir un nuevo sabor.

Thiago reaccionó enseguida, su cuerpo apretándose contra el mío, sus manos enredándose en mi pelo mientras profundizaba el beso. Y por un momento, todo pareció encajar, como si ese fuera el desenlace inevitable de todo lo que habíamos vivido.

Pero entonces, la realidad se impuso con fuerza, y me aparté, jadeando, intentando recuperar el control.

—Eso... eso fue...

—Un error —completó él—. Que vamos a seguir cometiendo.

Capítulo 33

Thiago Zampieri

El sabor de su beso aún ardía en mis labios, como un fuego imposible de apagar.

Kalinca tenía ese poder sobre mí, como ninguna otra mujer lo había logrado: el de volverme loco, trastornar mi mundo, dejarme alucinado y ciego de rabia y deseo.

Su furia era adictiva, y no podía negarlo: quería más.

Ella se apartó, intentando recuperar el aliento, y pude ver en su mirada ese brillo intenso de desafío que me atraía como un imán.

Todo en ella era una invitación al caos, y yo estaba dispuesto a sumergirme de lleno.

—¡No te acerques! —exclamó entre dientes.

—Sabes que no puedo obedecer eso.

—¡Me engañaste! ¡Me usaste! ¡Eres un canalla! —me acusó.

—¿Se te aliviará la tensión si me golpeas la cara?

Apenas terminé de hablar, cerró el puño para lanzar un golpe a mi rostro. Al instante, intentó disculparse al verme dejar caer la cabeza, pero cuando levanté la mirada, la furia volvió a apoderarse de ella.

Y la deseé.

Furiosa.

—¡Canalla!

—Sí, puedo serlo.

—¡Hipócrita!

—¿Vas a gastar todos tus cumplidos conmigo esta noche? —Me reí.

—Cabrón.

Antes de que pudiera huir, antes incluso de que yo mismo entendiera lo que hacía, agarré su brazo y la atraje de vuelta hacia mí.

—Ese cabrón será tu marido. Acostúmbrate a la idea.

Nuestras bocas se encontraron de nuevo, y esta vez no hubo vacilación, solo la certeza de que cruzábamos una línea sin retorno.

El beso fue feroz, casi una continuación de la pelea, pero con una intensidad distinta. Sentí su cuerpo rendirse a mi tacto, sus músculos tensos relajándose mientras mis manos exploraban sus curvas sin prisa, pero con una necesidad casi salvaje.

La sensación de su piel bajo mis dedos era hipnótica: cálida, suave. Y cada vez que la tocaba, una nueva chispa de deseo ardía en mí.

Ella me empujó de nuevo, tirándome al suelo en un intento desesperado por recuperar el control.

Kalinca no lo tendría nunca más.

Los dos éramos un caso perdido.

Agarré sus piernas y encajé sus muslos sobre mi cintura. Ella forcejeó, golpeándome el pecho, pero la giré y la inmovilicé contra el suelo, mirándola de cerca, oliendo su aroma, sintiendo su respiración agitada, su mirada incendiaria.

Ella me rodeó la cintura y usó toda la fuerza de sus piernas para darnos la vuelta otra vez, quedándose arriba y reclamando el

dominio.

—¿Vas a seguir luchando, Kalinca? —murmuré en su oído.

—Sí.

—¿No admitirás que lo deseas tanto como yo?

—Ni en sueños.

Me impulsé para arrodillarme en el suelo y la arrastré hasta la cama, donde la atrapé entre mi cuerpo y el colchón.

Nuestros cuerpos chocaron en una explosión de calor y deseo que nos dejó sin aliento por un instante.

Le sujeté las manos tras la espalda y deslicé mi lengua por su cuello.

Ella jadeó, clavándome los ojos, como desafiándome, pero lo sabía: estaba claro en su mirada, en sus labios entreabiertos, en cómo su pecho subía y bajaba con rapidez.

Lo quería.

Tanto como yo.

De una manera casi abrumadora.

—Suéltame.

—Solo cuando digas: "Eres mi hombre, mi marido, y me casaré contigo".

Hizo un mohín de rabia, como si prefiriera que una bomba cayera sobre nosotros antes que admitirlo.

Entonces acerqué mi nariz a su cuello, bajé hasta su nuca y rozé su piel con la punta de mis dientes, hasta que gimió.

—Eres mi hombre —gruñó, con odio—. Mi marido. Y me. Casaré. Contigo.

—¿Eso es una amenaza?

—Apuesta que sí.

La solté, e inmediatamente me empujó, haciéndome caer sobre la alfombra con ella encima. Arrancó mi camisa con fuerza, casi rompiéndola, y cuando logró quitármela, hizo lo mismo con mis pantalones, dejándome solo en mis bóxers negros.

Kalinca se arqueó sobre mí y tiró de mi ropa interior, haciendo que mi polla saltara y golpeara mi abdomen.

La engulló, chupando lentamente, haciéndola crecer entre sus labios hasta que estuvo tan hinchada que apenas cabía en su boca.

Lo hizo con tal posesividad y dominio que supe que, si la interrumpía, acabaría estrangulado solo para aprender.

Ninguna mujer había despertado algo así en mí antes.

Una mezcla de fascinación, devoción y miedo.

Ese escalofrío en el vientre y las ganas de complacerla me tenían atrapado en su hechizo, completamente hipnotizado, permitiéndole hacer lo que quisiera con mi cuerpo.

Y ella aprovechó.

Me la tragó hasta el fondo, y cuando la sacó por completo, comparándola con el tamaño de su cabeza, lamió el glande con la punta de la lengua, dejándome más duro que nunca.

—Qué lástima que para deleitarme con tu polla tenga que aguantarte —provocó.

—Cállate. Como castigo, hoy solo correrás cuando te la meta hasta el fondo —.

Me incorporé y terminé de quitarle la ropa hasta dejarla completamente desnuda. Solo entonces volví a arrodillarme, presionándola contra la cama mientras chupaba sus pezones hasta erizarlos y endurecerlos.

Me detuve cuando el corazón de Kalinca latió tan fuerte que casi pude sentirlo en la punta de la lengua. Agarré sus piernas y la levanté hasta sentarla sobre mis hombros, hundiendo mi rostro en su coño.

Mi lengua desapareció dentro de ella, serpenteando lentamente mientras abría camino para saborearla, embriagarme con su aroma, que hacía palpitar mi polla y despertar al animal primitivo que habitaba en mí.

Quería devorarla.

Ciegamente.

Con tal voracidad que mis sentidos se embotarían. Sentía ese deseo recorrer cada parte de mí, llevándome al borde de la locura.

Kalinca gimió cuando me levanté. Incliné nuestros cuerpos y la tumbé en la cama. Al verla cómoda, introduje tres dedos junto con mi lengua, comenzando movimientos lentos para prepararla.

No pude evitarlo:

Era profundamente satisfactorio verla retorcerse y mirarme con vulnerabilidad. Casi me corrí solo de admirarla.

Palpitaba, sediento de tomar todo su cuerpo y sentir su orgasmo contraer mi polla hasta el delirio.

—Te necesito —gimió, mimosa.

—No creo haber entendido —.

Quería oírla suplicar.

—Dentro de mí. Necesito que estés dentro de mí.

Froté mi polla entre sus piernas, demostrando que éramos un encaje perfecto y que estaba dispuesto a concederle cualquier deseo.

—Ahora.

Quería verla rogar.

—Por favor, Thiago.

—Creo que hoy aprendimos una lección importante —acercé mi rostro al suyo—. No hay nada que me pidas que me niegue a hacer.

Verla entreabrir los labios, sus ojos brillantes clavados en mí mientras la hacía recibir primero mi glande y luego casi toda la

longitud de mi polla, generó un calor en mi abdomen que me electrizó.

Al principio, vi en sus ojos dilatados una mezcla de dolor y placer, hasta que solo quedó deleite. Parecía perdida en sus propias sensaciones.

—¿Alguna de las tantas mujeres con las que estuviste te dijo que cuando haces esto, es como ver estrellas? —preguntó.

—No lo sé. Eres la única mujer que vale la pena recordar —.

Su respuesta fue mover las caderas lentamente, hundiendo mi polla aún más, hasta alcanzar el límite.

—Entonces haré algo para que no olvides.

Me quedé quieto, observándola ir y venir, controlando cómo entraba y casi salía de ella. Mi aliento escapó y cada parte de mí se erizó al sentir su cuerpo tomarme casi por completo antes de alejarse.

Para animarla, masajeé su clítoris al ritmo de sus embestidas, lo que pareció impulsarla a moverse con más intensidad y velocidad, hasta que pareció agotarse.

—¿Te divertiste?

Me miró como si quisiera matarme.

Si supiera lo mucho que eso me excitaba, nunca cambiaría esa mirada.

—Mi turno.

Me tumbé sobre ella y acerqué nuestros labios en un beso lento e intenso que nos robó el aliento. Mientras, deslicé mis manos bajo sus brazos, agarré sus hombros y la atraje hacia mí, enterrando toda mi polla en su cuerpo. Kalinca gimió entre mis labios, casi como un grito de auxilio.

Le di un segundo para recuperar el aliento y la miré con lujuria.

—Ahora corréte.

Me retiré rápidamente y volví a hundirme por completo, hasta que los golpes se volvieron altos y obscenos, llenando la habitación.

Me besó con tanta hambre y desesperación que mi cuerpo ardió. Agarró mi cuello y, con eso, la levanté de la cama, comenzando una danza salvaje por el cuarto. Derribamos lámparas, arrastramos muebles, lo tiramos todo como un terremoto sin fin.

Rodamos contra la pared, apretándonos el uno al otro, y al volver a la cama, me tumbé con el corazón a mil. Ella se apoyó en mi pecho, moviéndose con tal fuerza que parecía experta.

Estimulé su clítoris al ritmo de sus embestidas, y ella intentó agarrar mi mano.

—Voy a correrme. No puedo controlarlo.

—No hay nada que controlar. Déjalo venir.

Su orgasmo fue abrumador y parecía interminable. Inclinó la cabeza hacia atrás, continuando mientras la admiraba y deseaba aún más. Me apretó contra sí, y tuve que concentrarme para no correrme dentro de ella.

—Necesito esto —me incitó.

—¿Segura?

—Quiero sentirte explotar dentro de mí.

Todos mis pelos se erizaron, y mis ojos, cegados por la codicia y el deseo. Agarré sus manos y empujé mi cadera con ferocidad, moviendo la cama hasta que mi orgasmo llegó con intensidad. Vi en los ojos de Kalinca el momento en que lo sintió.

Sentí alivio.

Y deseé más.

Ninguna mujer me había hecho querer repetir. Sabía bien cada reacción, cada gesto, pero con Kalinca, todo parecía nuevo cada vez.

Y nunca me había sentido tan agotado.

Ella se levantó, con las piernas temblorosas, y fue al baño. Cuando regresó, fue mi turno de ducharme rápidamente. Al salir, la encontré con los brazos cruzados frente a la puerta, mirándome furiosa.

—¿Qué pasa? —pregunté, aún sin aliento.

—Vamos a pelear.

—¿Pelear? —arqué una ceja.

—Sí. Para luego follar —aclaró.

Capítulo 34

Kalinca Oliveira

Ni siquiera parecía que el sol hubiera salido cuando abrí los ojos. La sensación de frío y oscuridad dominaba la habitación. Y, junto con el frío matutino, sentí que la realidad me golpeaba como un puñetazo, trayendo consigo el recuerdo de todo lo que había pasado la noche anterior.

Discutimos. Y tuvimos sexo.

Cinco veces.

Y aunque estábamos agotados, sin aliento y cegados por el deseo, seguimos.

Hasta desmayarnos.

Fue una delicia.

Miré a mi alrededor y noté que habíamos destrozado la habitación. Todo estaba fuera de lugar, salvo el aire acondicionado y

las cortinas, que estaban fuera de nuestro alcance. La alfombra, los muebles, las maletas y la ropa habían acabado en sitios insospechados.

Hasta la cama estaba torcida y en medio de la habitación.

Me giré y encontré el espacio vacío a mi lado. Thiago ya se había levantado y, al notar el ruido en la casa, supuse que todos estaban despiertos. Me quedé tumbada unos minutos, intentando reunir fuerzas para enfrentar el día.

La idea de conocer a las sobrinas de Thiago, Clarisa y Sabrina, me ponía nerviosa y un poco asustada.

Cogí el móvil y borré las búsquedas que había hecho en Google durante la madrugada. Básicamente se resumían en tres cosas: insultos en francés, formas de anular un matrimonio sorpresa y cómo matar a tu marido y quedarte con todo su dinero sin que te atrape la policía —aunque él fuera de la Policía Federal.

—Maestro, necesito mil ochocientos cuarenta y siete milagros... —canturreé mientras me levantaba—. Sabía que no sería fácil, pero tampoco esperaba que fuera tan difícil.

Me estiré, me di una ducha rápida y me vestí de la forma más modesta posible: unos vaqueros con una camiseta térmica debajo,

un jersey blanco de lana y unos zapatos cómodos.

—Ahora dime tú qué hago si a esas niñas no les caigo bien... —murmuré mientras me peinaba.

Bajé y encontré a la matriarca de la familia en el salón, sentada en un sillón, haciendo punto. Al verme, levantó la mirada y me ofreció una sonrisa cordial.

—Buenos días, Kalinca. Espero que hayas dormido bien.

—Como una piedra.

—Sí. Una piedra que casi tira abajo la casa. —Cerró los ojos y soltó una sonrisa delicada pero acusadora.

—Ay, Dios mío, lo siento... yo no...

—Las paredes son de piedra, casi imposible que pase el ruido, pero anoche... —se abanicó—. Uf...

—Uf... —repetí, avergonzada.

—Las niñas regresaron anoche de la excursión. Están deseando conocerte.

—¡Yo también!

Mi corazón dio un vuelco al oír eso. Tragué saliva e intenté sonreír.

La señora Guzmán se levantó y me llevó a un gran comedor, donde las risitas suaves de las niñas captaron de inmediato mi atención.

Cuando las vi, sentí una emoción inesperada.

Clarisa y Sabrina, con sus cabellos castaños claros y sus ojos azules brillantes, eran pequeñas réplicas de Tarsila, mi amiga de infancia.

El parecido me golpeó con fuerza, trayendo recuerdos que creía haber enterrado. Recuerdos de Tarsila, que siempre me colmó de amor y cariño, y que ahora se reflejaban en las caritas sonrientes de sus hijas.

Al mismo tiempo, ver a Thiago arrodillado junto a ellas, ayudándolas a montar un puzle, me hizo sentir algo para lo que no estaba preparada.

Parecía tan cariñoso, tan atento, que por un momento casi olvidé que estábamos fingiendo.

—Realmente le importan... —murmuré para mí misma, sintiendo un nudo en el pecho.

Hasta ese momento, confieso que una parte de mí creía que todo era un montaje para sacarme de quicio y volverme loca. Pero aquella escena me hizo verlo desde una perspectiva que no esperaba.

Cuando Thiago notó mi presencia, sonrió y se levantó, viniendo hacia mí. La forma en que me miró era distinta; había un calor allí que no esperaba.

Quizá se preguntaba cómo me las arreglaría al conocer a las niñas, o tal vez solo intentaba tranquilizarme.

—Clarisa, Sabrina, ella es Kalinca —me presentó.

Puso una mano en mi cintura y me llevó hasta la mesa. Cuando me senté, se encargó de servirme café y un poco de cada cosa que había allí.

Las niñas dejaron de jugar y me miraron con curiosidad.

Clarisa, la más extrovertida de las dos, fue la primera en levantarse y acercarse, con uno de los juguetes en la mano.

—¿Vas a jugar con nosotras? —preguntó con una sonrisa inocente.

No pude evitar devolverle la sonrisa.

Era imposible no contagiarse de su dulzura.

—Claro que sí, si me enseñáis cómo se hace.

Sabrina, más tímida, vino detrás, observándome con una mirada que decía que aún estaba intentando descifrar quién era yo. Y, de repente, me sentí parte de algo que ni siquiera sabía que quería.

Estaba dividida entre tomar el café y ayudarles con el puzle. Las niñas eran rápidas y muy listas, no parecían tener solo cinco años. También me di cuenta de que Sabrina me observaba con aire analítico.

—Tienes que poner esta pieza aquí —me explicó Clarisa, señalando una esquina del puzle—. Mira, es la punta.

—Ah, ya veo. Eres muy buena en esto, ¿eh? —la elogié.

Clarisa se sonrojó y sonrió con timidez, y fue entonces cuando sentí la mano de Sabrina tirando de la mía, como si quisiera toda mi atención.

—Tía Kalinca, ¿por cuánto tiempo vas a quedarte aquí?

Miré a Thiago, buscando las palabras adecuadas para responder sin crear expectativas en las niñas. Pero antes de que pudiera decir algo, él contestó:

—Tengo que contaros algo. —Respiró hondo—. La tía Kalinca y yo... —entrelazó nuestros dedos y me cogió la mano—, nos vamos a casar.

Las niñas se quedaron sorprendidas. Clarisa aplaudió y Sabrina me examinó de arriba abajo, intentando decidir si yo era lo bastante buena para su tío.

—Y nos vamos a llevar con nosotros a São Paulo, para que viváis con nosotros. ¿Qué os parece?

—¡Yo quiero! —asintió Clarisa.

—¿Vais a ser como un papá y una mamá? —Sabrina entornó los ojos.

—Sí.

—No tienes cara de mamá —Sabrina cruzó los brazos.

—Es que soy un poco loquita y revoltosa. —Me agaché para quedar a su altura—. Pero te prometo que voy a cuidar muy bien de

ti.

—Me gustas, tía Kalinca —dijo Clarisa de repente.

Hacía mucho que no sentía esa sinceridad y dulzura que solo un niño puede ofrecer. Aquello me hizo el día y me permitió respirar tranquila.

—¿Y tú, Sabrina? ¿Te gusta la tía Kalinca? —preguntó Thiago.

—¿Ella te hace feliz?

—¿Kalinca? —Me miró un momento—. Sí. Es la mujer más increíble del mundo.

—¿En serio?

—En serio. Trabaja mucho y mantiene a su familia. No tiene miedo de enfrentarse a lo que está mal. Y siempre dice la verdad, aunque a veces duela. Es una persona fuerte, brillante, luchadora. Será un excelente ejemplo para vosotras.

Me quedé sin palabras por un momento, sorprendida por aquella declaración.

Tragué saliva para impedir que la emoción se apoderara de mí. Fue inesperado y me dejó completamente paralizada.

—¿Y entonces? ¿Crees que puedes darle una oportunidad a la tía Kalinca? —insistió Thiago con Sabrina.

—Creo que sí. Si el padrino la quiere, yo también la voy a querer.

—Ella será parte de la familia muy pronto —Thiago le revolvió el pelo con ternura—. ¿Y cómo tratamos a la familia?

—Con amor, respeto y unión —respondieron al unísono Thiago y Sabrina, como si fuera un mantra.

—¡Qué chica lista! —terminó haciéndoles cosquillas a las dos.

Cuando me alejé para servirme un poco más de café, noté que Thiago me observaba, y por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Había algo en sus ojos, algo que no lograba descifrar, pero que me hizo sentir más conectada a él que nunca.

—¿Qué os parece si salimos un rato? —sugirió Thiago, rompiendo el repentino silencio—. ¡Hace un día precioso!

—¡Vamos! —gritaron las niñas al unísono, corriendo ya hacia la puerta del jardín.

Asentí, caminé hacia Thiago y casi me fui de espaldas cuando él me tendió la mano. Parpadeé unos segundos, preguntándome qué

debía hacer. Y él mantuvo la mano en el aire, indicándome que debía tomarla.

—Yo... se me olvidó. A veces... se me olvida —me justifiqué.

—Está bien. Tranquila. Les has caído bien.

Cuando entrelazamos los dedos, sentí su toque firme y seguro, lo que en teoría debería calmarme, pero en realidad solo aceleró aún más mi corazón. Y detrás de nosotros, el matrimonio Guzmán nos siguió, como si vigilaran cada paso.

Las niñas corrían por delante, impacientes por mostrarnos cada rincón de la finca. Y los adultos aprovecharon para conversar.

—¿Quién vendrá a tu boda, Kalinca? —preguntó el abuelo de las gemelas.

—Esa es una excelente pregunta... —guiñé un ojo, nerviosa.

Solo imaginar tener que contarle a alguien de mi familia que había venido a Rio Grande do Sul para casarme me hacía sentir mareada.

—Creo que mi hermana.

—Ah, ¿tienes hermanas? —preguntó la señora Guzmán.

Aquello me atravesó el pecho como una flecha.

La culpa, el dolor de haber dejado a Gabriela en aquel contenedor, el hecho de regresar y no encontrarla... me hacía sentir la peor persona del mundo. Sí, tenía otra hermana, pero nunca logré saber dónde estaba.

—Solo una hermana...

—¿Y tus padres?

—Están muy ocupados. Son pa...

—Patronos de una gran empresa —interrumpió Thiago por encima de mí—. No podrán venir, fue todo muy repentino. Pero vamos a casarnos, ¿verdad, amor?

—Vamos. Claro que sí.

—No tenemos muchas exigencias para entregar la custodia de las niñas —el hombre carraspeó—, pero la más importante es que puedan ofrecer lo esencial: una familia. No pido que estén todo el tiempo encima de ellas, entiendo que tenéis vuestras responsabilidades. Pero, por favor, cuidad de ellas.

—No se preocupe. Me encargaré de llevarlas y recogerlas del colegio. Y haré todo lo posible por que tengamos muchos momentos

en familia. Es importante.

Ambos asintieron con aprobación.

—Y ahora, una pregunta indiscreta. ¿Cómo lograste atrapar a este canalla? —el hombre le dio una palmada en el hombro a Thiago —. No sé si lo sabes, pero este chico traía de cabeza a todos los padres del país. Es un conquistador...

—Reginald... —la mujer lo reprendió—. Nosotros dos podemos imaginar muy bien cómo lo ha conseguido. —Me guiñó un ojo.

—Sí. Una mujer que vale por diez. Lo entiendo perfectamente...

Thiago y yo nos cruzamos una mirada de vergüenza absoluta al mismo tiempo que yo deseaba matarlo. No me di cuenta de lo indiscretos que habíamos sido mientras nos arrastrábamos por la habitación golpeando las paredes, rodando por el suelo, saltando en la cama en un intento inútil de romperlo todo mientras follábamos.

—Tengo... mis secretos —suspiré.

—Ya veo que sí.

Mientras caminábamos por el sendero de piedra que llevaba al establo, sentí una calma crecer dentro de mí, como si, de algún modo, todo estuviera en su sitio.

A pesar de las incertidumbres, de los secretos que aún guardaba, en ese momento, estar allí con Thiago, los Guzmán y las niñas me parecía lo más natural del mundo.

—¿Te conté que a Sabrina le gusta dibujar? —preguntó Thiago de repente, cambiando de tema.

—No.

—Tiene el talento de la madre —dijo, con una melancolía sutil en la voz—. Y a Clarisa le encantan los caballos. Quizás estaría bien que pasáramos un rato en el establo para que pueda enseñártelos.

—Me encantaría —respondí, sintiendo una punzada de tristeza al darme cuenta de cuánto le importaban esas niñas y de todo lo que estaba dispuesto a hacer por ellas.

Thiago no era solo un hombre centrado en su trabajo, en los negocios o en las mujeres. Había una profundidad en él, un instinto protector y amoroso que me sorprendía. Y cuanto más lo veía interactuar con sus sobrinas, más me daba cuenta de que quizás lo había juzgado mal.

—Parece que las quieres mucho...

—Son todo lo que tengo ahora —Thiago respondió, con la mirada fija en las niñas que corrían delante de nosotros—. No puedo fallarles, Kalinca. Necesitan un hogar, una familia que las quiera y las cuide.

Sus palabras me atravesaron por completo.

No sabía si era porque, de algún modo, las gemelas me recordaban a Gabriela y Priscila o por ver y reconocer el peso que llevaba encima, el amor sincero que sentía por ellas.

Creo que era la primera vez que lo entendía en un nivel profundo.

Yo también había perdido a personas que amaba, y sabía lo que era cargar con el deseo de proteger a los que aún quedaban.

—No vas a fallarles, Thiago —afirmé, con una convicción que me sorprendió a mí misma—. Te voy a ayudar.

Él me miró, y por un momento, la seriedad en sus ojos se transformó en una dulzura que no estaba acostumbrada a ver en él.

—Gracias. No podría hacerlo sin ti.

Sus palabras hicieron que mi corazón se acelerara, y por un segundo, la tensión entre nosotros pareció aumentar. Había algo en el aire, algo que no sabía nombrar, pero que me hacía querer acercarme más a él, entender qué era lo que realmente estaba surgiendo entre nosotros.

Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, Clarisa y Sabrina nos llamaron, ya cerca del establo, ansiosas por mostrarnos los caballos.

—Hemos llegado. ¿Quieres ver los caballos?

—Me pasé toda la noche viendo un caballo... —murmuré.

—¿Qué? —preguntó la señora Guzmán, que venía detrás de mí.

Di un salto y giré la cabeza como la niña del exorcista.

—Pensamientos intrusivos. Pensamientos intrusivos —repetí.

Capítulo 35

Thiago Zampieri

—¿Podéis disculparme un momento? —Saqué el móvil del bolsillo, que estaba vibrando—. Es una llamada internacional, tengo que atender.

—Adelante —dijo el señor Guzmán.

Solté la mano de Kalinca y me alejé, aunque seguí observando a todos desde la distancia.

Massimo Zampieri, la persona que me estaba llamando, era mi primo, actual CEO y accionista mayoritario de la cadena internacional de hoteles *6 Continentes*.

Para evitar que alguien pudiera oírnos, incluso a distancia, hablé en italiano.

—*Buongiorno, cugino. Come stai?*[1]

—*Bene. Bene*[2] —respondió con su voz grave—. Estoy en Brasil.

—¿Ah, sí? —Arqueé una ceja—. ¿Ha pasado algo en Italia?

—Gabriela está embarazada —suspiró.

—¿Mis... felicitaciones?

—*Grazie*[3]. ¿Has avanzado con tu investigación? Dijiste que habías encontrado a dos mujeres idénticas a Gabriela.

—Sí, una es idéntica. La otra es igual. Como si fueran gemelas —expliqué.

—¿Puedes traerlas a Río de Janeiro? Quiero que Gabriela conozca a su familia. Al menos, esperamos que lo sean.

—Sí. De hecho, puedo encargarme de eso —me froté las sienes—. Estamos en Rio Grande do Sul. Voy a obtener la custodia de mis sobrinas y regresar a São Paulo. Pero...

—¿Pero? ¿Necesitas ayuda? Puedo enviar a Santo y lo resuelve en un segundo.

—No. Nada de sangre —reí, nervioso—. Los abuelos paternos de las niñas quieren que me case para concederme la custodia, y me

he acercado mucho a una de las mujeres que podría ser hermana de Gabriela. Kalinca.

—*Hmm.*

—Me voy a casar con ella en papel. Y puedo inventar que haremos la fiesta de boda en Río de Janeiro, explicando que toda mi familia estará allí...

—Vales cada centavo por ser el cerebro de la familia —Massimo sonrió—. ¿Nos vemos en una semana?

—Me encargo de eso. ¿Algo más?

—No. ¿Cómo están tus viñedos?

—Bien, espero. Pasaré por ellos en breve para revisar todo. Llevaré algunos vinos a la familia.

—*Grazie*. Mantenme informado, y si necesitas derramar sangre, llama a Santo.

—Siempre.

Massimo colgó y regresé junto a los demás. Kalinca me miraba con una mezcla de curiosidad y sospecha, pero en cuanto puse la mano en su cintura, volvió a ese semblante tenso, entre rabia y contención.

Kalinca Oliveira

Me sentía algo nerviosa por quedarme a solas con los Guzmán y no saber responder a ninguna de sus preguntas, pero creo que me defendí bastante bien.

Preguntaron qué pensaban los padres de Thiago sobre nuestro matrimonio repentino y respondí, como si tuviera una relación cercana con su madre:

—Ah, a Márcia le caigo genial, siempre tomamos vino juntas.

Y sobre cómo iba a conciliar mi trabajo con ser la nueva madrastra de las gemelas, solté una frase bien ensayada:

—Voy a hacer una pausa en la dirección de mi empresa y centrarme en las niñas. Cuando todo esté en orden, volveré al trabajo.

Hubo otras preguntas menores, como si quisieran poner a prueba mi conocimiento sobre la vida de Thiago, pero como lo tenía todo escrito en el móvil, lo había estudiado día y noche hasta aprendérmelo de memoria.

Thiago se acercó de nuevo y entramos todos juntos en el establo.

Los caballos nos observaron al instante y mi instinto de supervivencia se activó de inmediato. Miré hacia la salida más cercana y calculé cómo sería salir corriendo a toda velocidad.

—¿Has montado alguna vez? —preguntó Clarisa.

—Nunca. Y, para ser sincera, la idea de subirme a uno de estos grandullones me da un poco de... pánico —admití.

Thiago soltó una risa baja, pero no sonó burlona; había algo tranquilizador en ella.

—No te preocupes, yo te enseño.

—¿Y eso ahora? ¿Te has convertido en profesor? —murmuré.

—Va a ser más fácil de lo que parece.

Lo miré, y en silencio le hablé con la mirada:

—Este teatrillo está saliendo más caro de lo acordado. Primero el matrimonio, ahora montar a caballo.

A lo que él respondió, también con los ojos:

—Cállate, estuviste cabalgando toda la noche y no te vi quejarte.

Miré al caballo más cercano, una hermosa criatura de pelaje castaño y crin negra, y tragué saliva. El animal era enorme, mucho más de lo que había imaginado, y la idea de intentar controlar algo tan poderoso me dejaba las piernas flojas.

Thiago, notando mi nerviosismo, se acercó y puso las manos sobre mis hombros, haciéndome girar para que lo mirara. Sus ojos se encontraron con los míos con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara.

—Confía en mí. No voy a dejar que te pase nada —susurró.

Se me erizó la piel entera. Transmitía seguridad, pero aun así, una parte de mí prefería seguir con los pies en la tierra.

—¡Monta, tía Kalinca! —Clarisa me animó.

Thiago se alejó y caminó hacia el caballo, acariciando con suavidad su cuello antes de tomar las riendas.

—Mira qué belleza.

—Este es Apolo —el señor Guzmán presentó al animal como si fuera un viejo amigo—. Es tranquilo y muy obediente, perfecto

para quien empieza.

Observé mientras Thiago se subía al caballo con la facilidad de quien lo había hecho cientos de veces. Se acomodó en la silla y luego extendió la mano hacia mí, una invitación silenciosa.

—Vamos, sube conmigo. Te voy a mostrar lo fácil que es.

Di un paso atrás.

—¿Y si me caigo?

—¿De verdad crees que te dejaría caer?

Solté una carcajada y me llevé una mano a la cintura.

—Yo te tiraría a ti.

Al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta y que los demás se quedaron ligeramente escandalizados, me apresuré a corregirme:

—Quiero decir... si yo subiera, te tiraría a ti. El caballo no va a soportarnos a los dos.

—Sí que va. Es un caballo gaucho, raza pura, aguanta lo que le echen —aseguró el señor Guzmán.

—Los italianos también son buenos y fuertes —añadió Thiago, manteniendo la mano extendida hacia mí.

—No confío en los caballos gauchos, imagínate en los italianos.

Mi corazón latía a mil por hora mientras me acercaba al caballo, y por un momento, vacilé. Pero la mirada de Thiago, llena de paciencia y confianza, me dio el valor que necesitaba. Tomé su mano y, con algo de esfuerzo, me dejé subir al lomo del caballo.

Sentí el cuerpo firme de Thiago detrás de mí, sus brazos sujetándome con seguridad. Fue reconfortante y, al mismo tiempo, abrumador. El calor de su cuerpo irradiaba contra el mío, y la cercanía hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

—¿Cómo te sientes?

—Tensa —mi voz salió rígida, igual que mi cuerpo paralizado.

—Relájate —murmuró al oído, mientras sus brazos se cerraban con suavidad alrededor de mi cintura, sujetándome con firmeza—. Estoy aquí contigo. Siente el movimiento del caballo, acompasa tu cuerpo al suyo.

El calor de sus palabras, su toque firme y delicado a la vez, empezaron a deshacer el nudo de tensión en mi pecho.

Respiré hondo, intentando calmar los nervios, y dejé que mi cuerpo se acoplara al suyo, sintiendo la estabilidad que me proporcionaba.

Por un momento, todo lo que percibía era el sonido suave de los cascos del caballo golpeando el suelo y el latido fuerte de mi corazón, sincronizado con el de Thiago. Había algo increíblemente íntimo en esa cercanía, algo que hacía vibrar cada célula de mi cuerpo.

Thiago tomó las riendas con una mano y, con la otra, guió mi mano hasta ellas.

—Ahora quiero que sientas el control —dijo con voz baja y serena—. Eso es lo que te gusta, ¿no?

—¿Alguna vez alguien ha volcado un caballo? ¿Dónde está la palanca de cambios?

Él rió detrás de mí, haciéndome cosquillas en la nuca.

—Estás al mando, Kalinca. Solo tienes que sujetar las riendas con firmeza, pero sin tensión. Apolo obedecerá tus órdenes.

—Al menos este caballo es inteligente, no como otros.

—Tú sabes bien que lo mejor es cuando se pierde el control.

Dudé un segundo, pero el tono suave de su voz me dio la confianza que necesitaba.

Con manos temblorosas, tomé las riendas y sentí el movimiento del caballo responder a mi toque. Thiago seguía detrás de mí, con sus brazos rodeándome, pero la sensación de tener el control, la responsabilidad de guiar a ese animal, era tan aterradora como estimulante.

—¿Lo ves? Lo estás haciendo —susurró cerca de mi oído, y un escalofrío me recorrió la espalda—. ¿A que no es tan difícil?

—No. Tengo carné clase C, cariño. Conduzco moto, coche, camión y ahora... caballo —murmuré, sorprendida de verdad al darme cuenta de que estaba controlando la situación—. No es tan difícil como pensaba.

—Ahora vamos a dar una vuelta por la finca. Tú vas a guiar a Apolo —dijo, entregándome por completo las riendas.

La idea de tener el control total me inquietaba un poco, pero la confianza que Thiago tenía en mí me hizo querer demostrar que sí

podía hacerlo.

Con un suspiro profundo, comencé a guiar al caballo por el camino que se extendía entre los árboles, sintiendo cada movimiento del animal, acompañada por la seguridad de los brazos de Thiago envolviendo todo mi cuerpo.

—Lo estás haciendo muy bien —comentó Thiago.

—Solo porque estás aquí sujetándome —respondí, intentando ocultar cuánto me afectaba esa cercanía—. Mi verdadero impulso sería darle una patada al vientre del caballo y salir corriendo como una loca sin rumbo.

—Hazlo.

Se me erizó la piel cuando me animó a hacerlo.

—No alientes mis pensamientos intrusivos.

—Me gusta tu forma desinhibida y espontánea —comentó—. Pero me dio curiosidad tu imitación de francesa ayer.

—Es que estaba viendo *Emily en París*, y en el momento de improvisar, fue lo primero que me salió.

—Ya veo.

—¿Crees que nos creyeron?

—Más que eso. Les has caído bien.

—Uf... —suspiré.

—¿Uf?

—Cuando preguntaron por mi hermana... no sé, me puse nerviosa. Me removió muchas cosas. No me gusta hablar de mi familia, ya les hice demasiado daño, lo he estropeado todo tantas veces, que yo...

Me di cuenta de que, a medida que me agitaba, el caballo también lo hacía, como si quisiera desobedecer mis órdenes. Entonces Thiago sujetó con firmeza por encima de mis manos, apoyó la barbilla en mi hombro y habló con voz serena pero firme:

—Escucha.

—No, Thiago. No sé si podría cuidar de esas niñas, ni siquiera como juego. Y cuando pienso en todo lo que me estás ofreciendo, siento que no lo merezco. He hecho cosas horribles en el pasado. No puedo permitirme...

—Eres una persona tan amable, generosa y buena con los demás. ¿Por qué no puedes ser así contigo misma?

Me dejó sin palabras.

El desgraciado logró dejarme atónita y sin respuesta.

—Ahora que estamos pasando más tiempo juntos, te entiendo.

—¿De verdad? Entonces explícamelo, porque ni yo me entiendo, Thiago.

—Intentas asustarme. Por eso discutes, peleas, gritas, me retas a un combate de jiu-jitsu de la nada —dijo con un tono analítico y tranquilo—. Porque esa es tu manera de alejar a quienes se acercan. Todos los que han intentado acercarse a ti.

Tragué saliva.

Ser víctima de su análisis me rompió en tantos pedazos que me sentí como el puzle de esta mañana.

—No vas a asustarme. Yo no soy como los demás, no me intimido por una loca. Y no voy a alejarme de ti.

—Deberías. Todo lo que toco lo arruino.

—Pero estás arreglando algo que yo nunca fui capaz de reparar. Voy a conseguir la custodia de mis sobrinas y darles una

familia de verdad. Y solo con ayudarme, eso ya demuestra que tienes más fuerza y coraje del que crees, Kalinca.

—¿Tú crees?

—¿Venir a la Sierra Gaucha sin conocer a nadie? ¿Aceptar casarte...?

—No acepté, fui forzada. Y el divorcio viene, ¿eh?

Él rió, y eso me calentó el corazón.

—Quisiera que te vieras como yo te veo.

Esas palabras me impactaron más de lo que esperaba. Había algo en su forma de decirlo, como si viera en mí algo que ni yo misma era capaz de ver. Y en ese momento, con él tan cerca, sentí que quizá, solo quizá, tenía razón.

Seguí guiando al caballo, sintiendo crecer dentro de mí una confianza inesperada. Y con cada paso, con cada palabra que Thiago susurraba en mi oído, las barreras que había levantado alrededor de mí empezaban a desmoronarse.

—Thiago...

Empecé a decir, sin tener muy claro qué quería preguntar, pero sintiendo la necesidad de romper el silencio.

—¿Sí? —respondió él, con la voz tan cerca que podía sentir el calor de su respiración.

—¿Por qué estás haciendo esto?

La pregunta salió antes de que pudiera contenerme, y me arrepentí al instante. No quería que pensara que dudaba de sus intenciones, pero la pregunta ya estaba ahí, flotando entre los dos.

Hubo un instante de silencio antes de que respondiera, y cuando lo hizo, su voz estaba cargada de una sinceridad que me desarmó por completo.

—Porque quiero que veas lo que yo veo —dijo, con voz suave pero firme—. Quiero que veas que eres capaz de mucho más de lo que crees. Y más que eso... porque me gustas, Kalinca. Me importas.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, haciendo que mi corazón se acelerara.

No sabía qué decir, ni cómo reaccionar, pero sentí una oleada de emociones invadirme. Thiago me estaba mostrando un lado que nunca había visto, un lado que me hacía cuestionar todo lo que creía saber sobre él.

Antes de que pudiera responder, se inclinó ligeramente hacia adelante, y el suave roce de sus labios en la curva de mi cuello me dejó sin aliento. Fue un gesto pequeño, casi imperceptible, pero la intensidad del momento hizo que cada fibra de mi cuerpo se encendiera.

—Thiago...

—Estoy aquí —susurró, y sentí el calor de sus palabras contra mi piel.

La cercanía, el contacto, el sonido de su respiración tan cerca de mi oído... todo contribuía a esa ola creciente de deseo que me consumía por dentro.

Pero al mismo tiempo, había miedo. Miedo de que, si dejaba que eso avanzara, si permitía que esa tensión se convirtiera en algo más, no habría vuelta atrás.

Y, sin embargo, la sensación de estar ahí, tan cerca de él, tan conectada, era casi irresistible.

—Vas a ser un buen padre para esas niñas —admití—. Voy a ayudarte de corazón, porque veo que tu amor por ellas es sincero.

—Perfecto. ¿Entonces nada más de combates de jiu-jitsu?

—Nada de jiu-jitsu en la alfombra.

—¿No quieres una revancha? ¿Segura? Creo que con unas cuatro o siete intentonas más podrías ganarme...

—Ya sé muy bien lo que quieres, cerdo.

Tuve que reír.

—¿Y tú no lo quieres?

Thiago solo sonrió, una sonrisa que podía sentir aunque no lo mirara.

Su lado canalla, la sinceridad en su voz, la forma en que me sujetaba con tanta seguridad... todo eso me estaba destrozando por dentro, pero de una forma dulce.

Estaba cayendo, sin saber adónde nos llevaría todo eso, pero por primera vez, me permití no preocuparme por ello.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando absorber cada sensación, cada emoción que ese momento me regalaba. Y mientras el caballo avanzaba por el camino, guiado por mis manos temblorosas, sentí que algo dentro de mí estaba cambiando.

Tal vez por fin estaba empezando a entender lo que significaba confiar en alguien.

Y, con eso, me di cuenta de que, quizá, solo quizá, estaba lista para dejar que Thiago se acercara más de lo que jamás permití a nadie.

Capítulo 36

Kalinca Oliveira

El día llegaba a su fin cuando, finalmente, sentí que ya no podía seguir posponiéndolo.

La verdad me estaba asfixiando.

Después de años guardando tantas cosas dentro de mí y semanas a su lado, enfrentando mi pasado, me sentía como una olla a presión a punto de estallar.

El sol se ocultaba tras un día provechoso en el que, sin duda, habíamos convencido a la familia Guzmán de que éramos la pareja perfecta. El frío de la sierra empezaba a apoderarse del aire.

Estaba en el jardín delantero de la casa, donde habíamos pasado buena parte de la tarde jugando con las niñas. Clarisa y Sabrina ya estaban en su habitación, exhaustas y felices, mientras

yo permanecía fuera, luchando contra el torbellino de emociones que crecía dentro de mí.

Thiago se acercó, y con él llegó un aroma dulce.

—Vino caliente, para ti —me tendió una taza de cerámica negra.

Observé los trozos de fruta flotando en el líquido color sangre y arqueé una ceja.

—Piña, manzana y canela. Lo he cortado yo mismo —dijo, animándome con la mirada a que lo probara.

Llevé la taza a los labios, y al primer sorbo, sentí cómo el calor me recorría por dentro. El frío dejó de importarme.

—Está... muy bueno.

—Sí. Lo está.

El silencio entre nosotros se volvió denso. Me removía por dentro.

Sabía que ya no podía seguir ocultando lo que estaba a punto de decir. Necesitaba contarle la verdad. Compartir con él el peso que llevaba cargando desde hacía años.

¿Pero qué pensaría de mí?

—Tenemos que hablar —murmuré.

—Tuve una idea genial para el día de la boda, algo para despejar cualquier duda. Pero es sorpresa —respondió él.

Negué con la cabeza, sin poder concentrarme en eso. Lo que llevaba dentro no me dejaba pensar en otra cosa.

Él se giró, percibiendo mi inquietud.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras. Pero ¿cómo se explica algo que una misma no termina de comprender? ¿Cómo revelarle que el pasado que creía enterrado está, en realidad, más presente que nunca?

—No he sido del todo sincera contigo, Thiago.

—¿Qué quieres decir?

—Sobre quién soy...

Thiago frunció el ceño, visiblemente confundido, pero guardó silencio, esperando que continuara.

—En São Paulo, en los Jardins, hay una mansión que hoy no es más que ruinas. Se incendió hace años. ¿La conoces?

Asintió con lentitud. Sus ojos se oscurecieron con el recuerdo.

—¿La casa de los Mendoza? Donde todos...

Se detuvo, como si decirlo en voz alta hiciera más real el horror de aquella noche.

—Donde toda la familia Mendoza murió —completé por él—. Excepto...

—Excepto Leonor.

—Ella no fue la única que sobrevivió.

Thiago me miró fijamente. La incredulidad en su rostro era evidente.

—¿Qué estás diciendo, Kalinca?

—¿Recuerdas cuando me salvaste en el lago?

Su reacción fue inmediata. Dio un paso atrás, como si mis palabras lo hubiesen golpeado físicamente. Sus ojos se agrandaron, y por un instante, pareció perdido en algún lugar lejano.

—¿Qué estás diciendo?

—Recuerdas aquella noche, en la mansión de Leonor. Viste a una niña ahogándose en el lago.

Su expresión era la de alguien que acababa de ver un fantasma. Estaba pálido, con la mirada fija en mí, pero claramente atrapado en su memoria.

—Esa noche salvaste a Carina Mendoza. Si no hubiera sido por ti, se habría ahogado. No estaría viva.

—¿Quién te contó eso?

—Fui yo, Thiago. Carina... —me encogí de hombros, y una lágrima se deslizó por mi mejilla—. Pero por favor, escúchame antes de sacar conclusiones. Déjame explicarlo.

Apreté la taza con ambas manos, temblorosa. Pero era el frío del alma lo que más me helaba.

—Aquella noche, en casa, todo sucedió tan rápido... El fuego se propagó en cuestión de segundos. Mi madre me despertó, cogió a mis hermanas e intentó salvarnos. Me llevó hasta un pasadizo secreto, me entregó a mis hermanas y me pidió que las salvara. Yo... lo intenté. Te lo juro. Pero no pude salvar a Gabriela.

Mi voz se quebró, y las lágrimas brotaron por fin.

Thiago seguía en silencio. Su rostro había pasado de la incredulidad a otra cosa, algo más profundo. Dolor, tal vez.

—Logré salvarme a mí misma y también a Priscila, pero a Gabriela... nunca volví a verla. Desde entonces me escondí, cambié de nombre. Fui adoptada por una familia que me encontró. Desde entonces soy Kalinca Oliveira. La mujer que conociste. La que te está ayudando con la custodia... pero eso es solo una parte de quien soy.

Las palabras salieron como una avalancha, imparables. Como si una vez abierta la compuerta, ya no pudiera detenerlas.

Necesitaba que supiera la verdad, que entendiera por qué había sido tan cerrada, tan reacia a confiar en alguien.

La culpa por la pérdida de Gabriela, el dolor de haber dejado a mi madre atrás, me habían perseguido todos estos años y, ahora, aquí estaba yo, cara a cara con la única persona que podía comprenderme, además de mi abuela.

Thiago respiró hondo, se pasó la mano por el pelo, y una expresión de dolor cruzó su rostro.

Las piernas me temblaban tanto que acabé por arrodillarme.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Tenía miedo, Thiago. Miedo de lo que significaría, miedo de que me rechazases, miedo de que mi vida se derrumbara otra vez. Cuando nos reencontramos, pensé en contártelo, pero nunca parecía el momento adecuado. Y luego las cosas se complicaron... y yo... —mi voz volvió a quebrarse— tenía miedo de perderte también.

La confesión me dejó expuesta, más vulnerable de lo que jamás había estado, y no sabía qué esperar de él.

Thiago siempre había sido tan fuerte, tan determinado, y ahora le estaba mostrando mi mayor miedo.

Dio un paso más hacia mí, y esta vez, no me aparté. Se arrodilló frente a mí, me tocó el rostro con sus dedos cálidos sobre mi piel fría. El gesto fue tan delicado, tan lleno de ternura, que casi me derrumbé ahí mismo.

—Carina... —empezó a decir, pero se detuvo, como si buscara cuidadosamente las palabras—. Te he estado buscando durante tanto tiempo...

Tragué saliva, sintiendo la presión de las lágrimas que luchaban por salir.

—Desde que entré en la Policía Federal, he intentado resolver tu caso. Entender qué pasó, por qué desaparecieron todas las

pruebas y documentos, por qué cerraron la investigación sin detener al culpable... En todos los informes, periódicos y registros de la época, tú y tus hermanas aparecéis como muertas.

—Lo sé. No sé qué ocurrió. Yo era solo una niña. Vagué con mi hermana en brazos hasta que una familia nos ayudó. Volvimos a ese callejón para buscar a Gabriela, pero ya no estaba allí —mi voz se rompió por completo—. ¿Soy una mala persona, Thiago? ¿Y si la maté? La perdí para siempre. Ya no puedo seguir huyendo de esto...

Thiago me abrazó, y yo me aferré a él como si mi vida dependiera de ese gesto.

Sentí sus brazos envolviéndome, firmes y seguros, como si pudieran protegerme de todos los recuerdos que me habían perseguido durante tantos años.

Era la primera vez que me permitía sentir, de verdad, todo el dolor y la pérdida que llevaba dentro.

—Ya no tienes que huir, Carina —susurró contra mi cabello—. Ya no tienes que cargar con esto sola.

Sus palabras me golpearon con fuerza, y por un momento, lo único que pude hacer fue llorar.

Llorar por Gabriela, por mi madre, por mi padre, por la vida que perdí... y también por la posibilidad de un futuro que nunca creí merecer.

Thiago se quedó conmigo, sosteniéndome mientras dejaba salir todo lo que había guardado durante veinte años.

No dijo nada más, pero no hacía falta.

Su presencia, su fuerza, eran suficientes para hacerme sentir que, por primera vez, ya no estaba sola.

Cuando por fin me calmé, me separé un poco, solo lo justo para poder mirarlo.

Sus ojos estaban llenos de una emoción que no sabía nombrar, pero que me hizo sentir una conexión aún más profunda con él.

—Gracias por escucharme.

Él negó con la cabeza, como si no hiciera falta agradecer.

Y, por primera vez, comprendí que lo que teníamos era más que atracción física, más que un simple plan para conseguir la custodia de las niñas.

Era algo real, algo que se había construido desde la verdad y el dolor compartido.

—Voy a resolver todo esto por ti —dijo con determinación—. No estás sola, y no voy a abandonarte, pase lo que pase.

De verdad, él había cambiado.

Ya no era ese Thiago arrogante, prepotente y orgulloso de doce años que se creía el rey del mundo.

Y eso me dio un alivio tan profundo que, por fin, bajé todas mis defensas.

Curioso, porque en mi momento más vulnerable, me sentí fuerte.

Por fin.

Porque, a pesar de todo, finalmente había encontrado a alguien que me aceptaba por completo, con todos mis secretos, con todas mis cicatrices.

Por primera vez en años, sentí que había encontrado un lugar al que pertenecer.

Thiago me besó, y en ese momento, todo cobró sentido.

Encontré a alguien que me veía. De verdad me veía. Y me amaba a pesar de todo.

—Carina... —repitió él, incrédulo, mirándome—. Carina.

Pude ver en sus ojos que todo el dolor y el peso que él también llevaba encima se habían desvanecido.

Quizá... solo quizá... ese era el principio de algo que, por fin, sí valía la pena vivir.

Capítulo 37

Kalinca Oliveira

La mañana de la boda llegó más rápido de lo que esperaba.

En realidad, no era una boda como tal —solo la firma de unos papeles en el registro civil, un trámite burocrático para asegurar la custodia de las sobrinas de Thiago. Aun así, después de todo lo que habíamos vivido y tras las revelaciones que hice, aquello cobró otro significado para mí.

Estaba frente al espejo, ajustando el vestido sencillo que había elegido. Nada de blanco, ni velo, ni corona. Solo un vestido color crema, de corte recto, discreto y formal.

La señora Guzmán había insistido en que llevase algo más elaborado, pero yo sabía que no era una boda de verdad —al menos no para Thiago.

Al mirar mi reflejo en el espejo, sentí una oleada de emociones contradictorias.

Miedo, inseguridad y una punzada de tristeza. No quería engañarme a mí misma, pero al mismo tiempo, no podía ignorar el hecho de que había algo entre nosotros, algo que no dejaba de crecer.

Dejé de arreglarme y me senté al borde de la cama, intentando calmar mis pensamientos.

Thiago y yo habíamos pasado por tanto juntos, y ahora estábamos a punto de dar un paso más, aunque no fuese por los motivos "correctos". Pero, por más que intentara convencerme de que esto era solo un acuerdo, no podía ignorar que mi corazón latía más deprisa solo con pensar en estar a su lado.

Casi me caigo de la cama cuando mi abuela entró en la habitación sin hacer ruido y se sentó a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con el corazón acelerado.

—Acabo de llegar. Thiago pensó que, para reforzar la credibilidad del acto, sería buena idea que estuviera presente. Al fin y al cabo... soy la casamentera.

La abracé con todas mis fuerzas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, no te preocupes por mí. ¡Estás preciosa!

—Gracias, abuela.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—Creo que soy la novia menos novia que ha existido.

—¿Por qué dices eso?

—Sin vestido tradicional. —Le mostré la mano—. Sin anillo... Creo que es para que combine con toda esta mentira.

—Una boda no va de un vestido bonito ni de una gran fiesta —sus mejillas se alzaron con una sonrisa suave—. Una boda es un compromiso entre dos personas. Y tú y Thiago estáis profundamente comprometidos con conseguir la custodia de sus sobrinas. Así que lo estáis haciendo bien.

—Sigue siendo una mentira.

—He visto matrimonios por conveniencia convertirse en algo real —me guiñó un ojo.

—Le conté quién soy —bajé la mirada—. ¿Hice bien?

—¿Qué te preocupa?

—No lo sé. Confío en él, pero hay algo dentro de mí que...

—Thiago es buena persona, mi niña —me tomó las manos entre las suyas.

—No le caía muy bien que digamos...

—Solo era un niño, y tú también —sonrió con ternura—. ¡Mira todo lo que habéis logrado juntos hasta ahora! Sois un gran equipo.

—Sí, lo somos. Pero no estamos enamorados. Y vamos a casarnos. Siempre creí que uno se casaba solo por amor...

—El amor tiene sus propios caminos para encontrarse —besó mi frente—. El amor es el camino cuando dos corazones lo desean, aunque aún no sepan hacia dónde.

Sabía a lo que se refería. Sabía que podía ver más allá de mis palabras y de todas mis defensas. Pero admitir que me estaba enamorando de Thiago, que quizá ya lo estuviera, me parecía algo demasiado aterrador.

Al fin y al cabo, pese a todo, él seguía viendo esto como un matrimonio de conveniencia, ¿no?

Era un medio para lograr su objetivo. Nada más.

Respiré hondo, intentando prepararme para lo que venía.

Leonor me dio un beso en la frente y sonrió antes de salir de la habitación. Me quedé unos minutos más a solas, intentando reunir el valor para enfrentar lo que estaba por llegar.

*

Cuando llegué al registro civil, Thiago ya estaba allí, de pie junto al funcionario, con una expresión seria en el rostro. Iba impecablemente vestido, como siempre, con un traje oscuro que hacía resaltar aún más el azul de sus ojos.

Por un momento, sentí que me faltaba el aire cuando nuestras miradas se cruzaron. Había algo en él que parecía reflejar la misma confusión que yo llevaba dentro.

Caminé hacia él, con el corazón latiendo más fuerte a cada paso. Thiago me tendió la mano y, al tomarla, sentí un calor reconfortante que, a la vez, me ponía aún más nerviosa.

—Estás preciosa —dijo en un tono suave, casi reverente, mientras me miraba de arriba abajo.

—Y tú estás… muy elegante —intenté bromear, pero la voz me salió algo temblorosa.

Sonrió de lado, con esa sonrisa engreída que de adolescente me sacaba de quicio y que ahora me dejaba sin palabras. Ambos sabíamos lo que estábamos a punto de hacer y, de algún modo, parecía tener mucho más significado del que estábamos dispuestos a admitir.

El funcionario nos condujo hasta la mesa, donde ya estaban preparados los documentos. Todo era tan sencillo, tan práctico… y, sin embargo, pesaba tanto.

Me movía como si estuviera a cámara lenta.

—¿Listos? —preguntó, mirándonos a los dos.

—Sí —respondió Thiago, con voz firme, aunque con un matiz que me hizo mirarle con más atención.

El funcionario llevó a cabo todo el procedimiento, explicó con claridad lo que íbamos a firmar y nos preguntó si estábamos seguros. Intenté no titubear bajo la mirada de la familia Guzmán y respondí con la mayor naturalidad posible.

Al final, Thiago tomó la pluma primero, y observé cada uno de sus movimientos mientras firmaba los papeles. Cuando terminó, me pasó la pluma y, por un instante, dudé. Sabía que, al firmar, estaba sellando nuestro destino de un modo que iba mucho más allá de lo pactado.

Thiago notó mi vacilación y se acercó, colocando su mano sobre la mía.

—Está bien, Kalinca —susurró—. No hay prisa. Si quieres, podemos hablar antes de firmar.

Sabía que lo decía en serio, que si le decía que no quería seguir adelante, lo respetaría. Pero al mirarle, tan cerca, tan real, sentí que ya no había vuelta atrás.

Quería esto.

Más que la boda en sí.

Quería lo que representaba.

Quería a Thiago.

Respiré hondo y firmé mi nombre, sintiendo cómo el peso de la decisión caía sobre mí como una ola. Cuando terminé, lo miré y vi alivio —y algo más— en sus ojos.

—Entonces, ahora somos oficialmente marido y mujer —dije en voz baja, casi un susurro, como si aún estuviera procesando la realidad de todo aquello.

—Parece que sí —respondió él, con una sonrisa que, por fin, alcanzó sus ojos.

El funcionario declaró que estábamos casados y, en un gesto tan extraño como inevitable, Thiago se inclinó y me besó. No fue un beso ardiente ni apasionado, pero sí cargado de significado. Un beso que decía más que cualquier palabra.

Cuando nos separamos, él seguía sujetando mi mano, como si no quisiera soltarme.

—¿Podemos irnos ya? —pregunté.

—Claro, vamos —dijo, aunque aún parecía reacio a soltarme —. Ahora os toca firmar a vosotros —les indicó a los Guzmán, dejando a mi abuela como supervisora de la situación.

Salimos del registro civil y, al cruzar la puerta, sentí cómo el peso de la situación empezaba, por fin, a disiparse. Estábamos oficialmente casados.

Entramos en el coche y, durante unos minutos, permanecimos en silencio, simplemente asimilando todo lo que acababa de ocurrir. Lo que pasaba entre nosotros era más que un simple acuerdo. Algo había cambiado, y ambos sabíamos que ya no podíamos fingir que todo formaba parte de un plan.

—Vamos a salir de aquí e iremos a uno de mis viñedos —explicó—. Llevaremos a las gemelas. Y luego volveremos a São Paulo con ellas. Puedes regresar a tu casa, pero no olvides que en cinco días tenemos la fiesta de boda en Río de Janeiro. Tienes que llevar a alguien de tu familia.

Asentí.

—Carina.

Cuando me llamó así, se me erizó la piel entera.

—Sé que todo ha sido muy rápido, y sé que hay muchas cosas en juego, pero quiero que sepas algo.

—¿Qué? —Mi voz apenas se oyó.

—No quiero que te divorcies de mí —dijo, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una pequeña caja de terciopelo rojo—. No

quiero que pienses en separarte ni en alejarte de mí, porque... no estoy haciendo esto solo por mis sobrinas.

Me giré hacia él, con el corazón a mil. La intensidad en sus ojos era innegable, y sentía el mío responder con la misma fuerza.

—Me importas. Más de lo que jamás creí posible.

—Thiago...

—Y eso fue incluso antes de saber quién eras.

Me quedé sin palabras. No porque no supiera qué decir, sino porque las palabras se me quedaban pequeñas frente a lo que sentía.

—Entonces...

Abrió la caja y me mostró un anillo precioso, de oro blanco con un diamante enorme en el centro. Thiago tomó mi mano y la apretó contra la suya.

—Sigue siendo mi esposa. No tienes que vivir conmigo ni cambiar tu vida por mí. Sigamos como hasta ahora. Quiero seguir conociéndote, quiero seguir cerca de ti. No es por las niñas; me encargaré de ellas yo solo.

Tomó mi rostro con suavidad, sus dedos acariciando mi piel. Su toque, la forma en que me miraba… era como si pudiera ver mi alma.

—Eres legalmente mi esposa. Pero ahora quiero que también seas mi mujer.

Y en ese momento, toda mi vida cambió.

Acepté que colocara el anillo en mi dedo y comprendí que estaba lista para enfrentar lo que viniera. Juntos.

—Acepto —murmuré.

Capítulo 38

Kalinca Oliveira

La noche caía sobre la mansión, la luz plateada de la luna se extendía por los campos e invadía el dormitorio, mezclándose con el aroma de los viñedos.

Thiago salió del baño con el pelo húmedo y una bata puesta. Yo ya me había duchado hacía rato y estaba embelesada con el paisaje nocturno. Al escuchar sus pasos, un escalofrío recorrió mi cuerpo, y el peso del momento se apoderó de cada célula mía.

Ahora era mi marido. Y eso me dejaba sin aliento.

Se acercó y me tomó de la mano con delicadeza, llevándome hacia la cama. Sus ojos azules, profundos como océanos, me miraron con tal intensidad que temblé.

—¿Tienes miedo?

—No —reí, nerviosa—. Solo intento acostumbrarme.

—¿A la idea de que ahora eres mi esposa?

Su mano acarició mi brazo y luego descendió hasta mi cintura. Sentí el calor que emanaba de su cuerpo, y de algún modo, su fragancia comenzó a impregnarme, dominando por completo mis sentidos.

—¿Cuánto cambiarán las cosas entre nosotros ahora, Thiago?

—Nada cambiará —murmuró.

Aproximó sus labios a mi oreja, y su aliento fresco erizó mi piel. Una ola de deseo me envolvió al instante. Siempre había sido fuerte, pero no lo suficiente para reprimir ese anhelo casi ciego y primitivo de sentir su tacto, una y otra vez, hasta que mi corazón perdiera el compás.

Guardé silencio, disfrutando la sensación de sus manos en mi cintura, sus dedos rozando suavemente la bata hasta tocar mi piel y arrancarme un suspiro.

Thiago se inclinó hacia mí y posó sus labios en mi cuello, besándolo lentamente hasta llegar a mi nuca. Un escalofrío delicioso me recorrió, seguido de un calor que se expandió por todo mi cuerpo.

Cerré los ojos, saboreando aquel contacto, y llevé mis manos a sus hombros, palpando sus músculos tensos. Me quedé callada, absorbiendo las emociones contradictorias de mi corazón mientras su tacto me incendiaba.

—Puede sonar tonto, pero quiero verte con un vestido de novia.

—¿En serio?

—Solo para desvestírtelo. Y disfrutar cada segundo.

—Bueno, no llevo vestido de novia. Pero puedes mostrarme cómo sería —lo desafié.

Thiago no necesitó más palabras.

Se arrodilló en la cama y me atrajo hacia su regazo, sentándome sobre sus muslos. Sus ojos se clavaron en los míos mientras sus manos desataban el nudo de mi bata. Luego, apartó la tela de mi hombro y lo mordió levemente, dejando un sutil rasguño con sus dientes.

Al retirar el otro lado de la bata, me besó sin prisa, con pasión, haciéndome olvidar el frío de la noche. Su lengua atrajo la

mía hacia su boca, explorando cada rincón mientras me tumbaba en el colchón. Se quitó su propia bata y se posó sobre mí, desnudo.

Sentir su cuerpo aplastándome casi me hizo llegar al orgasmo.

Thiago era un hombre enorme, en todo sentido. Y sentir cada centímetro de él calentándome, rozándose contra mí en una fricción deliciosa, avivó mi ansia por lo que vendría después.

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo, y su piel hizo arder la mía con deseo. Cada roce era como una descarga eléctrica.

Se detuvo un momento y me miró, sus ojos oscurecidos por la lujuria.

—¿Puedo?

—Ahora que eres mi marido, puedes hacer casi cualquier cosa conmigo —le agarré el pecho con rudeza—. Pero no me traiciones. Soy capaz de matarte.

—No estoy tan loco.

Con delicadeza, Thiago lamió sus dedos y los introdujo dentro de mí. El sobresalto que di en la cama solo se mitigó cuando mordió mi pecho y lo chupó con avidez.

Siempre había sentido que mi cuerpo se derretía en su boca, pero esta vez fue diferente. Cada beso y caricia desataban un nudo en mi corazón, liberando una corriente de emociones tan intensas que parecían tener vida propia.

—Eres perfecta —murmuró.

Yo correspondí, acercándolo más, deslizando mis uñas suavemente por su espalda. Un suspiro escapó de sus labios.

Había una tensión entre nosotros, una espera que hacía todo más intenso, más vivo. Nuestros cuerpos se moldeaban el uno al otro, como si estuvieran hechos para encajar así.

—¿Lista para entregarte a mí?

—¿Más de lo que ya lo estoy?

—Te necesito —susurró al oído mientras movía rápidamente los dedos dentro de mí—. Empapada y sedienta de mi placer.

Sus palabras provocaron un escalofrío que hizo temblar mis piernas.

Thiago descendió por mi cuerpo y comenzó a masajear mi clítoris con los dedos libres. Su lengua jugueteó con mi punto más

sensible, y de vez en cuando bajaba aún más, dejándome aún más mojada.

No se detuvo hasta que mi orgasmo llegó con un gemido ahogado, mientras intentaba mantenerme quieta en la cama.

No tuve tiempo de recuperarme de la euforia, porque pronto me llenó con su glande, dejándome extasiada de tanto deseo cuando entró fuerte, duro, hambriento de mi cuerpo.

Cerré los ojos y dejé que el éxtasis de aquella sensación deliciosa se apoderara de mí. Cuanto más placer sentía, más lo atraía hacia mí, hasta que estuvo completamente dentro, empujando sin cesar, dejándome sin aliento.

Thiago levantó mi cintura de la cama, dobló mis muslos y los abrazó mientras me empujaba con una fuerza salvaje y una destreza aún mayor.

Intenté tragar mis gemidos, pero llegó un momento en que simplemente se escaparon. Me invadió la sensación de que iba a correrme en cualquier instante, pero me reprimí, porque quería seguir sintiéndolo por mucho tiempo.

La forma dominante en que me miraba y la fuerza casi animal con que me follaba tan deliciosamente me dejaba completamente a

su merced, entregada y satisfecha.

—Avísame cuando estés lista para correrte —dijo.

Su cuerpo brillaba con el sudor perfumado, su frente se fruncía como si estuviera obstinado y concentrado en entregarme esa sensación de perdición.

Cuando su pulgar alcanzó mi punto sensible y comenzó a masturbarme al mismo ritmo que me penetraba, arqueé el cuerpo y me mantuve inquieta. Sentí que perdía el control de cada parte de mí hasta que una ola dormida surgió, creció y...

—Thiago... —Mi voz salió débil, pero di la señal.

Rápidamente salió de dentro de mí, intensificó el estímulo en mi clítoris y me mordió, chupando cada gota de mi orgasmo.

Apreté los dedos de las manos y los pies, me retorcí vorazmente en su lengua y, al final, me entregué a esa boca caliente y húmeda, sedienta de mi placer.

—Ahora es mi turno. —Thiago se limpió los labios con el brazo y me arrastró al borde de la cama.

Se puso de pie, como un gigante, una verdadera escultura, levantó mis piernas y las abrazó mientras hacía que su polla

desapareciera dentro de mí una vez más, para luego sacarla hasta hacerme sentir cada centímetro que entraba y salía, con embestidas duras y firmes, tan fuertes que el sonido de nuestros cuerpos eclipsaba nuestros gemidos.

El calor irradiaba de ambos, llenando la habitación.

Thiago se inclinó hacia mí mientras movía su cuerpo contra el mío, hasta envolverme en un abrazo cálido y acogedor que me hizo sentir su corazón acelerado, frenético, como si también latiera en mi pecho. Al mismo tiempo, sentí que me acogía, tomando cada parte de mí para sí, como si nuestro acto fuera mucho más allá del deseo.

Nuestras miradas se encontraron, y vi en sus ojos no solo placer, sino algo que me desarmó por completo: un cariño intenso, casi como un "te amo" no dicho, pero que supe que estaba ahí.

Toda la devoción, adoración y amor en esos ojos brillantes, como si yo no fuera solo el objeto de su deseo, sino de toda su apreciación, respeto y esfuerzo por impresionar.

—Eres mía —gruñó.

Sentí una ola de calor recorrer todo mi cuerpo.

¿Qué podía decir? Me sentía suya. Y más que nunca, sentía que él era mío.

Mis dedos deslizaron por su espalda, sintiendo los músculos tensos, y él reaccionó, soltando un suspiro ronco que vibró dentro de mí.

Acercó su rostro, su nariz rozando suavemente la mía, mientras su polla seguía devorándome.

Me sentí al borde del precipicio, cada nervio de mi cuerpo electrificado, a punto de explotar en un torbellino de emociones.

Su tacto, la forma en que me sostenía en sus brazos, como si fuera preciosa, me hizo perder cualquier resto de control.

En ese momento acepté que lo que teníamos era más que físico; estaba más allá de cualquier explicación humana y racional.

—Soy tuya —me atreví a decir.

Y entonces, sentí la ola acercarse, crecer dentro de mí. Mis ojos se cerraron mientras me entregaba a esa sensación, un éxtasis puro que se apoderó de cada parte de mi ser.

Sentí sus brazos alrededor de mí, sosteniéndome, como si me guiara a través de esa ola de placer y calor.

Se inclinó, besando mis labios suavemente, como si quisiera absorber cada parte de mí.

No podía creer cuando alcancé el clímax nuevamente, y mejor aún, fue sentirlo explotar de placer dentro de mí. Apoyó su frente en la mía, sentí los espasmos de su cuerpo, el palpitar dentro del mío, y me entregué por completo hasta sentirme agotada.

Nos quedamos allí, juntos, los cuerpos entrelazados, respirando el mismo aire. Se tumbó sobre mí, para aplastarme, atraparme e impedirme huir, y deseé que esa noche nunca terminara.

Thiago me miró de cerca, acarició mi rostro con las yemas de sus dedos.

—En serio, eres mía —susurró.

Antes de que pudiera responder, añadió:

—Y yo soy tuyo. Quiero que sea así, para siempre.

—Qué gracioso escuchar eso de un canalla —me burlé.

—Solo necesito a una mujer ahora, y esa mujer eres tú.

Eso me quebró hasta hacer que mis ojos se llenaran de lágrimas, pero rápidamente recuperé el aliento, tragué saliva y, para

disimular, lo besé.

Lenta y suavemente, intentando suprimir mis emociones.

Cuando nuestros labios se encontraron, el mundo pareció detenerse, y supe, en ese instante, que estábamos unidos de una manera que nada podría romper.

Él sonrió contra mis labios y me abrazó, lo que me calentó en esa noche fría.

—Hacer el amor después de casarse no es tan malo —suspiré —. Pero después del divorcio debe ser mejor.

Thiago rio y me miró durante un minuto entero, admirándome.

—¿Qué pasa?

—Eres la persona más interesante que he conocido en toda mi vida.

Capítulo 39

Kalinca Oliveira

Al día siguiente conocí las propiedades de Thiago. Aún estábamos en la Serra Gaúcha, pero esta vez fuimos a la Colonia Italiana.

Me quedé maravillada con el paisaje montañoso de brillo dorado, con las casas señoriales, altas y solitarias, que contrastaban con la propiedad de los Guzmán. Sus viñedos se extendían en una vasta ondulación verde que cubría las colinas hasta donde alcanzaba la vista.

En cuanto bajé del coche y empecé a caminar por allí, sentí una mezcla de admiración y respeto por lo que él había construido. No parecía algo hecho de la noche a la mañana; era evidente que había muchísimo trabajo detrás.

—¿Su familia siempre tuvo viñedos? —le pregunté a mi abuela.

La tomé del brazo para ayudarla a caminar mientras atravesábamos las hileras de viñas cargadas de uvas grandes y jugosas.

—No. La familia Zampieri es dueña de una cadena internacional de hoteles —explicó—. Pero la abuela de Thiago es una tirana y, aunque parte de su familia tenía acciones en la empresa, siempre los dejó fuera de todo. Así que él vendió su parte e invirtió en vinos y viñedos, junto con su hermana.

—Guau.

—Y esta es solo una de sus propiedades. Tiene muchas más.

—Sí, él me lo dijo.

—Es su legado.

—¿Y cómo encontró tiempo para encargarse de todo esto?

—Es más trabajador de lo que parece —dijo mi abuela, sonriendo.

Thiago iba delante, cogido de la mano con Clarisa y Sabrina mientras caminaban por el sendero de tierra. Las niñas reían, encantadas con la idea de explorar los viñedos de su tío.

Yo los observaba a distancia, sintiendo un calor en el pecho al ver lo atento y cariñoso que era Thiago con ellas. Parecía tan en su elemento, como si estuviera en su hábitat natural, y verle tan protector me tranquilizaba. Sabía que estarían bien cuidadas.

—Trae a tu familia a mi casa, quiero conocerlos —dijo Leonor.

Cada vez que hablaba de familia, algo se rompía dentro de mí.

Aunque ya le había contado todo a Thiago, aún no me sentía preparada para compartir esa parte de mi pasado con ella.

—Tráelos a todos. Tus padres adoptivos, abuelos, primos. Nos sentaremos, tomaremos un té y recuperaremos el tiempo perdido.

La miré, sorprendida.

—Tus padres dejaron una fortuna considerable —me apretó el brazo—. Nunca toqué ese dinero; ha estado invertido en el banco todo este tiempo. Seguro que ya se ha multiplicado varias veces.

—No quiero el dinero...

—Pero es tuyo —me miró con seriedad—. Tuyo y de tus hermanas. Para que podáis empezar de nuevo.

Sonrió de una forma que transmitía sabiduría y comprensión.

—Thiago me dijo que el sitio donde vivís es peligroso...

—En cierta medida. Pero mi abuela adoptiva se niega a marcharse de allí. Ella y mi abuelo prácticamente fundaron esa comunidad. Por lo menos, la primera iglesia. Y sigue ayudando a las familias necesitadas, pese a todas las dificultades que trae Marco...

—¿Marco? —frunció el ceño.

—El dueño del morro —simplifiqué, riéndome.

—¡Carina, por el amor de Dios, sal de allí cuanto antes! —se escandalizó—. Ya no necesitas exponerte a ese tipo de peligro.

—Voy a hablar del tema, lo prometo.

—¿No vas a vivir con Thiago? —me miró con picardía.

—No. Claro que no.

—Deberías. Él perfectamente podría comprar uno o dos pisos debajo del suyo para tu familia —suspiró—. O todos podrían venir a vivir conmigo.

—Abuela...

—Es una mansión enorme para una sola persona —apretó los labios—. Antes tenía sentido, cuando todos estaban vivos, pero

ahora...

—Lo pensaré con cariño. No quiero que vivas sola.

—Deberías vivir con tu marido.

—¡Abuela! —la reprendí—. Sabes perfectamente que...

—¿Vas a decirme que puedes soportar estar lejos de esas dulzuras?

Thiago llevaba a Clarisa subida en su espalda, alcanzando las uvas más altas. Sabrina iba en su brazo fuerte, con una cesta en la mano, escogiendo las mejores.

—Confía en él, querida —continuó Leonor, como si pudiera leer mis pensamientos—. Es el tipo de hombre que sabe cuidar de los suyos. Y yo veo que cuida de ti, incluso si tú aún no te das cuenta del todo.

Volví a mirar a Thiago. Estaba enseñando a las niñas, con paciencia, cómo cortar las uvas sin dañar la planta.

—Lo es, de verdad —admití, sintiendo un calor más profundo en el pecho.

Leonor se detuvo y se giró hacia mí, tomándome las manos entre las suyas.

—Sé que la vida ha sido dura contigo, Carina, y que estás acostumbrada a luchar sola. Pero a veces, tenemos que aprender a dejar que alguien nos ayude a cargar con el peso. Thiago quiere estar a tu lado, quiere ser ese apoyo. Y tú te lo mereces. Pero los dos sois tan tercos y orgullosos... —suspiró.

Sus palabras me conmovieron profundamente, y sentí las lágrimas amenazando con salir. Pero me mantuve firme, conteniéndolas, mientras le sonreía a mi abuela.

—Gracias por tus palabras, abuela.

—Tienes una familia. No estás sola en el mundo. Tienes a alguien en quien confiar, con quien compartir la carga. Respirar mientras te recuperas.

Me abrazó con suavidad y luego se apartó, aún con esa sonrisa sabia en el rostro.

—Vamos a unirnos a ellos antes de que las niñas vacíen el viñedo —bromeó.

Caminamos juntas hacia donde estaban Thiago y las niñas. En cuanto nos acercamos, Clarisa corrió hacia mí con un racimo de uvas en las manos.

—¡Mira, Kalinca! ¡El titio las cogió para ti! —dijo con orgullo.

Me agaché a su altura y tomé las uvas, sonriendo.

—Son preciosas, Clarisa. ¡Muchísimas gracias!

Sabrina también vino hacia mí, entregándome la cesta repleta. Las abracé a las dos y, por un momento, me sentí completamente en paz. Las niñas me aceptaban, y eso significaba más para mí de lo que podía expresar.

Thiago se acercó, observando la escena con ternura.

Extendió la mano hacia mí y, sin pensarlo, la acepté, dejando que me acercara a él.

—¿Ya has probado?

—¿Uvas? —respondí con desdén—. No puede ser tan diferente de las que compro en el mercado, yo...

Hice una pausa dramática al meterme una en la boca y morderla.

El sabor era completamente distinto a todo lo que alguna vez había llamado "uva".

—Lo sé —rió, al ver mi expresión—. Estas se exportan, no se venden en Brasil. Se convierten en nuestros vinos más caros.

—Dios mío, esto es... no sé si existe un adjetivo para describir algo tan bueno —me metí varias en la boca y casi tuve un orgasmo.

—Quédate con la cesta, un recuerdo de nuestra parte. Hasta que volvamos a otro viñedo...

—Gracias.

—¿Lista para volver a la realidad de la ciudad de piedra?

Negué con la cabeza.

Al principio pensaba en cuándo volvería a casa, a preparar más de mis productos de limpieza y salir a venderlos. Pero aquella semana había sido como unas vacaciones —excepto por la boda sorpresa, la pelea en la alfombra, montar a caballo...

—No sé si es mucho pedir, pero... visita a las niñas. No para fingir nada, es solo que les has caído bien.

—Y yo también las quiero mucho —admití, mirando a las niñas que ahora corrían alrededor de un árbol cercano, riendo juntas.

Thiago me apretó un poco más la mano, y cuando lo miré, vi algo en sus ojos que me hizo olvidar todos los miedos que cargaba. Él era más que un socio temporal en un plan. Era alguien en quien, quizá, realmente podía confiar.

—Cuando volvamos a São Paulo, solo nos quedará una última misión juntos. Nuestra fiesta de boda en Río de Janeiro.

—Sí... ni me lo recuerdes. Voy a tener que convencer a alguien para venir conmigo y convencer a los Guzmán...

—Después de eso, nuestras misiones juntos habrán terminado —suspiró, con cierto aire melancólico—. Pero no pienso aceptar tu despedida.

—No te hagas el tonto. Me debes una casa —le guiñé un ojo.

—No lo he olvidado. Cuando volvamos a São Paulo, aprovecha para elegir una en un buen sitio.

—Así lo haré.

*

Al final del día, después de haber recorrido los viñedos y compartido un almuerzo al aire libre con la familia Guzmán, llegó el momento de despedirnos de Rio Grande do Sul.

Mientras cargaban las maletas en el coche, me descubrí mirando a mi alrededor, intentando grabar en mi memoria cada detalle de aquel lugar.

Thiago estaba conversando con el señor Guzmán, asegurándole que en cinco días habría una fiesta de boda en Río de Janeiro, en el hotel de la familia Zampieri, y que un jet privado los recogería.

Sentí un escalofrío al oír eso, sabiendo que la formalidad del matrimonio era solo un paso más dentro de nuestro plan. Pero ahora, había algo más en ese plan. Algo que empezaba a cambiar dentro de mí.

Thiago se acercó, interrumpiendo mis pensamientos, y sonrió.

—Ahora va en serio. Es hora de decir adiós a la Serra Gaúcha.

Lo miré a él, luego a las niñas que se despedían de la familia, y finalmente volví la mirada hacia Leonor, que nos observaba a lo lejos.

—Estuvo bien mientras duró. Excepto por la parte de la boda sorpresa...

—¿Tan terrible fue?

—Tendré pesadillas durante mucho tiempo —reí.

Thiago pareció entenderlo, porque me tomó la mano y la apretó suavemente, como si me dijera que estaba a mi lado.

—Carina...

—¿Sí? ¿Qué pasa? Habla.

—Solo me estoy acostumbrando —me miró de cerca. Apretó mi brazo, deslizó los dedos hasta rodear mi cintura.

—¿Acostumbrándote a mi nombre?

—A la idea de no tenerte en mi cama. A la posibilidad de no poder abrazarte cuando me apetezca. Y a poder fingir que te amo sin darte opción de alejarte —se acercó poco a poco, hasta que su labio inferior rozó el mío.

—Ajá. Eso no lo vas a tener en São Paulo —le respondí con desdén—. Pero si quieres, puedes. Siempre que esté libre, claro.

—¿Podemos tener nuestro último momento como pareja? — entrelazó nuestros dedos y me atrajo poco a poco. Ni siquiera me di cuenta de lo que hacía, y cuando lo noté, ya estaba en sus brazos, casi bailando bajo las estrellas.

Apoyé la cabeza en su hombro y suspiré, sintiendo que ya no era la misma. Todo aquel miedo, presión y necesidad de defenderme habían desaparecido. Era reconfortante permitirme sentir, y parecía casi un pecado no disfrutar de ese momento.

Capítulo 40

Kalinca Oliveira

Cuando entré en casa, sentí el aroma a café recién hecho y me invadió una sensación de paz y seguridad. Priscila estaba tumbada en el sofá del salón, rodeada de sus velas negras y cristales. El brillo de la luz tenue hacía que las sombras danzaran en las paredes.

Priscila levantó la vista del libro que estaba leyendo, sus labios pintados de negro se curvaron en una sonrisa sarcástica.

—Mira quién ha decidido aparecer por fin. Pensé que te habías perdido por el camino de vuelta.

—Yo también te he echado de menos —le besé la frente y dejé la maleta en medio del salón.

—¿Vas a resolver el misterio y contarme dónde has estado o tengo que hacer de Sherlock Holmes?

—Estaba resolviendo algunas cosas.

Ella arqueó una ceja, claramente nada convencida.

—¿Cosas, eh? ¿Qué clase de "cosas" hacen que alguien desaparezca durante días sin dar señales?

Me acerqué a ella, repitiendo mentalmente las palabras que había ensayado en el avión. Tenía que contarle lo del matrimonio, pero intentaba encontrar la forma adecuada de hacerlo sin desatar una tormenta de preguntas.

—En realidad, voy a necesitar que te tomes unos días libres en el trabajo. Dentro de cuatro días nos vamos a Río de Janeiro.

Priscila parpadeó, sorprendida, antes de que su rostro se iluminara con un interés genuino.

—¿Río de Janeiro? ¿Para qué? ¿Qué estás tramando?

Guardé silencio un momento, reuniendo valor.

—Me he casado.

Las palabras salieron de mi boca de golpe, como si me arrancara una tirita. Priscila me miró en silencio, su rostro poniéndose cada vez más serio, hasta que, de repente, estalló en una carcajada alta y casi teatral.

—Y yo soy el Papa.

—Es en serio, Pri.

—¿Que qué?! ¿Casada? —se sujetó el estómago, riendo—. Dios mío, Kalinca, pensé que ibas a decir algo más sencillo, como... no sé, un cambio de look. ¿Pero casarte? Eso sí que es un giro inesperado de los acontecimientos.

Crucé los brazos, medio molesta por su reacción.

—¿Quién es el loco?

—No importa. No es importante.

—¿Y quieres que me trague todo esto sin decirme ni siquiera el nombre de tu marido? —cruzó los brazos—. ¿Y te casaste sin contárselo a nuestros padres?

—Sí, me casé. Y antes de que preguntes, no fue como en esos libros locos que tú lees en...

—En el KU.

—¡Ay, por favor! Si me dejara llevar por esos libros acabaría casada con un mafioso millonario, ¿no?

—O con un CEO que odia el amor...

—En fin —agité la mano delante de su cara, como espantando un mosquito—. No fue como en esos libros locos del KU. ¿Contenta?

—Me lo estoy pasando en grande.

—Fue... complicado. Pero ahora tenemos que ir a Río para una fiesta de boda que le dé credibilidad a todo esto. Y necesito que vengas conmigo —añadí, intentando mantener la voz firme.

Priscila dejó de reír, pero seguía con una sonrisa en los labios, los ojos brillando con una mezcla de diversión y curiosidad.

—¿Así que me estás diciendo que te casaste en secreto y ahora quieres que vaya a una fiesta fingiendo que todo es normal? —Negó con la cabeza, aún incrédula—. Claro, ¿por qué no? Va a ser genial verte retorcerte en un vestido de novia intentando fingir que eres feliz.

—No seas pesada.

—Y créeme, esto se parece muchísimo a lo que leo en el KU.

—Sí, porque para ser así... solo leyendo eso. —Me giré y fui hacia la cocina.

—¿Pero él qué es? ¿CEO, multimillonario, mafioso...?

Hice un gesto con la mano indicando que esa conversación había terminado.

Ella se quedó en silencio un momento, con una expresión más seria.

—Vale, vale. Veré qué puedo hacer. Mi supervisora es una gárgola, una mujer amargada. Jamás me daría días libres. Tendré que recurrir a las vacaciones que no usé el año pasado. O tal vez diga que tengo que participar en un ritual macabro en una boda tenebrosa. Algo así.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Gracias, Pri. Sabía que podía contar contigo.

—No te preocupes, hermana. Allí estaré. Y si hace falta un exorcismo o algo por el estilo, solo dímelo —guiñó un ojo—. ¿Tú? ¿Casada? Creo que sí que vas a necesitar uno.

*

Después de guardar las maletas, darme una buena ducha y dejar a Priscila con sus tonterías, fui a casa de Olivia.

Al entrar, la encontré sentada en el sillón del salón, el cansancio evidente en su rostro. Tenía las manos apoyadas sobre la enorme barriga y los pies descansando sobre un cojín.

—¡Kalinca! —exclamó, forzando una sonrisa al verme—. ¿Cómo fue? ¿Todo bien en tu viaje?

Me acerqué a ella rápidamente, sintiendo una oleada de preocupación al verla tan hinchada e incómoda.

—¿Cómo estás, Olivia? —pregunté, sentándome a su lado y tomando su mano.

Mi amiga suspiró, cerrando los ojos por un momento.

—Estoy enorme, hinchada, agotada... y con dolores en sitios que ni sabía que existían —abrió los ojos y sonrió, a pesar del agotamiento—. Pero fuera de eso, estoy bien. Creo que los bebés no tardarán en llegar.

Acaricié su mano con suavidad, intentando transmitirle un poco de fuerza.

—Ya casi estás, Liv. Y cuando nazcan esos bebés, todo este malestar habrá valido la pena.

Ella asintió, con lágrimas asomando en los ojos.

—Lo sé... solo que estoy tan cansada... —rió un poco mientras se secaba las lágrimas—. Pero verte aquí me da fuerzas.

Sentí el corazón encogerse al verla tan vulnerable. Olivia siempre había sido la fuerte, la que enfrentaba el mundo con la cabeza en alto, y ahora estaba allí, necesitando apoyo y consuelo.

—Amiga, tienes cara de estar derrotada. ¿Estás segura de que es solo el embarazo o hay algo más?

No dijo nada. Solo me entregó su móvil con un mensaje abierto:

Daniel Mascarenhas:

No creo que tengas condiciones para criar a un hijo mío, así que te sugiero que te prepares para una batalla legal, porque voy a solicitar la custodia del bebé incluso antes de que nazca.

Olivia apretó mi mano con más fuerza, los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién se cree este imbécil que es? ¿De verdad piensa que puede enviarte eso? ¿Que puede hacerte pasar rabia al final del

embarazo? —empecé a hervir de ira.

Al darme cuenta de que eso la estaba afectando aún más, paré de inmediato.

—No va a quitarte a tus bebés. Vamos a luchar contra él.

—Es juez, Kalinca.

—Pero no es Dios. Tú llevas a esos bebés dentro y te vas a quedar con ellos. Aunque tenga que...

Me callé, pero la frase en mi mente era: *aunque tenga que arrancarle los pelos a Thiago para que lo solucione*. Pero me lo guardé.

—Olvídalo. Eres fuerte, resiliente, y esos bebés tienen mucha suerte de tenerte como madre. Si ese tipo no entra en razón, yo misma le haré entrar a la fuerza.

—Tengo tanta suerte de tenerte en mi vida —me abrazó.

—No, la afortunada soy yo. Y ningún hombre va a tratar así a mi amiga —le revolví el pelo con cariño—. Por ahora, olvidemos todo esto y relajémonos. Vamos a hacer palomitas, un chocolate caliente y distraernos...

Fui a la cocina para ocuparme de algo y Olivia me siguió. Preparé algo rico para comer y traté de distraerla, para que no se alterara con nada relacionado con ese juez.

Quise preguntarle si había alguna novedad sobre el caso de su madre, pero preferí dejar ese tema para otro momento. También quería contarle lo de mi boda relámpago, pero no creí que fuera el mejor momento.

—Vamos a poner lo más tonto que haya en la tele y a desconectar un poco.

—Eso es justo lo que necesito —suspiró.

—Yo también, amiga. Yo también.

Thiago Zampieri

Me desperté temprano, como de costumbre.

La casa seguía sumida en un silencio profundo, interrumpido solo por el leve sonido de mis pasos sobre el suelo de madera mientras preparaba el desayuno.

Clarisa y Sabrina aún dormían profundamente, y aproveché esos momentos de tranquilidad para organizar el día.

Después de preparar el café, subí las escaleras y entré en el cuarto de las niñas. Estaban acurrucadas bajo las mantas.

—Hora de despertar, princesas —murmuré, apartando suavemente el edredón y acariciando el pelo de Sabrina.

Abrió los ojos despacio, parpadeando contra la luz suave que entraba por la ventana.

—Buenos días, titio —susurró, con la voz aún cargada de sueño.

—Buenos días, mi amor. ¿Nos levantamos?

Clarisa, siempre más rápida, ya estaba sentada en la cama, frotándose los ojos.

—¿Qué hay de desayuno? —preguntó, con tono curioso, luchando por mantener los ojos abiertos.

—Tortitas, tostadas, huevos, fruta... y puedo hacer batido. ¿Qué preferís?

—¿Puedo ponerle miel a la tortita? —preguntó Clarisa.

—Claro.

—¿Y batido de aguacate? —quiso saber Sabrina.

—Lo haré —sonreí.

Después de ayudarlas a vestirse y asegurarme de que estaban bien abrigadas para el frío de la mañana, bajamos juntos a la cocina. Serví los platos mientras ellas miraban, medio hipnotizadas o perdidas aún en el sueño.

—Hoy vamos a visitar algunos colegios. Quiero que seáis muy sinceras sobre los que os gusten y los que no. ¿Podemos hacer ese trato?

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—Más tarde os presentaré a todos los empleados de casa. Está Ju, que se encarga de la limpieza. Rosa, que cocina. Y Peter, que es el conductor. Solo podéis confiar en él, además de en mí, para recogeros de cualquier sitio —expliqué—. Y vamos a entrevistar juntas a una niñera.

—¿Entrevistar? —Clarisa hizo una mueca.

—¡Vamos a interrogarla hasta que confiese todos sus secretos! —dije con voz fantasmal mientras les hacía cosquillas a las

dos—. Ahora, a comer. El día será largo.

Después del desayuno, revisé las mochilas y las meriendas, asegurándome de que todo estuviera en orden. Clarisa intentaba ajustarse la cinta del pelo, pero no conseguía hacer bien el lazo.

—Déjame ayudarte —me arrodillé frente a ella y até la cinta en un lazo perfecto.

Ella me sonrió, esa sonrisa que siempre me calentaba el corazón.

—Gracias, titio.

—De nada, princesa.

—Titio... —me llamó Clarisa.

—¿Sí?

—¿Dónde está Kalinca? ¿No es tu esposa?

Me até el pelo en un moño samurái y respiré hondo antes de responder:

—Kalinca está ocupada con los preparativos de la fiesta de la boda. Así que estará fuera unos días...

—Vale.

Con todo listo, salimos de casa y fuimos a visitar los mejores colegios de la ciudad, para ver cuál les gustaba más a las niñas. Durante el camino estaban tan entusiasmadas que empezaron a cantar; aproveché para poner música en YouTube y seguimos nuestro día.

Pasamos cuatro largas horas visitando los posibles centros para su traslado. Como eran colegios de élite, no había grandes diferencias; fue más bien una cuestión de ambiente.

Después de merendar y dejarlas en casa, fui al TRF3, donde tenía una reunión programada con el juez Daniel.

—Admiro mucho tu puntualidad —dijo al recibirme con un apretón de manos.

—Y solo va a empeorar, porque ahora tengo dos niñas a mi cargo.

Frunció el ceño y me indicó que tomara asiento frente a su escritorio.

—He conseguido la custodia de mis sobrinas —expliqué.

Me miró con una expresión de preocupación, como si ya supiera lo que iba a decir a continuación.

—Y con eso, estoy considerando dejar la Policía Federal —dije, yendo directo al grano.

Daniel guardó silencio por un momento, estudiando mi rostro.

—Eres uno de los mejores hombres que tenemos, Thiago. Uno de los más fiables. ¿Por qué ahora?

Suspiré, eligiendo bien las palabras.

—Cumplí con mi propósito, Daniel. Hice lo que tenía que hacer. Ahora quiero dedicarme a mi familia, a mis sobrinas... y a Kalinca.

Asintió lentamente, como si lo entendiera, aunque aún intentó intervenir:

—¿La GPM?

—Guapa, peligrosa y medio loca. Sí.

—Admiro tu elección, veo que quieres hacer lo correcto. Pero mira nuestro país: más allá de la burocracia que lo destroza todo, el funcionariado es una pesadilla. Y si hablamos de seguridad pública, tenemos corrupción y una cadena de problemas que no se resuelven si no se hace explotar esta república y reconstruirla desde cero.

Tras su discurso, respiró y me miró con aire paternal.

—Eres íntegro, Thiago. La PF te necesita. No te vayas.

—Ha surgido algo más importante.

Daniel asintió. Me comprendía perfectamente, porque él también tenía una hija.

—Tómate un año sabático. Para disfrutar de esta paternidad y de tu... GPM. Si dentro de un año sigues pensando igual, lo entenderé.

—He venido a decírtelo porque siempre te vi como un mentor, como un héroe. Y no puedo dejar que cualquiera se encargue de tu seguridad. Tendré que entrenar a alguien.

—¿Y si te ofreciera algo? Ser mi escolta personal. Podrías dejar a las niñas con mi hija; seguro que se harían grandes amigas. Y...

La propuesta me hizo sonreír, pero ya había tomado una decisión.

—Te lo agradezco, Daniel, pero no puedo aceptar. Ahora debo centrarme en otra cosa. La seguridad de mi propia familia —me levanté y extendí la mano, pero en vez de un apretón formal, le puse la mano en el hombro—. Pero acepto ser tu amigo, si aún quieres.

Daniel me devolvió la sonrisa.

—Amigos —me estrechó el hombro—. Tómate tu año sabático, cuida de tus sobrinas... y no desaparezcas.

Nos despedimos con un apretón de manos firme, y al salir del tribunal, sentí que un peso se levantaba de mis hombros. Ahora sabía exactamente lo que quería hacer con mi vida.

Capítulo 41

Kalinca Oliveira

Estaba en casa, al final de la tarde, organizando todo el material de trabajo, cuando escuché el timbre. Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿A estas horas? No esperaba a nadie.

Priscila acababa de salir, mi abuela y mis padres estaban realizando alguna acción social por el barrio, y yo me encontraba sola.

Miré por la ventana y vi un coche negro aparcado frente a la casa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, y un mal presentimiento se apoderó de mí. Bajé las escaleras y abrí la puerta con cautela, y allí estaba él.

Marco.

Con esa sonrisa maliciosa y esa actitud intransigente, me empujó con el hombro, dejándome atrapada contra el portón.

—Buenas noches, Kalinca.

—¿No te han pagado tus tasas este mes, Marco?

—Sí. Puntualmente.

—Entonces, ¿puedes decirme qué quieres? —le solté entre dientes.

Entró sin ser invitado, atravesó el garaje y el pasillo hasta llegar a la puerta principal. Cerré el portón y lo seguí. Solo se detuvo al entrar en el salón, donde se sentó en el sofá como si fuese el dueño del lugar.

Era increíble cómo su presencia hacía que el aire se volviera denso.

—Solo quiero hablar —respondió, mirando alrededor con desdén—. Y tal vez un poco de educación, porque estás algo... rebelde.

Se me revolvió el estómago. Sabía que Marco no estaba allí por una simple conversación. Él nunca hacía nada sin un propósito.

—Te escucho, Marco. ¿Qué quieres decirme?

Se levantó del sofá y se acercó, y el olor fuerte a tabaco y colonia barata me golpeó con fuerza. Se detuvo tan cerca que pude sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—Me he enterado de que andas... cerca de cierto agente de la Policía Federal. Un tal Thiago Zampieri.

Sentí que el corazón se me detenía por un segundo.

¿Cómo sabía eso?

Claro que tenía ojos por todas partes y siempre se enteraba de todo, pero ¿cómo?

—¿Y qué, Marco? Eso no es asunto tuyo.

Rió, un sonido que parecía más un gruñido bajo.

—Se convierte en asunto mío cuando una grabación de un establecimiento financiero vinculado al crimen llega a una investigación.

Solo con esas palabras, empecé a temblar por completo.

Sabía lo de la grabación. Pero ni Thiago ni el juez Daniel debían haberlo revelado, entonces ¿quién pudo haberlo hecho?

—Yo soy el dueño de este barrio. Aquí no pasa nada sin que yo lo sepa. Y sé todo sobre ti, sobre tu amiga embarazada, Olivia, y sobre los bebés que va a tener dentro de poco.

El pánico se apoderó de mí, paralizándome. ¿Estaba amenazando a Olivia?

—¡Déjala fuera de esto, Marco!

Dio un paso aún más cerca, hasta que sus ojos quedaron fijos en los míos, y entonces susurró:

—Te sugiero que te alejes de Thiago, Kalinca. Porque si no lo haces... bueno, no querría tener que hacerle algo a tu amiga o a sus bebés. Sería una lástima, ¿no?

Mis rodillas casi cedieron, pero me obligué a mantenerme en pie. Marco no se detuvo allí.

—Y en cuanto a las sobrinas de tu amiguito... —continuó, con una voz tan baja que parecía veneno en forma de susurro—. Sé exactamente en qué colegio están ahora. Sé sus horarios, por qué calles caminan, todo.

Mis piernas comenzaron a temblar, y supe que estaba a punto de desmoronarme. ¿Cómo podía saberlo todo?

—Por favor, Marco... —susurré, con la voz quebrada—. No les hagas daño a las niñas. No le hagas daño a nadie.

Sonrió, satisfecho al ver finalmente el miedo auténtico en mis ojos.

—Esa era la expresión que quería ver. Una chica buena, que sabe cuál es su lugar y que va a hacer lo que yo diga —me tocó la cara, y lo permití.

Normalmente habría apartado la cara o le habría dado una bofetada, pero estaba tan paralizada por lo que acababa de oír que solo pude quedarme quieta.

—La seguridad de todos ellos depende de ti. Solo aléjate de Thiago, y nadie saldrá herido. Es sencillo.

La lógica y el instinto de supervivencia se enfrentaban dentro de mí. Sabía que estaba acorralada, sin salida. Marco me observaba con atención, esperando mi reacción. Finalmente, se alejó, como si me concediera un respiro.

—¿Dónde están tus modales, Kalinca? —preguntó, como si hablara con una niña—. ¿Vas a dejarme salir solo? ¿O vas a ser una buena anfitriona y acompañarme hasta la puerta?

Sin responder, lo seguí hasta la entrada. Mi mente iba a mil por hora, intentando procesar todo lo que acababa de ocurrir.

—Necesito ver a Thiago una última vez, y te prometo que no volveré a hacerlo. Tienes mi palabra.

—Una última vez. Justo —asintió.

Cuando abrí el portón, vi cómo Marco se dirigía al coche negro que había visto antes. Abrió la puerta del copiloto, y fue en ese momento cuando vi quién estaba al volante.

Víctor.

El impacto me golpeó como un puñetazo en el estómago. Mi ex, ese maldito sociópata que había destruido mi vida, estaba allí. Como si el pasado hubiese vuelto para atormentarme.

Víctor me miró con una sonrisa fría y calculadora en el rostro mientras Marco se subía al coche.

Estaba paralizada, sin saber qué hacer. Todo lo que pude fue quedarme allí, observando cómo se alejaban. Mis pensamientos eran un caos. ¿Cómo estaba Víctor metido con Marco?

Cuando el coche desapareció en la esquina, mi mente colapsó. Sentí como si estuviera al borde de un precipicio, sin saber

si tendría fuerzas para dar el siguiente paso.

Cerré el portón despacio, apoyándome contra él mientras respiraba con dificultad, en pequeños jadeos desesperados. Estaba sola en ese momento, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba perdiendo el control de todo.

Thiago Zampieri

Cuando aparqué el coche frente a la casa de Kalinca, una sensación extraña empezó a inquietarme. Había algo en el ambiente, algo que no lograba identificar de inmediato, pero que me provocaba un profundo malestar. Esperé unos segundos antes de bajar del coche, observando la calle con atención.

Había algo que no encajaba.

Toqué el timbre y escuché los pasos de Kalinca acercándose. Cuando abrió la puerta, supe al instante que algo había cambiado. Evitaba mirarme directamente a los ojos, y parecía pálida.

—Hola. ¿Estás... enferma?

—Hola, Thiago —respondió, pero su tono era distante, como si hablara conmigo por pura obligación—. Sí, estoy un poco mal. No te esperaba hoy...

Asomó la cabeza por el portón y echó un vistazo panorámico a la calle, de arriba abajo.

—¿Qué quieres?

Las niñas, Clarisa y Sabrina, bajaron corriendo del coche, felices al verla. Kalinca se agachó para abrazarlas, pero evitó cualquier contacto visual conmigo. Una sensación de incomodidad empezó a instalarse en mi pecho.

—Echaban de menos y... quería mostrarte algo.

—Vale. Pero tiene que ser rápido, estoy ocupada.

—Vamos a tener que ir en coche. ¿Prefieres que vuelva otro día?

—No. Entonces... vamos.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, solo tengo cólicos. —Indicó que debíamos marcharnos y cerró el portón tras de sí, echando el cerrojo.

La observé mientras interactuaba con las niñas, intentando descifrar qué estaba pasando realmente. Algo la perturbaba, pero no lograba saber qué era.

—¿Vamos? —le indiqué el coche.

Kalinca asintió, pero parecía ignorarme.

Entré en el vehículo y coloqué a las niñas en sus asientos elevadores.

Durante el trayecto, el coche se llenó de un silencio general. Las gemelas hablaban entre ellas en voz baja, pero Kalinca estaba absorta en sus propios pensamientos.

Quise preguntarle otra vez si estaba bien, pero sabía que no me daría una respuesta diferente o cambiaría de tema, así que seguimos en silencio hasta llegar a nuestro destino.

Salimos de la ciudad y tomamos una carretera más tranquila, rodeada de árboles y paisajes rurales. El viaje duró aproximadamente una hora, hasta que finalmente llegamos.

Era una nave grande y vacía, un lugar que había encontrado y que me pareció perfecto para lo que tenía en mente. Aparqué el coche y bajé, esperando que Kalinca me siguiera.

Bajó despacio, mirando alrededor con curiosidad.

—¿Qué es esto, Thiago?

—He comprado este lugar para ti —respondí, observando su reacción de cerca—. Para que pongas en marcha tu empresa de productos de limpieza. Pero esta vez, todo aprobado por Sanidad.

Soltó una risa breve. Parecía forzada, un intento de ocultar lo que realmente sentía. De repente, su expresión cambió, volviéndose seria, casi triste.

—¿Y diste por hecho que... esto me gustaría?

—Es un regalo. Como no me has dicho aún qué casa quieres, pensé que algo para tu trabajo te animaría.

Cruzó los brazos y evaluó el lugar desde fuera.

—Gracias.

Me acerqué a ella, intentando tocarle la mano, pero Kalinca se apartó casi automáticamente, como si tuviera miedo de algo.

—¿Estás segura de que estás bien?

Finalmente me miró a los ojos, pero había algo oscuro en su mirada, algo que no estaba dispuesta a compartir.

—Son los cólicos, me dejan así —repitió, apretando los brazos contra el cuerpo—. Y también tengo dolor de cabeza. Estrés pre-boda, tal vez.

—Tal vez.

Sabía que estaba mintiendo.

Había algo más, algo que me estaba ocultando. Y eso me incomodaba profundamente. Lo último que quería era verla cerrarse otra vez, distanciarse de mí, como si volviéramos al punto de partida.

La observé durante unos segundos, intentando descifrar qué estaba ocurriendo en su interior, pero Kalinca era una experta en ocultar sus emociones. Siempre había sido así, y eso me frustraba.

Quería romper esa barrera, quería que confiara en mí, pero parecía estar fuera de mi alcance.

—¿Vamos a echar un vistazo al lugar?

—Claro.

Fuimos a la entrada lateral y accedimos a la nave por una puerta sencilla. El lugar ya contaba con parte de la maquinaria necesaria para que comenzara su producción.

—Independientemente de dónde elijas vivir, no es buena idea seguir fabricando productos de higiene en la misma casa donde vives. En tu barrio tienes tu propia "fiscalización" con el tal Marco, pero en cualquier otra zona, el ayuntamiento podría clausurarlo.

—Ajá.

No servía de nada. Estaba distante, monosilábica y no parecía interesada. Una lástima, en todo caso.

Al final, me pareció cruel mantenerla allí con cólicos mientras hablábamos, quizá prefería estar en casa, con una bolsa térmica, chocolate y tumbada.

—¿Todo listo para Río de Janeiro?

—Sí —respondió sin mucho entusiasmo.

—¿Hablaste con tu hermana?

Pareció sorprendida por un momento, como si no esperara que le hiciera esa pregunta.

—Hablé con ella. Me dijo que intentará convencer a su supervisora, que es bastante estricta. Pero no ha cogido vacaciones el año pasado, así que probablemente podrá, gracias al banco de horas.

Sonreí, intentando no mostrar lo preocupado que estaba. Kalinca asintió con la cabeza, pero aún quedaba esa sombra en sus ojos, esa tristeza que trataba de ocultar.

Quería alcanzarla, pero parecía haber una barrera invisible entre nosotros.

—Voy a llevarte a casa. ¿Qué te alivia los cólicos?

—Estar tumbada en la oscuridad en posición fetal.

—Vale, vamos a pasar por el súper y comprar algunas cosas para asegurarnos de que estés tumbada en la oscuridad en posición fetal, pero alimentada.

Se rió.

—Sobre la nave, no te preocupes. Puedo ayudarte con las licencias. También puedo aportar capital para contratar empleados, materiales, envases...

—Thiago.

—¿Sí?

—Yo también tengo dinero. Soy una Mendoza. —Me cogió del brazo y sonrió.

—Vale. Solo quería ayudarte.

—Tú ya hiciste por mí algo que nunca podré pagar. No necesitas esforzarte más, ¿de acuerdo?

—Vale.

Salimos del galpón y, lo confieso, estaba sorprendido.

No, sorprendido no. Frustrado. Esperaba otra reacción de su parte, pero no podía juzgarla. Ese cólico debía de ser realmente fuerte. Y de verdad esperaba que desapareciera antes del día de la fiesta de boda.

No sé si estoy preparado para volver a enfrentarme a la antigua Kalinca.

Capítulo 42

Kalinca Oliveira

3 días después.

Quería decir que estaba feliz por haber cerrado mi parte del acuerdo con Thiago, pero solo podía sentir como si algo me hubiera sido arrancado.

Priscila y yo llegamos a Río de Janeiro en el avión privado de la familia de Thiago, y fuimos recibidas por el calor sofocante de la ciudad. Desde el aeropuerto, fuimos directamente al coche que nos esperaba.

—Señor, ponga el aire acondicionado en modo Polo Norte, gracias —pidió mi hermana.

—Quiero ver la cara de tus compañeras cuando vuelvas al hospital con ese bronceado —bromeé.

—¿Bronceado? —me miró por encima de sus gafas de sol—. Si piensas que vamos a pisar la playa, estás muy equivocada. Yo voy a buscar un iglú y meterme dentro.

—¿En Río de Janeiro?

—Entonces una habitación a cinco grados en el hotel estará perfecta —sonrió—. Hablando del hotel, ¿falta mucho?

—Treinta minutos, señora.

Priscila miró al hombre como si acabara de cometer un crimen.

—¿Parecemos tan mayores como para que nos digan "señora"?

—Es solo educación, deja de ser pesada.

—El calor me pone así.

Pasamos el resto del trayecto en silencio. Cuando estábamos llegando a nuestro destino, bajé la ventanilla y le mostré el paisaje a mi hermana.

—Nos alojaremos justo frente a la playa de Copacabana. ¿No te apetece darte un chapuzón?

Priscila miró por la ventanilla, observando la playa que teníamos delante. Las olas rompiendo en la arena dorada, la gente corriendo y divirtiéndose bajo el sol brillante. Suspiró, un suspiro largo y exagerado.

—Sol, arena y mar. Todo lo que odio, en un solo paquete. ¿Cómo puedes disfrutar de esto?

—¡Es Río, Pri! ¡Va a ser divertido! —insistí, sabiendo que ya había perdido la batalla.

—Tenemos ideas muy distintas de lo que es divertido... —canturreó.

Finalmente llegamos al Hotel 6 Continentes. Era un lugar lujoso, imponente, con una fachada moderna e impresionante. Priscila miró la entrada grandiosa, con columnas de mármol y puertas giratorias de cristal, y puso los ojos en blanco.

Apenas bajamos del coche y pusimos un pie dentro, nos recibieron dos camareras que vinieron a recoger nuestro equipaje, junto con la directora del hotel, una mujer menuda, delgada y de una elegancia impecable.

—Buenos días, bienvenidas. Soy Marta, directora del hotel y estaré supervisando personalmente su estancia.

—Gracias, es un placer estar aquí.

—Ya tenemos preparado el salón de fiestas, ¿querría echar un vistazo? —sonrió.

—No, gracias. Me gusta la idea de que sea una sorpresa.

—Perfecto. Entonces las acompañaré personalmente hasta sus habitaciones —hizo un gesto para que la siguiéramos.

El interior del hotel era aún más impresionante de lo que imaginaba. El vestíbulo principal era amplio, con techos altos y lámparas de cristal colgando del techo. El suelo de mármol brillaba bajo la luz suave, y las paredes estaban decoradas con arte contemporáneo.

Priscila parecía más cómoda allí de lo que esperaba, tal vez por la elegancia del lugar, que encajaba con su estilo refinado. Pero aun así, no perdió la oportunidad de soltar una de sus bromas.

—¿Crees que podríamos alojarnos en el sótano, junto a los murciélagos y criaturas de las sombras? —murmuró.

La empujé suavemente con el codo, intentando no reírme en voz alta.

—Compórtate, Pri.

Marta nos condujo hasta nuestras habitaciones, que estaban en la planta quince, con una vista espectacular a la playa de Copacabana. Cuando por fin entramos en la habitación, Priscila soltó un silbido de admiración.

—Vaya, vale, reconozco que hiciste un buen trato, Ka. Este sitio es increíble.

Asentí con la cabeza, pero mi mente estaba en otra parte.

—Marta, ¿el señor Zampieri ya ha llegado?

—¿Massimo Zampieri? —parpadeó.

—Thiago Zampieri —rectifiqué.

Ella me miró con esa sonrisa profesional aún en el rostro.

—El señor Thiago Zampieri está en su oficina, en la planta penúltima. Si necesita algo, estaré a su disposición.

Le di las gracias y esperé a que Marta saliera de la habitación antes de girarme hacia Priscila.

—Necesito ver a Thiago. ¿Estarás bien aquí?

Priscila se dejó caer sobre la cama mullida, claramente encantada con la comodidad.

—Sobreviviré. Pero por favor, no tardes mucho. Aún tengo que procesar eso de que estés casada.

Le sonreí, aunque el corazón me latía con fuerza. Había algo dentro de mí que no me dejaba tranquila, y necesitaba hablar con Thiago para explicarle todo lo que estaba pasando, tal vez así lograse calmar mis propios nervios.

Salí de la habitación y fui hacia el ascensor, subiendo hasta la penúltima planta.

Por el camino, pensé en las posibilidades que tenía para resolver el problema con Marco: un programa de protección de testigos, seguridad privada o marcharme del país.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, me recibió un pasillo silencioso y lujoso. Caminé hasta la oficina, pero antes de llamar a la puerta, oí voces.

—Cumplí mi parte del trato, estarán aquí en unos minutos — era la voz de Thiago.

—Habría sido mejor hacer pruebas para garantizar el ADN — esa voz grave tenía un acento italiano muy marcado.

—Cuando las vea, se dará cuenta de que no hace falta. Es idéntica a Gabriela.

—¿Idéntica?

—Son gemelas. Por lo que hablé con Carina, ella misma lo confirmó.

—No seas tan pragmático, Santo —dijo una tercera voz, también con fuerte acento italiano—. Thiago pasó meses tras Kalinca intentando averiguarlo todo sobre ella. Se infiltró en su vida, lo descubrió todo y su hermana es la clave.

Mi corazón se hundió al oír todo eso.

Contuve la respiración y sentí un mareo repentino.

—Ahora solo hace falta ponerle fin a todo esto —dijo Santo, por fin.

Su voz me daba miedo.

—Y tú estás libre de tu obligación —continuó el hombre—. Tu plan funcionó, investigaste bien su pasado y ahora las tenemos a las dos, en nuestras manos.

Cada palabra que oía era como una puñalada directa al pecho.

Tragué saliva, sintiendo cómo el mundo se derrumbaba a mi alrededor. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Confié en Thiago, me involucré con él, y ahora descubría que todo era parte de un plan, un acuerdo que había hecho con otra persona.

No pude escuchar nada más. La vista se me nubló por las lágrimas, y el corazón me dolía de una forma que no sabía que era posible.

Me sentí traicionada. Utilizada.

Sin pensarlo dos veces, me di la vuelta y corrí de nuevo al ascensor, apenas logrando controlar mis emociones.

Bajé rápidamente hasta mi habitación, intentando contener el llanto, pero las lágrimas ya resbalaban por mis mejillas cuando entré.

Priscila me miró con preocupación.

—Dios mío, ¿qué ha pasado?

—Nada, Priscila —respondí, con la voz entrecortada—. Solo... necesito un poco de tiempo sola.

Priscila se levantó de la cama, su expresión juguetona desapareció, sustituida por una seriedad que rara vez le había visto.

—Kalinca, ¿qué ha pasado? Dímelo. En toda mi vida, nunca te he visto llorar.

Solo pude negar con la cabeza, intentando apartar el dolor que crecía dentro de mí.

—No... nada... Solo necesito estar sola.

Priscila dudó, pero finalmente asintió.

—Está bien. Voy a bajar. Tienen un restaurante coreano con estrella Michelin, ¿lo sabías? Estaré allí. Si me necesitas... —golpeó la pantalla del móvil con las uñas— solo llama.

No fui capaz de responder, solo esperé a que saliera de la habitación antes de derrumbarme. Las lágrimas por fin cayeron sin control mientras me dejaba caer sobre la cama.

El dolor era devastador. Sentí como si me hubieran traicionado de la forma más cruel posible. ¿Cómo pudo Thiago hacerme esto? ¿Qué era ese plan? ¿Estaba poniendo en peligro a mi hermana y a mí?

Me acurruqué en la cama, abrazando las rodillas, intentando encontrar una explicación que tuviera sentido, pero nada encajaba.

Lo único que sabía era que la confianza que había depositado en él estaba hecha pedazos, y ahora, ya no sabía en quién podía confiar.

Capítulo 43

Kalinca Oliveira

Me dolía tanto la cabeza que acabé desmayándome por la migraña.

Desperté al final de la tarde y vi una nota deslizada por debajo de la puerta. Abrí el sobre y decía:

"Los Guzmán tuvieron un problema y no llegarán hoy. Toda mi familia está reunida en el teatro del hotel para un evento, baja a conocerlos".

– Thiago.

Por supuesto, decidí no ir.

Me di una ducha fría para despejarme, me puse un vestido negro para encarnar el espíritu de viuda y cogí una botella de vino

del minibar. Esperé dos horas y no había señales de Priscila, así que bajé.

¿Y si se había encontrado con Thiago y él la había secuestrado?

Salí de la habitación a toda prisa, con varios escenarios apocalípticos en la cabeza.

—¿Dónde está el teatro del hotel? —pregunté a un guardia de seguridad.

—Por aquí, señora.

Aceleré el paso y recorrí varios pasillos hasta llegar a un salón opulento, lleno de gente —muchos hablaban en italiano— y, por lo visto, algunos políticos brasileños.

Entendí que se trataba de un homenaje a alguien, pero no logré captar a quién.

—Ah, ahí estás, Priscila —agarré el brazo de mi hermana—. ¿Qué crees que está pasando dentro? ¿Los asientos están asignados? ¿Estás aquí porque Thiago te dijo algo?

Cuando la mujer a mi lado se giró para responderme, el corazón se me detuvo. Era igualita a mi hermana, pero no era

Priscila.

Me quedé congelada en el sitio, sintiendo una extraña sensación de déjà vu. Aquella mujer... tenía un rostro que conocía muy bien, pero había algo diferente en ella.

Observé su melena negra y larga, su ropa holgada color crema y el bulto prominente en su vientre, como si estuviera embarazada. Muy distinta a Priscila, que solo vestía de negro, con ropa ajustada, y estaba delgada como un palo cuando la vi hace unas horas.

—Lo siento, debe de estar confundiéndome con otra persona. No sé quién es Priscila —respondió.

Fruncí el ceño, luchando por mantener la compostura. ¿Cómo que no?

—¿Qué clase de broma es esta? —pregunté, confundida—. No sé de qué va todo esto, pero vamos al fondo a sentarnos, ¿vale? Y si ves a Thiago, dile que venga a hablar conmigo. Me debe explicaciones.

—¿Priscila? ¿Thiago? ¿Quiénes son? —Parecía genuinamente confundida.

La incomodidad creció dentro de mí.

—¿Te diste un golpe en la cabeza, chica? —La sacudí levemente, esperando que "despertara"—. ¿Estás poseída ahora o qué? Contrólate... —Pero cuando mis ojos bajaron hacia su barriga, mi cerebro finalmente procesó lo que ya había visto, pero no había asimilado—. ¿Qué es esto, Priscila? ¿Me has cogido la barriga falsa de embarazada? ¿Quieres un buen sitio para sentarte?

—¿Quién eres tú? —retrocedió un paso, mirándome de arriba abajo como si no me hubiera visto jamás.

Estaba en estado de shock, incapaz de comprender lo que ocurría. Todo a mi alrededor parecía cerrarse, como si el aire desapareciera del ambiente.

—Kalinca, tu hermana —dije, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Y tú eres… no eres… Priscila?

Antes de poder procesarlo todo, mi mente se llenó de pensamientos desordenados, cada uno más aterrador que el anterior. Me acerqué, toqué su vientre, buscando una lógica en medio de aquello, pero nada tenía sentido.

—No... no puedes ser Priscila —murmuré, casi para mí misma, sintiendo cómo se me escapaba el suelo bajo los pies—.

Priscila no está embarazada.

—No soy Priscila —repitió ella—. Me llamo Gabriela.

Retrocedí, incapaz de procesar lo que estaba pasando.

Antes de que pudiera decir nada más, Priscila, mi hermana menor, apareció a mi lado, su mirada preocupada alternándose entre Gabriela y yo.

—Kalinca, ¿qué está pasando? —preguntó Priscila.

Cuando volví los ojos hacia ella, fue como ver una imagen duplicada. Eran idénticas, salvo porque Gabriela estaba embarazada. Sentí como si estuviera mirando un espejo distorsionado, reflejando partes de una vida que nunca conocí.

—Priscila, ¿por qué estoy viendo dos de ti?

Priscila me miró con una mezcla de preocupación y desconcierto. Vi el impacto asentarse poco a poco en su rostro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó a Gabriela, con voz temblorosa—. ¿Cómo puedes parecerte tanto a mí?

Cuando mi cerebro por fin reaccionó, quise explicar todo, pero no salió ni una palabra de mi boca. Estaba paralizada, incapaz de procesar lo que estaba viendo.

—Yo… yo soy Gabriela —respondió ella—. ¿Qué puedo contar sobre mí?

El simple sonido de su nombre fue suficiente para romper el último hilo de resistencia que me quedaba. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a brotar, calientes y veloces, resbalando por mi rostro.

—Soy huérfana. He vivido toda mi vida aquí, en Río de Janeiro.

Y estaba allí, viva, delante de mí.

Mi hermana, la que había perdido hacía tanto tiempo.

—Somos de São Paulo —murmuró Priscila, su voz también cargada de emoción.

Parecía tan perdida como yo, intentando comprender cómo aquella mujer frente a nosotras podía parecerse tanto a nosotras y, al mismo tiempo, ser una completa desconocida.

—También somos huérfanas —logré decir, con la voz entrecortada por las lágrimas—. Perdimos a nuestra familia… yo tenía ocho años, y tenía que cuidar de dos bebés.

—¿Dos bebés? —Priscila me miró con los ojos muy abiertos, como si acabara de recibir una puñalada con una verdad que le había escondido durante todos estos años—. ¿Qué historia es esa? ¿Cómo es posible que nunca me lo hayas contado? ¿Creías que no tenía derecho a saber que tenía otra hermana?

Ya no podía contener las lágrimas.

La culpa, el dolor, el arrepentimiento… todo estallaba dentro de mí, ahogándome. Nunca le había contado a Priscila lo de Gabriela, ni lo que realmente ocurrió aquella noche, porque el dolor era demasiado grande. Pero ahora todo salía a la superficie de golpe.

—Fue toda culpa mía… —susurré, intentando sujetar a Gabriela para comprobar si era real.

Pero me temblaban tanto las manos que apenas podía mantenerme en pie.

—No puedo creer que por fin te he encontrado. Perdóname. Por favor, perdóname por haberte dejado en aquel callejón. Iba a volver, lo juro, pero todo pasó tan rápido…

Las palabras salían a trompicones, llenas de desesperación. Solo quería que me perdonara, que entendiera que nunca quise

abandonarla. Solo quería recuperarla, recuperar el tiempo perdido, abrazarla y no soltarla jamás.

Gabriela me miró, su expresión era una mezcla de confusión y dolor. Sabía que no entendía del todo lo que estaba ocurriendo, pero necesitaba que supiera cuánto la amaba, cuánto la había buscado, cuánto deseaba tenerla de nuevo en mi vida.

—¿De qué estás hablando? —su voz salió débil.

No pude contenerme y la abracé. Por un momento, fue como si todo tuviera sentido, como si por fin estuviera completa de nuevo. Sentí su calor, su contacto, y supe que, de algún modo, todo estaría bien.

—No llores, ya está todo bien —dijo, acariciándome la espalda.

Sus palabras me tranquilizaron, pero al mismo tiempo, sentía un dolor profundo por haber perdido tanto tiempo sin ella.

Quería saberlo todo. Cómo sobrevivió, cómo había acabado en Río de Janeiro, qué ocurrió después de aquella noche terrible. Pero no podía formular las preguntas. Todo lo que podía hacer era llorar y abrazarla, sintiendo que un peso enorme se había levantado

de mis hombros, pero también que otro peso, el de la culpa y el remordimiento, se instalaba en su lugar.

—Entonces, ¿cómo terminé en Río de Janeiro si vosotras sois de São Paulo? —preguntó Gabriela.

—No lo sé… te busqué tanto, Gabriela. —Las palabras salían entre sollozos.

Quería que supiera que nunca me rendí, que jamás dejé de buscarla, aunque todo pareciera perdido.

Priscila seguía a nuestro lado, con la expresión de shock aún en el rostro. No podía comprender cómo le había ocultado algo tan grande.

Sabía que tendríamos que hablar de ello, pero en ese momento, lo único que importaba era que Gabriela estaba allí, viva, frente a mí.

—Todavía no puedo creerlo —murmuró Priscila.

Me miraba como si fuera una extraña, alguien a quien apenas conocía.

Sabía que necesitábamos respuestas, que había tanto por decir, tanto por explicar. Pero en ese momento, lo único que quería

era disfrutar del hecho de que mi hermana había vuelto, que ya no estaba sola, que por fin, después de tantos años de dolor y búsqueda, estábamos juntas.

—Tenemos que hablar —dije, intentando encontrar mi voz entre el torbellino de emociones que me dominaban—. Esto es demasiado grande para hablarlo aquí.

Gabriela asintió, desviando la mirada justo cuando apareció un hombre moreno, alto y corpulento, vestido con traje. Me recordó vagamente a Thiago: al menos, la nariz era idéntica.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó. Su acento era italiano.

Inmediatamente conecté su voz con la que había oído antes.

—Sí, Massimo. Solo… estoy confundida, pero estaré bien.

—La ceremonia está a punto de comenzar —informó—. Después tendrás todo el tiempo del mundo para hablar con tus hermanas. —Me guiñó un ojo, como si supiera exactamente lo que estaba pasando.

—Nos vemos luego —Gabriela me apretó la mano—. No te vayas.

—No nos iremos. No sin ti.

Gabriela entró al teatro junto al hombre que, al parecer, era su esposo. Tardé algunos segundos en salir del trance, y entonces me encontré con una Priscila enfadada.

—¿Me ocultaste esto toda la vida? —me reclamó.

—Y no hay un solo día en que no me arrepienta de ello, Pri —suspiré.

Capítulo 44

Kalinca Oliveira

Después de que terminó la ceremonia, subí a la habitación y cogí algo de mi maleta. Bajé tan rápido como pude y Priscila me indicó que Gabriela había ido al restaurante brasileño del hotel.

Fuimos tras ella y, al verla, el corazón me dio un vuelco.

Era como si estuviera mirando un espejo, pero un espejo que reflejaba una versión de mí misma que había sido arrancada de mi vida hacía dos décadas.

—¿Cómo te sientes? —pregunté en cuanto llegué a la mesa donde estaba sentada.

—Todavía me da vueltas la cabeza. Me siento un poco mareada —respondió, mostrando la palma de la mano, que temblaba.

—Hay tantas cosas que queremos saber de ti, e imagino que tú también tendrás muchas preguntas —dijo Priscila, sentándose primero. Yo me senté a su lado enseguida.

Observé a Gabriela durante unos segundos, intentando asimilarlo todo. Era surrealista. ¿Cómo podía estar ocurriendo algo así? Pasé veinte años buscándola, y ahora, aquí estaba mi hermana, sentada frente a mí, viva.

No podía ser coincidencia. Tenía que ser un milagro.

—Sí, necesito entender qué pasó, cómo nos separaron, por qué... —la voz de Gabriela se quebró, y vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Aún no puedo creer que vosotras existáis.

Sentí una oleada de emoción apoderarse de mí y dejarme la garganta cerrada. Tuve que concentrarme para no romper a llorar también.

Lo que más deseaba en ese momento era abrazarla y no soltarla nunca más.

—Yo también tengo muchas preguntas —empecé, apartando el pelo de mi rostro—. Pero intentaré explicarlo desde el principio...

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos estaba escuchando.

No quería que nadie más supiera lo que estábamos a punto de hablar. Respiré hondo y dejé que las palabras salieran, cargadas con el dolor que aún llevaba en el pecho.

—Todo lo que recuerdo es que la casa en la que vivíamos se incendió. Aún tengo pesadillas con ese ruido y con mamá entregándome a las dos, diciéndome que me deslizara por el pasadizo secreto que salía por detrás de la mansión, a un callejón pequeño y oscuro donde estaban los cubos de basura.

—¿Por qué me dejaste atrás? —su pregunta fue como una puñalada directa al corazón.

Tragué saliva, intentando mantener la calma, pero la culpa me aplastaba.

—Era muy pequeña, no podía cargar con las dos —expliqué, sintiendo el peso de mis propias palabras—. Cuando caímos en el cubo de basura, tú parecías dormir tranquila, mientras Priscila lloraba sin parar… dejé algo valioso contigo y fui a la calle a pedir ayuda.

—¿Y la conseguiste?

—Una mujer que pasaba por allí nos encontró y nos metió en su coche. Le expliqué que teníamos que volver, pero unos hombres armados comenzaron a seguirnos...

Vi cómo los ojos de Gabriela se agrandaban, claramente sorprendida por aquella información.

—Dieron la vuelta a la manzana para despistarlos y, cuando regresaron, tú ya no estabas allí.

Priscila escuchaba todo desde al lado, con una expresión que reflejaba el mismo asombro que yo sentía.

—¿Tú sabías esto? —le pregunté.

—No sabía nada de esto. Solo sabía que habíamos sido adoptadas, nada más…

—Nunca tuve el valor de contarlo —dije, bajando la cabeza—. El dolor era demasiado, porque me sentía culpable por haberte perdido.

Gabriela extendió la mano y apretó la mía, como si quisiera consolarme. Ese gesto hizo que las lágrimas por fin empezaran a correr por mi rostro.

—Tú también eras solo una niña —intentó reconfortarme.

—¿Y qué era eso tan valioso que dejaste con ella? —frunció el ceño Priscila.

—Era la llave de la caja fuerte de papá —suspiré—. Me quedé con una parte y dejé la más grande, el colgante, contigo... pero imagino que…

Gabriela me interrumpió, con los ojos brillando por las lágrimas.

—¡Tengo ese collar! —exclamó, visiblemente emocionada—. Me lo llevé al orfanato conmigo.

El corazón casi se me detuvo al escuchar eso.

—¿Cómo dices? —pregunté, sin dar crédito.

—Tengo el collar. El colgante es largo y fino, ¿no? Nunca pensé que pudiera ser una llave… —Gabriela metió la mano en su sujetador y sacó el objeto.

Se me iluminaron los ojos. Rebusqué en mi bolso y saqué la pieza en forma de "X" que había guardado todos esos años. Al unirlas, efectivamente formaban una llave.

—La llave de la caja fuerte de papá —Gabriela me guiñó un ojo—. ¿Dónde está?

—Tenía una en casa y otra en algún banco… pero no sé en cuál. Tendremos que averiguarlo.

—¿Por qué nunca me contaste nada de esto, Kalinca? —preguntó Priscila.

—Porque ya eres bastante gótica y sombría para mi gusto, y no necesitaba otra cruz que cargar —respondí, intentando aligerar el ambiente con una broma.

Priscila puso una mueca y empezó a discutir conmigo.

—Crecí en un orfanato —explicó Gabriela, calmando nuestra pelea—. Nunca supe que tenía hermanas. Siempre sentí que me faltaba algo, pero no supe qué era… hasta ahora.

La miré con los ojos llenos de compasión. Podía sentir el peso del dolor y la soledad que cargaba, y me dolía el corazón por todo lo que había vivido.

—Siento mucho todo lo que has pasado, Gabriela. Pero ahora estamos aquí y... bueno, podemos descubrir la historia de nuestra familia, juntas.

Gabriela asintió, una sonrisa tímida apareció en sus labios.

—Sí, podemos —dijo Priscila, aunque su expresión pronto se ensombreció—. Pero si nuestra casa se incendió y hombres armados nos persiguieron... imagino que es mejor dejar eso enterrado y seguir adelante. No quiero morir tan pronto. Y menos ahora que estoy saliendo con el doctor Hyung.

—¿Estás saliendo con quién? —me giré hacia ella con los ojos muy abiertos.

—En realidad, solo le pagué una copa. Cuando bajé de la habitación, él estaba en el restaurante coreano del hotel. Reuní el valor y…

—Escúchame bien, Priscila —me quité el tacón y amenacé a mi hermana con él—. No conozco a ese tal Jeon Hyung. Y no pienso aprobarlo hasta que demuestre ser un tipo decente.

Priscila me provocó, encogiéndose de hombros.

—Mi amor, ese es tu problema.

—¡Te lo prohíbo!

—A la primera oportunidad, me siento.

—¡Y yo te voy a sentar el tacón en medio de la cara! —gruñí.

—¿Quién es ese Jeon? —preguntó Gabriela.

—Un médico del hospital donde ella trabaja como técnica de enfermería —expliqué.

—No es un médico, Kalinca. Es EL médico. Jefe del área de cirugía, coreano, con cara de bebé y cuerpo de chico malo —Priscila se echó a reír.

—Por el amor de Dios, ten un poco de decencia —suspiré profundamente.

—¿Es guapo?

—¿Hyung? —Priscila se emocionó—. ¡Es el hombre más guapo que ha pisado ese hospital!

—¿Un coreano? —me burlé.

—Mírate, Kalinca. Como si tu melenudo fuera guapo…

—Primero que nada, se llama Rapunzel de la Federal —levanté el dedo para que se callara—. Y segundo, sí es guapo. Extrañamente guapo, de hecho, pero guapo.

—Ah…

—Entonces déjame ver si lo entendí… ¿ese tal Rapunzel de la Federal es primo de Massimo? —preguntó Gabriela, parpadeando.

—Sí. Aparentemente sí —reflexioné—. Él fue quien nos trajo aquí. Me voy a casar con él, pero en realidad lo que quiero es divorciarme.

Gabriela asintió lentamente, sus ojos yendo de Priscila a mí.

—Tenemos tanto que descubrir la una de la otra… —comentó —. Estoy deseando saber más sobre vosotras.

—¿Cómo era la familia que te adoptó? —pregunté.

—Nadie me adoptó. Pero... ahora sí tengo una familia. Una de verdad, grande.

Gabriela se acarició la barriga de embarazada y parecía feliz.

—Estoy esperando gemelos —dijo—. Y me alegra tanto haberos encontrado antes de que nazcan. Quiero que conozcan a sus tías, que crezcan sabiendo que tienen una familia grande y amorosa.

—Vamos a estar aquí para ti, para ayudarte en lo que necesites —le tomé la mano.

—Sí, excepto en eso de averiguar qué caja fuerte abre esa llave. Yo paso. No quiero ningún loco detrás de mí intentando matarme —dijo Priscila, encogiéndose de hombros.

Priscila y yo empezamos a discutir. Ahora que teníamos la llave de la caja fuerte y a nuestra hermana, había llegado el momento de descubrir nuestro pasado, saber qué guardaban nuestros padres y llevarlas con nuestra abuela.

Pasamos un rato hablando hasta que vi a Thiago acercarse.

Y mi corazón, que por un momento había encontrado paz, volvió de golpe al campo de batalla.

Se detuvo a mi lado, con el rostro serio.

—Tenemos que irnos —dijo.

Algo dentro de mí estalló. Toda la rabia que había reprimido desde que escuché aquella conversación volvió a salir.

—¿Tenemos que irnos? —repetí, sarcástica—. ¿De verdad, Thiago? ¿Tengo que hacerlo? ¿O esto también es parte de tu plan?

Frunció el ceño, claramente sin entender.

—¿De qué estás hablando?

Me levanté, alejándome de él.

—No te hagas el inocente. Te oí, Thiago. Te oí decir que habías cumplido tu parte del trato. ¿Qué parte era esa, eh? ¿Poner

en peligro a mi hermana y a mí? ¿Eso era?

—Kalinca, lo estás malinterpretando todo…

—¿Ah, sí? —reí, pero era una risa amarga—. Entonces explícamelo, Thiago. Explícame por qué demonios hablabas con esos hombres sobre mí, sobre mi familia.

—Estaba investigando a la familia de Gabriela y te encontré. No es lo que piensas.

Intentó acercarse, pero retrocedí un paso.

—Aléjate de mí —dije con frialdad—. Estoy harta de ser manipulada.

Thiago se detuvo, visiblemente confundido.

—Kalinca, por favor, escúchame…

—No, Thiago. No voy a escucharte. Estoy cansada de creerte, cansada de pensar que había algo bueno en todo esto. Se acabó.

—Pero mañana tenemos una fiesta de boda…

—Sí. Celebremos mañana y divorciémonos pasado mañana.

Antes de que pudiera decir nada más, tomé a Priscila del brazo y la arrastré lejos de allí, sintiendo un nudo en la garganta.

Thiago no me siguió. Y yo no miré atrás.

Tenía el corazón roto, y no sabía si algún día sería capaz de perdonarlo.

Capítulo 45

Thiago Zampieri

No conseguí cerrar los ojos en toda la noche.

¿Dormir? Un lujo que no tuve.

Kalinca se había alejado otra vez, se había cerrado de una forma que no lograba entender. Peor aún, no había ningún motivo aparente para semejante actitud. Y eso me estaba consumiendo.

Le mandé mensajes, la llamé, fui hasta su habitación, pero en todas las ocasiones me ignoró. Pensé que al reencontrarse con su hermana perdida estaría feliz, pero ocurrió todo lo contrario: se distanció aún más y no conseguía descubrir qué estaba pasando.

Respiré hondo mientras me ponía el traje de novio.

En Rio Grande do Sul ya habíamos firmado los papeles. Aquí haríamos una ceremonia simbólica y tendríamos nuestra fiesta, pero ¿cómo hacerlo con este ambiente?

Decidí subir a su habitación. Necesitaba verla, hablar con ella, intentar entender qué estaba ocurriendo. Tal vez fuera solo el estrés de la boda, o quizás me había pasado de la raya: el salón estaba cubierto de flores, adornos y lleno de gente.

Quise simular el matrimonio falso más real posible, y quizás eso la había asustado. Pero era necesario, para que los Guzmán nos dejaran en paz y siguieran con sus vidas.

Toqué a la puerta de su habitación y esperé.

Volví a tocar, y segundos después, vi a su hermana Priscila, toda vestida de negro, colocarse en el marco de la puerta, mirándome con curiosidad.

—No está de buen humor —advirtió la menor.

—¿Qué haces aquí, Thiago? —preguntó Kalinca, sin paciencia.

—Necesitamos hablar.

—No necesitamos hablar, necesitamos casarnos. Y ya.

—Kalinca, estás rara. Y no entiendo por qué. ¿Puedo pasar?

Respiró hondo, como si quisiera cerrar la conversación antes de empezarla.

—Ver a la novia antes del casamiento da mala suerte.

—Vamos, no creo en supersticiones —crucé los brazos.

—Yo sí creo —suspiró—. Todo va a salir bien, Thiago. ¡Hasta dentro de un rato!

Priscila cerró la puerta enseguida.

Quería insistir, obligarla a decirme qué pasaba, pero algo me hizo echarme atrás. Quizás fue su tono, o quizás el miedo de empeorar aún más la situación.

—Vale —cedí—. Pero después de la fiesta de boda, vamos a hablar.

Me quedé parado en el pasillo, sin respuesta, sintiendo una frustración enorme. Parecía cada vez más distante, imposible de alcanzar, y eso me estaba matando.

Bajé al salón donde se celebraría la ceremonia.

El ambiente ostentaba todo el lujo que un hotel cinco estrellas podía ofrecer. Las decoraciones en las mesas, los arcos de flores, las velas... todo parecía perfecto. Pero yo no podía disfrutar de nada.

Al llegar, vi a mi primo Santo conversando con Jeon.

Esa combinación era, como mínimo, extraña.

Santo, con su cicatriz en el rostro y ese aire de mafioso imposible de ignorar, junto al doctor Jeon, el médico coreano de cara angelical. Parecían divertirse con algo, así que me acerqué, curioso.

—¿Qué están tramando ustedes dos? —pregunté, forzando una sonrisa.

Santo me miró e hizo un gesto para que me uniera a ellos.

—Vaya pareja inesperada. No me imagino un tema en común —dije, guiñando un ojo.

—Ahí te equivocas —respondió Santo con una sonrisa burlona —. El doctor Jeon y yo estábamos discutiendo el fino arte de abrir cabezas. Yo con mis... métodos más rústicos. Y el doctor, con herramientas más sofisticadas.

Jeon se rió, pero pronto notó mi rostro preocupado.

—¿Todo bien, Thiago?

Suspiré, pasándome las manos por la cara.

—Kalinca.

—Ah, la novia —asintió Santo con lentitud—. Es su falso gran día, así que tiene derecho.

—Está rara, distante, fría. No me dice qué pasa.

Jeon asintió, pensativo.

—Puede ser ansiedad. Muchas novias se sienten así antes de casarse, es normal. Puede estar sintiendo la presión, pensando en mil cosas.

—¿Después de que pasé meses investigando para reunirla con su hermana desaparecida? —refunfuñé—. ¿Por qué no está feliz?

—Voy a investigar —dijo Santo, apoyando una mano en mi hombro.

Lo miré con una mezcla de gratitud y recelo. Santo siempre tenía sus métodos, y ninguno era ortodoxo.

—No hace falta —respondí—. Aún creo que es algo que solo Kalinca puede decirme. Solo espero que no sea nada... grave.

Santo se encogió de hombros.

—Igual me voy a meter. Los problemas de la familia siempre son mis problemas.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, llegó la familia Guzmán. El señor Guzmán, con su postura rígida, se acercó a mí y me estrechó la mano con firmeza.

—Confieso, Thiago, que no creí en este matrimonio hasta ver que firmaste los papeles. Pero ahora, con toda tu familia aquí, veo que es definitivo. Eres un hombre cambiado. Me enorgullece ver cómo se han dado las cosas.

Forcé una sonrisa, pero por dentro seguía inquieto.

Agradecí sus palabras, pero mis pensamientos estaban en otra parte.

Guzmán se alejó, y me quedé allí, observando cómo llegaban los invitados, pero mi mente seguía en Kalinca. Algo dentro de mí decía que no era solo estrés por la boda. Había algo más, algo más profundo. Y tenía que averiguar qué era.

La organizadora apareció en el salón, pidiendo a todos que tomaran asiento. El casamiento estaba a punto de comenzar. Mi corazón empezó a acelerarse y me posicioné en el altar, esperándola.

La música comenzó a sonar, las puertas se abrieron y Kalinca entró, vestida de novia. El tiempo, el espacio, toda la realidad se

desvanecieron.

El vestido blanco la envolvía a la perfección, resaltando cada curva, cada detalle que la hacía única. Un velo cubría su rostro, pero aun así podía ver sus ojos. En ellos se leía tristeza, duda, angustia.

Y aun así, no podía dejar de mirarla.

Estaba completamente hechizado. No era solo su belleza, aunque era innegable. Era la mujer de la que me había enamorado, con todos sus defectos, miedos e inseguridades.

La mujer que quería a mi lado, sin importar nada más.

Pero entonces, algo en su mirada me golpeó. No era solo tristeza. Era como si hubiera una barrera, algo que escondía, y sentí un nudo en el pecho.

Estaba ahí, caminando hacia mí, pero parecía tan lejana como antes.

Kalinca se acercó, y cuando nuestras miradas se encontraron, supe que algo andaba mal.

Estaba completamente perdido en ese momento.

Ella era todo lo que yo quería, pero al mismo tiempo, era como si estuviera a kilómetros de distancia.

Cuando se detuvo a mi lado, forcé una sonrisa, aunque no fue correspondida.

—Estás guapa todos los días —murmuré—. Pero hoy te has superado.

Ella sonrió apenas, una sonrisa pequeña, contenida, pero sus ojos seguían lejos.

Algo dentro de mí me decía que esta boda, que se suponía que debía ser el comienzo de algo... en realidad era el final.

Capítulo 46

Thiago Zampieri

Estaba deslumbrante, impecable. Cada uno de sus movimientos parecía hipnotizar a los invitados, y aun así, en sus ojos, se escondía una tormenta capaz de arrancar el hotel de sus cimientos y hacerlo trizas hasta no dejar nada.
Por eso era tan perfecta.

—Estás preciosa todos los días —dije—. Pero hoy te has superado.

—No voy a creer ni una sola palabra que salga de tu boca.

Su respuesta me golpeó como un puñetazo en el estómago, pero no reaccioné. El sacerdote se estaba colocando frente a nosotros, comenzando la ceremonia, y sabía que teníamos que mantener las apariencias.

—¿Cuándo te he mentido?

Me lanzó una mirada fulminante, del tipo que podría incendiar una sala entera si fuera posible.

—Eres tan mentiroso que contrataste a un cura de feria para simular esta ceremonia —gruñó.

Tragué saliva, intentando no dejar que eso me afectara, pero no era fácil. Kalinca estaba claramente furiosa, y no tenía idea de qué había ocurrido para que estuviera así.

El cura empezó a hablar, con voz serena y solemne, pero nuestros susurros estaban lejos de ser solemnes.

—Queridos amigos, estamos aquí hoy para celebrar el amor y la unión de Thiago y Kalinca, un amor que ha unido sus vidas y que hoy será bendecido por Dios.

—De verdad pensaste en todo, ¿eh? Ni siquiera soy católica —murmuró.

—Toda mi familia lo es. Si no lo hacíamos así, los Guzmán no lo habrían creído.

—¿Y por qué no nos casamos en una iglesia entonces? A ver, déjame adivinar... ¿será porque todo esto es... una... mentira? —me provocó.

—Thiago, ¿prometes cuidar de Kalinca, amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe? —preguntó el sacerdote, visiblemente incómodo por nuestra guerra fría a media voz.

—Lo prometo.

—Qué hombre tan perfecto —me elogió—. Tan bueno para hacer promesas falsas.

—¡Kalinca! —la reprendí.

—Señor cura, ¿usted es cura de verdad o en cualquier momento se presenta a las elecciones presidenciales? —preguntó.

Le di un pellizco.

Ella me respondió con un codazo.

Me incliné un poco más hacia ella, intentando mantener la voz baja.

—Y para que lo sepas, no estoy fingiendo nada —le susurré entre dientes—. Me casaría contigo para toda la vida.

El cura continuó con la ceremonia y yo sentí cómo mi corazón se hundía cada vez más.

—Kalinca, ¿prometes ser fiel, cuidar de Thiago, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? —preguntó el hombre, ignorando nuestras peleas.

—Lo prometo... —dijo en voz alta, y luego murmuró solo para mí—. Prometo fingir que este hombre no es el mayor canalla mentiroso que he conocido.

Mientras mi familia suspiraba y el cura seguía con sus palabras, nosotros retomábamos nuestro duelo.

—¿Vas a decirme qué está pasando?

—Ahora no —respondió—. Prefiero arruinarte la vida cuando todo esto termine.

—Thiago, Kalinca, por favor, únanse las manos —pidió el cura.

Le tomé la mano, sintiendo la tensión entre nosotros como una corriente eléctrica. Ella mantenía la sonrisa para los demás, pero yo sabía que por dentro estaba lista para matarme.

Y lo peor era que no tenía idea de por qué.

Igual que en un matrimonio de verdad.

El cura comenzó a recitar los votos, y supe que, en cuanto terminara esta ceremonia, todo entre nosotros estallaría. Solo tenía

que resistir hasta entonces, mantener las apariencias y tratar de entender qué estaba ocurriendo.

—Por el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —anunció el sacerdote.

La frase del cura resonó en el salón como un eco lejano, ahogado por el caos dentro de mí. Me giré lentamente hacia Kalinca, y nuestras miradas se encontraron de nuevo.

Estaba furiosa, era evidente, pero había algo más en su mirada. Algo que me inquietaba aún más, como si estuviera a punto de descubrir algo terrible.

Ella mantenía esa sonrisa fingida, el rostro impecable, como si tuviera el control de todo. Pero había una chispa de dolor en sus ojos, una tristeza que no podía ignorar.

Me incliné hacia ella, sabiendo que ese beso no sería fácil.

Podía sentir la rabia irradiando de su cuerpo, y aun así, algo dentro de mí insistía en querer atravesar esa barrera.

Cuando por fin sus labios tocaron los míos, la sensación fue arrolladora.

No fue un beso cualquiera. Fue un beso intenso, profundo.

Sentí cómo su cuerpo reaccionaba de una forma que contradecía toda la hostilidad de los momentos anteriores. Era como si estuviera luchando contra sus propios sentimientos, intentando mantener el control mientras todo a nuestro alrededor se derrumbaba.

Al principio, dudó, como si estuviera decidida a mantenerse fría, pero poco a poco percibí que algo cambiaba. El beso se transformó.

El odio que parecía cargar se fue disolviendo, y lo que quedó fue un deseo contenido, mezclado con una despedida dolorosa. Había una pasión bruta allí, un sentimiento que se obligaba a ocultar, pero que en el fondo no podía controlar.

El tiempo pareció detenerse. Todo lo que nos rodeaba desapareció.

Era como si el mundo entero, el sistema solar, el conjunto de todos los universos que existen y que aún están por nacer, estuviera contenido en ese beso.

Sentí sus manos apretarse ligeramente entre las mías y, por un breve instante, creí que tal vez todo se arreglaría. Que, de alguna forma, lo que fuera que nos separaba, podría superarse.

Pero entonces, noté cuando comenzó a alejarse. Lentamente, rompió el beso, aunque sus labios aún rozaban los míos, como si hubiese una última vacilación.
Y fue entonces cuando lo comprendí. Aquello no era solo rabia.

Era una despedida.

—Kalinca...

Abrió los ojos y me miró, y vi el brillo de las lágrimas a punto de caer, pero las contuvo, negándose a dejarlas salir.

Parpadeó varias veces, y la sonrisa forzada volvió a su rostro.

—Disfruta este beso, Thiago —susurró—. Porque será el último.

Sus palabras me dejaron sin aire.

No pude reaccionar de inmediato, y ella se apartó un paso, rompiendo el contacto entre nuestras manos.

—Espera...

—Fingamos que somos felices, ¿vale? —me cortó con una frialdad que nunca antes había visto en ella—. Es lo que todos esperan, ¿no?

Intenté decir algo, pero la verdad es que no sabía qué decir.

La amaba, y sentía que, de alguna manera, la había perdido. Aunque no entendiera por qué.

Se había convertido en un enigma, una pieza que no sabía descifrar, y esa sensación de impotencia me estaba destruyendo.

Caminamos juntos por el pasillo, escuchando los aplausos y viendo las sonrisas de los invitados. Al llegar al final del salón, lo lógico habría sido regresar y disfrutar de la fiesta, pero Kalinca soltó mi mano y dio algunos pasos hacia adelante.

—He cumplido mi parte del trato. Ahora cumple la tuya.

—La cumpliré.

—Ya no necesito una casa ni dinero. Solo quiero que...

—¿Qué?

—Te mantengas lejos de mí.

Me quedé allí, inmóvil, viéndola alejarse, sintiendo cómo mi corazón se rompía poco a poco. No era solo que estuviera enfadada. Era más profundo que eso. Era la forma en que se alejó, la forma en que me miró antes de irse.

Algo estaba terriblemente mal, y no sabía qué hacer.

Quería correr tras ella, preguntarle qué estaba pasando, por qué me trataba así. Pero, al mismo tiempo, algo dentro de mí me decía que ahora no era el momento.

Y así fue como todo terminó.

Después de aquella ceremonia, no volví a ver a Kalinca.

Simplemente desapareció.

Capítulo 47

Thiago Zampieri

Días después.

Estaba sentado en el sofá de mi ático, mirando el vaso de whisky en la mano sin verlo realmente. La vista de la ciudad de São Paulo era un borrón frente a mis ojos, y lo único que me sacaba del trance era el viento fuerte que me golpeaba la cara, despeinándome.

Kalinca se había ido. Definitivamente.

Intenté olvidarla, pero fracasé incluso en eso.

Los días desde la boda habían sido una tortura. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro, esa mirada cargada de rabia y dolor, y me preguntaba en qué me había equivocado.

Sabía que estaba herida, pero no sabía cómo arreglarlo. No después de tantas mentiras y malentendidos.

Bebí un trago de whisky, sintiendo el calor descender por mi garganta, pero el vacío seguía allí. La ausencia de Kalinca era casi física. Estaba en todas partes: en mis recuerdos, en el tacto que aún parecía reciente sobre mi piel y en el espacio vacío a mi lado.

Solo no estaba en el mismo lugar que yo.

El timbre me sacó de mis pensamientos. Acto seguido, apareció la gobernanta con un hombre de pelo corto y negro, una cicatriz en la cara y vestido completamente de traje.

—Señor, su primo ha venido a verle —anunció la mujer.

—Déjelo, yo me encargo —respondió Santo, acercándose a mí.

Arrastró una silla hasta colocarse frente a mí y se sentó. Entornó los labios, frunció el ceño y tragó las palabras. Luego se recostó en el asiento y se rascó la barbilla.

—Estás hecho polvo.

—Gracias por el cumplido —dije.

—En serio, estás jodido de verdad. ¿Te estás duchando?

—Santo, tengo dos críos a mi cargo. Por supuesto que me ducho, me cepillo los dientes y doy el mejor ejemplo posible.

—¿Así que esta es la cara de un hombre enamorado al que le han dado la patada? —Cruzó las piernas—. *Santo Dio* —suspiró en italiano.

Me recosté en el sofá, dejé el vaso sobre la mesa y me froté la cara con ambas manos.

—¿Has venido a humillarme?

—Primo, la vida ya se ha encargado de eso...

—¡Vamos, hombre! —gruñí—. No te andes con rodeos. ¡Dime ya por qué estás aquí!

—El humor sigue intacto.

—No estoy bien, ¿vale? No sé qué hacer. Ya intenté hablar con ella, intenté arreglarlo, pero nada. No quiere ni verme.

Santo cruzó los brazos, con esa calma irritante que nunca abandonaba su rostro. Guardó silencio unos segundos antes de hablar.

—He hablado con alguien que puede darte algunas respuestas —se rascó la barbilla—. Gabriela.

—¿Y qué ha dicho la hermana perdida de Kalinca?

—Que le ocultaste toda la verdad. Que Kalinca descubrió que sabías sobre la hermana desaparecida todo este tiempo y no se lo contaste, que sabías quién era ella realmente... traición.

Sentí cómo se me hundía el corazón.

Claro. Ahora todo tenía sentido.

Kalinca tenía todo el derecho a estar furiosa. Actué desde las sombras, intentando controlar la situación a mi manera, sin decirle la verdad. Y ella lo descubrió de la peor forma posible.

—Nunca supe quién era realmente, lo supe solo cuando ella misma me lo contó. Antes eran solo sospechas.

Santo suspiró, negando con la cabeza.

—Pues eso. He enviado a algunos hombres a su dirección… y notaron algo curioso.

—¿Curioso? —Arqueé una ceja.

—Parece que la están vigilando. Siguiéndola.

Se me hizo un nudo en el estómago al instante.

—¿Qué? —pregunté, con la voz cargada de preocupación—. ¿Quién?

—Al parecer, el tipo que controla la Zona Este de São Paulo se llama Marco. Y tiene dos mil hombres a su disposición. No está mal para montar un buen lío, ¿no crees?

Todo mi cuerpo se tensó. El instinto protector se encendió dentro de mí. Ese cabrón de Marco estaba aprovechando mi ausencia para intimidarla. Y yo no estaba allí para protegerla.

—No puedo permitir que eso ocurra.

—Lo sé, Thor de la Federal —refunfuñó—. Pero no sirve de nada ir tras ella sin un plan. Y tú ya estás demasiado metido en esto emocionalmente. No vas a pensar con la cabeza. Y si te presentas así —frunció el ceño—, la vas a asustar. ¿Cuánto cobras por asustar una casa con cinco personas?

—¡Farabutto![4] —solté.

—*Faccia di culo*[5] —respondió.

Seguimos intercambiando insultos en italiano durante un minuto entero, hasta que nos cansamos.

—No es conmigo con quien tienes que pelear. Es con ella. Solo así volverás a parecer de treinta y pocos. En serio, siendo generoso, ahora mismo te daría unos cincuenta.

—Daría todo por poder pelear con ella. Podría pasarme la vida discutiendo, si eso la hiciera volver.

—Entonces tienes tu oportunidad. Mañana, en la iglesia de su familia. —Sacó un papel del bolsillo y me dio la dirección—. Regalo de tu cuñada, Priscila. Porque Jeon te quiere como a un hermano, y porque ella dice que su hermana no es la misma sin ti.

Tomé ese papel como si fuera lo más valioso del mundo.

—¿Y Marco?

—Nos ocuparemos de él cuando llegue el momento. Por ahora, ve a darte una ducha.

—Me acabo de duchar, estoy así de destruido al natural, Santo.

—¡Entonces date otra hasta parecer un Zampieri! —me sujetó del hombro y me dio un tirón—. ¡Nuestra familia tiene una reputación que mantener!

Capítulo 48

Kalinca Oliveira

Era uno de esos días en los que parecía que el mundo entero se estaba desmoronando, y todo lo que quería era esconderme.

Mi vida era un caos, tenía el corazón roto y mi mente parecía haberse desconectado del cuerpo. Había tenido una de esas semanas: tuve que huir de mi legítimo marido de mentira, encontré a mi hermana desaparecida, conté a mi familia adoptiva que había encontrado a mi familia biológica y ellos reaccionaron de la peor forma posible, creyendo que quería reemplazarlos.

Así que, después de mucho tiempo sin poner un pie en la iglesia evangélica de mi familia, decidí que era hora de volver. Primero, para estar cerca de ellos. Y segundo, porque necesitaba un refugio, un lugar donde acudir al único ser del universo capaz de escuchar sin juzgar: Dios.

Y confieso que encontré un poco de paz desde el momento en que crucé la puerta.

El lugar estaba lleno, como siempre. Y como de costumbre, me senté en el fondo, lejos de las miradas, porque quería tener mi momento a solas con Dios, sin curiosos a mi alrededor.

Mi tío, el pastor, hablaba con entusiasmo sobre la liberación del pueblo judío en Babilonia, sobre cómo, incluso ante todas las pruebas y dificultades, Dios los liberó y preparó el camino para su Víctoria.

Y aun escuchando todo aquello, lo único en lo que podía pensar era en Thiago.

Me odiaba por eso.

Él había sido mi gran amor platónico de la infancia, y ahora, después de todos estos años, lo había reencontrado. Y no podíamos estar juntos.

Marco hizo algo peor que amenazarme —porque yo nunca tuve miedo cuando se trataba solo de mí—: amenazó a mi familia, a Olivia, a los bebés, incluso a las sobrinas de Thiago.

El peso de tener la vida de todos ellos en mis manos era insoportable.

Y solo imaginar la responsabilidad si algo llegaba a pasar… me daban ganas de llorar.

—¡Oh, gloria! —gritó una hermana desde los primeros bancos.

Suspiré, sintiendo cómo la tristeza me pesaba como una tonelada de ladrillos. Cerré los ojos un instante, intentando apartar las imágenes de la boda, pero volvían una y otra vez.

Thiago, con esa sonrisa ladeada y su mirada penetrante. Estaba guapísimo en el altar. A pesar de la tensión entre nosotros, no podía dejar de pensar en eso. Y ese beso... El último beso. Fue una despedida que nunca quise dar.

Me soné la nariz, emocionada, y de repente sentí que alguien se acercaba a la silla donde estaba sentada. Una mano con un anillo me ofreció un pañuelo y estaba a punto de sonarme de nuevo cuando casi me caí para atrás.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué susto! —grité sin pensar.

Pensé que sería alguna hermana de la iglesia, o tal vez mi abuela, que siempre venía a comprobar si estaba bien. Pero no.

El pastor se detuvo en seco, y todos en la iglesia me miraron, como si acabara de invocar al mismo demonio.

Levanté las manos en un intento desesperado de disimular.

—¡Eita, gloria! ¡La serpiente será aplastada! ¡Aleluya! —dije con tono fervoroso mientras miraba a Thiago, expresando todo mi pánico y rabia.

Él me devolvió la mirada con esa expresión de gruñón que pone cuando quiere respuestas.

—¿Qué haces aquí? —mascullé.

Y allá vamos, otra vez, a discutir a susurros...

Dios, te pedí paz y me diste Guerra Fría. ¿Por qué?

—Tenemos que hablar —dijo él con voz baja y tranquila.

—No puedes estar aquí —murmuré.

—¿La iglesia no es pública?

—¡Es la Casa del Señor! ¡No te atrevas a profanarla!

—Fue el único lugar donde pensé que no huirías de mí.

Crucé los brazos, resoplando.

Mi tío, desde el púlpito, seguía con su sermón, pero su voz potente, que normalmente resonaba por toda la iglesia, se desvanecía frente a los susurros de Thiago.

Estaba demasiado cerca, y eso me irritaba.

—¡No me busques más!

—¡Eres mi mujer, por la ley y por Dios!

—¡No uses el nombre de Dios en vano! ¡Ese cura era falso!

—¡Ese cura era verdadero!

—Falso o no, recibirás los papeles del divorcio. ¡Los de verdad!

—He venido a explicártelo todo —dijo, acercándose más, y tuve que contenerme para no empujarlo—. Necesito que me escuches.

—¿Escucharte? —susurré con sarcasmo—. ¡Debería haber traído agua bendita para exorcizarte! Qué pena que no vine con mis botas de pitón para aplastar la cabeza del demonio.

—Carina. —Me sujetó del brazo—. Hablo en serio. No te mentí. Solo omití algunas cosas... porque no estaba seguro.

Puse los ojos en blanco, intentando concentrarme en el culto, pero era imposible ignorarlo.

—Y por miedo a perderte.

—¿Miedo a perderme? Ay, qué ternura. ¿Ahora te has convertido en héroe trágico? —murmuré, furiosa.

Era obvio que no se trataba solo de que me ocultó el paradero de mi hermana, sino del riesgo de vida. Pero ¿cómo explicarle eso sin provocar un efecto dominó que podría matarnos a todos?

—Kalinca, escúchame. Sí, sabía lo de Gabriela porque estaba investigando. La conocí en Río de Janeiro, hace muchos meses. Mi primo Massimo se interesó por ella y me pidió que averiguara el paradero de su familia. Entonces, al volver a São Paulo, te vi a ti.

—Humpf.

—No sabía que eras Carina. Solo sabía que podías ser pariente de Gabriela. Pero nunca te mentí sobre lo que siento por ti.

—Claro. Sabías que mi hermana estaba viva todo este tiempo y no pensaste que era importante contármelo. Enhorabuena, Thiago. Te mereces un premio al "mejor mentiroso", ¡igualito que el diablo! —hablé demasiado alto y toda la iglesia me miró—. ¡El diablo es el padre de la mentira, y Dios es la verdad! ¿Alguien puede decir amén?

—¡Amén! —respondieron todos.

—¿Ves? Ellos están de acuerdo conmigo. —Di el asunto por zanjado.

—¡Estaba intentando protegerte! Quería contártelo, pero las cosas se salieron de control.

—¿Protegerme? ¿Protegerme? —solté una risa seca—. Thiago Zampieri, el gran protector. —Con cada palabra, mi tono era más sarcástico—. ¿Sabes lo que les pasa a los que intentan controlarlo todo? Se quedan solos.

Él cerró los ojos, respiró hondo. Y cuando los abrió de nuevo, vi algo distinto. No era rabia, ni frustración. Era… ¿vulnerabilidad?

—Carina, te amo.

Me quedé paralizada.

—Sé que no fui el chico que esperabas en el pasado. Era un crío, un idiota, y jamás habría imaginado que la vida te arrancaría de mi lado. Pero lo hizo, y desde entonces, toda mi vida giró en torno a ti: averiguar qué pasó, cerrar todos los huecos, vengarte… porque creía que estabas muerta.

Me agarró del brazo y me miró profundamente a los ojos.

—Me enamoré de ti antes de descubrir quién eras. Y creo que ya te amaba incluso antes de saber tu verdadera identidad. Me equivoqué. Te decepcioné. Me perdí en el camino. Te mentí. —Vaciló un segundo, como si le costara articularlo—. Ahora solo te pido que me perdones. Por todo. Por ocultarte cosas, por miedo, por el caos. No puedo seguir viviendo sin ti.

Mi corazón latía con fuerza, pero no podía ceder.

No ahora. No con todo lo que estaba en juego.

—Thiago…

—Tú eras lo que le faltaba a mi vida, y cuando te encontré, todo cobró sentido. Sé que nos casamos por obligación, por las circunstancias, pero si pudiera elegir, me casaría contigo. Con tus discusiones, tus enfados, esa locura tuya… De hecho, ya no sé vivir sin eso.

—Tienes que aprender a vivir sin eso, Thiago. Se acabó. —Me mordí los labios y apreté la garganta para no romper a llorar.

Thiago me sujetó del brazo, suavemente pero con firmeza.

—¿Alguien te está amenazando?

Me quedé paralizada. Parecía haberlo leído en mis ojos, y eso me desarmó por completo. Antes de que pudiera decir nada, añadió:

—No estás en peligro. Estoy aquí. Te voy a proteger. No dejaré que te pase nada. Soy capaz de matar a quien…

Le tapé la boca con una bofetada.

—¡No digas esas cosas en la Casa del Señor! —lo reprendí.

Quería gritar, correr, huir de allí. Todo lo que decía hacía que mi corazón se tambalease, pero mi mente gritaba que era demasiado peligroso. Sabía que amaba a Thiago, y ese era precisamente el problema.

Amarle significaba ponerlo todo en riesgo.

El pastor comenzó a entonar un cántico de Víctoria, y aproveché para levantarme, intentando escapar de aquel enfrentamiento.

—¡Gloria a Dios, aleluya! —exclamé, casi como un grito de auxilio, mientras me alejaba del banco.

Antes de que pudiera dar un paso, Thiago se levantó a mi lado y me agarró del brazo.

—Carina.

—Me llamo Kalinca, y lo sabes.

—Kalinca —susurró, pero había tanta fuerza en su voz que sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo—. Eres mi esposa. Y no voy a rendirme contigo. Y no vas a huir de mí hasta que resolvamos esto.

Lo miré, sintiendo las lágrimas acumularse en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer.

—No hagas esto más difícil de lo que ya es, Thiago.

—Solo te pido una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que podemos superar esto juntos.

Mi corazón se rompió un poco más en ese instante.

Quería entregarme a él. Quería ceder y aceptar el amor que aún sentía. Pero el miedo, el pavor a perderlo todo, a poner en peligro a mi familia, me retenía.

—No puedo —murmuré, casi sin voz.

Él soltó mi brazo, pero siguió mirándome con una intensidad que me desarmaba.

—No voy a rendirme. Nunca he tenido que ir detrás de ninguna mujer, ¿sabes por qué?

—Estoy deseando saberlo.

—Porque siempre me creí por encima de todo. Siempre tuve a todas las mujeres que quise. El amor nunca significó nada. —Me agarró la mano, y me quedé paralizada—. Cuando Carina murió, una parte de mí murió con ella. Y ahora que has vuelto, la vida no tiene sentido sin ti. Te tendré… o la vida dejará de tener sentido.

Intenté respirar con normalidad tras esa declaración, pero cada parte de mí se tensó, con los músculos rígidos y la cabeza girando.

—Eso no va a pasar, Thiago. Te vas a cansar. Yo voy a cansarte.

Claro que no quería decir eso. Pero era lo más seguro para los dos.

—Veremos quién es más terco.

Me giré, incapaz de seguir mirándole.

Mi mente estaba en guerra con mi corazón, y sabía que, por mucho que quisiera a Thiago… no podíamos estar juntos.

Nunca más.

Capítulo 49

Kalinca Oliveira

Nunca me había sentido tan dividida.

Cuando Thiago se declaró en la iglesia, fue como si la realidad dejara de existir. Estaba allí, y por primera vez lo vi vulnerable, pidiéndome una oportunidad.

Por más que mi corazón quería decir "sí", mi cabeza gritaba "no".

Amar a Thiago no era seguro. No para mí y, lo que era aún más importante, no para mi familia.

Después de volver a casa, sus palabras seguían resonando en mi mente.

«No voy a rendirme contigo.»

Era como si, cada vez que lo recordaba, una parte de mí se rompiera, dejando un vacío. Lo amaba, siempre lo había amado.

Desde nuestra infancia, había sido el único que realmente me conmovió. Pero ahora, la vida ya no era tan sencilla.

Había demasiado en juego, demasiadas vidas en riesgo. No podía ser egoísta.

Por más que doliera, por más que me destrozara por dentro, sabía que no podíamos estar juntos. Y odiaba el hecho de que, incluso sabiéndolo, mi corazón se desbocara cada vez que pensaba en él.

A la mañana siguiente, tras una noche turbulenta, fui a casa de mi abuela, Leonor.

Gabriela y Massimo vinieron a buscarnos en coche y nos llevaron —a Priscila y a mí. Quería que toda mi familia viniera con nosotras, pero seguían con la sensación de que iban a ser reemplazados, y no quería causar más tensión después de lo que había pasado durante la madrugada.

Al llegar y presentar oficialmente a Gabriela a nuestra abuela, y tras una conversación más tranquila, ella me preguntó por qué estaba tan inquieta.

—No he podido dormir bien esta noche —empecé, intentando sonar normal, aunque la tristeza en mi voz era evidente—. Cuando

por fin lo conseguí, escuché un ruido horrible. Como si el mundo se estuviera acabando.

Priscila simplemente asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi abuela.

—Un vecino que lo vio todo dijo que una retroexcavadora derribó la casa de Olivia.

—¿Tu amiga, la embarazada? —Mi abuela se llevó la mano al pecho.

—Sí. Lo destrozaron todo, la casa entera quedó bajo los escombros: los muebles, las pertenencias... Olivia llamó a la policía, pero no acudieron de inmediato. Entonces llamó al juez Daniel, el padre de los bebés que espera, y él envió a todo un batallón al barrio. Todo sigue siendo un caos.

Gabriela se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—¿Está viva?

—Viva, gracias a Dios —dije, con voz cargada de culpa.

Mi abuela suspiró, cerró los ojos e hizo una oración en silencio.

Fue el momento de contarles a todos sobre la amenaza de Marco y todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. Mi abuela se mostró un tanto incrédula cuando le dije que había visto a Víctor, mi ex, dentro de un coche frente a mi casa.

Salió del salón un momento, fue a la cocina, tardó un poco y luego volvió con una de las empleadas de la casa, que traía una bandeja con una tetera grande y varias tazas de porcelana.

—Para calmar los ánimos —dijo. Sirvió el té y volvió a prestar atención a mi historia.

—Ese desgraciado destruyó la casa con Olivia y su madre dentro. Solo quedaban escombros cuando llegué. —Mi cuerpo temblaba de rabia y dolor mientras seguía hablando—. Prometió que, si volvía a ver a Thiago, acabaría con todos. Olivia, los bebés, las sobrinas de Thiago... nuestra familia. Lo destruirá todo si me acerco a él de nuevo.

El silencio se volvió ensordecedor. Si no fuera por el sonido de la porcelana al chocar con el platillo, habría sido aún más angustiante.

Gabriela me miró con los ojos llenos de lágrimas, y Priscila, que normalmente haría algún comentario sarcástico, permaneció en

silencio, con la mirada triste.

Leonor fue la primera en hablar. Su voz era suave, pero cargada de preocupación:

—Carina, mi querida nieta, no puedes seguir en ese lugar.

—Ni hablar —añadió Massimo, el esposo de Gabriela.

—Te aconsejo que salgas del país, vete a Europa —concluyó mi abuela.

—¿Y con qué dinero, abuela?

—¡Dinero no falta en esta familia! —replicó, ofendida—. Tu abuelo era millonario cuando lo conocí. Tu madre era de buena cuna, y tu padre también. Tenían una empresa que valía miles de millones. Toma tu parte de la herencia y empieza de nuevo en otro lugar.

—¿Y dejar a mi familia atrás? —alzé la voz—. ¡Jamás!

—Allí estarás a salvo. Marco no tiene alcance internacional. Allí podrías estar con Thiago...

—La abuela tiene razón —Gabriela acarició su abultada barriga—. No puedes dejar de vivir tu vida por culpa de ese acosador. —Miró a Massimo, como pidiéndole su apoyo en silencio—.

¿Por qué no vienes con nosotros a Italia? Massimo y yo podríamos ayudarte.

—Por supuesto. Sería maravilloso tener a la familia de Gabriela cerca de la mía.

—Tú, Priscila, tus padres, todos pueden venir. Ya encontraremos la forma de sacaros de aquí con seguridad.

La miré con gratitud, pero negué con la cabeza.

—Ya hablé con ellos sobre mudarnos a otro barrio y se negaron. No quieren dejar atrás lo que han construido. Tienen la comunidad, los proyectos sociales... además de que son muy tercos. —Tragué saliva—. Y... no puedo simplemente abandonarlos.

Priscila bajó la mirada, frustrada. Gabriela se mordió el labio y apoyó la cabeza en el hombro de Massimo.

Quería ayudarme, lo sabía. Pero esa decisión no era solo mía.

Y, aunque lo fuera, no sé si tendría el valor de dejarlo todo atrás.

—¿Y qué hay de Thiago? —preguntó Priscila—. ¿No es policía?

Suspiré, sintiendo un dolor agudo en el pecho al pensar en él.

Era imposible no pensar en él.

Desde la boda, todo se había convertido en un lío enorme. Sabía que estaba intentando protegerme, pero la verdad era que no sabía cómo lidiar con lo que sentía por él. Era demasiado intenso, demasiado complicado.

—Lo amo —confesé—. Creo que siempre lo he amado. Desde que éramos niños. Pero... nuestra situación es imposible. No puedo estar con él, no ahora. Tal vez nunca. Porque, si lo hago, Marco seguirá cumpliendo sus amenazas. Y no puedo poner en riesgo a Olivia, a su familia, a las sobrinas de Thiago... a todos nosotros... por un sentimiento.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, y fue la primera vez que decía eso en voz alta. Admitir que, por mucho que amara a Thiago, no podíamos estar juntos fue como clavarme un cuchillo en el pecho.

Leonor se acercó y se sentó a mi lado en el sofá.

Tomó mis manos y las apretó con firmeza, transmitiéndome la fuerza que tanto necesitaba.

—Carina, entiendo tu dolor. Y entiendo tu sacrificio. Pero quiero que sepas algo: el amor verdadero es raro. No aparece en

cada esquina. Si de verdad crees que Thiago es el hombre adecuado para ti, no puedes simplemente dejarlo escapar. —Sus ojos brillaban con la sabiduría que dan los años—. A veces hay que luchar por lo que se ama. Incluso cuando el camino parece imposible.

Bajé la cabeza, intentando contener las lágrimas.

Todo dentro de mí estaba hecho pedazos. ¿Cómo podía luchar por Thiago cuando había tantas vidas en juego? Pero, al mismo tiempo, ¿cómo seguir adelante sabiendo que lo estaba dejando atrás?

—Tienes que protegerte, Kalinca —dijo Gabriela con suavidad —. Y proteger a los que amas. Lo entiendo más de lo que crees. Pero... no dejes que el miedo sea lo único que guíe tus decisiones.

Al mirar a mis hermanas, me di cuenta de cuánto se preocupaban por mí. Y de cuánto habían crecido.

El miedo y la culpa de no haber sido una buena hermana seguían ahí, pero también sentí orgullo y una pizca de paz al ver que querían cuidar de mí.

—Yo solo... —respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos—. Solo desearía que todo fuera más sencillo. Que no hubiera tantos riesgos. Que pudiera... simplemente ser feliz con él.

—La vida nunca es sencilla, querida —afirmó Leonor con una sonrisa triste—. Pero lo que haces con esas complicaciones es lo que define quién eres. Si crees que el amor entre vosotros puede superar todo esto, quizás ha llegado el momento de intentar algo distinto. Tal vez necesites más fe en ti misma. Y en él.

La miré y entendí que tenía razón.

En el fondo, sabía que Thiago era el hombre al que amaba, el hombre con quien quería estar. Pero el miedo a perderlo todo, a poner a todos en peligro, aún me paralizaba.

—Necesito pensar —dije, sintiendo cómo el peso de las emociones me ahogaba.

Me aislé el resto del día, salí al exterior de la casa y me senté frente al lago a observar los peces, el reflejo de los árboles y del cielo... cualquier cosa que pudiera distraerme de Thiago.

Y una hora después, cuando mi abuela vino a buscarme para que entrara, ¿a quién vi llegar en coche? Al mismísimo.

Thiago, el tal doctor Jeon del que tanto hablaba Priscila, y un hombre con cara de pocos amigos bajaron del vehículo y entraron en la propiedad.

Todos parecían entusiasmados por recibirlos. Todos, menos yo.

Ignoré completamente a Thiago cuando se acercó, saludé a Santo, hermano de Massimo, y arrastré al doctor Jeon hacia la cocina.

—Un placer conocerla, Kalinca —dijo él con una sonrisa; sus ojos se entrecerraron un poco al hacerlo.

—Solo quería tener una conversación tranquila con usted, doctor Jeon. Presentarme formalmente.

Abrí el cajón de la cocina, tomé el cuchillo más grande que encontré y avancé hacia él.

—¿Qué quieres con mi hermana menor? ¿Cuáles son tus intenciones? ¿De qué dorama has salido: *Vincenzo*, *Mi demonio favorito* o *Belleza verdadera*? —mascullé.

Al menor signo de vacilación, acerqué el cuchillo a su cuello.

—Escúchame bien: Priscila es mi hermana menor. Una ya está embarazada. Otro parece que intenta dejarme embarazada. —Entrecerré los ojos—. Si vienes con jueguecitos hacia mi hermana... —Bajé el cuchillo—. Te circuncido en seco.

—¡KALINCA! —Priscila vino corriendo en cuanto vio lo que estaba haciendo—. ¿¡Pero qué significa esto!?

—Me estoy presentando adecuadamente al famoso doctor Jeon —sonreí con aire angelical.

—No le hagas caso, está completamente chiflada desde hace años —explicó Priscila.

—Desde hace 28 años —añadí.

—Carina... —Esta vez fue la voz de Thiago, y eso bastó para sacarme de quicio.

Salí de la cocina cuchillo en mano.

—¡Carina nada! ¡Aléjate de mí! —gruñí.

—Dios mío... —suspiró Priscila antes de que saliera—. Para estos dos, hasta un plato de arroz con frijoles se convierte en discusión. Qué locura. —Se volvió hacia Jeon, revisando si estaba bien—. ¿La neurociencia dice algo sobre esto?

—Sí —respondió el doctor.

—¿Qué?

—Ganas de hacer bebés, probablemente.

Capítulo 50

Thiago Zampieri

Necesitaba hablar con Kalinca.

Después de todo lo que había pasado, no podía simplemente dejar las cosas como estaban. Ella siempre había sido terca, pero esta vez parecía decidida a alejarse, como si creyera que esa era la única forma de protegernos.

El problema era que no lograba entender de dónde salía esa idea.

En cuanto la vi, intenté acercarme, pero ya venía preparada para atacarme, como siempre. No esperaba menos.

—Sé que ir a la iglesia de tu familia no fue la mejor idea, ¡pero me estás ignorando! —la seguí por la casa.

Ella no se detuvo ni un segundo. No sabía si realmente iba a algún sitio, o si su único destino era estar lejos de mí.

—Y voy a seguir ignorándote.

—No entiendo cómo pude haberte ofendido tanto, si ni siquiera sabía quién eras desde el principio. Pero, al parecer, tú sí sabías quién era yo y no dijiste nada.

—No intentes echarme la culpa, Thiago. ¡Te parto por la mitad! Eres grande, pero no estás loco.

—Dos cosas. Soy grande, pero no soy dos —la corregí.

Se echó el pelo hacia atrás y se giró con una furia en los ojos como si quisiera atropellarme.

—Loco, hijo. Eres grande, pero no estás loco. ¡Podrías ser cuatro, que aun así yo, en este estado alterado, te tumbo a ti y a esta casa! —gruñó—. ¡Aléjate de mí! ¡Vete ya!

—Kalinca, no sé de qué estás hablando. —Mi voz sonó más baja de lo que pretendía—. Tenemos que hablar de esto.

—¡No! —casi gritó—. ¡No tenemos que hablar de nada! ¡Ya no sirve de nada! ¡La casa de Olivia fue destruida, Thiago! ¡Y es culpa tuya!

El golpe me llegó de lleno.

¿Casa destruida? ¿Olivia? ¿Cómo podía ser culpa mía?

—¿Puedes explicarme eso?

—¡Tú! Tú eres el verdadero culpable de todo esto. La grabación para incriminar a esa empresa, el matrimonio falso... no sé cómo lograste enfurecer a Víctor y a Marco, ¡pero saben lo nuestro! —Dudó un segundo, como si se hubiera pasado de la raya.

—¿Víctor? —fruncí el ceño.

—No quieren que estemos juntos. Y Marco prometió que destruiría todo lo que amo si no me alejaba de ti. Así que haznos un favor a los dos y...

—¿Entonces por eso me estás evitando? ¿Por Marco?

Kalinca cruzó los brazos, con los ojos brillando de frustración.

—No lo entiendes, o haces como que no lo entiendes. Es peligroso. A ti, a tus sobrinas, a Olivia y a sus hijos, incluso a tu familia... los va a perseguir a todos. Destruyó la casa de Olivia, y hará algo aún peor si sigo acercándome a ti.

—Kalinca, yo... —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. No tenía ni idea de que la amenaza era tan real y tan cercana—. Te juro que no sabía que eso estaba ocurriendo. Si lo hubiera sabido, habría hecho algo.

Ella puso los ojos en blanco.

—No importa. El hecho es que tenemos que mantenernos lejos el uno del otro. Es la única forma de mantener a todos a salvo.

Quería discutirlo, pero la seriedad en su mirada me paralizó.

Ella realmente creía eso. Y, por más que eso me desgarrara por dentro, sabía que no servía de nada insistir.

Le di el espacio que necesitaba, y yo también necesitaba procesar esas palabras.

Lo que había pasado en casa de Olivia era un crimen, y no tenía dudas de que Daniel movería cielo y tierra para encerrar a quien fuera por haber puesto en peligro a sus bebés.

Salí al exterior y me senté en una mesa donde Santo y Jeon estaban jugando al ajedrez.

—Ya sé por qué está rara.

—Dime.

—Dice que fue amenazada y que tiene que alejarse para proteger a las personas que amamos. Pero... ¿por qué no confiar en mí? ¿Por qué no denunciarlo a la policía? —pregunté.

Santo me miró un momento antes de suspirar.

—Tiene miedo —dijo Jeon, con el tono de un gurú budista—. Y el miedo nos lleva a tomar decisiones impulsivas e irracionales. Si cree que alejarse va a proteger a todos, puede que esté intentando hacer lo que considera correcto. Es la solución en su cabeza, pero no es la única.

—Lo que el Dalai Lama quiso decir es: mírame —Santo me clavó los ojos—. Escucha a quien controla Milán y otras ciudades con la palma de la mano.

—Dilo.

—¡No confíes en la policía, idiota! —rezongó—. Yo controlo la policía de Milán. Les doy maletines de dinero y hacen desaparecer cadáveres, eliminan pruebas, encarcelan a quien yo diga. Y además está ese tal Marco metido en todo…

Me dejé caer en la silla, frustrado.

—¿Y qué hago, entonces? ¿Me alejo de ella para proteger a todos? ¿O voy tras ella y lo arriesgo todo?

Santo se encogió de hombros.

—Tu problema es que eres un tipo correcto, de esos que siguen las reglas. Yo ya habría entrado en ese barrio con dos granadas y una ametralladora, y habría resuelto el problema de todos. Nadie se mete con los míos. Nadie me gana en nada. Todo tiene consecuencias.

Jeon se quedó paralizado, con la mano sobre la pieza del alfil.

—Jaque —dijo el oriental con voz débil.

—Pero, canalizando a mi amigo Buda aquí presente, diré que a veces hay que encontrar un punto medio —Santo tumbó el alfil con la reina y la colocó frente al rey de Jeon—. Tal vez, antes de decidir cualquier cosa, necesites entender completamente lo que está pasando. Y parece que aún no lo sabes todo.

Tenía razón, claro.

Santo siempre tenía una forma más clara de ver las cosas que yo. No servía de nada seguir con conjeturas si no conocía toda la historia.

Volví a la casa y vi a las tres hermanas reunidas en la mesa, observando un objeto. Priscila intentaba sacarle una foto con el móvil, seguramente buscándolo en Google Lens para ver si encontraba alguna pista sobre qué demonios era eso.

—Si ni internet lo reconoce, es que no existe.

—Tiene que haber una explicación. Nuestro padre no habría dejado esto si no significara algo...

Al acercarme, vi que se trataba de una llave negra de dos piezas: una era la varilla, la otra tenía forma de "X".

—Igual era solo un juguete... Algo sentimental.

—Es la llave de una caja fuerte subterránea —dije, captando de inmediato la atención de las tres.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Priscila.

—No. Ignóralo. Solo está intentando llamar mi atención —Kalinca giró la cara.

—Mi familia tiene una. Mi madre guarda allí joyas y documentos de las propiedades... fue diseñada por vuestro padre —suspiré.

Kalinca se interesó al instante y me miró fijamente.

—¿Mi padre?

—Sí. Él desarrolló una caja fuerte inviolable. Le ofrecieron miles de millones por vender la tecnología, pero prefirió construir

una especie de banco subterráneo con más de cien cajas. Mi familia tiene una de ellas.

—¿Entonces sabes dónde está la puerta que abre esto? —Se levantó y vino hacia mí.

Di unos pasos atrás y señalé sus pies con el dedo.

—No. No te acerques. Es peligroso.

—Thiago...

—No, Kalinca, ni un paso más —me burlé—. Marco puede caer del techo y atacarnos a todos.

—Idiota.

—Cabeza dura.

—Capullo.

—Guapa.

—¡Ya basta, por favor! —interrumpió Priscila—. Luego os hacéis vuestros bebés, todos sabemos que va a pasar. Lo importante ahora es: ¿puedes llevarnos hasta la caja fuerte, Rapunzel de la Federal?

—Solo porque lo has pedido con cariño —sonreí—. Pero antes de eso, tu hermana tiene que ser honesta conmigo. —Miré directamente a Kalinca, desafiándola—. ¿Quieres la puerta que abre la caja? Pues yo quiero que me lo cuentes todo. Esas amenazas, lo que viste, lo que él te dijo. Y después, déjame ocuparme de esto.

Kalinca miró a su hermana, luego a mí, y por último a la llave que colgaba entre sus dedos, como si pesara demasiado.

—Te lo contaré, de camino a la caja fuerte —gruñó.

—Entonces sube al coche y vamos a dar ese paseo.

Capítulo 51

Kalinca Oliveira

Durante una hora, mientras viajábamos hacia São Paulo, la capital, le conté todo lo que recordaba a Thiago. Y, a medida que me desahogaba, sentí cómo el peso se iba aligerando de mis hombros.

Priscila iba sentada en el asiento trasero junto al doctor Jeon, y yo ocupaba el del copiloto, al lado de Thiago, que no apartó la vista de la carretera ni un segundo. Mantenía el rostro serio y no mostró ninguna reacción a mis palabras.

—¿Estás seguro de que vamos al lugar correcto? —pregunté.

—Sí. Vamos a la segunda filial de Leão&Dourado.

—¿La empresa que compró la compañía de mi padre?

—Exacto.

—¿Y estás seguro de que la caja fuerte sigue allí? ¿Y si la trasladaron a otro sitio? ¿O la vaciaron?

—Es una caja fuerte inviolable, con una tecnología que hoy en día utilizan bancos de varios países europeos. Una tecnología creada por tu padre —me miró de reojo—. Nadie podría abrir su caja sin la llave.

Apoyé la cabeza contra el cristal de la ventana y dejé que mis pensamientos vagaran.

Giraba la llave entre los dedos, intentando imaginar cómo sería el lugar. Me asustaba solo de pensar que, si giraba con demasiada fuerza, podía romperla justo al abrir la puerta.

Poco después, el coche empezó a desacelerar, y a lo lejos pude ver el complejo de la empresa. La sede de Leão&Dourado era impresionante: un edificio enorme y moderno, hecho de vidrio y metal, con líneas audaces que contrastaban con el cielo de la tarde. A su alrededor, varios módulos y edificios más pequeños, todos con un aspecto igual de sólido. La visión de aquella empresa que ahora llevaba el legado de nuestra familia me oprimió el pecho.

—Eran empresas distintas, pero cuando Graco Leão compró la de tu padre, derribaron los muros y lo convirtieron en un único polo empresarial —explicó Thiago.

Al llegar al aparcamiento, el coche de Massimo —con Leonor, Gabriela y Santo— se detuvo justo detrás del nuestro. Todos bajamos al mismo tiempo y nos reunimos frente a la entrada principal.

Pasamos por un control de seguridad estricto. Nadie nos hizo preguntas, y seguimos nuestro camino. Intenté controlar la ansiedad que me subía por la garganta, pero era casi imposible.

Temblaba por completo.

—La caja fuerte está en el subsuelo, en este edificio que antes era la sede de la empresa de tu padre —comentó Thiago mientras caminábamos entre los edificios menores del complejo—. Está allí desde que se fundó la empresa, y está hecha del material más resistente y seguro que existe.

—¿Qué hay dentro de esa caja? —preguntó Jeon.

—Nadie lo sabe. Probablemente dinero y documentos de la empresa, tal vez —aventuró Thiago.

Caminamos por un pasillo largo y frío, y al llegar al segundo edificio más alto del complejo —solo superado por la sede principal de Leão&Dourado—, Thiago nos guió hasta una puerta pesada que conducía al subsuelo.

La sensación de claustrofobia aumentaba a medida que descendíamos por las escaleras de hormigón, con cada paso resonando en aquel espacio vacío.

Recorrimos un pasillo largo —aparentemente sin puertas— hasta que la llave en mi mano comenzó a brillar. Ya no era negra, sino completamente blanca.

—Hemos llegado —dijo Thiago, mirando mi mano.

—¿Dónde está la cerradura?

—La llave es la que lo indica.

—¿Cómo que la llave lo indica?

—Acércala a la puerta —sugirió.

Aquello me pareció una tontería al principio. Pasé la llave por la puerta como si fuera una tarjeta en una máquina de cobro, y al inclinarla ligeramente hacia la derecha, sentí que la absorbía. Antes de que pudiera ver la ranura, se abrió una pequeña hendidura en forma de "X" y se tragó la llave. Del blanco emergieron unos números dorados que comenzaron a moverse sin parar.

De pronto, la puerta empezó a revelarse ante nuestros ojos. Al principio parecía una pared más, pero poco a poco fueron

apareciendo los contornos: era inmensa, de más de tres metros de altura, y cuando se desprendió, me dio la impresión de estar ante una fortaleza.

—Aquí estamos —dijo Thiago, cruzándose de brazos.

Algo no me cuadraba.

En cuanto se reveló la entrada, noté marcas extrañas a su alrededor: arañazos profundos, quemaduras e incluso señales de que alguien había intentado forzarla.

Mi corazón se aceleró.

—Parece que alguien ya intentó entrar —murmuré.

Thiago frunció el ceño, observando los daños con atención. Priscila y Jeon se acercaron también para examinar las marcas.

—Quienquiera que lo haya intentado, no lo consiguió —respondió—. Pero esto indica que no fuimos los primeros en venir ni en conocer su ubicación.

Giré la llave con delicadeza, como si fuera un gesto de cortesía, y con un leve sonido metálico, la puerta se abrió.

El ambiente pareció volverse más denso, y una brisa fría escapó de la sala a medida que la puerta revelaba lo que había

dentro.

Al entrar, nos encontramos con una visión impactante.

La sala era amplia, iluminada por luces automáticas que se encendieron conforme avanzábamos. El suelo era de mármol pulido, y a los lados había estanterías llenas de joyas, lingotes de oro y montones de diamantes. También había fajos de billetes, como si hubiéramos entrado en un cuento de hadas o en la cámara acorazada de una película de acción.

—¡Dios mío, estamos realmente forradas! —Priscila me apretó el brazo.

Pero lo que más llamó mi atención fue la mesa en el centro de la sala. Sobre ella reposaba un libro enorme de tapa dura, antiguo y visiblemente desgastado.

Era grande, con un aire de objeto histórico, algo que había sido consultado una y otra vez a lo largo de los años.

Me acerqué lentamente, sintiendo una extraña conexión con aquel objeto. Era como si supiera que, dentro de ese libro, encontraría respuestas.

Al abrirlo, el corazón me dio un vuelco. Las páginas estaban llenas de anotaciones, y en las primeras reconocí de inmediato la letra de mi padre.

—Es un diario —murmuré.

Thiago se acercó, leyendo las palabras conmigo.

Había descripciones detalladas del día a día, fotos de sus viajes con mamá, fotos de ella embarazada… pero lo que más me tocó fueron las menciones a mí y a mis hermanas. Había una foto mía pegada a una de las páginas, y al lado, una nota: "Carina caminó por primera vez hoy."

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas mientras pasaba las páginas y encontraba más fotos y anotaciones sobre mi vida y la de Priscila y Gabriela. Era como revivir mi infancia a través de los ojos de mi padre.

—Él... él lo anotaba todo —dije con la voz quebrada.

Thiago colocó una mano sobre mi hombro y la acarició con ternura.

Mientras seguía hojeando las páginas, llegué a una anotación al final del diario. Las palabras estaban subrayadas, como si tuvieran

una importancia vital.

"Entregar los documentos y grabadoras a Elizabeth Boccuti y Wilhermina Reinhardt Magno. Confía en ellas."

—¿Elizabeth Boccuti? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Era la esposa de Rodrigo Leão, el fundador de la empresa —explicó mi abuela, saliendo de detrás de todos—. Y Wilhermina... una vieja amiga, muy querida —esbozó una sonrisa contenida.

—¿Todavía mantiene contacto con ellas?

—Hace tiempo que no hablamos. Han pasado los últimos años viajando fuera del país. Pero les enviaré un mensaje —aseguró.

—¿Dónde están esos documentos y grabadoras? —pregunté, mirando a mi alrededor.

La respuesta estaba al fondo de la sala.

En los armarios que cubrían la pared, empezamos a abrir cajones y puertas hasta que encontramos unas cajas metálicas cerradas con candados.

—Estos son candados normales, así que podremos romperlos. A menos que encontremos las llaves...

Se formó una pequeña fuerza de tarea en el lugar, donde todos registraban cada rincón en busca de las llaves de las cajas.

Santo, que no parecía tener mucha paciencia, disparó a uno de los candados y abrió la caja. Thiago y él comenzaron a hojear los documentos, que estaban perfectamente conservados.

—Esto de aquí... son fraudes en licitaciones de la ciudad de São Paulo —murmuró, pasando las páginas con rapidez—. Incriminan a mucha gente importante. Políticos, empresarios, banqueros...

—No solo de São Paulo —añadió Santo mientras examinaba —. Hay un proyecto de expansión para el resto del país, además de mapas que indican dónde guarda sus recursos el crimen organizado.

Mi corazón se detuvo por un momento. Todo empezaba a tener sentido.

La persecución, las amenazas, el incendio en la mansión... todo estaba relacionado con esos documentos.

Mientras Thiago y Santo revisaban los papeles, yo seguí inspeccionando los armarios. Abrí cada una de sus puertas, y en una de ellas encontré un móvil antiguo, del tipo que usábamos hace más de una década. Estaba conectado a un cargador.

—Dios mío, mira esta reliquia salida de la Edad de Piedra —rió Priscila.

La batería estaba cargada, probablemente ya viciada, y al desbloquear la pantalla vi un mensaje de voz sin escuchar.

El estómago se me revolvió de ansiedad.

Subí el volumen y me estremecí al oír la voz de mi padre.

—¿Has pensado en mi propuesta, Marcelo? —era una voz desconocida.

—Es Karlos, mi hijo, el que sobrevivió aquella noche del incendio —explicó mi abuela.

—He revisado tus papeles y lo he meditado mucho, Karlos. Incluso pedí a uno de mis hombres de confianza que investigara mejor el proyecto —respondió mi padre, con tono serio, visiblemente molesto.

Oír su voz despertó recuerdos que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Y entonces?

—Eso de la Facción del Comando Soberano no es para mí. Soy ingeniero, inventor, y no quiero que las soluciones que he creado acaben en manos del crimen organizado de esta ciudad.

—No has entendido nada, Marcelo —se rió—. No se trata solo del crimen organizado de esta ciudad. El FCS va a dominar el país.

—Aun así, no me interesa.

—¿Te vas a quedar fuera mientras todos los grandes empresarios ya se han subido al barco? Víctor, Albert, Bruno, Graco y Robert están dentro. Tú ya ayudas al FCS guardando buena parte del dinero ilegal aquí...

Mi padre suspiró, como si aquella información le irritara profundamente.

—Blanquear dinero del narcotráfico y del crimen para hacerlo legal sería tu parte del trato. Claro que algunos han optado por hacerlo a través de iglesias o empresas fantasma, pero tú tienes un banco secreto que las autoridades desconocen.

—Mi proyecto no fue creado para eso, Karlos. Si la policía lo descubre...

—¡Ellos controlan a la policía, joder! Tienen abogados, jueces, políticos en el estado y en el gobierno federal. La Facción del Comando Soberano va a tomar el país y crear un gobierno paralelo, contigo o sin ti. Con tu ayuda, no necesitarían esconder el dinero en el extranjero ni correr riesgos. Piensa en los privilegios que tendría tu familia, Marcelo.

—No. Karlos, te respeto. Eres hermano de mi esposa. Siempre fuiste un tío cariñoso y atento con las niñas, pero ese es un límite que no pienso cruzar —mi padre se mantuvo firme.

Y eso me llenó de orgullo, aun sabiendo cuál sería su destino.

—El sistema no te va a proteger, Marcelo. Poco a poco, el FCS se está convirtiendo en el sistema. Podrían matarte mañana mismo y borrar todo rastro.

—No le tengo miedo a delincuentes, ni de arriba ni de abajo. Diles a tus amigos que he rechazado su oferta y que no quiero formar parte de la destrucción de mi ciudad.

Karlos soltó una carcajada. Una risa tan asquerosa que me dieron ganas de golpearle la cara.

—Ellos mantienen viva una "Cracolândia" en pleno centro de la ciudad. Aumentan los índices de criminalidad y el deterioro urbano

para bajar los precios de las propiedades, comprarlas y establecer allí sus centros. Financiaron políticos, jueces, policías e iglesias para que todo funcione a su favor. ¿De verdad crees que van a aceptar un "no" tuyo sin más?

—No me importa lo que hagan o dejen de hacer. Voy a mantener mi conciencia tranquila hasta el final.

El sonido estático de interferencia puso fin a la grabación, y la sala quedó sumida en un silencio absoluto. La fecha de la llamada coincidía con el día del incendio de mi casa, pocas horas antes.

El peso de aquellas palabras me golpeó con fuerza, como una tormenta.

La casa había sido incendiada porque mi padre se negó a ceder ante las presiones del crimen organizado. No solo se resistió, sino que guardó dosieres que los incriminaban a todos.

Miré a Thiago, que también parecía afectado por la revelación.

Y el silencio que cayó entre nosotros decía más que cualquier palabra.

Capítulo 52

Thiago Zampieri

Kalinca estaba sentada frente a mí, con la mirada perdida en algún punto de la sala. Parecía sin esperanza, como si toda la lucha le hubiese drenado hasta la última gota de energía.

No era la primera vez que la veía así, pero había algo en la forma en que me miraba hoy... era distinto.

—¿Qué vamos a hacer?

Parecía completamente desanimada.

Santo, a su lado, tenía las manos cruzadas detrás de la cabeza, como si todo aquello fuera solo otro lunes cualquiera.

Él era así: siempre despreocupado, pero eficaz cuando la situación lo exigía.

—¿Y tú qué quieres hacer, chica? —Se giró hacia ella.

—Quiero arreglar todo esto.

—Para arreglar todo esto vamos a necesitar lanzar una bomba nuclear en la mierda de tu país. ¿Te parece bien?

Kalinca lo miró, atónita.

—Hablo en serio.

—Yo también. ¿La prefieres en Brasilia, São Paulo o en Río de Janeiro? —se burló.

—Santo... —lo reprendí, intentando que dejara las bromas.

—Hagamos lo siguiente. Tú, gótica oscura con alma más negra que un café frío, vas a hacer cinco copias de todos estos documentos. Llévate al empollón contigo —miró a Jeon—. Tú te llevas a tu abuela, volvéis a casa, sacáis a toda la familia de allí y os vais a un lugar seguro.

Kalinca se quedó en silencio un momento, quizá intentando procesar las órdenes que le estaba dando mi primo.

—El policía correcto y yo —me señaló— vamos a lanzar una bomba literal, pero no nuclear, en casa de Marco. Lo demás lo improvisamos.

Sentí un escalofrío en el estómago al escuchar todo eso y estuve a punto de protestar.

—¿Tienes un plan mejor? —cruzó los brazos.

—Necesitamos tiempo, primo.

—Esta mierda lleva aquí veinte años y no ha solucionado nada. ¿Quieres más tiempo para qué?

—Tiene razón —dijo Jeon, para sorpresa de todos—. Un golpe fuerte en la cabeza puede dejar a todos aturdidos. Y eso es lo que él quiere hacer: golpear la cabeza de Marco.

—Yo quiero volar este país —aclaró el italiano—. O quedarme con el crimen organizado, que ahora mismo no tengo nada que hacer, así que venga.

Aplaudió y puso a todos a trabajar, cargando las cajas de documentos y llevándolas a los coches.

*

Aquella noche, ya casi de madrugada, después de revisar y repensar el plan mil veces, Santo cogió un coche blindado a nombre de un testaferro, cambió la matrícula y nos llevó hasta el barrio

donde Kalinca había crecido, el mismo lugar en el que Marco se escondía con sus matones.

Iba al volante, concentrado, pero con una sonrisa ladeada, casi sádica. Para él, todo aquello era como una tarde de domingo jugando al dominó. Para mí, era cuestión de vida o muerte.

Y yo no podía perder a Kalinca.

—¿Todavía eres buen tirador? —preguntó.

—Solo pasé siete años al frente de la seguridad de un juez perseguido por el crimen organizado, y neutralicé a unos cuantos locos que se cruzaron en mi camino.

—Perfecto, vamos a poner a prueba tus habilidades hoy.

Asentí, respirando hondo. Sabía exactamente qué hacer.

El plan era sencillo: iríamos hasta la casa de Marco, causaríamos una explosión para sacarlo a él y a sus hombres de allí, y los atraeríamos hasta la nave que yo había comprado para Kalinca.

Cuando llegamos a la casa de Marco, Santo aparcó el coche en un callejón a unos metros de distancia. Me miró, señalando los puntos débiles en la defensa del lugar y mostrando que había francotiradores apostados por la zona.

—¿Listo?

No lo estaba del todo. ¿Quién lo estaría?

—Vamos a volarlo todo.

—Ese es mi primo favorito.

Coloqué el silenciador en el arma y apunté a un hombre que habría pasado desapercibido si no me hubiera fijado. Estaba en lo alto de una casa. Disparé y alcancé a oír el cuerpo caer.

Santo comenzó a conducir lentamente hacia la casa de Marco. Yo derribé a otros dos tiradores en los tejados. Cuando llegamos frente al portón de su casa, Santo bajó la ventanilla, quitó el pasador de unas granadas y las lanzó por encima del muro.

—¡Jo, jo, jo, hijo de puta! ¡Feliz Navidad!

El sonido de la explosión llegó justo después. Una onda de calor y humo se expandió por el aire, y los gritos que siguieron confirmaron que habíamos conseguido la atención que buscábamos.

Santo esperó a que se abriera la puerta de la casa. Marco y sus hombres salieron tambaleándose, armados hasta los dientes, disparando.

—Me encanta resolver los problemas de mi familia —dijo Santo, de buen humor.

Marco y sus matones vinieron detrás, corriendo y disparando, pero Santo pisó el acelerador a fondo y nos alejamos lo suficiente para que nos siguieran. Sabíamos que lo harían hasta la nave. Era la última pieza del rompecabezas.

Mientras Santo conducía por las calles oscuras y estrechas, los disparos no cesaban. Saqué mi arma, bajé la ventanilla y comencé a responder al fuego, apuntando a los idiotas que se asomaban por las ventanillas del vehículo enemigo.

Las balas silbaban a nuestro alrededor y el ruido ensordecedor era constante.

—¿Pero qué haces, loco? —Le agarré del hombro.

Desvió el coche del camino y condujo hasta un cuartel de la policía. Lanzó una granada allí y volvió a pisar el acelerador con fuerza.

—¡Una fiesta no es fiesta si no hay mucha gente!

Una de las ruedas reventó con uno de los tiros de Marco. El coche derrapó un segundo antes de que él lograra estabilizarlo.

—Es como un dedito en el culo. Al principio asusta, pero luego se vuelve divertido.

—¡Esto no tiene ni puta gracia! —gruñí.

—¡Pues relájate y disfruta, cazzo!

Sujetó el volante con una mano, sacó el arma de la cintura y disparó hacia atrás, mirando por el retrovisor. Logró hacer volcar uno de los coches enemigos así.

La persecución continuó por las calles de São Paulo hasta que finalmente salimos de la ciudad y llegamos a la nave.

Santo aparcó dentro del edificio y yo observé las cajas con copias de los documentos alineadas detrás de nosotros. Unos segundos después, vi las luces de los coches de Marco acercarse.

Marco y sus hombres dejaron los vehículos fuera y vinieron directos hacia nosotros.

—Thiago, Thiago... —dijo Marco al verme—. Sabía que tenía que ser un idiota para hacer esto, pero tú... Me sorprendes.

—¿Te gusta amenazar a mujeres guapas e indefensas, Marco? —lo provoqué.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—¿De verdad crees que puedes enfrentarte a mí? ¿Que puedes derribarme? Estás jugando a un juego muy peligroso, Zampieri.

—Lo creo.

Marco y sus hombres alzaron las armas en nuestra dirección. Santo subió los cristales y giró el coche. Pisó el acelerador con fuerza.

—¡Hoy es el día que pierdo el carné de conducir!

Nos dispararon con todo lo que tenían. El cristal comenzó a astillarse y perdimos de vista a nuestros enemigos. Aun así, con un trompo, Santo logró atropellar al menos a una decena de ellos, giró el coche y abrió la puerta rápidamente. Salimos disparando sin mirar a quién.

—No importa lo que hagáis —gritó Marco, escondido detrás de sus hombres, que caían uno a uno—. La facción siempre tendrá el control. No sois más que peones en este juego. No podéis cambiar nada.

Las balas cortaban el aire, el ruido ensordecedor del metal contra el metal era constante. Parecía interminable. Nos refugiamos

detrás del coche blindado para recargar, mientras escuchábamos a Marco gritar que dispararan contra nosotros.

—¿Granadita? —Santo quitó el pasador de una y me la puso en la mano, como si me estuviera regalando algo.

—¡Mierda! —gruñí, y la lancé lejos, por encima de los hombres de Marco.

La explosión levantó humo, polvo y metralla en todas direcciones. Mi primo me miró con orgullo.

—Qué gusto corromperte. Qué gusto verte crecer. La ley está bien, pero ¿sabes qué es aún mejor?

—¿Qué?

—Hacer locuras por la mujer que uno ama —me guiñó un ojo —. ¡Granadita! —avisó, y lanzó otra.

El olor a pólvora y sudor lo impregnaba todo, y el eco de las balas rebotando en las paredes, en el coche, por todas partes, me mantenía en tensión.

Entonces, en un instante de silencio repentino, me di cuenta de que todos los matones de Marco estaban en el suelo. Todos habían caído.

Solo quedábamos Santo, Marco y yo.

Cuando el polvo se disipó y salimos de detrás del coche, vimos los cuerpos esparcidos por el suelo y a Marco a lo lejos, casi en la carretera, listo para huir.

—¿Ya te vas? Quédate, que aún queda munición —dijo Santo mientras recargaba el arma.

Marco sacó un cuchillo de combate de la cintura, los ojos llenos de una locura peligrosa, y avanzó hacia nosotros.

—¡Esto no va a acabar como tú crees, Zampieri!

Lo miré fijamente, con el corazón acelerado.

Sabía que esa pelea tenía que acabar cuanto antes.

Marco se lanzó contra mí, cuchillo en mano, y me preparé para el impacto. Era rápido, echaba espuma por la boca de lo drogado que estaba, con los ojos inyectados en sangre, apestando a alcohol y a sustancias.

Nos chocamos y empezó el cuerpo a cuerpo. Intentó apuñalarme varias veces. Al principio esquivé, luego le torcí la muñeca y se la disloqué, pero eso solo lo hizo enloquecer más, y la hoja acabó rozándome la piel.

Lo empujé con fuerza, lejos de mí. Pero volvió, como una bestia, lanzando puñetazos y patadas, intentando derribarme. Estaba claro que actuaba por odio, frustración y desesperación por haber salido de su escondite esa noche.

Yo, en cambio, tenía muy claro lo que hacía.

Si ese era el precio por tener a Kalinca y devolverle la paz, lo pagaría con toda la ciudad, solo por verla respirar aliviada.

Mi mente volvió a ella, a todo lo que había sufrido, al dolor que Marco le causó a ella y a su familia. No podía permitir que él saliera Víctorioso de todo esto.

Con un último esfuerzo, logré desarmarlo, lanzando el cuchillo lejos. Intentó golpearme de nuevo, pero bloqueé el golpe y lo inmovilicé contra el suelo con un movimiento rápido. Caímos sobre los cuerpos, entre los escombros, intercambiando golpes hasta que uno de los dos se desmayara.

Sentía el cansancio en cada músculo, pero no podía parar.

Marco no podía ganar.

—Puedes derrotarme, Thiago. Pero eso no va a cambiar nada. Mi facción seguirá existiendo. Y tú no puedes evitarlo.

Lo miré, jadeando.

—Tal vez. Pero tú no volverás a hacerle daño a nadie.

Con un último aliento, le di un cabezazo que lo dejó aturdido. Luego, un puñetazo tan fuerte que cayó inconsciente.

Santo se acercó, limpiándose la sangre de un corte en la cara, con esa sonrisa suya de siempre.

—Por si acaso... vamos a dejarle un consolador en los calzoncillos —dijo mientras metía una granada sin pasador dentro del pantalón de Marco y se alejaba tranquilamente—. Regalito de Navidad.

—¡Maldito idiota! —grité.

Me aferré al suelo con las uñas, me arrastré, corrí como un perro durante dos segundos y luego me lancé tan lejos como pude.

La explosión arrasó con todo y lanzó escombros en todas direcciones.

A lo lejos, el sonido de las sirenas de la policía se volvió ensordecedor. Entonces, Santo me agarró por el hombro y me llevó por la parte trasera del lugar.

—Ahora hay que salir rápido de aquí. Y dejar que ellos encuentren los documentos.

Yo sabía que eso era solo una parte de la batalla.

La facción seguía existiendo, pero en ese momento, lo único que importaba era que Kalinca estaba a salvo. Luché por ella, y vencer a Marco era la prueba de que la protegería.

Pero antes de recuperarla, aún nos quedaba una última parada.

Y después iría a buscarla, decirle todo lo que sentía y demostrarle que, sin importar sus miedos, haría lo que fuera para que no volviera a ser rehén de ninguna amenaza.

Y esta vez, no iba a dejar que huyera de mí.

Capítulo 53

Víctor Paladino

Madrugada.

Las cuatro de la mañana.

Y el sonido estridente del timbre no dejaba de resonar por todo el apartamento.

¿Quién demonios querría algo a esta hora?

Salí de la cama, confundido e irritado, mientras me frotaba los ojos. Estaba en el ático de un edificio de lujo, rodeado de seguridad. Nadie se atrevería a presentarse aquí, a menos que fuera por algo realmente importante.

Ya era prácticamente el alcalde de São Paulo; las elecciones eran solo un trámite.

La facción estaba de mi lado. Mi padre, uno de los financiadores del poder en la sombra de la ciudad, ya se había

encargado de asegurar que pronto tendría el control total.

Me dirigí hacia la puerta, ajustándome el albornoz, con el cuerpo aún entumecido por el sueño. Desbloqueé la cerradura, listo para gritarle al imbécil que me estuviera molestando.

Al abrir, solo vi una silueta, y, acto seguido, un puñetazo certero me golpeó justo en la nuez. Tropecé hacia atrás, intentando comprender qué acababa de pasar.

—¿Thiago? —mi voz apenas fue un susurro.

Reconocí su rostro al instante, pero no entendía qué hacía allí.

—¿Qué coño haces aquí?

Antes de que pudiera reaccionar, otra figura entró por la puerta, deslizándose como una sombra. Se parecía a Thiago, pero tenía una cicatriz en la cara. Sabía perfectamente quién era. Santo no era alguien con quien se pudiera jugar. Su fama era internacional.

Miré hacia las cámaras de seguridad internas: todas estaban apagadas.

—Buenos días, candidato —sonrió Santo.

Y, sin más, sacó una pistola de la cintura y me disparó en la rodilla. El dolor me atravesó como una explosión. Grité, me

desplomé de rodillas y, encogido, gemí de agonía.

—¿¡Estás loco!? —chillé—. ¡¿Seguridad?! ¡¿Seguridad?!

—Voy a contarte algo sobre los hombres que te protegen y no saben lo que es la lealtad —Santo se agachó frente a mí—. Siempre hay alguien que paga más.

—¡No podéis simplemente irrumpir en mi casa! ¿Tenéis idea de con quién estáis tratando?

Thiago dio un paso al frente. Su expresión era serena, implacable.

—Sí, lo sabemos perfectamente —pisó mi rodilla herida, y el dolor me hizo cerrar los ojos y apretar los dientes—. Un cobarde. Un hombre que cree que puede jugar con la mujer que amo. Peor aún: que puede mantenerla lejos de mí.

Su *"tsk, tsk, tsk"* resonó por la sala.

—Te gusta tenerlo todo bajo control, ¿verdad? Pues ha llegado el momento de que seas tú el controlado.

Se me secó la boca. Sabía que el poder que tenía entre manos era mayor de lo que ellos imaginaban.

—¡No podéis amenazarme! —intenté incorporarme, pero el dolor era insoportable—. ¡Mi padre es una de las figuras más poderosas de esta ciudad! Tiene aliados muy influyentes. ¡Y no van a dejar esto sin consecuencias!

Thiago presionó aún más sobre mi rodilla. Santo se incorporó y negó con la cabeza. Su zapato italiano casi rozaba mi cara.

—Tu padre era una figura importante... en el infierno ahora. Porque ahí es donde lo mandé —se persignó con el arma en la mano.

El corazón me dio un vuelco.

Intenté hablar, pero no me salía la voz.

¿Lo decía en serio?

¿Mi padre… muerto?

—¿Tú mataste a mi padre? —pregunté, incrédulo.

La idea de que alguien se atreviera a tocar a mi familia me parecía imposible. Absurda, incluso.

—¡Estáis locos!

Thiago no mostró la más mínima emoción.

Me miraba como si fuera un insecto.

—Esto es lo que pasa cuando te metes con quien no debes, Víctor.

—Ahora sí que hablas como un buen mafioso —dijo Santo, dándole una palmada en el hombro a su primo, claramente orgulloso.

—Kalinca no tiene nada que ver con tus sucios juegos de poder. Vas a olvidarte de ella. Mantenerte lejos de ella y de su familia. O volveré y terminaré lo que Santo ha empezado.

—¡Voy a ser el alcalde de esta ciudad y convertiré tu vida en un infierno, Thiago! —rugí, casi escupiéndole las palabras—. ¡Mi familia controla esta ciudad incluso sin necesidad del gobierno! ¿De verdad crees que puedes destruir eso? ¡Nadie puede!

Santo apretó el puño, claramente conteniéndose. Se dio media vuelta, respiró hondo y su expresión volvió a ser tranquila.

—Tu facción parece muy poderosa, ¿no? —sonrió con tranquilidad—. Escuché que buena parte de ella está en prisión.

—Es cierto —asentí—. La base, claro.

—¿Y si tomo el control de esta mierda? —Santo entrecerró los ojos—. ¿Y si pongo dinero en manos de algunos hombres de esa facción, descubro dónde están sus riquezas, mato a los jefes y coloco a hombres leales a mí, sustituyendo a esas familias de mierda por familias que sí entienden el concepto de lealtad?

Antes de que pudiera reaccionar, Santo me dio una patada directa en la cara, lanzándome contra el brazo del sofá. Todo se volvió oscuro antes de que pareciera que estrellas volaban alrededor de mi cabeza.

—Santo —lo reprendió Thiago, intentando calmarlo—. Escucha bien, Víctor. Si vuelves a acercarte a Kalinca, si la miras mal, si intentas tocar a cualquier miembro de su familia o de la mía, no va a quedar nada de tu vida.

—A menos que tengas ganas de reencontrarte con tu padre. Si es el caso, adelante —Santo le guiñó un ojo.

—Esto no es un juego. Voy a acabar contigo de todas las formas posibles. Si crees que no le tienes miedo a las consecuencias, espera a ver lo que mi familia y yo vamos a hacer con la mierda de tu facción.

No podía pensar.

Todo lo que creía saber sobre poder, control y miedo se desmoronaba a mi alrededor. El Thiago que conocía desde niño había cambiado; no estaba faroleando.

Tenía el poder de destruirme.

Y Santo… Santo era la personificación de la muerte caminando con su guadaña.

—No podéis hacer esto —advertí, aunque mi confianza ya estaba destruida—. ¡Van a ir a por vosotros! ¡Van a ir a por vuestras familias! ¡La facción no permitirá que os deshagáis de mí así!

Santo sonrió, como un niño que acaba de recibir un regalo. Se inclinó hacia mí, como un depredador frente a su presa.

—Déjame contarte un secreto, Víctor. No van a ir a por nosotros. Porque ahora yo voy a ser la facción. Y al que se me cruce, puede apostar que tengo dinero y una buena dosis de locura para aplastarlo —Santo sacó de la cintura una especie de casco.

Fue entonces cuando me di cuenta de que los dos llevaban uniformes de la Policía Federal.

Thiago miró su reloj, aparentemente calculando el tiempo, antes de volver a mirarme.

—Hora del toc, toc, toc.

Unos segundos después, el timbre sonó otra vez.

Esta vez no era el sonido insistente de antes. Era distinto. Firme. Continuo.

Thiago hizo un leve gesto de cabeza hacia Santo, que se colocó el casco con visor y dio unos pasos atrás, situándose junto a la puerta.

—¡Policía Federal! ¡Tenemos una orden de registro e incautación! ¡Abra la puerta! —gritó una voz potente al otro lado.

—Si abres esa boca asquerosa, te corto la lengua —susurró Santo.

Escuché pasos apresurados en el pasillo y el corazón me dio un vuelco. Thiago caminó hasta la puerta, se posicionó junto a su primo, como si solo esperaran el momento exacto.

La puerta fue derribada y un grupo de agentes de la Policía Federal irrumpió en el apartamento. Gritaban órdenes, y en medio del caos, no entendía qué estaba pasando. Thiago y Santo se integraron rápidamente entre los que entraban, como si acabaran de llegar también.

—Perdiste, futuro alcalde. La casa se vino abajo —advirtió Thiago.

Intenté protestar, pero apenas salían las palabras. Uno de los agentes me levantó del suelo con brusquedad, me esposó y me empujó fuera del apartamento.

—Llévalo al furgón, Zampieri —ordenó el agente con autoridad—. Registrad la casa y llevad todo lo que pueda servir como prueba para la documentación que nos entregó el juez Daniel.

—¡No podéis hacer esto! —grité—. ¡Voy a acabar con vosotros!

Thiago solo negó con la cabeza, con desprecio. Me sujetó del brazo y me guió hacia fuera del apartamento. De vez en cuando, Santo me daba una bofetada en la nuca para que me apurara.

—No pongas a prueba mi paciencia, que en lugar de tirarte al furgón, te lanzo al Tietê con una pesa atada al tobillo, pedazo de mierda —gruñó.

—Adiós, Víctor —murmuró Thiago mientras me empujaba a la parte trasera del coche.

Minutos después, varios agentes salieron del apartamento con cajas llenas de documentos, mi portátil, mi móvil y otros dispositivos electrónicos. Recé en silencio para que el caso cayera en manos de uno de los nuestros, porque si terminaba en las manos equivocadas, aquello sería la mecha que haría volar a los poderosos de la ciudad por los aires.

Y tuve que admitir, me gustara o no, que mi campaña política había terminado.

Al igual que mi mundo.

Capítulo 54

Kalinca Oliveira

Los últimos días fueron un cúmulo de dolor y desesperación.

Desde la boda con Thiago, nada parecía estar en su sitio.

Cada noche apoyaba la cabeza en la almohada y una tormenta de pensamientos me invadía, impidiéndome dormir. Sentía que el universo me estaba poniendo a prueba, provocándome, apretando el nudo de la cuerda hasta hacerme sentir asfixiada en el abismo.

Sabía que Marco era una amenaza, no solo para mi vida, sino para la de todos los que amaba. Y temía que, incluso sin él, sus sucesores buscaran algún tipo de venganza.

Y por eso me alejé de Thiago.

Mantenerlo lejos era mi forma de protegerlo, de proteger a mi familia y cuidar lo que más valorábamos. Y con eso, me mentí a mí

misma, repitiendo que no lo amaba, que lo odiaba, que él era el responsable de todo el caos en el que se había convertido mi vida.

En el fondo, yo conocía la verdad.

Durante veinte años intenté ser una hermana fuerte, me tragué mis dolores, mis miedos y mis anhelos, me martiricé con la culpa de haber perdido a mi hermana Gabriela. Me acostumbré a huir, a fingir que no sentía nada, a ser una mujer hecha y derecha que debía mostrar garras y dientes para no ser devorada.

Pero no había forma de escapar de esa fuerza, de esa sensación que él despertaba en mí.

Cerca de él, volvía rápidamente a ser una niña, esa Carina de ocho años, platónicamente enamorada de un chico mayor, más fuerte y mucho más interesante de lo que yo podría ser jamás.

Estaba sentada en el porche de la casa de mi abuela, observando a los veinte guardias que Thiago había puesto para proteger a toda mi familia. El cielo se oscurecía lentamente mientras el viento frío de la noche traía una leve sensación de consuelo.

Priscila y Gabriela estaban dentro, conversando con Leonor sobre cómo reorganizarnos después de todo. Intentaba mantener mi

mente ocupada, pero los pensamientos volvían siempre al mismo punto: Thiago.

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Dónde estaría? ¿Seguiría vivo?

Suspiré, sintiendo el peso de las decisiones que había tomado.

Yo lo había alejado de mí, pero al mismo tiempo, sabía que estaba arriesgando su vida por mí. Lo había enviado directo a la muerte.

Y entonces, en aquel silencio roto solo por el susurro de las hojas, vi un coche acercarse al terreno. Corrí por la parte exterior de la casa hasta quedar frente al vehículo, del cual bajaron Thiago y su primo, Santo.

Mi corazón empezó a latir más rápido cuando él vino hacia mí.

Su rostro estaba cansado y con algunos hematomas, la ropa, aunque limpia y nueva, estaba manchada de sangre seca. Incluso destruido, sus ojos me miraban con firmeza, con ternura, con ese brillo mágico que me hacía volver a ser solo una niña, no la mujer que había sido herida por el tiempo y por la vida.

—¿Y entonces? —pregunté, intentando ocultar la sorpresa y el alivio que sentía al verlo.

Él vino hasta mí, decidido. Me sujetó por los hombros, presionándolos con suavidad, y luego bajó hasta mis brazos.

—Se acabó. Marco está muerto, Víctor fue arrestado y Santo consiguió una de las llaves de la caja fuerte de la facción y trasladó todo lo que había allí a Italia. Las copias de los documentos, la policía las encontró, el juez Daniel las recibió, tú y tu familia ya no corréis peligro.

Suspiré aliviada, aunque mis piernas aún temblaban.

—Lo que quiero saber es si aquí se acaba lo nuestro... o si va a empezar —dijo él, sujetando mis manos y presionando suavemente el anillo de bodas que me había dado y que yo jamás me quité.

—No se te da bien respetar los espacios, ¿verdad? Ya te he dicho muchas veces que me dejes en paz.

Él me miró como si pudiera ver a través de todas mis mentiras, de toda la fachada que intenté mantener intacta.

—Tu boca me dice que te deje en paz, pero veo en tus ojos que eso no es lo que quieres. Ya no estás sola, Carina. Sé que has pasado toda tu vida intentando arreglar la mierda que le hicieron a tu familia, pero ahora esa carga ya no es solo tuya. He encontrado a tu hermana. Me deshice de quienes te atemorizaban. Y voy a quedarme aquí, para hacerlo todo por ti.

—¿Por culpa? —crucé los brazos.

—Sí. Al principio, todo lo que hice fue para calmar mi corazón y sanar mi culpa. La culpa de que te creí muerta. La culpa de haber sido un imbécil contigo. La culpa de haberme alejado de mi hermana, que siempre te quiso y te veía como una amiga, y me echó en cara más de una vez que yo tenía la culpa de todo lo que pasó.

Suspiré. Sentí el dolor y el remordimiento atorados en la garganta.

—Pasé buenos años de mi vida buscando respuestas, intentando vengar tu muerte, buscando cómo llenar el vacío que tu ausencia dejó en mí. Y aunque no sabía que tú, Carina, estabas viva... encontrar a Kalinca me trajo una paz que ni siquiera sabía que necesitaba.

—¿Yo? ¿Caótica y loca como soy, te traje paz?

—Me hiciste sentir vivo otra vez —me rodeó la cintura con las manos—. Volviste a encender mi propósito, y ahora siento que puedo por fin vivir la vida que siempre quise, pero para la que nunca tuve tiempo porque estaba ocupado resolviendo los errores del pasado.

—Yo no puedo... nunca voy a ser lo bastante buena para ti...

—Sí puedes —me apretó la cintura—. Me estás alejando porque tienes miedo. Yo también lo tengo, pero es miedo a perderte. No le tengo miedo a facciones, criminales ni gente que quiera matarte. Tengo miedo de despertar mañana y no tenerte a mi lado. Tengo miedo de vivir el resto de mi vida sabiendo que una vez te perdí por no hacer nada. No voy a perderte una segunda vez. Haré todo, dentro y fuera de mi alcance, para demostrarte que puedo ser toda la felicidad que buscas en el mundo.

La frustración y el miedo empezaron a abandonar mi corazón.

De repente, mi mente dejó de pensar en el terror que sentía por Marco, por Víctor o por cualquier otro loco que apareciera en el camino.

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos antes de que pudiera detenerlas. Me sentía tan vulnerable, tan perdida. Él se acercó y me atrajo suavemente por la espalda, hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados.

Cerré los ojos por un segundo, intentando contener el llanto.

Quería creer en él.

Quería tanto hacerlo.

—No lo entiendes —susurré, sintiendo al fin las lágrimas correr por mi rostro—. Amar a alguien significa renunciar a todo, y yo... yo ya no puedo arriesgarme otra vez. Ya he perdido a demasiadas personas, Thiago. Mi familia, mi casa, mi futuro. ¿Cómo voy a entregarme por completo a ti sabiendo que también puedo perderte a ti?

Él pasó la mano por mi rostro, limpiando mis lágrimas con los dedos. Su voz salió baja y suave.

—No me voy a ningún sitio. Nunca voy a dejarte. ¿Qué más necesito hacer para demostrarte que tus batallas son mis batallas? Y que voy a insistir, contra todo y contra todos, para tenerte. Solo te pido una cosa: que vuelvas a confiar en mí.

Lo miré a los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, vi la verdad.

Ya no había mentiras, ya no había secretos. Él estaba allí, de cuerpo y alma, dispuesto a arriesgarlo todo. Y, en ese momento, supe que yo también estaba lista para hacer lo mismo.

—Te amo —dijo él, sonriendo.

—Yo también te amo —confesé por fin, sintiendo que un peso enorme se desprendía de mi pecho—. Pero necesito que entiendas que soy complicada, que estoy rota...

—Y yo amo cada parte de ti. Incluso las rotas. Cada pedazo. Cada grieta.

Solté una risa nerviosa, pero llena de alivio. Él me atrajo más cerca, y antes de que pudiera pensar en nada más, nuestros labios se encontraron.

Ese beso fue distinto a todos los que habíamos compartido.

Ya no era un beso de despedida, ni de rabia, ni de frustración. Era un beso de redención, de entrega.

Todo lo que habíamos vivido, por más doloroso y devastador que hubiese sido, empezó a tener sentido cuando volvimos a

conectarnos. Era como si por fin hubiéramos encontrado el equilibrio entre nuestras almas rotas.

No podía decir que Thiago era el pegamento que unía mis piezas.
Sentía que él también estaba roto. Así que pensé que muchas de sus partes encajaban con las mías, y viceversa.

Sentí las manos de Thiago en mi cintura, fuertes, seguras. Me sostenía como si temiera soltarme, como si supiera que ese era el momento en que todo cambiaría para siempre.

Su beso era cálido, pero suave. Profundo, cargado de una fragilidad que solo dos corazones heridos podían compartir. Sentía su sabor, el calor que emanaba de su boca, y algo dentro de mí comenzó a derretirse, a rendirse.

Ya no había muros. Ya no había máscaras.

Las manos de Thiago en mi cintura, firmes y protectoras, me atrajeron aún más hacia él. Sus dedos se entrelazaron en la base de mi columna, como si quisieran sujetarme para siempre, como si tuviera miedo de perderme otra vez.

Sus manos se deslizaron por mi cintura, sus dedos rozaron mi piel como si intentaran memorizar cada parte de mí, cada curva,

cada centímetro.

Sentí mi respiración entrecortarse a medida que el beso se profundizaba, y mi cuerpo respondía a su tacto como si hubiera estado esperando ese momento durante años.

Las barreras que había levantado con tanto esfuerzo durante todos esos años comenzaron a desmoronarse, una a una.

Mi corazón, que hasta entonces había estado cubierto de capas de miedo y resistencia, comenzó a latir más rápido, como si supiera que por fin estaba a salvo con él.

Él inclinó la cabeza, cambiando el ángulo, y el beso se volvió aún más íntimo, más profundo.

Y entonces, ocurrió esa sensación mágica: el mundo a nuestro alrededor desapareció.
No había sonido, excepto nuestra respiración entrecortada.

El tiempo se detuvo, como si las leyes de la física hubieran sido suspendidas y el universo se tomara una pausa para que pudiéramos perdernos el uno en el otro y recuperar todos los años que no tuvimos para amarnos.

Sentía el cuerpo de Thiago contra el mío, fuerte y, al mismo tiempo, gentil.
Su calor se mezclaba con el mío, y en ese instante supe que ya no había lugar para dudas.

No se trataba de necesidad ni de arreglar lo roto; se trataba simplemente de estar completos, juntos, a pesar de nuestras fallas, de nuestras cicatrices.

Deslicé mis manos por sus brazos, sintiendo sus músculos tensos bajo la piel. Sus dedos enredados en mi cabello tiraron suavemente, y suspiré contra su boca, rendida.

Ya no quería luchar contra lo que sentía, contra lo que siempre supe.
Era como si cada caricia, cada movimiento, fuera una forma de decirme que él me aceptaba exactamente como era, sin condiciones.

Yo estaba loca.

Y él, mucho más.

Thiago apartó el rostro por un breve instante y sus ojos azules brillaron al encontrar los míos.

Había una intensidad en ellos que me hizo estremecerme, pero no de miedo. Era deseo, era amor, era la certeza de que, después de todo, por fin estábamos donde debíamos estar.

Me miró como si yo fuera todo para él, como si no existiera nadie más en el mundo.

—Estás loca.

—¿Aún no te diste cuenta? Estoy loco por ti —acarició mi rostro—. ¿Sabes lo que quiero?

—¿Mm?

—Verte vestida de novia otra vez. Cada vez que pueda. Solo para quitarte cada prenda, muy despacio, y hacerte mía como si fuera la primera vez.

Y entonces, antes de que pudiera responder, me besó de nuevo, esta vez con una urgencia que no habíamos sentido antes.

Era un beso lleno de emociones turbulentas, de deseo contenido y de un amor que ya no podía seguir siendo negado. Sentí que me fallaban las rodillas y agarré su camisa, acercándolo más, como si eso fuera posible.

Estaba perdida en él.

Perdida en su sabor, en su tacto, en la forma en que me sujetaba como si yo fuera lo único que le quedaba en un vasto universo lleno de estrellas, planetas y misterio.

Cuando el aire se volvió necesario, él separó sus labios de los míos, pero mantuvo nuestras frentes juntas, los ojos cerrados, respirando con fuerza.

Nos quedamos así un momento, nuestras respiraciones mezcladas, el sonido de nuestros corazones latiendo al unísono como recordatorio de lo que acabábamos de compartir.

—Pase lo que pase, voy a estar contigo —susurré, aún con los ojos cerrados, sin querer salir de aquel abrazo.

Él acarició mi mejilla con el pulgar y luego abrió los ojos. Había una dulzura en la mirada de Thiago que me hizo comprender lo sincero que estaba siendo.

—¿Y ahora? —pregunté, casi con miedo a la respuesta.

Él sonrió, esa sonrisa que siempre me desarmaba, y dijo:

—Ahora no vamos a pelearnos más entre nosotros. Ahora, vamos a luchar juntos por todo lo que es nuestro.

Capítulo 55

Kalinca Zampieri

Sujetar el pomo de la puerta del apartamento de Thiago con una mano mientras arrastraba la maleta con la otra me provocó una mezcla de emociones.

Una combinación de ansiedad, esperanza y ese leve temor que se siente al dar un gran paso en la vida me dejó paralizada.

—¿Está todo bien? ¿Tu llave no funciona? —preguntó Thiago, detrás de mí.

—Está todo bien.

Respiré hondo, intentando calmar el corazón que latía más rápido de lo que me gustaría. Este momento significaba mucho más que un simple cambio de dirección: era el inicio de un "nosotros" real, la construcción de una familia.

En cuanto giré la llave y puse un pie dentro del apartamento, escuché pasos rápidos y risas entusiasmadas viniendo del otro lado de la casa. Antes de que pudiera prepararme, las gemelas aparecieron gritando de alegría.

—¡Kalinca! —Sus ojos brillaban de felicidad.

Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando se lanzaron a mis brazos, casi tirándome al suelo. Reímos juntas, y toda la ansiedad que sentía hasta entonces pareció disolverse en ese instante.

Era increíble cómo la inocencia y el cariño de las niñas podían convertir cualquier momento en algo mágico.

—¡Con cuidado, vosotras dos! ¡No la vayáis a lastimar! —dijo Thiago al fondo.

Las gemelas se apartaron un poco, pero siguieron rodeándome, mirando las maletas con curiosidad.

—¿Has venido solo por un tiempo o te vas a quedar para siempre? —preguntó Clarisa.

Había un brillo de esperanza en sus ojos.

Sentí un calor acogedor en el pecho.

Me agaché para quedar a su altura y tomé sus manitas.

—Sí, me voy a quedar. Para siempre —respondí sonriendo—. Ahora vamos a vivir todos juntos.

Las dos comenzaron a saltar de alegría, sus risitas contagiosas llenaban el pasillo del apartamento. Thiago se acercó y rodeó mi cintura con el brazo, besándome suavemente la mejilla.

—Bienvenida a nuestro hogar.

Mi corazón se llenó de felicidad al escucharlo.

Lo miré a él, luego a las niñas, y supe que estaba exactamente donde debía estar.

—¿Listas para nuestra primera noche como una verdadera familia?

—¡Sí! —gritaron, tomándome de las manos y tirando de mí para entrar al apartamento.

Thiago llevó todas mis maletas hasta la suite principal y me mostró todo el espacio que tendría en el vestidor para organizar mis cosas.

Allí vi todos los vestidos, bolsos, zapatos y joyas que él me había regalado y que en su momento rechacé y devolví. En aquella

época no me sentía cómoda con esos regalos, pero ahora tenían otro significado y estaba lista para usarlos.

En cuanto él salió, las gemelas volvieron a dominar la escena.

—¡Kalinca, vamos a hacer una cabaña! —exclamó Sabrina.

—¡Sí, una cabaña bien grande! —añadió Clarisa.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—¡Vamos a coger todas las colchas, sábanas y cojines de la casa y construir una cabaña! —explicó Clarisa.

—Vale, vamos allá —acepté, cogiendo algunos cojines—. ¡Pero solo si hacemos la cabaña más increíble del mundo entero!

Las dos comenzaron a saltar de emoción. Thiago apareció en la puerta del dormitorio, con los brazos cruzados y una sonrisa orgullosa en los labios mientras nos observaba.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Una revolución? —preguntó.

—¡Vamos a construir una cabaña! —anunció Sabrina—. ¿Quieres participar?

—¿Ah, sí? ¿Puedo? ¿No es algo exclusivo, tipo un club solo para chicas?

—Los hombres no pueden entrar, pero si quieres venir, te dejamos —sonrió Clarisa.

—Ah, entonces me encargaré de la parte eléctrica de la cabaña para que tengamos luz dentro. Voy a buscar todos los ositos también y algunos libros... tal vez una fondue.

Las niñas asintieron con entusiasmo, y él se ofreció a ayudar.

Cogimos todas las sillas de la casa, colchas y mantas, y construimos una estructura con techo para la cabaña. Luego colocamos todos los cojines dentro del escondite. Thiago trajo libros, peluches y juguetes.

Después, necesitó un rato para preparar una instalación eléctrica improvisada con una bombilla tenue y varias luces de Navidad.

Cuando encendió las luces, aquello parecía mágico.

—¿Y bien? ¿Así está bien?

Sabrina, con expresión concentrada, analizó cuidadosamente el trabajo.

—Creo que necesitamos más mantas alrededor —decretó—. Solo para asegurarnos de que está bien protegido y ningún bicho o

monstruo pueda atraparnos.

Thiago rió y fue a buscar algunas mantas más.

—No os preocupéis. Por si acaso, yo protegeré a todas de los bichos y los monstruos.

—Se lo toman en serio, ¿eh? —comenté.

—Y con razón —respondió, apoyando mi cabeza en su hombro—. Es una cabaña, al fin y al cabo. Nada más importante que un escondite perfecto.

Rió en voz baja y me rodeó con el brazo, atrayéndome más. Sentí su calor y su presencia, y eso me llenó de una paz inconfundible.

Mirar a esas dos niñas jugando en la cabaña improvisada me hizo pensar en mi infancia y en cómo mis amigas y yo nos divertíamos en un mundo de fantasía.

—¿Vais a entrar en la cabaña? —preguntó Clarisa, asomando la cabeza con una sonrisa traviesa.

—¿Podemos? —preguntó Thiago.

—¿Nos aceptáis en el escondite secreto?

—¡Sí! Pero solo si prometéis no contarle a nadie dónde está nuestra base secreta —dijo Sabrina, con los ojos bien abiertos y un guiño cómplice.

Thiago y yo intercambiamos una mirada seria antes de responder al unísono:

—¡Lo prometemos!

Con la autorización de las niñas, nos colamos dentro de la cabaña.

Dentro, el espacio era acogedor y bien iluminado. Estábamos casi apretados, y aun así, era cómodo.

—Hay muchos libros buenos aquí —Sabrina revisó los títulos —. El Principito, Alicia en el País de las Maravillas, El Jardín Secreto...

—¡Ese me gusta! —dije al escuchar lo del Jardín Secreto.

—¡Léenoslo, titio! —pidió Sabrina.

—Claro que sí.

Las niñas se acomodaron entre nosotros, con sus caritas brillando de expectativa. Mientras Thiago leía, yo me sentía realmente parte de esa familia.

—¡Es la mejor historia de todas! —declaró Sabrina, agarrando mi mano.

—Es aún mejor cuando estamos juntos —dijo Clarisa, acomodándose el pelo y apoyando la cabeza en mi barriga.

Mi corazón se derritió al escuchar eso. Saber que podía formar parte de esas pequeñas alegrías le daba un nuevo sentido a mi vida.

—Y vosotras sois las mejores compañeras de cabaña —dije, acariciando el cabello de Clarisa.

Thiago interrumpió la lectura por un momento, se inclinó y me besó la frente. Luego se volvió hacia las niñas con expresión solemne.

—Ya que estamos en la cabaña más increíble del mundo, protegidos de todos los bichos y monstruos que existen, creo que debemos hacer una promesa.

—¿Qué tipo de promesa? —preguntó Sabrina.

—Prometemos cuidarnos siempre los unos a los otros, pase lo que pase —dijo, mirándome a mí y luego a las niñas—. Porque somos una familia, y eso es lo que hacen las familias.

Las niñas se miraron entre ellas y luego asintieron.

—Lo prometo —dijo Clarisa, extendiendo la mano.

—¡Prometo! —Sabrina agarró la mano de su hermana.

—Yo también lo prometo —puse mi mano sobre las suyas.

—No podemos romper esta promesa. Las promesas son para siempre.

Thiago puso la mano encima de todas para sellar el compromiso.

Sentí una oleada de felicidad mientras las niñas comenzaban a planear el siguiente juego. Thiago se inclinó y me susurró al oído:

—Sin ti aquí, nada de esto tendría sentido. Te amo.

A medida que pasaban los minutos, sentía cómo toda duda e inseguridad desaparecían. Pero en ese momento, más que sentir que estaba lista para construir una vida con ellos, supe que ya formaba parte de esa familia.

Capítulo 56

Kalinca Zampieri

Una semana después.

La noche estaba fría en São Paulo, pero yo sentía una paz inusual.

No era una paz silenciosa, de esas que se encuentran en la comodidad del hogar. Era una paz que se descubre en el abrazo, en el calor y el cariño de otras personas.

Y allí estábamos, todos nosotros, en el corazón de la Zona Este, repartiendo sopa y mantas a personas sin hogar. Lo hacía mucho cuando era adolescente con mis padres adoptivos, pero en algún momento, al ir creciendo, una mezcla de vergüenza y la sensación de que ese no era mi mundo me alejó de las misiones de la iglesia.

Después de todo lo que ocurrió, me reconecté con ese lado. Y, sobre todo, entendí que mi fe en Dios no estaba solo en las palabras que leía, sino en las acciones que podía llevar a cabo.

Y de ahí venía una paz inquebrantable.

Thiago estaba a mi lado, ayudando a organizar las donaciones. Hablaba poco, pero la sonrisa tranquila en su rostro dejaba claro que estaba feliz de participar en algo con mi familia, igual que yo.

No era solo un momento para que se conocieran mejor, sino un tiempo en el que las tensiones y amenazas habían quedado atrás, y ahora podíamos simplemente… ser nosotros mismos.

Mi hermana Priscila estaba más adelante con un pequeño equipo médico dirigido por el doctor Jeon, curando heridas menores y conversando con mujeres en situación de calle. Gabriela, Massimo y Santo organizaban mantas en un carrito.

Miré un instante a Gabriela y quedé hipnotizada por su enorme barriga de embarazada, incluso bajo el abrigo ancho que llevaba puesto. La idea de que mi familia siguiera creciendo llenaba mi corazón de alegría.

—Ahora que vivís juntos… ¿cuándo vendrán los bebés? —preguntó Clarisa, la sobrina de Thiago.

Ella y su hermana estaban entregando comidas a los niños, hicieron una pausa y vinieron hacia mí.

—Pues… aún falta mucho tiempo —tuve que decepcionarlas —. Quiero terminar la universidad, reconstruir mi negocio de productos de limpieza, pero esta vez con todos los registros sanitarios, y quiero asegurarme de que todos estén bien.

Hace unos meses, mi familia se reducía a Priscila, Olivia y mis padres y abuelos adoptivos. Ahora tenía hasta cuñado, futuros sobrinos, era madrastra… y tenía un marido.

—¡Los bebés vendrán muuucho después! —dejé claro.

Las niñas se entristecieron un poco con la respuesta y regresaron a su tarea. Y entonces, mi hermana gótica depresiva vino a molestarme.

—Hace tanto frío esta noche que si yo fuera una paloma ya me habría congelado en el cielo —se quejó Priscila, acomodándose el pañuelo en el cuello.

—No podrías ser una paloma, Pri. Todo el mundo sabe que eres un murciélago —añadí.

—Quisiera estar en mi cueva oscura durmiendo colgada boca abajo… —murmuró ella.

—Haciendo el amor con el médico coreano de cara angelical y cuerpo de villano —Gabriela se nos acercó y provocó a su hermana gemela.

—Payasa. —La otra rió y la abrazó—. ¿Tienes frío?

—No —Gabriela miró alrededor—. Qué bonito el trabajo de tu familia, Kalinca. Es bueno ver a una iglesia que no solo predica el evangelio, sino que lo practica.

—Se esfuerzan mucho —respondí con orgullo.

Mi familia adoptiva decidió no dejar la casa donde habían vivido toda su vida. Querían quedarse cerca de su comunidad. Fue difícil aceptar eso, pero entendí que mi lugar estaba al lado de Thiago.

Sin embargo, todos los días venía a visitarlos y, siempre que había una acción de la iglesia, yo reunía a la familia para ayudarles. Para que sintieran que mi familia biológica no era más importante,

sino una parte igual del amor y cariño que habíamos construido como una única familia.

En la familia, quien llega, suma. El amor nunca resta.

Santo, el primo de Thiago, estaba justo detrás, repartiendo vasos de sopa caliente, mientras Massimo organizaba las donaciones de ropa. Se mezclaron perfectamente con el ambiente, ayudando como si hubieran nacido para eso.

Mi abuela Leonor, llena de energía, charlaba con algunas personas que hacían fila, ofreciendo no solo comida, sino también palabras de ánimo. Ella y mi familia adoptiva empezaron a quererse y a acercarse, lo cual fue muy importante para mí.

Al otro lado, mi abuela adoptiva también estaba activa, a pesar de su edad. Ella y mi madre coordinaban la entrega de alimentos. Siempre habían sido así: dedicando tiempo y esfuerzo al prójimo, y yo sentía que, de alguna manera, había heredado esa misma energía.

—Kalinca —Thiago se acercó, con un termo de chocolate caliente en las manos—. La fila está bajando, pero aún tenemos bastante. Va a sobrar.

—Podemos llevarlo a algún albergue. O ir al otro lado del barrio, ayudar por allí —sugerí, señalando una calle cercana.

Él asintió con una sonrisa.

—Ya me ocupo de eso. Pero antes… ¿qué tal una pausa? Llevas horas haciendo esto. Anda, siéntate un poco.

Le sonreí, con el corazón cálido por la preocupación en su voz. Él era así: siempre me observaba en silencio, cuidaba de mí sin que yo tuviera que pedírselo.

—Creo que esta vez aceptaré tu consejo —dije, entregándole mi delantal—. ¡Pero no estoy embarazada! Solo cansada. Cuerpo de 28, columna de 70 —advertí a las gemelas, que estallaron en carcajadas.

Mientras me alejaba un poco y me dirigía hacia un banco cercano, me permití respirar hondo, dejando que el aire helado llenara mis pulmones.

Había algo especial en aquella noche.

Tal vez fuera el hecho de que estábamos todos juntos, por fin como una familia.

Ya no era solo mi hermana y yo, ya no se trataba solo de sobrevivir.

Era algo más grande, algo que parecía haber sido construido sobre las cenizas de un pasado doloroso.

Gabriela se acercó y se sentó a mi lado, suspirando.

—Tú no lo estás, pero yo sí estoy embarazada.

La abracé y apoyé la cabeza en su hombro.

—Son incansables, ¿verdad? —comentó, mirando al grupo—. No sabía que me había casado con un superhéroe italiano —rió, refiriéndose a Massimo, que organizaba los víveres con una precisión militar.

Sonreí y miré a Thiago, que seguía repartiendo sopa con la misma dedicación.

—Bueno, creo que tuvimos suerte. Cada una a su manera —comenté, mientras acariciaba su barriga.

Nos quedamos en silencio unos momentos, disfrutando de la rara tranquilidad del instante. Gabriela suspiró y, de repente, me miró con una sonrisa distinta.

—Estaba pensando... ¿Qué tal si venís a Milán cuando nazcan los bebés?

Levanté la cabeza, sorprendida.

—Gabi, soy una piraña, no una sardina para estar metida en lata —sentí escalofríos solo de pensarlo—. ¿Pasar horas en un avión? Qué horror...

—Pensé que sería bonito. Todos juntos, la familia completa reunida en Milán para el nacimiento de los gemelos. Creo que voy a necesitar apoyo emocional, no sé cómo será...

No supe qué responder de inmediato.

¿Me daba miedo cruzar el océano? Sí, me daba.

Pero la idea de ir a Italia, de estar presente en el nacimiento de mis sobrinos, sonó como el final perfecto para todo lo que habíamos vivido. Un nuevo comienzo, lejos de todo lo que nos había hecho daño.

—Estaré ahí para ti —la abracé por los hombros—. Soy tu hermana mayor y voy a compensarte por todo el tiempo que no cuidé de ti.

Eso era amar.

Incluso con mis miedos, me sentía fuerte para protegerla.

Y así fue como comprendí lo que Thiago había hecho por mí.

Thiago se acercó, escuchando la conversación, y puso su mano sobre mi hombro.

—Por supuesto que iremos —dijo, mirándome con una sonrisa que me calentó aún más el corazón—. Será una gran oportunidad para reunir a los Mendoza, los Oliveira Pimienta y los Zampieri.

—Y yo podré hacer un tour por Italia. ¡Por fin, la gótica en Milán! —bromeó Priscila, haciendo reír a todos.

Massimo, que había escuchado parte de la conversación, se acercó a Gabriela y le besó la frente con suavidad.

—Sería un honor tener a toda esta familia increíble con nosotros cuando lleguen los pequeños —dijo, con su acento italiano marcado.

Después de todo lo que habíamos pasado, todas las batallas, el dolor y los sacrificios, era hermoso vernos a todos unidos como una sola familia. Sentía que compartíamos algo profundo y verdadero.

Gabriela y yo hicimos sitio para que Priscila se sentara a mi lado, quedando yo en medio de las dos. Ella abrió el termo de chocolate caliente y sirvió una taza.

—Estoy orgullosa de tu decisión.

—¿Qué decisión exactamente, Pri?

—Quedarte con el Rapunzel de la Federal —le entregó la primera taza a su hermana gemela—. Es bonito verte dedicada a tu vida. Y enfocada en tus sueños, en tus planes.

—Todos vosotros formáis parte de mis sueños y planes —dejé claro—. Pero sí... fue un gran paso.

—¿Vas a arriesgarlo todo por él? —Gabriela me tomó de la mano.

Suspiré, pero una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Sí. Lo voy a arriesgar todo.

—Eso está bien, ¿sabes? Amar de verdad. Aunque dé miedo —Priscila me entregó una taza de chocolate caliente.

Asentí, sabiendo que tenía razón.

Amar de verdad significaba lanzarse al vacío, sin garantías, sin certezas.

Pero por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesta a correr ese riesgo.

—¿Y tú? —pregunté, cambiando de tema—. ¿Y el doctor Jeon? ¿Cuándo te va a sacar de casa de nuestros padres?

Priscila se encogió de hombros, pero la sonrisa en su rostro la delataba.

—Vamos con calma.

—Mm...

Abrió sutilmente la bata, y no entendí del todo cuando pasó la mano por su vientre.

—En realidad, no vamos tan despacio. Estoy embarazada.

Casi me dio un ataque delante de las dos. Gabriela estaba a punto de dar a luz y ¿Priscila estaba empezando un embarazo? No sé qué llevaba ese chocolate caliente, pero la cabeza me dio vueltas.

—Acabo de enterarme —se explicó—. Sentí una molestia y él vino a cuidarme. Alguien bromeó con que podía ser embarazo, y...

—¿Él lo sabe?

—Lo sabe.

—¿Y lo acepta? ¿Te rechazó? ¿Te hizo daño?

—Está desesperado, porque es muy metódico y tenía su vida completamente planeada —explicó Priscila.

—Pero cuando un bebé quiere venir, no hay planificación que valga —rió Gabriela—. ¿Y tú estás feliz?

—Estoy asustada —los ojos de Priscila se llenaron de lágrimas.

—Tu hermana está aquí, no tienes que tener miedo de nada —la abracé—. Solo no me pidas que me vaya hasta Corea del Sur para que des a luz, porque una piraña no nació para estar metida en una lata de sardinas, ¡por favor!

Nos reímos y nos abrazamos.

En otro momento habría tirado del pelo a Priscila, gritado como una loca y corrido de un lado a otro desesperada.

Pero ella era adulta, sabía cuidarse, y en el peor de los casos, tenía mi apoyo incondicional para lo que necesitara.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentía verdaderamente viva.

Y ligera, sin ningún peso sobre los hombros.

No había culpa, no había reproches, no había rencor.

Sabía que vendrían desafíos, sabía que aún enfrentaríamos batallas y algún que otro viaje al otro lado del mundo.

Pero tenía a Thiago para tomarme de la mano cuando el camino fuera largo, tortuoso y demasiado difícil.

Arriesgarlo todo por amor nunca había parecido tan correcto.

Y mi Retorno de Saturno me enseñó que, cuando nos sanamos a nosotros mismos, sanamos todo y a todos los que nos rodean.

Epílogo 1

Thiago Zampieri

Un año después de la boda.

Desde que nos casamos, nuestros días estuvieron marcados por la tensión y el dolor. Eso nos lastimó y nos alejó, hasta que tuvimos que enfrentar la verdad: éramos mucho mejores juntos. Y por eso, decidimos unirnos, sin importar las consecuencias.

Después de aquel momento, la elegí a ella todos los días.

No existían Marco, Víctor ni ninguna facción que me asustara más que perderla.

Por eso luché.

Luché por ella, por nosotros, por un futuro que aún podía vislumbrar, incluso en medio del caos absoluto.

La amé en las noches solitarias en que me alejó, la amé en los momentos de miedo e incertidumbre. Y seguiría amándola, sin

importar quién se alzara contra nosotros y nuestro amor.

Le había prometido a Kalinca que cada año, en la fecha de nuestro aniversario de bodas, reviviríamos aquel momento para recordarle que era mi mujer, y yo, completamente su hombre, para siempre.

No era una promesa vacía.

Era un recordatorio, un voto silencioso, un pacto de que, sin importar lo que nos sucediera, la protegería, cuidaría y amaría por encima de cualquier problema que se interpusiera en nuestro camino.

El sol se ponía, dejando un brillo anaranjado que se extendía por la terraza del Hotel 6 Continentes en Río de Janeiro.

Ella estaba igual que el día de nuestra boda: el cabello recogido en un peinado elegante, un velo cubriendo su cabeza y el vestido lleno de perlas y brillantes que relucían con el ocaso.

La atraje hacia mí, aparté el fino velo que nos separaba y esbocé una sonrisa amplia. El rostro de Kalinca estaba tan cerca que podía sentir su aliento cálido mezclándose con el mío.

Mi corazón latía con fuerza contra el pecho, y por la forma apasionada en que ella me miraba, podía apostar que el suyo también.

Deslicé los dedos por su cabello, sintiendo la suavidad de sus mechas al rozar mi piel. El calor de su cuerpo se fundió con el mío, y en sus ojos encontré todo lo que un hombre podría desear: amor, deseo, vulnerabilidad.

Había una verdad cruda y desnuda allí, una rendición a lo que éramos cuando estábamos juntos.

Ella esbozó una pequeña sonrisa, contenida, sus labios temblaron levemente. Sabía que estaba tan nerviosa como yo: era nuestro primer aniversario de bodas y queríamos marcarlo como un nuevo comienzo.

Llevé una mano a su rostro y acaricié su mejilla.

Su piel era suave y cálida al tacto. Cerró los ojos por un instante, inclinándose contra mi palma, y ese simple gesto derritió mi corazón. Había una delicadeza en ella que me hacía querer ser cuidadoso, aunque dentro de mí el deseo estuviera a punto de estallar como un volcán.

Me incliné para susurrarle al oído, sintiendo mis labios rozar su piel:

—Voy a hacerte sentir como mi mujer, ahora y para siempre.

Ella respiró hondo y entreabrió los labios para decir algo, pero se detuvo a mitad de camino.

Nuestros labios se encontraron en un beso lento y profundo. Cálido como la ciudad de Río de Janeiro y suave como la brisa que nos envolvía. Su sabor llenó cada rincón de mi mente y erizó cada parte de mi cuerpo.

Con solo ese contacto, mi cuerpo ardía.

Mis manos exploraron su cintura, los dedos deslizándose por la tela del vestido, sintiendo su textura bajo las yemas.

Con cada movimiento, la sentía más cerca, como si estuviéramos fundiéndonos en un solo ser.

Sin dejar de mirarla, con los ojos fijos en los suyos, encontré el primer botón en su espalda y lo desabroché. Kalinca se encogió levemente y sonrió con complicidad.

Dudé por un segundo, mirándola a los ojos.

Quería estar seguro de que estaba lista, de que lo deseaba tanto como yo. Y lo que encontré en su mirada fue una mezcla de amor y ansia, un brillo que me decía que continuara.

—¿Confías en mí? —murmuré.

—Completamente.

Con cuidado, comencé a desabrochar su vestido, revelando centímetro a centímetro la piel cálida bajo la tela.

La giré de espaldas a mí y terminé el trabajo, aprovechando cada segundo para oler, tocar y besar su piel.

Era como redescubrirla, un proceso lento e intenso que me dejaba completamente fascinado. Sentí su cuerpo temblar levemente, pero cuando levanté la mirada de nuevo, había una sonrisa amplia en su rostro, un brillo en los ojos que decía que eso era exactamente lo que quería.

Dejé que el vestido se deslizara por sus hombros, cayendo suavemente hasta sus pies.

Admiré su cuerpo, cada curva que formaba a mi mujer. Mi respiración se aceleró, y extendí la mano para abrazarla.

Ella cerró los ojos mientras mis manos exploraban su cuerpo, deslizándose por sus hombros, brazos, la curva de su cintura. Quería memorizar cada detalle, grabar en mi mente cómo su piel respondía a mi tacto, los suspiros que escapaban de sus labios, el sonido de su respiración volviéndose cada vez más rápida y entrecortada.

Kalinca giró el rostro y la besé con intensidad, con la urgencia y el hambre que ya no podíamos contener. Nuestras lenguas se encontraron en una danza lenta y provocativa, hasta que el beso se hizo más profundo y tuve que atraerla hacia mí.

Mi cuerpo estaba en llamas.

Cada roce de su lengua contra la mía era como un incendio devorando todas las barreras que alguna vez habíamos construido entre nosotros.

Mis manos deslizaron por su espalda, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos. Bajé hasta la base de su columna, agarré sus muslos y la levanté hacia mí.

El sonido de nuestros labios, el ritmo de su respiración volviéndose errático, era lo único que se escuchaba, además de las olas del mar.

Sus dedos apretaron mis brazos, las uñas clavándose levemente en mi piel como si quisiera anclarse a ese momento, evitar que se escapara. Con cada movimiento, cada roce de nuestras lenguas, cada pausa para respirar, sentía un escalofrío recorrer mi espalda.

La mano que estaba en su nuca bajó lentamente hasta su hombro, trazando un camino suave por su clavícula. Kalinca se movió contra mí, y sentí su cuerpo relajarse y entregarse al tacto, como si se estuviera moldeando a mí.

Mi otra mano deslizó por su cintura, acariciando la curva de su cuerpo hasta llegar a su cadera.

Toqué su piel desnuda, cálida y suave bajo mis dedos, y ella arqueó el cuerpo contra el mío en respuesta. Una ola de placer subió por mi pecho, intensificando el deseo que crecía en mí.

—Para marcar este momento especial, quiero hacer algo diferente hoy. —Ella guió mis manos hacia sus nalgas.

Ya no pude contenerme.

La llevé hasta la cama, tendiéndola con suavidad sobre las sábanas. Su cabello se esparció como un abanico oscuro sobre la

almohada, enmarcando su rostro sonrosado. Sus ojos brillaban de deseo y anticipación.

Comencé a desvestirme lentamente, sin romper el contacto visual. Kalinca me observaba con una intensidad que aceleraba aún más mi corazón.

Cuando por fin estuve desnudo, volví a tumbarme sobre ella, sintiendo cómo nuestros cuerpos se tocaban por completo. La sensación era eléctrica, como si cada nervio de mi cuerpo estuviera vivo y palpitante.

Kalinca dejó escapar un gemido suave cuando empecé a besar su cuello, descendiendo lentamente hacia su pecho. Sus manos recorrían mi espalda, sus uñas dejando estelas de fuego en mi piel.

—¿Estás segura de esto?

—No me hagas pedírtelo dos veces —murmuró.

Agarré sus caderas con firmeza y la giré en la cama, quedando ella de espaldas a mí. Tiré de sus muslos hacia mí y ella se puso a cuatro patas, tan hermosa y escultural que casi me corrí solo de verla, de imaginar lo que haría.

Arqueó la espalda, ofreciéndome su cuerpo. Y yo respondí al instante, hundiendo mi rostro entre sus nalgas y lamiéndola con intensidad, buscando espacio con mi lengua en su ano, trazando círculos hasta penetrarla sin detenerme.

—Thiago... —gimió mi nombre.

Y eso hizo que mi polla pulsara de un modo que solo el hundirme dentro de ella aliviaría.

Mi lengua trazó círculos alrededor de su orificio, haciéndola jadear y enterrar los dedos en mi cabello. Saboreé su piel dulce, su textura deliciosa bajo mi boca. Para lubricar más, acaricié sus labios mayores y tomé el líquido que goteaba de su coño para preparar el camino.

Gimoteó cuando introduje un dedo en su culo. Para aliviar la sensación, me deslicé bajo su cuerpo y chupé su clítoris hasta que sus gemidos de placer me permitieron mover el dedo con suavidad, hasta que el dolor pareció disiparse.

Me arrodillé detrás de ella y tiré de sus caderas hacia mí, alineando mi glande con su orificio. Empujé con dificultad hasta abrir el espacio necesario.

Kalinca contuvo la respiración. Estiró todo el cuerpo y se aplastó contra la cama.

—Puedo parar si quieres.

—No, sigue. Aguanto —su voz salió ahogada, el rostro oculto en la almohada.

Tomé lubricante y lo esparcí generosamente por toda mi polla antes de penetrarla de nuevo. Esta vez no solo fue más fácil, sino extremadamente placentero.

Estaba tan estrecha y me apretaba con tal fuerza que sentí que en cualquier momento explotaría.

Al principio dejé que ella guiara el ritmo, empinando el culo y viniendo hacia mí con dificultad, para luego alejarse, casi huyendo, recuperando el aliento.

—Siento como si me partieras por la mitad —murmuró.

—Te daré tanto placer que olvidarás el dolor.

Mantuve mi polla dentro de ella, sin avanzar ni retroceder. Extendí mis brazos hacia su entrepierna y con un pulgar presioné su punto sensible hasta que su cuerpo se relajó y se dejó caer sobre mí.

Con la otra mano, introduje tres dedos en su canal y la masturbé hasta que sus gemidos volvieron a ser de puro éxtasis.

Kalinca instintivamente movió las caderas, tragándose mi polla por completo. Necesitó un minuto para acostumbrarse antes de empezar a moverse a su ritmo.

—Así —la animé—. Eso es mi chica.

A medida que aceleraba, yo seguía el compás con mis manos, estimulándola hasta verla chorrear sobre la cama.

—No pares —rogó—. No te corras aún, lo necesito.

Lanzó sus caderas hacia atrás, tragándome vorazmente antes de alejarse para tomar aire y repetirlo.

Era hipnótico verla tan desinhibida, entregada a mí, permitiéndose todo el placer que deseaba.

—Ahora te toca a ti —imploró, recostando su espalda en mi pecho y girando la cabeza para mirarme—. Acaba conmigo.

Yo, como su hombre, cumplí de inmediato.

Seguí estimulando su clítoris, pero con la otra mano que la penetraba, rodeé su cintura. Empujé hasta el fondo y vi sus ojos dilatarse, clavados en los míos.

Aumenté la velocidad, haciendo que su cuerpo se sacudiera, sus pechos rebotando con cada embestida. En sus ojos vi todo el delirio y el placer, hasta que la cama quedó empapada.

Un gran desperdicio. Todo eso debería estar en mi boca.

Kalinca gritó cuando el orgasmo la golpeó con fuerza, su cuerpo tembló incontrolablemente contra el mío. Sentí sus paredes contrayéndose alrededor de mi polla, llevándome al límite.

Pero aún no había terminado.

Con un movimiento rápido, la giré hacia mí. Sus ojos nublados por el placer encontraron los míos.

Sin dudar, me hundí en ella otra vez, observando cada expresión de éxtasis en su rostro.

—Thiago... —susurró, clavándome las uñas en la espalda.

Me incliné para capturar sus labios en un beso ardiente, ahogando sus gemidos mientras seguía moviéndome dentro de ella.

Nuestros cuerpos se movieron en perfecta sincronía, el sudor resbalando por nuestras pieles mientras nos perdíamos el uno en el otro.

Kalinca envolvió mis caderas con sus piernas, apoyándose en mis muslos, dándome una vista privilegiada no solo de su cuerpo, sino de su rostro en éxtasis.

—Hazme completamente tuya —rogó—. Más fuerte.

Cumplí su petición, aumentando el ritmo de las embestidas.

El sonido de nuestra piel chocando resonó en la habitación, mezclado con nuestros gemidos. Sentí mi propio orgasmo acercarse, una presión creciente en mi vientre.

Kalinca arqueó la espalda, lanzando la cabeza hacia atrás en un grito silencioso.

Su ano palpitaba con fuerza, apretándome con tal intensidad que estaba a punto de reventar.

Con un gruñido ronco, me hundí profundamente en ella una última vez, liberando mi semen en chorros calientes.

Nos quedamos así un momento, jadeantes y temblorosos, aún unidos. Lentamente, me separé de ella y me acosté a su lado, atrayéndola hacia mis brazos.

Kalinca se acurrucó en mi pecho, con una sonrisa satisfecha en los labios. La abracé tan fuerte que sentí los latidos de su corazón

contra mi piel.

—No tengo idea de qué novedad prepararás para nuestro próximo aniversario —murmuró, sin aliento.

Besé la parte superior de su cabeza, acariciando su espalda sudorosa.

—No necesitaré nada más que a mi mujer. Enteramente mía.

—Toda tuya —sonrió—. Completamente tuya.

Epílogo 2

Kalinca Zampieri

Unos años después.

Había trabajado hasta tarde leyendo toda la documentación que me había entregado el departamento financiero. Ser CEO de mi propia empresa de productos de limpieza e higiene ya era un gran logro, pero ¿exportar a Europa y parte de Asia? Eso me tenía abrumada, no solo generándome líneas de expresión, sino también mareos y malestar.

Tenía suerte de haber construido un refugio con Thiago.

Y esos pequeños momentos, como el olor del café recién hecho por la mañana preparado por una de las empleadas de la casa o el sonido de Clarisa y Sabrina levantándose para ir al colegio, me devolvían la paz que necesitaba para recargar mis energías y comenzar el día.

Al terminar de leer el documento la noche anterior, me di cuenta de que me había convertido en la mujer con la que mi niña soñaba: una que ama y es amada sin miedo. Y si alguna vez fui una chica asustada, perdida entre un pasado doloroso y la incertidumbre del futuro, ahora tenía la certeza de haber encontrado mi lugar.

Y ese lugar era al lado de Thiago.

Él luchó por mis sueños como si fueran suyos. Me apoyó, me ayudó, nunca se apropió de mis méritos y siempre se mostró orgulloso de verme levantar mi empresa desde cero y transformarla en algo millonario.

Toda aquella mañana fue normal.

Como tantos otros días, me levanté antes de que saliera el sol.

Thiago seguía dormido, con el pelo desordenado por la cama, el brazo estirado, como si incluso dormido buscara mi presencia.

Siempre lo hacía, como si quisiera asegurarse de que yo estaba allí.

Lo miré y sonreí, me puse la bata en silencio y fui a la cocina.

—Buenos días, señora —dijo Elisangela, colocándome el café delante mientras yo repasaba los puntos que había subrayado la noche anterior.

—Buenos días, querida. ¿Cómo están tus hijos?

—Están genial. Les encantó el regalo de cumpleaños que les envió —sonrió.

—Son niños increíbles.

El olor familiar del café me reconfortó.

El clima estaba más frío de lo normal, y la niebla afuera envolvía todo en una especie de abrazo silencioso.

Volví a sentir esa sensación extraña y nueva que venía creciendo dentro de mí. Una sensación que había intentado ignorar en los últimos días, pero que ahora parecía imposible de evitar.

¿Ansiedad? ¿Estrés? ¿Agotamiento?

Fui al despacho, metí la mano en el bolso y me quedé mirando la prueba de embarazo que tenía delante. La había comprado hacía una semana, pero no había tenido el valor de usarla.

Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo.

Respiré hondo, intentando controlar la ansiedad que crecía dentro de mí. Era curioso cómo, incluso después de todo lo que había vivido, de todas las batallas y Víctorias, ese pequeño test de farmacia parecía el mayor desafío de mi vida.

Miré el reloj.

Thiago dormiría todavía una hora más antes de salir para el trabajo.

Y yo necesitaba saberlo ya.

Cogí la prueba y fui al baño.

Cerré la puerta y, con las manos temblorosas, la hice.

Los dos minutos que siguieron fueron los más largos de mi vida. Miraba el reloj, miraba la prueba, y mi mente estaba desbordada de pensamientos, ninguno claro. Era miedo, ansiedad, esperanza.

La vida que habíamos construido juntos en los últimos años pasó por mi cabeza.

Todo el dolor, las luchas, los desafíos... pero también el amor.

El amor que habíamos hecho crecer juntos, la paz que encontramos el uno en el otro.

Cuando por fin miré la prueba y vi las dos líneas, una avalancha de emociones me invadió de golpe. Las lágrimas subieron a mis ojos, y solté una risa nerviosa, llena de alivio, de alegría, de una felicidad que parecía imposible de contener.

Estaba embarazada.

Durante unos segundos me quedé allí, quieta, sosteniendo la prueba y permitiéndome sentirlo todo. Inmediatamente mandé un mensaje a Olivia, que seguramente aún no estaría despierta, pero que me llamaría en cuanto lo viera.

Entonces pensé en mi abuela Leonor, en mis padres adoptivos, en Priscila y Gabriela... en Thiago. Mi corazón estalló de amor y gratitud por todos los momentos que me habían llevado hasta aquí, incluso los más dolorosos.

Salí del baño, aún en shock, y fui al dormitorio.

Thiago se estaba estirando en la cama, los ojos medio cerrados. Me miró y esbozó una sonrisa somnolienta.

—¿Ya estás despierta? —preguntó, con voz ronca—. ¿No entras a la empresa a las diez?

No dije nada.

Solo fui hacia él, con el corazón acelerado, y me senté a su lado en la cama.

Sostenía la prueba con fuerza en una mano y puse la otra sobre su hombro.

Él abrió los ojos de verdad en ese momento, poniéndose en alerta.

—Carina, ¿qué pasa?

Intenté hablar, pero no me salían las palabras. Solo le tendí la prueba.

Thiago parpadeó, confundido, y luego la tomó de mis manos.

Durante unos segundos la observó, y luego me miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa. No fue necesario decir nada. Lo entendió.

Los ojos de Thiago se llenaron de emoción, y me acercó, sujetando mi rostro con ambas manos.

—¿Nosotros…? —empezó, pero se detuvo, incapaz de seguir. Su sonrisa creció, iluminándole la cara—. ¿Vamos a tener un bebé?

Yo solo asentí con la cabeza.

Él rió y me envolvió en un abrazo fuerte, como si quisiera protegerme, como si quisiera proteger todo lo que habíamos construido.

—No me lo puedo creer... —murmuró contra mi pelo—. Un bebé, Carina. En plena expansión de la empresa...

—Siempre me gustó un poco el caos.

—¿Y eso no lo sé yo?

Hundí el rostro en su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo y el consuelo de sus brazos. Durante un buen rato nos quedamos así, abrazados, sin decir nada. Solo sintiendo el momento, saboreando la felicidad.

El embarazo no había sido planeado.

Pero tampoco lo habíamos evitado, como antes.

Entonces se apartó un poco, lo justo para mirarme a los ojos.

—¿Tú… estás feliz?

Sonreí, acariciándole la cara, pasando la mano por su barba.

—Más de lo que creí que sería posible —respondí, sintiendo cada palabra salir desde lo más profundo de mí—. Pero escúchame

bien, Thiago Zampieri —sujeté la prueba como si fuera un cuchillo contra su cuello y le lancé una mirada fulminante—. Si estás pensando que esto se va a convertir en *Embarazada y rechazada por el magnate*, que sepas que no habrá redención al final. Te mato y me voy presa.

Él parpadeó despacio y carraspeó.

—Amor… ¿tú has estado leyendo esos libros que te recomienda Priscila?

—Es mi forma de ser —me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y reí en voz baja.

Él negó con la cabeza y luego me atrajo para otro beso, y en ese momento, el mundo podía desaparecer. Podía venirse abajo. Podía hacer sol o llover. Nada me robaría ese día.

Thiago pasó la mano por mi vientre aún plano y sonrió.

—Nuestro bebé —murmuró, todavía en éxtasis.

Me senté sobre sus piernas.

—¿Crees que da tiempo de hacer otro?

—¿Amor?

—Ya que podría ser uno o dos, podríamos multiplicar, ¿no? Que sea un solo embarazo con muchos bebés. ¿Probamos?

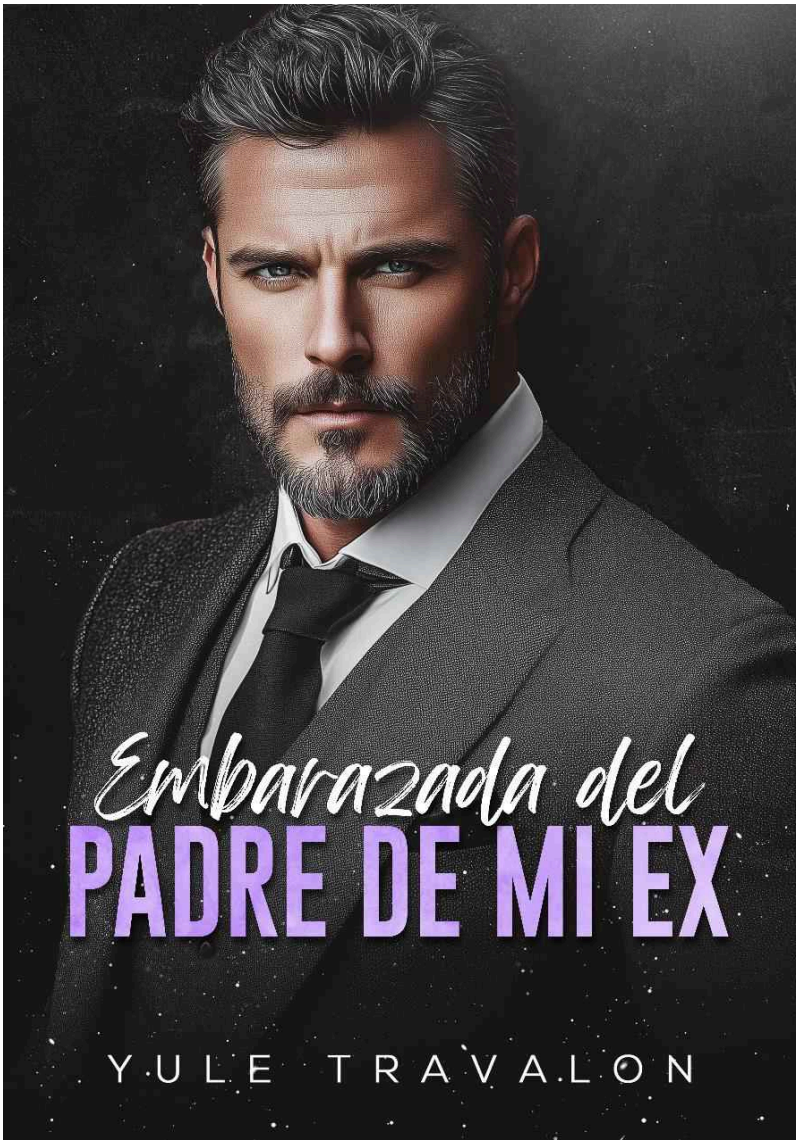
—Amor, no sé si así es como funcionan los embarazos. Pero tú sabes que siempre podemos intentarlo.

Reí porque lancé una locura en medio de la conversación y él la duplicó, siendo aún más loco. Y eso me demostraba que éramos perfectos el uno para el otro.

—Te amo, Trébol.

Fin.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F88QY3NN

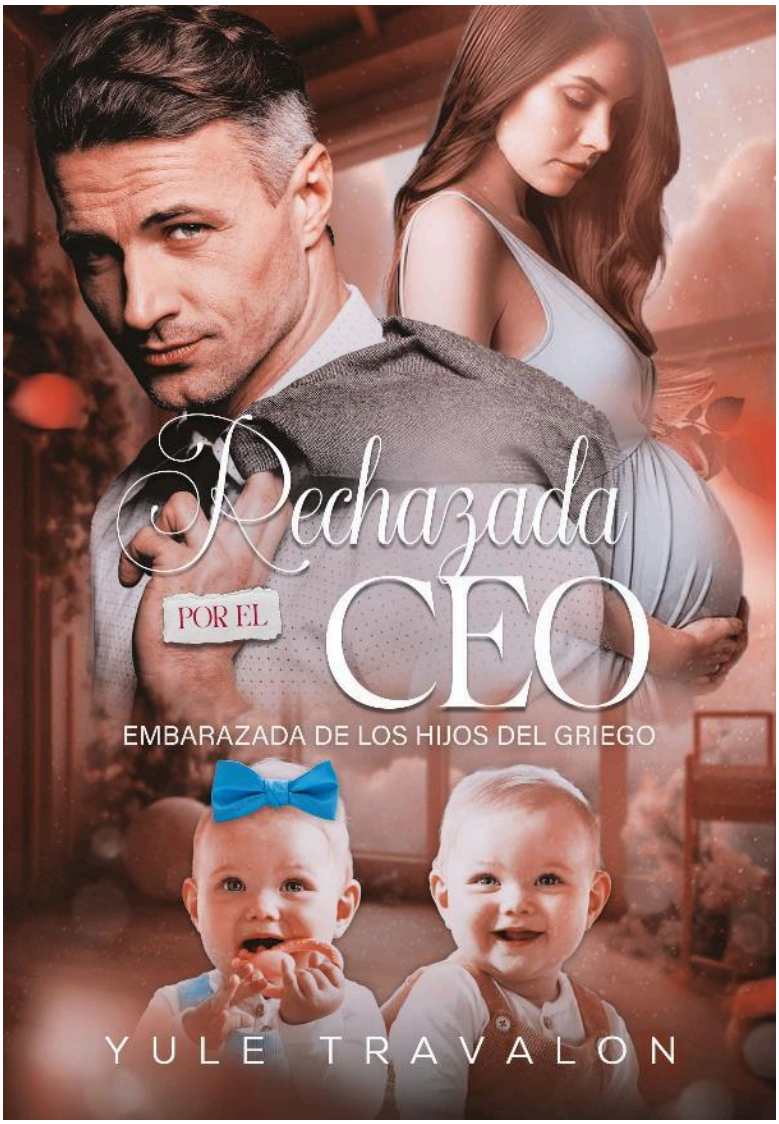
DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + JEFE Y EMPLEADA + GRUÑÓN vs RAYO DE SOL + CONVIVEN BAJO EL MISMO TECHO + NIÑO ADORABLE + OPUESTOS QUE SE ATRAEN + PROTAGONISTA ROTO

Isabela Rojas se mudó a Londres para perseguir el sueño de hacer un máster en la prestigiosa *London School of Economics*. Pero la realidad no tardó en mostrarse muy distinta a lo que imaginaba: abandonada por su prometido y embarazada de Theo, lucha por terminar su tesis mientras cría sola a su hijo.

Cuando surge una oportunidad de trabajo en la mansión de **Alexander Harrington**, un millonario que se ha vuelto frío y reservado desde la muerte de su esposa, Isabela no duda en aceptar la oferta para asegurarle un futuro mejor a Theo, aunque sepa que los niños están terminantemente prohibidos en la propiedad.

Enfrentándose al desafío de ocultar al bebé y lidiando con la atracción inesperada que siente por el enigmático Alexander, Isabela verá cómo su vida da un giro inesperado. A medida que se revelan secretos y se ponen a prueba los límites, tendrá que aprender a proteger su corazón sin renunciar a quien más ama.

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F678YJH2

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

DR. KOSTAS LYKAIOS

Ser un médico exitoso siempre fue mi mayor objetivo en la vida, y puedo decir que superé todas mis metas en ese sentido. A punto de convertirme en el CEO del hospital más prestigioso de São Paulo, divido mis días entre el trabajo y encuentros casuales sin compromiso.

Hace años que convivo con un diagnóstico de infertilidad, pero nunca me afectó. Jamás quise ser padre ni formar una familia de anuncio publicitario.
Por eso, cuando Jessy aparece embarazada —y encima, de gemelos — solo puedo asumir que lo planeó todo. No sé cómo lo hizo, pero estoy seguro de que no volverá a engañarme.

JESSICA NAVARRO

La vida nunca ha sido fácil para mí, pero jamás renuncié a mis sueños. Ahora, mientras cuido de mi abuela y me alejo poco a poco de la opresión de mis padres religiosos y conservadores, me dejé llevar por un romance tan breve como intenso con mi jefe.

El Dr. Kostas es un hombre increíble e insaciable, pero no representa ningún futuro para mí. Mientras yo sueño con la maternidad, él no quiere saber nada de formar una familia.

Cuando la noticia de mi embarazo nos golpea de lleno, nuestra relación se desmorona y me siento destrozada por las dudas que siembra sobre mi carácter. ¿Cómo puede dudar de mí?

Después de todas las luchas que he enfrentado, ¿ahora que debería estar viviendo un momento de plenitud como madre tengo que volver a demostrar mi valor?

Si Kostas cree que lo perdonaré fácilmente, está muy equivocado. Si me quiere de verdad, esta vez tendrá que ganárselo.

———

Una mentira bien contada;
Una pareja demasiado distinta, pero con una química irresistible;
Un destino difícil de entender, pero lleno de giros emocionales.

Ella es todo lo que él siempre deseó.
Él es todo lo que ella necesita.
¿Serán capaces de redescubrir el amor entre tantas ilusiones y mentiras, y superar aquello que los separa?

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] Buenos días, primo. ¿Cómo estás?
[2] Bien. Bien.
[3] Gracias.
[4] "mascalzone".
[5] "cara de culo"